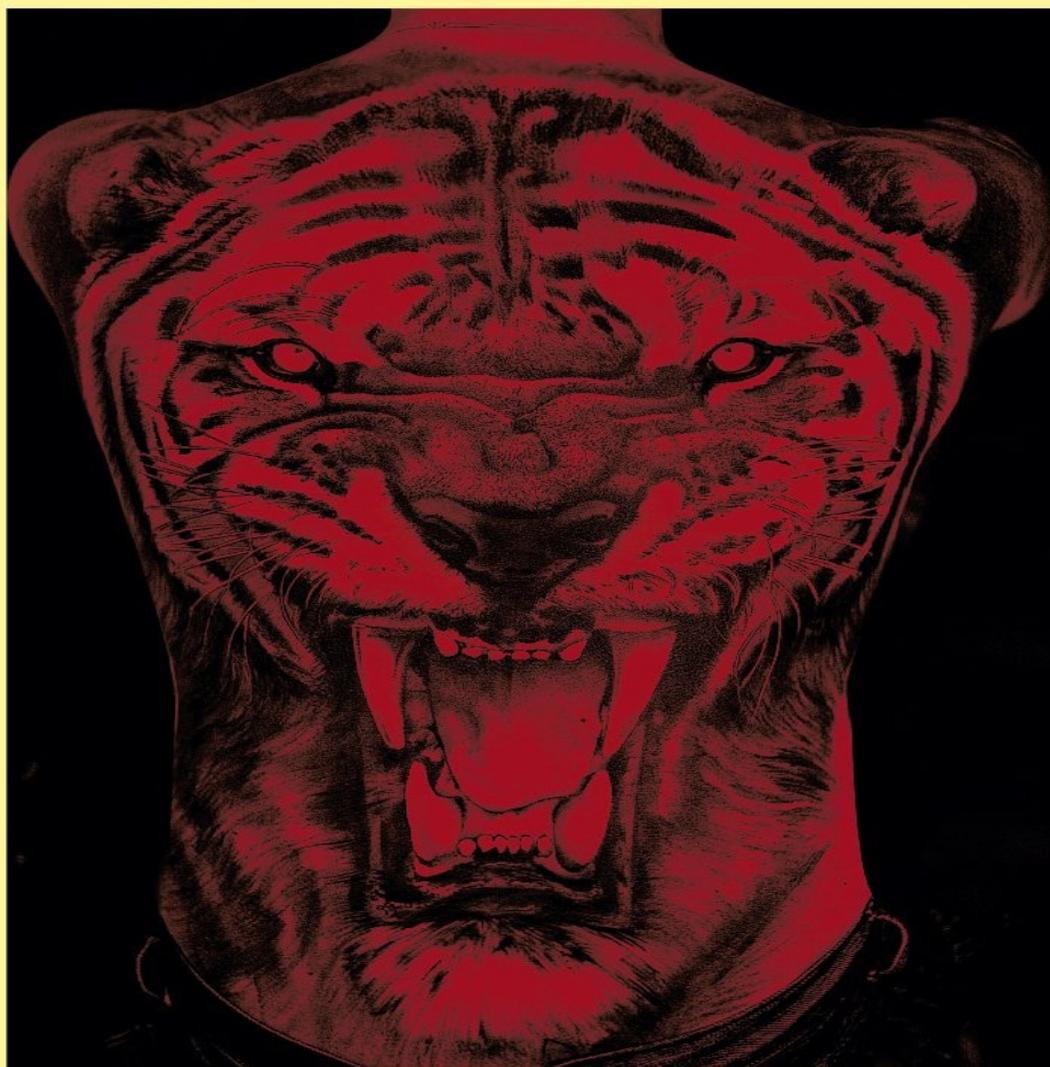


ROBERTO SAVIANO

---

*Beso feroz*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

# **BESO FERROZ**

**ROBERTO SAVIANO**



**ANAGRAMA**

Panorama de narrativas

*Título de la edición original:*  
Bacio feroce

Edición en formato digital: febrero de 2020

© imagen de cubierta, Luke Sayer Tatoo

© de la traducción, Juan Manuel Salmerón Arjona, 2020

© Roberto Saviano, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4128-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

*A G., inocente al que mataron con diecisiete años.  
A N., culpable que mató con quince años.  
A mi tierra de asesinos y asesinados.*

No te vuelvas, corre.  
Niños con fusiles que gritan: «¡Papá!»

NTO',  
«El baile de los carniceros»

# **LA BANDA DE LOS NIÑOS**

MARAJÁ - Nicolas Fiorillo

BRIATO - Fabio Capasso

TUCÁN - Massimo Rea

DIENTECITO - Giuseppe Izzo

DRAGÓN - Luigi Striano

LOLLIPOP - Vincenzo Esposito

PICHAFLOJA - Ciro Somma

ESTABADICIENDO - Vincenzo Esposito

DRON - Antonio Starita

BIZCOCHITO - Eduardo Cirillo

SUSAMIELLO - Emanuele Russo

REMANGUITO - Gennaro Scognamiglio

PACHI - Diego D'Angelo

# **PRIMERA PARTE**

**BESOS**

*Nos mandamos besos con un plural genérico. Muchos besos. Pero cada beso es único, como lo son los cristales de nieve. No se trata solo de cómo nos los damos, sino de cómo surgen: de la intención que los origina, de la tensión que los acompaña. Y se trata también de cómo los recibimos o rechazamos, de con qué vibración —de alegría, de excitación, de vergüenza— los recibimos. Hay besos que resuenan en el silencio o se ahogan en el ruido, besos que van empapados en lágrimas o acompañados de carcajadas, besos que se dan al sol o en la invisible oscuridad.*

*Los besos tienen una taxonomía precisa. Hay besos que se dan como se pone un sello, que unos labios estampan sobre otros labios. Son besos pasionales, besos aún verdes. Es un juego inmaduro, un don tímido. Diferentes son los besos «a la francesa», en los que los labios se abren un poco y se intercambian papilas gustativas y glándulas, humores y caricias con la punta de la lengua, por todo el perímetro de la boca ceñida de dientes blancos. Lo contrario son los besos maternos, que los labios estampan en las mejillas y que anuncian lo que viene luego: el estrecho abrazo, la caricia, la mano sobre la frente para ver si tenemos fiebre. Los besos paternos nos rozan los pómulos, son besos de barba, que pinchan, señal fugaz de acercamiento. También hay besos de saludo, que rozan la piel, y besos lascivos, babosos, que se roban y gozan de una intimidad furtiva.*

*Los besos feroces no pueden clasificarse. Sellan silencios, hacen promesas, dictan condenas o declaran absoluciones. Hay besos feroces que rozan un poco las encías y otros que llegan casi a la garganta. Pero todos ocupan el máximo espacio que pueden, usan la boca como acceso. La boca no es sino el orificio por el que penetramos para ver si hay alma, si hay o no hay algo más que el cuerpo; el beso feroz quiere explorar ese abismo insondable o encontrarse un vacío: el vacío sordo, oscuro, que esconde.*

*Hay una vieja historia que se cuenta entre los neófitos de la barbarie, los criadores de perros de pelea clandestinos, seres desesperados que se dedican, a su pesar, a una causa de músculos y de muerte. Cuenta esa leyenda, de la que no hay pruebas científicas, que a los perros de pelea se los selecciona cuando nacen. Los adiestradores estudian a los cachorros con frío interés. No se trata de escoger al que parece robusto, de descartar al flaco, de preferir al que echa a su hermana de la teta o de fijarse en el que castiga a su hermano glotón. La prueba consiste en otra cosa: el criador coge al cachorro por la nuca, lo arranca del pezón de la madre y agita el hociquito delante de su mejilla. La mayoría de los cachorros la lamen. Pero uno —casi ciego, sin dientes todavía, con unas encías acostumbradas solo a la blandura de la madre— intenta morder. Quiere conocer el mundo, quiere tenerlo entre los dientes. Ese es el beso feroz. A ese perro, macho o hembra, lo criarán para que pelee.*

*Una cosa son los besos y otra los besos feroces. Los primeros se mantienen dentro de los límites de la carne; los segundos no conocen límites. Quieren ser lo que besan.*

*Los besos feroces no son malos ni buenos. Existen, como las alianzas. Y siempre dejan sabor a sangre.*

## HA NACIDO

—¡Ha nacido!

—¿Cómo? ¡¿Ha nacido?!

—Sí, ha nacido.

Al otro lado se hizo el silencio, solo se oía el crepitar de la respiración en el micrófono.

—¿Estás seguro?

Nicolas llevaba semanas esperando aquella llamada, pero ahora que Tucán se lo decía, quería que se lo repitiera, para convencerse de que por fin había llegado el día, para saborearlo bien con la imaginación. Y para estar preparado.

—¡No, estoy de broma, no te jode! Lo que te digo. Acaba de nacer. La Koala aún está en la sala de partos... Dientecito no ha venido, yo he acudido enseguida.

—Ya, ese no tiene cojones para ir. ¿Y a ti quién te ha dicho que ha nacido?

—Un enfermero.

—¿Un enfermero? ¿Y quién coño es ese enfermero? —Nicolas no se conformaba con informaciones vagas, esta vez quería detalles. No podía permitirse improvisar, nada podía salir mal.

—Se llama Enzuccio Niespolo, curraba para el padre de Bizcochito. Le dije que la Koala es amiga nuestra y que, cuando naciera el pequeño, queríamos ser los primeros en saberlo.

—¿Y cuánto le ofreciste? ¿A ver si, como no le has dado ni cien euros, te toma el pelo?

—No, no, le ofrecí un iPhone. El tío estaba deseando que el crío naciera para que le diera el móvil nuevo. Tenía todo el rato la oreja pegada al vientre de la Koala.

—Pues, entonces, allá que vamos. Mañana, en cuanto amanezca.

El alba lo halló vestido, listo para la acción. Estaba sentado en la cama, apenas deshecha porque no había dormido ni un minuto. Cerró los ojos, inspiró profundamente y exhaló el aire, con un sonido seco. Era de día. Debía mantenerse lúcido, no dejarse llevar por los recuerdos. Tenía una misión que cumplir, ya habría luego tiempo para todo lo demás.

La voz de Tucán actuó como el interruptor que da paso a la corriente. Se metió la Desert Eagle en los pantalones y bajó corriendo a la calle.

Tucán ya tenía el casco puesto.

—¿Llevas el móvil? —le preguntó Nicolas, poniéndose a su vez el casco—. No lo habrás sacado del paquete, ¿no?

—No, Marajá, no te preocupes.

—Pues vamos por las flores.

Nicolas se sentó delante y condujo a poca velocidad. Sentía una calma que lo confortaba. Una hora después todo estaría resuelto. Fin del capítulo.

—¡Pero qué hijoputas! —dijo Tucán—. Dicen que no ganan y se pasan la vida durmiendo.

Las persianas del florista estaban echadas. No sabían dónde encontrar otro puesto y además tenían que darse prisa, pensó Nicolas. Frenó en seco y el casco de Tucán golpeó contra el suyo.

—¡La virgen, Marajá!

—La Virgen, tú lo has dicho —dijo Nicolas e, impulsándose con los pies, retrocedió hasta la bocacalle. Protegida por una reja de hierro que, en medio de aquellas ruinas, brillaba como si fuera de oro, había una hornacina iluminada por un foco. La Virgen, casi completamente cubierta de fotos votivas y postales del padre Pío, sonreía tranquila y Nicolas le devolvió la sonrisa. Bajó de la T-Max, le mandó un beso, como le decía que hiciera su abuela de niño, y, empinándose, cogió un ramo de calas blancas que había en un jarrón.

—¿No se enfadará la Virgen? —preguntó Tucán.

—La Virgen no se enfada nunca. Por eso es la Virgen —contestó Nicolas, que se bajó la cremallera de la sudadera y se guardó las flores. Salieron a toda pastilla. En aquel momento, como habían acordado, Pichafloja entraba en acción.

El enfermero los esperaba justo detrás de la verja. El hombre llevaba un plumífero y daba pataditas en el suelo. Tucán lo saludó con la mano y él siguió saltando en el sitio, aunque no lo hacía ya por entrar en calor, sino por el miedo sutil que sentía de que aquellos dos de la moto con el casco puesto no fueran solo a agradecerle el favor.

—Llévanos a ver al crío, que le traemos una sorpresa —dijo Nicolas.

El enfermero quería saber qué intenciones llevaban y contestó que, si no eran parientes, no podía dejarlos entrar.

—¿Cómo que no somos parientes? —repuso Nicolas—. Parientes no son solo los primos. Nosotros somos más que parientes, porque somos amigos, somos la verdadera familia.

—En estos momentos está en el nido, no tardarán en llevárselo a la madre.

—¿Es niño?

—Sí.

—Mejor.

—¿Por qué? —El enfermero preguntaba por ganar tiempo.

—Porque es más fácil.

—¿Más fácil?

Nicolas no contestó.

—Crecer —le contestó Tucán—. Es más fácil crecer si eres niño, ¿o no? ¿O acaso es más fácil si eres niña? Al menos, si sabes a quién follarte, llegas adonde quieras.

Por el silencio de Nicolas, el enfermero se convenció de que esperarían. Quiso abrir los brazos, dando a entender que no había nada que hacer, que esas eran las reglas.

—Quiero ver al crío antes de que la madre se lo ponga en las tetas. —La voz impaciente, cargada de cólera, de Nicolas golpeó al enfermero como si fuera un latigazo y, antes de que pudiera responder, se vio con la cara pegada a la visera del casco—. Te digo que quiero ver al pequeño. Además, le traigo flores a la señora. Dime cómo se va. —Y de un empujón lo devolvió a

la posición recta.

La información llegó con precisión, no tenía pérdida. Tucán cogió entonces la caja del iPhone y la lanzó al aire y, siguiendo la trayectoria con la mirada, el enfermero empezó a agitar los brazos temeroso de que el teléfono cayera al suelo. Tan concentrado estaba en su joya tecnológica que no advirtió el humo negro y denso que se elevaba a unos metros de distancia, ni notó el olor acre de las ruedas ardiendo. Pichafloja había sido puntualísimo. Eso era lo que le había pedido Nicolas o, mejor dicho, lo que le había ordenado. Quiero mucho humo. No debe verse nada. Y le había aclarado que quería que la garita de los guardias de seguridad se quedara vacía, lo que menos necesitaba era que un montón de vigilantes se pusieran a perseguir una moto. «Algo que despiste, Pichafloja.» Y Pichafloja había escogido un váter que había cerca de la garita. Las ruedas las había robado del taller de un mecánico aquella misma mañana y, con un poco de queroseno y un encendedor, crearía una gran humareda tóxica y nauseabunda que desviaría la atención de todos hacia aquel baño.

La T-Max franqueó la verja despacio. Hasta ese momento el plan había seguido una lógica. Nicolas había calculado el tiempo y previsto posibles obstáculos y, por su parte, Tucán había desempeñado tan bien su papel que se había sentido una pieza imprescindible de aquel mecanismo bien engrasado. Pero de pronto Nicolas aceleró y desbarató toda la lógica. Encabritó la moto para subir el primer tramo de escalera, como si fuera un caballo que salta un obstáculo, y, dando tumbos por los escalones, llegó a la entrada. Las puertas automáticas se abrieron y la T-Max se plantó en el vestíbulo.

En aquel lugar cerrado, el motor parecía el de un Boeing. No se habían encontrado con nadie, a aquella hora no había empezado aún el ir y venir de las citas y las visitas, pero su irrupción hizo que acudiera el personal del hospital, que empezó a salir de las consultas, desconcertado. Nicolas no hizo caso. Buscaba un ascensor.

Entraron en la sección de maternidad, donde los acogió el silencio. No se veía a nadie en los pasillos ni se oían voces ni gimoteos que indicaran dónde estaba el nido. El caos que habían desencadenado abajo no parecía turbar la tranquilidad que reinaba en aquella planta.

—¿Cómo coño se llama el crío?

—Pondrá los apellidos, ¿no? —contestó Tucán. Conocía muy bien al Marajá y no se atrevía a preguntarle cómo pensaba salir del lío en el que se habían metido. Esa era precisamente la fuerza de Nicolas: llevaba a las personas al límite sin que se dieran cuenta.

Dejaron la T-Max en el pasillo. La moto, negra y brillante, parecía una enorme cucaracha entre aquellas paredes de color verde claro cubiertas de carteles que explicaban los beneficios de la lactancia materna. Echaron a correr por el pasillo en busca del nido. Tucán iba delante, con el casco aún puesto, y Nicolas lo seguía. Había puertas a derecha e izquierda y no se oía más ruido que el rechinar de sus suelas en el linóleo.

Salieron a un vestíbulo, en el que, detrás de dos escritorios vacíos, se veía el reluciente cristal del nido. Allí estaban las criaturas recién nacidas, todos alineados, con la cara encendida, envueltos en bodis color pastel; unos dormían, otros movían los puñitos sobre la cabeza.

Marajá y Tucán se acercaron como si fueran parientes que quieren ver a quién se parece más el niño, si a la madre o al padre.

—Antonello Izzo —dijo Tucán. La mantita azul con el nombre bordado en una esquina subía y

bajaba casi imperceptiblemente—. Ese es. —Se volvió a Nicolas, que estaba quieto, con las palmas apoyadas en el cristal, mirando a aquel recién nacido que en ese momento sonreía o eso le parecía a Tucán.

—Marajá... —Silencio—. Marajá, ¿y ahora qué?

—¿Cómo se mata a un bebé, Tucán?

—¡Y yo qué coño sé! ¿Ahora se te ocurre? —Nicolas sacó la Desert Eagle de los calzoncillos y quitó el seguro con el pulgar—. Será como reventar un globo, ¿no? —continuó Tucán.

Nicolas abrió la puerta del nido con cuidado, para no despertar a los niños, y se acercó a Antonello, el hijo de Dientecito, el hijo de la persona que había matado a su hermano Christian de un tiro en la espalda, como el peor de los traidores.

—Christian... —susurró. Era la primera vez que pronunciaba el nombre de su hermano desde el día del entierro. Estaba como hechizado, con la mirada al frente pero perdida. A Tucán le daban ganas de ponerse a aporrear el cristal y gritarle que se diera prisa, que le pegara un tiro al hijo de aquel cobarde ya, rápido, pero Nicolas, que había apoyado el cañón de la pistola en la tripita del pequeño, no apretaba el gatillo. La pistola subía y bajaba lentamente, como si la criatura levantara con sus pulmones los dos kilos de hierro. Tucán se volvió a mirar el pasillo y vio que, en aquellos momentos de vacilación, había aparecido una enfermera. La mujer venía corriendo y empuñaba el pie de un gotero como si fuera una lanza.

—¿Qué haces? —le preguntó la enfermera. Entonces vio a Nicolas y empezó a gritar—: ¡Que roban a los niños! ¡Que roban a los niños! —Tucán le apuntó con su Glock y ella se quedó parada, con el pie del gotero en el aire, pero sin dejar de gritar—. ¡Que roban a los niños! ¡Que se llevan a los niños! ¡Ayuda, ayuda! —La voz sonaba cada vez más aguda, como si fuera una sirena.

—¡Rápido, Marajá, dispara, que nos pillan! ¡Reviéntalo!

Pero Nicolas había ladeado la cabeza como para observar mejor al hijo de Dientecito y de la Koala. El pequeño dormía plácidamente, con una respiración profunda y constante, a pesar de la pistola: también Christian, cuando su madre volvió del hospital, después del parto, dormía así. Su madre le decía que se sentara en el sillón y se lo ponía en los brazos y Christian seguía durmiendo. Allí, en cambio, los demás niños empezaron a despertarse. En un instante se armó un escándalo: el llanto de un niño contagiaba al de al lado y la ola ensordecedora sacó a Nicolas de su ensimismamiento.

—¡Que roban a los niños! ¡Que roban a los niños! —seguía gritando la enfermera blandiendo el pie del gotero, sin duda dispuesta a lanzarlo con toda su fuerza.

—¡Dispara, Marajá, revientalo de una vez! —gritó Tucán. La enfermera seguía acercándose y él no sabía si reducirla de un puñetazo, dispararle para herirla o para matarla. No lo sabía—. ¡Marajá, esto se pone feo, hay que irse, deprisa, deprisa!

Nicolas se llevó la mano izquierda al tatuaje que se había hecho en la nuca, como para que le diera fuerza, como para que le confirmase también allí, delante de otro inocente, que iba a hacer una cosa justa. Por sí mismo, por su madre, por la banda de los Niños. Porque era tiempo de tempestad y él era la tempestad que se abatía sobre la ciudad. Oprimió con fuerza la pistola contra el cuerpo del recién nacido y también Antonello rompió a llorar.

Tucán había retrocedido hasta dar con el casco en el cristal.

—¡Guarra! —le decía a la enfermera—. Como te acerques más, te mato.

Pero la mujer seguía avanzando y otras dos enfermeras, atraídas por los gritos, habían

aparecido en el pasillo. En cuanto vieron a su compañera, se pusieron a gritar también:

—¡Que roban a los niños! ¡Que roban a los niños!

—¡Alto u os mato! ¡Os mato a todas! —exclamaba Tucán, con todo el cuerpo pegado ya al cristal. Solo había una salida. Asió con ambas manos la Glock y apuntó a la frente de la enfermera del gotero.

¡Pum!

Una detonación. Silencio. Tucán se miró las manos, con las que no había tenido tiempo de disparar.

En realidad, el proyectil llegó por detrás e impactó en el cristal de la sala, que se deshizo en una miríada de fragmentos afilados, esquivadas que tintinearón sobre el casco de Tucán, brillaron sobre las batas de las enfermeras, todas con las manos tapándose la cara, rebotaron contra el techo y se clavaron en las paredes y en el suelo. Tucán se volvió para saber quién había disparado y vio a Nicolas que seguía apuntando con la Desert Eagle hacia lo que había sido el cristal. En la pared de enfrente, arriba, se veía el orificio donde se había alojado la bala.

El berrear de los niños, que habían enmudecido un instante, se reanudó desesperado y Nicolas, reaccionando, dijo con rabia:

—¡Vámonos!

Como al entrar, no se encontraron con nadie. Bajaron por la ancha escalera de la planta y luego por la que bajaba al vestíbulo. Nicolas aceleró entonces para abrirse paso por entre guardias de seguridad que intentaban sacar la pistola y bomberos con mascarilla. La última persona a la que esquivaron fue el enfermero que les había dejado entrar, pero el hombre, como tenía los ojos clavados en el iPhone, no los vio.

Nicolas volvió a casa cuando el edificio despertaba. Se oía el agua de las duchas, voces que apremiaban a los niños, que las puertas del colegio no esperaban. Solo su casa estaba silenciosa y vacía. Su madre estaba ya en la tintorería, la mujer cada mañana se marchaba hacia allí más temprano. Tras la muerte de Christian, su padre se había largado: el hombre había salido con ellos para asistir al entierro y ya no había vuelto, pero podían prescindir de él, no era importante, nunca lo había sido. Nicolas hizo una mueca, dejó las llaves en la mesa y encendió el televisor. El volumen estaba al mínimo, ni con el telediario quería romper aquel silencio que se le antojaba acusador. Después de las noticias de política local aparecieron en la pantalla imágenes del hospital, el cristal hecho añicos, enfermeras que sacaban de las cunas a unos recién nacidos con la cara desencajada, las marcas que habían dejado las ruedas en el suelo. «Asaltan el hospital», decía el titular. La noticia duró un minuto: el tiempo que se dedica a las tonterías.

Fue al dormitorio, se tumbó en la cama de su hermano, cruzó las manos en la nuca y siguió con los dedos el nombre que se había tatuado en ella: Christian. Hizo una lectura braille metódica, en un sentido y en otro, recorrió el contorno de la granada de mano y volvió a empezar, lentamente. Había querido que aquella granada fuera como la que llevaba tatuada en el pecho, junto a su nombre, «Marajá», idéntica, gemela.

¿Qué he hecho?, se preguntó. Se llevó los puños a los ojos y empezó a frotárselos.

Era como el gato y el ratón: un gato furioso a la caza de un ratón fantasma.

Las ventas iban bien. La cocaína circulaba. La heroína de Simioperro se vendía. Las extorsiones se cobraban puntualmente cada mes. El sol iluminaba los territorios de la banda de los

Niños, en el centro de Nápoles. Pero Dientecito seguía vivo y Nicolas no soportaba imaginarlo siquiera. Era como un dolor de espalda que no pasa, como una caries que no nos deja dormir: el cobarde seguía en la ciudad, escondido en algún sitio.

Llevaba buscándolo cinco meses. Había empezado por esperarlo a la salida del patio de la parroquia. Aquella superficie rectangular llevaba todavía las huellas de los partidos de fútbol que habían disputado allí mismo. Luego se había pasado muchas noches delante de la clínica dental en la que Dientecito se había gastado el primer sueldo en blanquearse aquellos dientes que el humo y la droga le habían ennegrecido. Lo buscó en la casa de sus padres, de sus abuelos maternos, de los paternos, en el parque de Capodimonte, donde al parecer lo habían visto sentado en un banco, y luego le pareció lógico buscarlo también en la estación. Vagabundo a vagabundo, váter a váter. Con la nariz tapada, había dado la vuelta a aquellas personas consumidas que dormían entre harapos. Y había vigilado una semana la casa en la que vivía la madre de Dumbo, a todas horas, de día y de noche, convencido de que tarde o temprano el cobarde cedería a la tentación. Pero nada.

El ratón no había asomado por ninguna parte y por eso debía liquidar al ratoncito, pero no había podido... ¿Cómo se mata a un niño?

—¡Basta! —exclamó—. ¡Basta!

Con un solo movimiento del brazo lo tiró todo: estampas e imágenes de santos, de la Virgen, de san Jenaro, del padre Pío, de Christian en la primera comunión, de los dos en traje de baño en una playa que no recordaba. Contempló un momento el montón de objetos que yacía a sus pies, luego se quitó los zapatos, los pantalones y la sudadera, retiró la colcha, se metió bajo las sábanas y se cogió las rodillas. Y decidió hacer lo que tenía que haber hecho hacía rato.

Rompió a llorar.

## ARENAS MOVEDIZAS

Un nido de avispas. Nicolas las oía revolotear alrededor de su cabeza y sin abrir los ojos quiso ahuyentarlas con la mano. En ese momento despertó. Abrió un ojo. ¿Avispas? Eran viejos teléfonos portátiles StarTAC que él y la banda usaban y tiraban para evitar que los interceptaran. Se preguntó cuánto tiempo llevarían sonando en el escritorio.

Se levantó bruscamente. Había dormido toda la mañana y parte de la tarde, pero no se sentía repuesto. Se lavó la cara con agua helada y se caló la capucha de la sudadera como si eso pudiera protegerlo del dolor cada vez más agudo que sentía en el cogote. Era uno de esos dolores de cabeza que se ceban en un punto preciso, infinitesimal, y penetran, penetran como lo haría un taladro fino en manos de un sádico. De niño, cuando tenía fiebre o le dolía la barriga, Mena, su madre, le preparaba agua con limón y azúcar. Era su remedio universal, que, decía, curaba todos los males.

Pero Mena no estaba y él había pensado combatir el dolor primero fumándose un porro y luego haciéndose una raya antes de decidir tomarse un café bien cargado y enviar un mensaje a la banda: quería verlos a todos en el reservado a las cinco en punto, tenían que hablar de muchas cosas. La verdad era, sin embargo, que no tenía ganas de hablar ni nada que decir. Quería simplemente oír las palabras de los suyos porque esperaba que aplacaran aquello que sentía bajo el zumbido del taladro fino. Un sentimiento de impotencia e insatisfacción que, cuanto más tiempo pasaba solo, más crecía.

Estaban reformando el Nuovo Maharaja o, al menos, eso les decía Oscar, el dueño, a los que iban por la noche. Renovación completa. Se acercaba a quienes miraban los andamios que cubrían la fachada blanca y, llevándose las manos a la tripa fofa, les aseguraba que, cuando reabriera, el Nuovo Maharaja sería aún más esplendoroso. En realidad, la «reforma» consistía en darle una mano de pintura blanca y pulir la pista de baile, pero Oscar sabía crear expectativas, espejismos.

Eso sí, para la banda de los Niños, el Nuovo Maharaja siempre estaba abierto, aunque estuviera cerrado.

Oscar vio llegar la T-Max de Nicolas rodando a una velocidad nada habitual, lenta como la de los cruceros que podían admirarse desde el mirador del Nuovo Maharaja. Observó que dejaba la moto como si fuera un trasto viejo y echaba a caminar sin mirarlo a él ni mirar a las dos chicas con las que estaba hablando: rubias, altas, jovencísimas.

—Marajá —quiso detenerlo—, ven y te presento a las nuevas bailarinas.

Pero Nicolas ni lo oyó. Solo quería entrar en el reservado, tumbarse en el sofá y quedarse un rato a oscuras antes de que llegaran los demás. Procuró establecer prioridades después del ataque

fallido al hospital. ¿Hablar con Tucán, pedirle por las buenas o por las malas que no les contara a los demás lo ocurrido? ¿O decirle a Mena que había sido un fracaso? Pues no había otra palabra para definirlo. Quizá ella lo supiera ya todo, quizá lo hubiera visto en el telediario.

El primero en llegar fue Lollipop, seguido de Briato. Su viejo amigo de futbito seguía cojeando de manera exagerada. La pierna, rota en cuatro partes, no había soldado bien y el médico le había dicho que se quedaría cojo de por vida, pero a él no solo no le importaba sino que caminaba acentuando los andares «a lo De Niro», como él decía. Al entrar, en la oscuridad del reservado no vieron a Nicolas, quien se oprimía con fuerza las sienes. Estaba en su trono, para que lo vieran donde debía estar, pero no había querido encender las luces.

—¡Marajá, ¿dónde estás?! —exclamó Briato.

—Estoy aquí —dijo Nicolas—. Y no grites.

Lollipop se dejó caer en el sofá y Briato encendió las luces. Un sol blanco le estalló a Nicolas en los ojos.

Bastó una mirada para que Briato volviera a hacer la oscuridad.

Poco a poco fueron llegando los demás. El último en presentarse fue Dragón, que se sentó junto a Dron: el grupo al completo que allí mismo se había repartido las zonas de venta de droga. Eran bultos incoloros, más o menos densos según la cantidad de luz que recibían al moverse. Solo Nicolas, hundido en su trono, parecía haber perdido los rasgos de su cuerpo elástico.

Bizcochito no paraba de mover las manos. Se oía el rumor que hacían, acompañando sus palabras.

—Marajá, ¿por qué estamos a oscuras? ¿Es que no paga Oscar la luz?

—No la paga nunca —intervino Pichafloja—. Como que la tiene enganchada al edificio de al lado.

Las risas eran como alfileres que se le clavaban a Nicolas en el cráneo, pero no dijo nada. Aguja tras aguja, sus hermanos lo curarían.

—¿Habéis visto a las dos rubiazas de fuera? Oscar tendrá que subirse a una escalera para tirárselas... —dijo Lollipop.

Más risas, más punzadas... y ya se sentía mejor. Era el ritual de siempre, cuyo maestro de ceremonias era él: primero las risas, luego las bromas cesaban y pasaban a las cosas importantes: las zonas de venta, el dinero, su reino.

Al principio había sido un éxito. Nunca se habían visto precios tan bajos, todo el mundo iba a Forcella, gente de la ciudad y de fuera de la ciudad, como si fuera Navidad. La mercancía de la banda de los Niños se agotaba en una mañana y había que organizar el suministro. Todo había ido de maravilla y los clientes pronto habían sido legión. Dron se había erigido en el responsable de la logística y controlaba los flujos. Se había agenciado un contador como los que usan las azafatas para contar pasajeros e iba de una zona a otra contando clientes. Tac, tac, tac. Se apostaba en una esquina y cada vez que pasaba un comprador le daba al pulgar. Tac. Cuando los clientes se agolpaban, interrumpía el flujo o reactivaba el suministro. Aquel contador se había convertido en una extensión de su mano y hasta cuando estaba en el Nuovo Maharaja se oía aquel tac, tac, tac.

—Yo ya no sé qué hacer, los camellos se me plantan —dijo Tucán—. Quieren volver a vender la mercancía del Gatazo, no hay manera de convencerlos.

La euforia se les había pasado a los tres meses. La mercancía de la banda de los Niños había tenido mucha salida, pero se agotaba. A los jefes de zona se les había pasado la borrachera y

habían decidido recurrir al proveedor de siempre, quien, aprovechando la ocasión, había inundado el mercado con toneladas de su propia mercancía.

—Lo mismo me pasa en San Giorgio —dijo Lollipop—. ¿Sabéis cuánto me llamaban hasta la semana pasada? ¡Don Vince! ¿Os dais cuenta? Y ahora que la mercancía se acaba vuelven a lo de siempre: hablan con el Gatazo y a nosotros que nos den por culo.

—El problema, Lollipop —dijo Dragón—, es que no te las ingenias.

Se le acercó y quiso pellizcarle en la mejilla, pero Lollipop se apartó y se enzarzaron en una pelea sin fuerza, sin rabia, que a Nicolas le recordó una lucha entre gatitos —¿o de oseznos?— que había visto en un vídeo que había colgado Letizia en internet. Igual que se engancharon, se separaron y Dragón volvió a sentarse. Con una voz hueca, henchida de satisfacción, contó que en su zona, Vicaria Vecchia, tenía que rechazar clientes de tantos que tenía.

—Yo cobro el doble —explicó—, así la mercancía se vende más despacio y los camellos no se me ponen nerviosos.

—¡Vaya con el empresario!

—¡Hay que joderse!

—¡Ah!, pero así ganan menos —objetó Tucán.

—Ganarán menos, venderán más despacio —dijo Dragón—, pero al menos no nos abandonan.

—¡Joder, Dragón, qué listo eres! —dijo Bizcochito.

Nicolas, de haber abierto la boca, habría dicho que no convenía tomárselo a broma. Pisaban arenas movedizas y se hundían. Una zona tras otra, irían perdiéndolas todas, antes o después. Quizá alguno mantuviera el control de un par de calles, pero al final sucumbiría al poder del Gatazo y al destino de quien no ha visto ni la cara de su proveedor. Las existencias del Arcángel se agotaban. Lo sabía Nicolas y lo sabían los demás, pero nadie se atrevía a decirlo. Sí, la heroína de Simioperro seguía llegando regularmente, pero por sí sola no bastaba para asegurarles la lealtad de los camellos.

Eso era lo que tendría que decir, pero el dolor de cabeza no remitía. Callaba, pues, y se limitaba a observar a Tucán, que tenía los ojos gachos. ¿Estaba esperando su turno para contar lo que el jefe no había sido capaz de hacer en el hospital, para denunciar su debilidad? Bastaba una palabra y adiós Marajá. Yo lo haría, pensaba, ¿por qué no habla? ¿No deseaba tener una banda propia?

—Marajá —dijo Dragón—, Tucán y Lollipop tienen razón. La mercancía se acaba. Perdemos a esta gente.

—Matémoslos a todos —terció Briato—. Funciona así, ¿no? Cuando uno vende mercancía de otro sin autorización, se le pega un tiro.

—Así es el negocio —dijo Dron—: vendes la droga de un jefe o debes pagarle un impuesto. A nosotros no nos pagan ningún impuesto y la droga se acaba.

—Nico, llamémoslos a todos al local y gaseémoslos —propuso Briato, y todos se echaron a reír. Nicolas solo torció el gesto: ya empezaba otra vez el cachondeo.

—Estábamos un día Marajá y yo —empezó a contar Pichafloja— en piazza Bellini y vemos a unos pijos con polo que nos miran, yo tenía ya la mano en la pipa. Al poco se nos acercan, miro a Marajá y veo que se encoge de hombros.

—¿Y eso a qué viene ahora, Pichafloja? —preguntó Dron—. ¡Te pareces a Piero Angela!

—Uno de los mendas dice que es del telediario —prosiguió Pichafloja sin hacer caso de Dron

— y nos pregunta si puede entrevistarnos, ¿te acuerdas, Marajá?

Los siete bultos se volvieron hacia Nicolas, pero del trono no llegó una sola palabra. Dragón se levantó, esquivó el brazo de Lollipop, quien había intuido su intención, y accionó los interruptores del reservado.

Nicolas el Marajá se había ido.

## BASTA DE LLOROS

Volvió a Forcella en la T-Max, como había ido. Con el puño en el acelerador girado a medias, frenando un poco cuando era necesario. La reunión en el Nuovo Maharaja no le había servido de mucho más que para cerciorarse de que no habría golpe de Estado. Todo indicaba que sus hermanos no se habían dado cuenta de que le pasaba algo, de que se sentía perdido. Peor: se sentía como en esa vieja película que le había dado a ver el profesor De Marino, *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Pronto se darían cuenta de que no quedaba de él más que una carcasa vacía. Llevada por la costumbre, la T-Max dobló por via Vicaria Vecchia, describió una curva lenta a la derecha y entró en via dei Carbonari. Había llegado.

¿Qué coño me pasa?, se preguntó Nicolas. La culpa la tenía aquel dolor de cabeza que se le había puesto al despertar y que lo atormentaba con un sentimiento que nunca antes había experimentado: la seguridad de que no valía para nada.

Con la vista clavada en el suelo, aparcó la moto y salió del callejón a pie. ¿Cuánto hacía que no caminaba por su ciudad?

Sin darse cuenta, llegó a via Mezzocannone. Un par de estudiantes universitarios lo llamaron por su nombre, debían de ser viejos clientes de cuando trapicheaba para Copacabana. No hizo caso, siguió caminando, dejó atrás Forcella y el mural de san Jenaro. Apretó el paso sin quitar ojo de cada cruce, de cada esquina, de cada tienda, por aquella necesidad devenida en instinto de controlar el territorio. El boquete de la puerta de bronce de Maschio Angioino le recordó que, apenas hacía unos años, paseando por allí con Letizia, había jurado que él también dejaría su huella en la ciudad, en las piedras, en las personas.

Llegó a Castel dell'Ovo sin aliento. Jadeaba como si se ahogara. Subió la escalera y salió a la terraza. Se sentó apoyando la espalda en el muro de piedra, encogió las piernas. Delante tenía el mar. Un estremecimiento de placer le erizó el vello de los brazos. El mar. Eso necesitaba, ese era el antídoto contra las preocupaciones. Aquel azul inagotable nada le pedía a él ni él podía pedirle nada. Solo ante el mar conseguía no pensar, no planear nada, quizá porque aquel horizonte le permitía divagar, libre de todo cálculo.

Se sentía mejor, pero aún faltaba algo. Cogió el iPhone y, pasando por alto llamadas perdidas y mensajes, escribió a Letizia:

**Nicolas**

Estoy donde siempre, ante el mar.

Cuando llegó, Nicolas seguía en la misma postura y apenas se volvió a mirarla. Letizia se

sentó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro. Parecían justo lo que eran: un chico de dieciocho años y una chica de dieciséis. El viento llevaba el pelo de Letizia a la cara de Nicolas pero él no lo retiraba, dejaba que le fustigara, se llenaba la boca de él y luego lo escupía hasta que volvía otra vez. Dejó de mirar el azul del mar, ya del tono del cielo del crepúsculo, y la besó, primero en los párpados, luego en la barbilla, luego más tiempo en los labios y al final en el lóbulo de la oreja. Dejaba el cuello expuesto y Letizia se lanzó sobre él: lo besó, lo mordisqueó.

—Siempre que te beso en el cuello —le dijo— pienso en Christian, porque leo su nombre.

Los labios de Nicolas, que la besaban distendidos, se contrajeron.

—Ahí debe estar su nombre —dijo sin más.

Letizia se recogió el pelo con una goma, la magia se había evaporado.

—Pero siento remordimientos, es como si hubiéramos sido nosotros...

Él llevaba meses luchando contra ese arrepentimiento, quiso decirle a Letizia.

—Pues olvídalos —dijo, a pesar de su lucha—, soy yo quien no supo defenderlo. Cuando Simioperro me dijo que quería matar a Dumbo, debería haber tenido los cojones de matarlo yo a él y luego a Dientecito. Hice el trabajo a medias y ellos me quitaron la mitad de mi ser: a mi hermano.

Letizia movió la cabeza y las puntas del cabello ondearon.

—No quiero saber nada de eso, Nico.

—Pues, entonces, ¿por qué coño me hablas de remordimientos? No digas nada y punto. Si no quieres saber nada, hazte cuenta de que nada de esto existe para ti.

Letizia se levantó, no quería seguir teniendo contacto con el cuerpo de Nicolas, cuyas piernas buscaban las suyas. Retrocedió unos pasos y se apoyó en la pared. Él no hizo nada.

Si no quería saber, ya podía irse.

—¿Por qué llevas esa granada después de la ene de Christian, aquí, en el cuello? —preguntó Letizia, recuperando cierto tono cariñoso.

—Es una granada de mano —contestó Nicolas sin volverse.

—Eso ya lo sé, bobo —replicó ella y le acarició el cuello, despacio—. Te pregunto por qué te pones esa cosa fea junto al bonito nombre de tu hermano.

—Esa cosa fea me recuerda que los que han matado a mi hermano han de morir, todos.

—No digas esas cosas, te lo tengo dicho, me dan miedo. Guárdatelas para ti.

—Pues, entonces, no preguntes ni te metas donde no te llaman.

—Jolín, Nico, cuando te pones así pareces un animal...

—Los animales saben defender a sus hermanos. Y ahora cállate.

—¿Sabes lo que te digo, Nico? ¡Que eres un cerdo! ¡A la mierda! —Las palabras le salieron temblorosas. Nunca le había hablado así a Nicolas, con aquella violencia, pero él ni se inmutó. También esa indiferencia era novedosa entre ellos.

Le entraron ganas de llorar, pero no quería mostrarse herida ni asustada.

Antes de tomar la escalera para irse, le sacó el dedo. Nicolas no la vio: seguía mirando el mar.

Desanduvo el camino como si rebobinara una cinta: Castel dell'Ovo, Maschio Angioino, via Medina, San Biagio, Mezzocannone, Forcella, su casa. Desde la calle veía la ventana de la cocina

abierta, señal de que Mena estaba en casa, porque no había perdido la costumbre de ventilar el piso mañana y tarde ni tras la muerte de Christian. Lo había cerrado todo, pero a la luz no había renunciado.

La encontró doblando camisetas recién lavadas. Levantaba aquellas prendas y, con un golpe seco de las muñecas, las camisetas recuperaban la forma. Giraba entonces las muñecas por debajo de las axilas, dejándolas así plegadas, y, con una última vuelta, lograba la transformación final: un rectángulo perfecto.

Nicolas esperó a que su madre terminara y la saludó:

—Hola, mamá.

A ella le bastó mirarlo a la cara para comprender que algo lo preocupaba.

—¿Has estado en el mar? —le preguntó.

Él asintió, no tenía ganas de hablar, pero sentía la necesidad de oír a su madre; sentía que, desde que había despertado, no había hecho otra cosa que deambular por la ciudad en espera de aquel momento: el momento de volver a casa, de ver a su madre, de comparecer ante el tribunal que por fin proclamaría su fracaso, su incapacidad.

Se acercó a la mesa y puso la mano sobre la primera camiseta de la pila. Se veía dibujado el London Eye. Se la había regalado a Christian con la promesa de que algún día lo llevaría a Londres con los bolsillos repletos de dinero y subirían a la noria panorámica. «Y desde allí nos mearemos en la cabeza de todos los moros petroleros de Londres», le había dicho. Miraba la camiseta y le parecía que también lo acusaba de la ausencia del cuerpo que hacía unos meses había vestido. Retiró la mano y apretó el puño hasta que notó que las uñas se le clavaban en la palma.

—¿Has visto cuántas cosas tenía Christian? —le preguntó su madre con una sonrisa tierna—. Es increíble la cantidad de cosas que rodean a las personas, muchas inútiles, que no sirven para nada. Camisetas, zapatos, juguetes... No da tiempo de usarlos. —Se pasó la mano por el pelo, que había encanecido y caía por las sienes en mechones sin brillo. Nicolas miraba al suelo, no acertaba ni a asentir, seguía apretando la mano como si empuñara aquella pistola que no había sido capaz de usar, inútil—. Nicolas —le dijo su madre. Cuando lo llamaba por su nombre completo, y no Nicolino ni Nico, era que quería decirle algo serio—: A ti te pasa algo —prosiguió, dejando la plancha de pie sobre la tabla de planchar y acariciándole el pelo, como hacía cuando era pequeño, más pequeño que Christian.

—No me pasa nada, mamá —contestó él en un tono que quería parecer firme.

—No te creo. Te veo abatido, triste... Escucha. Son frases que se dicen pero son verdad: una madre conoce a su hijo. Una madre sabe que su hijo ha estado en el mar. Una madre sabe que su hijo carga con un peso que lo consume. Una madre no se equivoca, Nicolas.

—Mamá... —dijo él, pero no le llegaba aire de los pulmones.

—Aunque para una madre —continuó Mena, que lo miraba con los ojos de quien no tiene nada que perder—, aunque para una madre todos los hijos son iguales, no es verdad en mi caso. Christian era mi vida, ya lo sabes, pero tú siempre has sido distinto. Christian era el hijo de mis entrañas, tú eres de otra pasta. A él le he hecho muchas caricias, a ti muy pocas. Me he equivocado, yo tengo toda la culpa. —Pausa. Se oyó una voz en la calle que llamaba a alguien y de nuevo el silencio—. Soy yo quien no se dio cuenta, quien no supo protegerlo. Creía que lo veía todo, que tu padre no entendía nada y yo sí... Pero al final ¿de qué ha servido saber lo que hacíais? Me engañaba, eso es.

—Mamá...

—No te has equivocado, Nicolas, te lo aseguro. Mataron a nuestro pequeño. No había hecho nada, siempre lo mantuviste al margen. Era inocente como un ángel. También su hijo es un ángel. ¿Cómo se puede matar a un ángel? No se puede, Nico, ya te lo digo. No se mata a un ángel.

Nicolas sintió que el cuerpo se le relajaba y el dolor de cabeza remitía, como si la sangre por fin volviera a circular, a fluir libremente.

—Entonces, sabes lo del hijo de Dientecito...

—Una madre lo sabe todo, Nico, ya te lo he dicho. ¿Te acuerdas de cuando eres pequeño e ibas a las monjas? Un día estabas dando vueltas a una palmera que había en el patio y de pronto te pusiste a pegarle a un compañero, ¿te acuerdas?

Nicolas solo levantó la cara y murmuró que no. Seguía pensando en lo del ángel. No, nunca podría matar a un ángel. Su madre tenía razón. Era fácil, por eso no podía, y, cuanto más se lo decía, más en su ser se sentía.

—¿Y te acuerdas de la madre Lucilla, la monja? Me llamó y tú estabas muy enfadado. Te pregunté por qué habías hecho aquello tan feo y me dijiste: «Mamá, ese niño me pegó un día y yo le he pegado hoy porque quien me hace daño una vez no debe volver a hacerme daño nunca.» Nico, eras muy pequeño pero ya eras el más fuerte. Y sigues siendo el más fuerte. Siempre has pisado fuerte, nunca has dudado, e incluso cuando te equivocabas lo hacías para bien. Siempre has sido un hombre, incluso de pequeño. Más hombre que tu padre. —Se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Una brisa ligera había abierto la hoja y ella se inclinó hacia fuera para engancharla al seguro. Cuando se volvió, quedó recortada contra la luz tenue de la calle. Parecía el retrato de una santa—. Has hecho lo que debías, Nico. Hagan lo que hagan los hijos, las culpables son las madres. Incluso cuando pierden a un hijo son culpables. —Se le acercó de nuevo con la misma sonrisa tierna—. No os he atendido como debía y una madre debe estar siempre cerca de sus hijos. Puede que yo te haya dado poco, pero tú has cogido lo que necesitabas. Lo que no te he dado te lo has cogido tú. Si ahora quieres cogerlo todo, pues cógelo, pero de verdad. De nada sirve llorar. Me lo digo a mí misma también: basta de lloros, Mena. Si el buen camino no te ha dado nada, a lo mejor el malo te da algo. Eres un hijo especial. Tienes dieciocho años, eres un hombre. Haz lo que tengas que hacer y hazlo bien. Quien me ha quitado a Christian tiene que pagarlo.

Nicolas tuvo ganas de apoyar la cabeza en su pecho, como hacía cuando, con cinco años, se escondía en el armario y la llamaba para que lo buscara. Pero fue un instante. Ya era un hombre; mejor dicho, siempre había sido un hombre. Se sintió mal. Por un lado, tenía la sensación de que las palabras de su madre lo protegían; por otro, le parecía que aquel mandato que ella le daba, su consentimiento, era mala cosa, porque parecía que necesitaba que su madre se lo ordenara para hacer lo que debía hacer, como si no pudiera hacerlo solo. Quiso superar la confusión del único modo que conocía:

—Mamá, te quiero.

—Yo también a ti, Nicolas. —Le cogió la cara y lo besó en la frente—. Siempre estaré contigo. Y ahora más. —Desenchufó plancha y se dirigió a la habitación de sus hijos con la pila de camisetas—. Quien nos hace daño una vez no debe volver a hacernos daño nunca —la oyó murmurar.

## SOTA DE COPAS

Hasta que llegó a las inmediaciones del barrio de Ponticelli hizo buen día. A pesar de ser otoño, hacía calor y el sol pegaba fuerte en la cabeza recién rapada de Nicolas, pero soplaba un vientecillo que casi parecía impulsar la T-Max.

Esa mañana, reapareciendo de la nada como había desaparecido, les había dicho a sus hermanos:

—Para salir de las arenas movedizas tenemos que hablar con don Vittorio.

Los había citado en la madriguera y todos habían convenido: sí, eso era lo que había que hacer. De la frustrada incursión del hospital nadie había dicho una palabra y, en cualquier caso, ya sabía él que la venganza pasaba por otra cosa. Volvía a ser el Marajá, a mirar a los suyos a los ojos: uno a uno, de Bizcochito a Dragón. El límite es el cielo.

Quería llegar a Conocal por detrás, sin entrar en Ponticelli, solo para disfrutar de aquel aire. Aquel aire se lo llevaba todo consigo, pero suavemente, como si cogiera los malos pensamientos de la mano.

Hacía tiempo que no veía al Arcángel. Desde la última vez había recorrido un largo camino y el dinero que sentía contra los muslos era prueba de ello.

Vio de lejos a los hombres del Gatazo, solo ellos podían liarse tranquilamente un porro sentados en el capó de un Mercedes. Mostraban la misma seguridad que muestran los carceleros que custodian a un preso importante. Nicolas buscó otros accesos: dio la vuelta al barrio, bordeó el distrito de Lotto Zero (otros dos hombres, esta vez en moto), recorrió las calles que lindaban con San Giorgio a Cremano, convencido de que estarían menos protegidas, pero se encontró con un todoterreno de cristales ahumados.

Quieren enterrar vivo a don Vittorio, pensó. Se había parado a cierta distancia, en la terraza vacía de un bar. El día se había puesto feo, hasta la brisa había cesado. Llamó a Pajarito: si sabía cómo salir de Ponticelli, también sabría cómo entrar. A los cinco minutos oyó el ruido inconfundible de la moto. Lo vio aparecer por la curva a toda velocidad, muy inclinado. Paró delante de él y no había puesto los pies en el suelo cuando ya se subía la camiseta para enseñarle su nuevo tatuaje. En el pecho blanco y flaco se había dibujado cuatro orificios de bala.

—¡Guau! ¡Qué bueno, igualito que Lobežno! —exclamó Nicolas, en parte por complacerlo y en parte por gustarle de verdad.

En cuanto se bajó la camiseta, Pajarito empezó a quejarse como siempre: que lo llamaba solo cuando le convenía, que si bastante vida de mierda llevaba, que si tenía que vender por cuatro perras, que si ahora los vigilaban los hombres del Gatazo.

—Marajá —dijo al final—, soy el único que entra y sale como quiere, me muevo como el

viento.

Nicolas le dio suavemente con el puño en el hombro.

—Ya lo sé, por eso te llamo. Necesito tus superpoderes.

Pajarito sacó pecho y, sin decir palabra, salió a toda pastilla. Nicolas lo siguió. Entraron en un aparcamiento que había cerca de la A3, atravesaron un cementerio de caravanas oxidadas y se detuvieron junto a una valla de chapa que limitaba con via Mastellone: por allí se entraba en Ponticelli. Pajarito se acercó a un panel suelto, lo quitó sin esfuerzo y lo tiró al suelo, levantando una nube de polvo.

—Adelante, Nicolas.

Nicolas le hizo una leve reverencia y entró.

Aquella parte de Ponticelli estaba aún más desolada si cabía. Se quedaba sin vida. Las pocas tiendas que había tenían las persianas echadas y cubiertas de pintadas y no se veía a casi nadie por la calle.

Una guerra nuclear, se dijo Nicolas. Una guerra de asfixia, un largo asedio cuyo único objetivo era agotar los recursos del Arcángel y reducirlo a la miseria, a la parálisis, a la muerte por inanición. Tarde o temprano el Gatazo vencería, pensaban todos.

Todos menos el Marajá.

Aparcó bajo los arcos del edificio en el que estaba el apartamento-celda de don Vittorio el Arcángel. Miró las persianas bajadas por si veía asomados los ojos del Cigüeñón, el factótum de don Vittorio, y llamó a la puerta de la profesora Cicatello. Esta le abrió con el delantal de siempre puesto, lleno de manchas. Nicolas le dio los buenos días lo más educadamente que pudo, pero lo fastidió todo cuando soltó: «Hostia puta», al acordarse de la bailarina de porcelana que se había dejado en el maletero de la moto. Corrió para coger la figurita. Cuando volvió, la profesora seguía donde la había dejado y le puso la figurita en la mano diciendo: «Pago por anticipado, señora, que si no luego me olvido.» Demasiados imprevistos había tenido como para perder tiempo en saludos y, además, conocía el camino. Pasó por delante de los chavales a los que la profesora daba clases y llegó a la cocina: escalera, trampilla, tres golpes bien dados en el techo con el mango de la escoba. El Cigüeñón le abrió casi sin mirarlo, porque el Arcángel gritaba:

—¡Me cago en la puta!

Estaban delante de ISS Pro Evolution. El Arcángel empuñaba el mando del videojuego como si fuera un mando a distancia, con una sola mano, y lo agitaba ante el televisor como si así pudiera dirigir a los jugadores.

—¡Joder! —decía.

Se había levantado, nervioso, y Nicolas observó que los vaqueros que llevaba le estaban al menos dos tallas grandes. Una camiseta que en algún momento debió de ser de un rojo vivo le colgaba arrugada de un lado y el jersey que llevaba mal echado por los hombros estaba cubierto de pelusa. A don Vittorio le sale borra, pensó Nicolas, y aquella imagen relajó la tensión que se había apoderado de él al entrar. Aquel día se jugaba parte de su futuro y debía enfrentarse a aquel hombre que olía a sucio y a viejo, que olía a muerte.

—¿Cómo podéis divertirnos con estas chorradas? —estaba diciendo don Vittorio antes de apagar el videojuego de un manotazo que le pegó al mando—. Cigüeñón, ve a hacer café, anda, que tenemos un invitado importante.

—Eso, aquí está Ceniciento para haceros el café —gruñó el Cigüeñón antes de desaparecer

por la puerta de la cocina.

En cuanto estuvieron solos, Nicolas puso al Arcángel al corriente de los negocios, le comentó que las cosas iban bastante bien, enfatizando aquel «bastante», y entonces se sacó del bolsillo dos fajos de billetes.

—Esta es la parte del clan Grimaldi.

El Arcángel sopesó los fajos un momento, dubitativo, con los ojos entornados.

—¿No cuenta usted el dinero, don Vittorio?

—Hay dos tipos de personas, Nicolas: las que cuentan el dinero y las que lo pesan. Las que lo cuentan no tienen. Las que lo pesan tienen. ¿Sabes cuánto pesan mil millones de liras?

—¿De qué?

—¿De liras, hombre! La moneda que había antes del euro. Trece kilos cuatrocientos gramos.

—¿Coño! ¿Y cuánto hay aquí?

—Unos cincuenta mil euros —contestó don Vittorio sin dudar—. Si la vendiera yo, sacaría el doble. Ese absurdo método tuyo de Google...

Nicolas no rechistó, no quería volver al tema, había ido allí por otro motivo. Sabía lo que quería pedir, pero no sabía cuándo hacerlo y, si el viejo se ponía de mal humor, todo se iría al traste. Quiso sondear el terreno:

—Dígame, don Vittorio, ¿viene a visitarlo alguna mujer?

—No, porque he perdido el número de mi madre, pero ¿qué preguntas me haces? ¿Qué confianzas son esas? —contestó algo sorprendido el viejo, aunque sonriendo.

—Es que, don Vittorio, me preocupa que, con Ceniciento aquí... —e indicó la cocina con la cabeza—, entre café y café, les dé por echar un casquete... Sé que es usted mayor, pero a lo mejor aún se le empina.

Don Vittorio seguía sonriendo:

—Pues ahora que lo dices, creo que me tiré a tu madre, una moza de Forcella, hará unos dieciocho años... A lo mejor eres mi hijo.

—Podría ser, don Vittorio.

Al Arcángel le divirtió aquel comentario y, sin dejar de sonreír, lo invitó por fin a sentarse.

—Dime una cosa, Nico: ¿las armas que os di no las tendréis en la madriguera de Vicolo dei Carbonari?

—¿Y cómo sabe usted que tenemos esa madriguera?

—Yo lo sé todo de ti. Yo te he hecho. La manzana no cae lejos del árbol. Tú eres mi manzana.

—Eso de la manzana me suena un poco a maricas, perdone que le diga, don Vittorio. Yo soy Adán, no Eva.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué maleducado eres!... Entonces, ¿dónde guardáis las armas?

—En lugar seguro.

—Pero, a ver, ¿dónde? —El Arcángel había hecho una inversión y tenía derecho, como empresario que era, a saber cómo iba—. Tú te fiarás de tus amigos, pero yo no me fío tanto. A mí en veinte años no me han encontrado nada.

—Están en casa de una cuidadora, en Gianturco. Lugar más seguro que ese, ni el cuartel de los carabinieri.

—Bien. Y bien por tu banda, os lo habéis montado de maravilla. Estás convirtiéndote en el

príncipe de Nápoles, sí, señor.

Nicolas enarcó la ceja.

—En eso se equivoca, don Vittorio. ¿Sabe usted lo que significa «marajá» en sáns-cri-to? —dijo deletreando bien la última palabra y haciendo una breve pausa antes de pronunciarla, como para tomar carrerilla y no tropezar con la complicada dicción—. Significa gran rey. Y le aseguro a usted que yo no he nacido para ser príncipe: soy el rey.

—Gran rey... —repitió el Arcángel y, por la cara que puso, no se supo si estaba enfadándose o recordando los tiempos en los que el rey de Nápoles había sido él—. Los grandes reyes tienen espada, ¿sabes? Es su carné de mando. ¿Has cumplido los dieciocho? ¿Tienes carné de conducir? —Nicolas asintió, cohibido—. Muy bien —continuó el Arcángel—. Pero el carné más importante es el carné de la navaja.

Y sobre el hule que cubría la mesa apareció una navaja. Nicolas la cogió como si ya fuera suya. El mango era de cuerno negro y contaba con una placa en la punta. Era el seguro. Sabía para qué servía. Había visto muchos cortes en la palma de la mano provocados por la extracción brusca de la navaja de la tripa de un animal... o de un hombre. Pulsó el botón lateral y la hoja salió como el rayo. Aquel sonido —chas— también lo conocía bien. Solo entonces, al verse reflejado en el acero, recordó que debía dar las gracias, pero enseguida la curiosidad puso fin a los cumplidos:

—¿Ha matado usted a alguien, Arcángel? Quiero decir, con sus propias manos.

—¡Esa mala educación, Nico! Estoy seguro de que tu madre te ha educado bien, pero tú te has vuelto un grosero —dijo el Arcángel abriendo los brazos y dejándolos caer despacio sobre las piernas.

—Va, dígamelo, Arcángel. —Nicolas cerraba la hoja con la palma y la abría apretando el botón con el pulgar.

—Disparar sabe cualquiera —contestó don Vittorio—, no se necesita nada. La técnica arruina el valor, ¿no te han enseñado eso en la escuela? Antes, los jefes no usaban pistolas, por eso los respetaba todo el mundo, sabían defenderse con las manos.

Nicolas abría y cerraba la navaja cada vez más rápido. El ruido metálico aligeraba al menos parte de la tensión. Recordó un par de libros sobre la mafia en los que se decía que los viejos capos consideraban indigno llevar armas de fuego y honroso pelear con navaja.

—Luchar con una persona y vencerla nos hace respetables, dispararle por la calle nos vuelve como todos.

Aumentó el ritmo. La práctica hace al maestro, pensó.

—¡Y ahora basta de tonterías, Nico! —El viejo fue a un estante que le quedaba a la altura de la cabeza, retiró una botella de buen vino y un par de barajas gastadas, cogió un puro a medio fumar y empezó a encenderlo dando tres o cuatro chupadas. En ese momento llegó el Cigüeñón: el café estaba listo.

Nicolas se guardó la navaja en el bolsillo trasero y lo intentó con otra pregunta:

—¿Y está usted aquí siempre encerrado? —El Cigüeñón cogió dos tacitas y las puso en una mesita cuyo cristal se veía ya opaco—. Don Vittorio —prosiguió Nicolas—, ¿no siente que le falta el oxígeno?

—Es la voluntad del Señor —contestó el Arcángel. Por fin había encendido el puro y fue a sentarse en el sillón articulado que siempre ocupaba.

—¿De veras cree que el Señor quiere tenerlo a usted enjaulado? —Nicolas sentía que había agotado los preliminares y esta sensación de dar rodeos en torno al verdadero motivo de la visita le recorrió todo el cuerpo—. Don Vittorio, ¿puedo preguntarle una cosa?

—¿Pues qué has hecho todo el rato? Hale, dame más la tabarra, pero acaba pronto. —Don Vittorio el Arcángel le daba permiso para ir al grano.

Nicolas se levantó como si quisiera aprovechar el impulso del cuerpo para hacer que las palabras salieran, pero se quedó callado y se puso a pisar los ribetes de la alfombra con la punta de las Nike.

El Arcángel esperó un momento, de buen humor, pero al final se cansó:

—¿Es que te has tragado la lengua, Nico?

—Tiene que pasarme su contacto —dijo Nicolas, como quien confiesa a la novia que la engaña.

—¿Cómo dices? —No lo preguntaba con rabia, sino con incredulidad.

—Su contacto —repitió Nicolas—, el hombre que le pasa la mercancía, hierba, hachís, cocaína...

—Hum. —Un sonido grave, como de instrumento de metal, le salió de la garganta. Acto seguido, el Arcángel se levantó y se quitó la correa.

Nicolas se puso tenso, pero estaba preparado. Aceptaba el correazo, sí, aquel viejo estaba en su derecho.

Pero el Arcángel lanzó la correa lejos, contra las persianas, metió los dedos por el elástico de los calzoncillos y con un único movimiento se bajó los pantalones y todo lo demás, dejando a la vista un cuerpo rugoso pero no completamente ajado. Se volvió despacio y se puso a cuatro patas.

—¡Va, Nico, métemela! ¡Ánimo! Dame por culo.

Ante aquel trasero flácido, Nicolas prorrumpió en una carcajada incontenible. El otro se irguió ágilmente, se recompuso como mejor pudo y se encaró con él. Lo embistió con la tripa y le hizo retroceder. Pillado desprevenido, riéndose todavía, Nicolas notó que se quedaba sin respiración. Las manos inesperadamente fuertes del Arcángel lo estamparon contra una estantería vacía, que se tambaleó y a punto estuvo de caerle encima.

—¡A mí no me hace ninguna gracia, renacuajo! —El Arcángel seguía empujándolo contra el mueble—. ¿Cómo te atreves? —dijo una vez—. ¿Cómo te atreves? —dijo dos veces, aumentando el tono—. ¿Cómo te atreves? —dijo tres veces, en voz tan alta que a Nicolas le dolieron los tímpanos—. ¡Ahora hasta las pulgas hablan! ¿Quieres hacerte el rey en mi casa? ¡Pobre diablo!

—No, no... —quería explicarse Nicolas—, déjeme hablar, don Vittorio... ¡Déjeme hablar!

—¿Que te deje hablar, mocososo?

Le dio otro empujón, este más fuerte, casi a la altura del cuello. Nicolas se golpeó la cabeza y por un instante pensó en reventarle la nariz de un cabezazo para, aprovechando el momento en que la sangre le nublara la vista, escapar de allí, pero se controló. Había mucho en juego y eso lo mantenía lúcido. Clavó los ojos en los de don Vittorio como si fueran dos alfileres.

—¿Me deja hablar? Sé que los contactos son cosa personal, pero la mercancía se acaba. Usted se mueve muy despacio. Usted se ha quedado con la sota de copas. El mundo juega con la Play, don Vittorio, y usted no ha pasado de la brisca. Están dejándolo sin oxígeno.

—Cuanta más mercancía vendas, más te daré —dijo el Arcángel. Empezaba a pasársele la rabia. ¿Que el chaval quería más mercancía? Pues se la daría. Pero el contacto no, el contacto es

sagrado, el contacto es como la mujer, como los hijos de uno. Más aún incluso, porque da de comer a la mujer y a los hijos de uno.

—Don Vitto, usted, y se lo digo con todo el respeto, no tiene dinero para comprar tanta mercancía. Las zonas de venta que mi banda consiguió está recuperándolas el Gatazo. —Nicolas había logrado desasirse. Estaba inclinado, jadeando, y la camiseta torcida dejaba ver el araño que acababa de hacerle junto a la carótida—. Podemos conseguir el mar —continuó— y usted se conforma con bañarse en la pecera.

—¡Tú sí que eres un pececillo —replicó el Arcángel— chapoteando en tu pecera de Forcella! Nicolas se irguió, sacó pecho y perdió la paciencia que hasta aquel momento había tenido.

—¡Don Vitto, Forcella está en el centro de Nápoles, nosotros estamos al lado del mar! ¡Es usted quien está en una jaula! Su barrio se ha convertido en una cárcel.

—¡Maldito seas! —chilló el Arcángel y se abalanzó otra vez sobre él, pero el Cigüeñón, que hasta ese momento había estado mirando a la espera de una señal, se le anticipó. Se acercó por detrás a Nicolas, le puso la zancadilla, lo tiró al suelo y le dio una patada que lo hizo rodar hacia la trampilla abierta.

Nicolas cayó en la cocina de la profesora Cikatello y el golpe estremeció las paredes del apartamento. Acudió el marido de la profesora, seguido de la profesora misma, y los alumnos se asomaron a la puerta. Nicolas se puso en pie como si nada y, maltrecho, con un corte en la mejilla y la cara manchada de sangre, se abrió paso por entre aquella pequeña multitud.

—Me he resbalado, ¿qué pasa? ¿Es que no puede uno resbalarse? —murmuró, dirigiéndose más a sí mismo que a aquellas caras pasmadas.

## EN LA RATONERA

Dientecito ya llevaba viviendo en el garaje de su madre más de cinco meses. Del techo colgaba un cable deshilachado con una bombilla que iluminaba aquel recinto de cuatro por cinco metros completamente vacío porque el año anterior lo habían vendido todo. Varias capas de cartón le servían de colchón y otras dos de manta y, en la mesita, una caja de fruta, tenía una botella que llenaba de agua en el grifo de la comunidad. Se pasaba el tiempo reconstruyendo los últimos meses. No paraba de dar con cosas que podría o no podría haber hecho o podría haber hecho de otro modo, pero no podía cambiar el pasado. De cuando en cuando unos golpes metálicos lo devolvían al presente. Le traían un plato de lasaña o de pasta. Después volvía a su oscuridad como una bestia que ha satisfecho sus necesidades básicas.

Un día, después de los consabidos golpes en la persiana que anunciaban la comida, encontró, en lugar de alimento, dos billetes de diez euros. Su madre había estado enferma, no había podido hacer la compra y trataba de compensarlo así. Estuvo dándole vueltas a los billetes una hora y al final el estómago decidió por él.

Con aquel dinero deambuló por la ciudad como un vagabundo. Los ojos enrojecidos por el encierro, el hedor acre de la suciedad, el andar cansino. La gente lo evitaba, creyendo que era un drogadicto con síndrome de abstinencia, pero él no veía a nadie. Se sentía como rodeado de algodón. Se imaginaba inmerso en una gelatina gigante fuera de la cual se movían Dumbo, Simioperro, Nicolas. Quería alcanzarlos, pero sus movimientos eran lentos, torpes.

Necesitaba un local de comida rápida. Con veinte euros podía comprar la comida y la cena de ese día y hasta la comida del siguiente. Caminaba echando ojeadas a diestro y siniestro y por todas partes veía a Nicolas. Entonces, se escondía en un zaguán o detrás de un coche y luego proseguía. De pronto apareció, como por arte de magia, piazza Principe Umberto. Era su punto de venta, la zona que la banda le había asignado, un hormiguero en el que todos tenían un papel preciso: los centinelas, apostados relajadamente en las esquinas con la mano lista para enviar un wasap si aparecía la policía; los clientes, entrando con paso seguro en el portal; los jefes de zona, paseándose sin perder ojo a todos los movimientos. Era una danza coordinada y perfecta. En cierto sentido, aquella visión lo reconfortó: el encierro no le había embotado los sentidos. Oía a los clientes murmurar «¿Qué tienes?» como si fuera una contraseña con la que obtendrían papelines de coca o bolitas de hachís. Y entonces empezaba otra clase de danza. Una mano se acercaba a otra mano, la droga, entre los dedos medio y anular, pasaba al cliente, quien, a su vez, entregaba el dinero que llevaba entre los dedos medio e índice. Manos que tomaban y manos que daban.

Dientecito calculó que en los quince minutos que llevaba allí se habrían vendido al menos mil

euros. Mil euros que habrían podido ir a su bolsillo.

*Te show must go on:* todo seguía funcionando aunque él no estuviera.

Notó un retortijón y una bocanada de algo ácido subiéndole por la garganta. Lanzó un escupitajo amarillento y corrió al local de comida rápida. La cola, compuesta sobre todo de turistas, llegaba a la calle. Últimamente había muchos turistas en la ciudad: el sol, el mar, un metro que es toda una obra de arte, nada de terrorismo.

Escupió otra vez y se colocó detrás de una mujer que llevaba un sombrero de paja de ala ancha. Al volverse a hablar con sus amigos, la mujer acabó dándole con el sombrero y Dientecito reaccionó: en su ciudad, él no tenía que hacer cola.

Avanzó por la fila, entró en el local y se plantó detrás de un chaval que recogía el cambio. En cuanto lo vio, el encargado le llamó la atención diciendo «Que te veo, tío. Sal ahora mismo y ponte a la cola como todo el mundo». Dientecito, sin decir nada, localizó una mesa de mármol para dos personas y, con la rabia que sentía, la levantó casi sin notar el esfuerzo y se la lanzó. El otro la esquivó tirándose al suelo. Dientecito le arrebató de las manos el cucurucho al chaval y salió a la calle, poniendo en fuga a los aterrorizados turistas que habían estado haciendo cola. Por fin se sentía nuevamente vivo.

Acabó de comer en el garaje, de pie. «¿Y ahora?», se preguntaba en voz alta. «¿Y ahora?» No podía estarse quieto, tras aquella bocanada de aire fresco le resultaba insoportable seguir en aquella ratonera. Arrojó el papel a un rincón y empezó a dar vueltas, pegándose puñetazos en la frente y en el pecho. Estuvo así un buen rato y al final se dejó caer en el suelo, agotado. Cuando despertó, no sabía si era de día o de noche, pero no importaba: ya era hora de ir a ver a la Koala y conocer a Antonello. Abrió la persiana y vio que aún era de día; a paso ligero, llegó a casa de la Koala.

La joven llevaba una camiseta XXL y unos pantalones cortos de los Chicago Bulls de Dientecito que le llegaban a las pantorrillas. Parecía una niña jugando a ser mayor. Se abalanzó sobre él, lo abrazó, lo besó en la boca, pero él se apartó como si fuese ella la que olía mal. Pero la Koala seguía y lo tocaba por todas partes, como si quisiera comprobar que estaba entero, mientras le decía que había estado muy preocupada pero que aun así no había ido a la policía. Dientecito dejó que se desahogara, con los brazos caídos, como si fuera una penitencia.

—¿Por qué no has venido antes? —le preguntó, pero él no tenía respuesta, ni siquiera para sí mismo—. No importa —continuó ella, que temía que desapareciera otra vez—, lo único que importa es que ahora estás conmigo, con nosotros.

Lo tomó del brazo, delicadamente, pidiéndole de ese modo que se acercara con cuidado a su hijo y entonces lo condujo al salón, donde, en un sofá y rodeado de cojines, dormía Antonello. Era la primera vez que Dientecito veía a su hijo y aquella criatura tan suave y tranquila le despertó una ternura que le humedeció los ojos; despedía un olor a talco que le infundió cierta paz interior.

Quiso retirar la manta, cogerlo en brazos, darle quizá un beso, pero temió despertarlo, le acariciaría solo el pelo, que ya era espeso y negro, como el suyo. La Koala dejó que hiciera lo que quisiera: ¡había temido tanto perder a su hombre, criar al niño sola! En cuanto Dientecito dio un paso atrás, para seguir contemplando a aquella criatura que era suya, la Koala se le abrazó de nuevo y lo llevó al dormitorio. De novios se pasaban muchas horas tumbados; ella se abrazaba al cuerpo flaco de él y él le acariciaba la espalda, de la nuca a las nalgas. La Koala lo tumbó y se le abrazó de aquel modo, como solo ella se abrazaba, como antes se abrazaban los dos. Sentía que Dientecito no había ido por eso —sintió estar abrazando un tronco—, pero esperaba que aquello

bastase para recuperarlo, para volver a empezar... los tres.

Las imágenes de aquel futuro se vieron interrumpidas por el llanto repentino de Antonello y la Koala se levantó enseguida; Dientecito acudió también cuando ya ella estaba desnudando al pequeño en el cambiador. Por la persiana entraba un sol rosado que iluminaba la piel del niño y hacía que todo él resplandeciera. Parecía el Niño Jesús. Pero cuando la Koala le levantó el bodi, Dientecito vio algo que desentonaba en aquel precioso cuadro.

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué es eso? —preguntó acercándose a Antonello. En la piel blanca del niño destacaba una marca morada, un poco más abajo del pezón izquierdo. Eran un círculo y otro más pequeño dentro del primero, de bordes irregulares, como si la presión no se hubiera ejercido homogéneamente, como si quien le había puesto allí la pistola no hubiera tenido el valor de llegar hasta el final.

A la Koala se le saltaron las lágrimas al recordar aquel primer día de vida de su hijo que a punto había estado de ser el último, pero se sobrepuso y, colocándole el pañal y el pelele al pequeño con ademanes rápidos, dijo con dulzura:

—Ya está bien. La Virgen lo protege, no te preocupes.

Dientecito no tuvo que preguntar más: en su mente había visto representada toda la escena con tanta claridad como aquel cardenal en el cuerpo de su hijo que acababa de ver. ¿Se le quedaría para siempre, como si fuera un tatuaje? Era el beso de la muerte. ¿Hasta cuándo Nicolas no se atrevería a apretar el gatillo, hasta que su hijo cumpliera cuántos años? No lo permitiría, no contaría Nicolas los días de su hijo con un reloj de arena.

La Koala, al verle la cara descajada por la rabia, había cogido a Antonello y se lo había llevado al pecho. El niño había dejado de llorar, pero ella seguía meciéndolo.

—Tranquilo, Giuseppe, que me das miedo. —Y dio dos pasos atrás.

Dientecito soltó una carcajada extraña, como si la joven hubiera dicho algo gracioso. Claro que debía dar miedo. Fue a un aparador, retiró un par de tapetes y hundió la mano en un cuenco lleno de monedas, caramelos, llaves de todo tipo. Hurgó un momento hasta que encontró lo que buscaba: la llave de la moto de la Koala. La había escondido ella misma allí cuando, al comprobar que estaba embarazada, renunció a la moto. Dientecito soltó otra carcajada, sorprendido de recordar aquel detalle, y dijo:

—Tengo que irme.

Salió corriendo y, al pasar al lado de su hijo, la Koala retrocedió y apretó más a Antonello contra su pecho. Aquel ya no era su Dientecito. Entre sollozos, llamó al White, quizá a él lo escuchara, quizá pudiera hacerlo entrar en razón. El móvil sonó una, dos, tres veces, sin respuesta; quiso soltar alguna maldición, por no poder contar tampoco con el cobarde de su hermano.

Se sentó en el sillón, con el niño en brazos, mientras el sol se ponía, como si estuvieran solos en toda la ciudad, solos en toda la tierra.

## ALTA VELOCIDAD

«¡Tenemos que dejar de ser la última rueda del carro de Europa!», «Nápoles es una gran ciudad turística», «Nápoles, la joya del Mediterráneo»... Las voces que retumbaban dentro le llegaban allí, al balcón del Nuovo Maharaja al que solo él podía acceder. Era un reservado del reservado. Se accedía por una salida de emergencia que Oscar había instalado para contentar al inspector de trabajo. En realidad, no era una vía de escape, porque daba a un balcón semicircular que miraba al golfo. Nicolas solo había llevado allí a Letizia y una vez hasta hicieron el amor, abrazados al pie de la barandilla de hierro forjado. No cabían más que una tumbona y un minibar, cuyo cable de alimentación pasaba por debajo de la puerta.

Siempre que ocupaban el Nuovo Maharaja para celebrar alguna fiesta, como aquella noche, aquel era su refugio. El abogado Caiazzo, que había ayudado a Nicolas y a los suyos a obtener la suspensión condicional de la condena por tráfico de drogas, había organizado una recepción en honor de cierto pez gordo del Estado. Asistía todo su gabinete, un puñado de políticos locales y burócratas varios. El mismo abogado le había escrito un mensaje y Nicolas, irritado por la adulación que latía en cada palabra, solo lo había leído a medias: «Me gustaría mantener una charla con el nuevo príncipe de la ciudad...», etcétera. No le había contestado y el abogado lo había llamado una y otra vez. Nicolas apagó el teléfono. Hoy me tomo el día libre.

Había fracasado con el Arcángel, pero algún modo habría de conseguir el contacto. «Y si lo hay, lo encontraré.» Debía sobreponerse, recuperar el mando.

Se acercó a la baranda y se situó de espaldas al mar. Miró hacia arriba y las piernas empezaron a temblarle. Sentía vértigo al ver aquel cielo que se cernía sobre él. Se trataba de una debilidad suya más cercana a la atracción que al miedo y le gustaba sentirla de cuando en cuando, como para recordarse que también era dueño de sus emociones.

En el reservado seguía la fiesta. Pichafloja, empeñado en construir la pirámide de copas de champán que había visto en un anuncio, había requisado todas las botellas de Moët & Chandon y se abría paso por entre los invitados asegurándose de que no tenían con qué brindar y comentándoles que no tardaría el camarero en servirles más. En efecto, el camarero aparecía con otra botella y, al poco, desaparecía también.

Dragón y Lollipop estaban en la puerta del reservado. Habían dispuesto tres rayas de coca en un espejito que iban pasándose, indiferentes a la gente que pasaba ante ellos.

—La coca «mariposa» hace volar —dijo Lollipop antes de aspirar la raya de una sola vez, como se aspira el aire cuando se ha contenido mucho rato el aliento. Dragón, por su parte, prefería otra técnica, que consistía en aspirar poco y a intervalos rápidos e instantáneos. Los dos miraban admirados a Briato. Llevaba unos vaqueros desgarrados, unos mocasines sin calcetines y una

camisa lila desabotonada hasta el esternón. Completaba el conjunto un bastón de paseo con pomo en forma de calavera plateada, que solo usaba en las fiestas, porque quería dárselas de lord que puede permitirse ese capricho.

—¡Aquí viene el conde! —dijo Lollipop, pero Briato, sin hacer caso, se pasó la mano por el pelo, que estaba dejándose crecer y mantenía a raya con kilos de fijador. Estaba mirando a una chica que, enfundada en un traje sastre gris, parecía recién salida de una reunión.

—Pero tío, ¿es que te han comido la cabeza? —dijo Dragón.

—¡Quia! —dijo la novia de Dron, que había observado la escena de reojo—. ¡Lo que parece es Johnny Depp!

Satisfecho, Briato sacó pecho y, caminando muy ufano, se dirigió hacia Dragón y Lollipop y se plantó entre los dos sin quitar ojo de la misteriosa joven.

—¿Treinta años? —preguntó.

—Más o menos —contestó Dragón.

—Seguro que tiene estudios —dijo Briato.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque coge el vaso por arriba. Otra lo cogería por debajo.

—Sí —intervino Lollipop—, ahora hay que tener carrera para llevar unos tacones de puta como esos.

—¡Está buenísima, buenísima! ¡Allá voy! —dijo Briato y se arrancó todo lo rápido que le permitía la pierna—. ¿Te has hecho daño? —le preguntó a la chica rubia, afectando preocupación.

—¿Por qué lo dices? —contestó ella, frunciendo el ceño.

—Porque quiero saber si tengo que llamar a la ambulancia.

—No te entiendo —repuso la rubia, cada vez más a la defensiva.

—¿Te has hecho daño, estrella, al caer del cielo?

La chica sonrió —un destello blanco de los dientes— y retrocedió un poco, pero aquella audacia cursi le había hecho gracia y le había hecho sentirse halagada.

—Me llamo Valentina —dijo antes de flexionar una pierna y apoyarla sobre la pantorrilla de la otra. Se sostenía sobre aquel único tacón fino, elegante como un flamenco, un irresistible flamenco rosa. Apoyados los dos como estaban sobre una sola pierna, parecía su alma gemela y, por un instante, también él se sintió ligero y elegante.

—Nadie sabe mi verdadero nombre —contestó Briato—, pero a ti puedo decírtelo: Fabio.

Ella volvió a reír, esta vez más abiertamente, tanto que a punto estuvo de derramar el mojito. Briato la cogió por la muñeca y le puso la otra mano en la cadera. La chica no se apartó, pero, al volver a apoyar los dos tacones en el suelo, se rompió el hechizo. Le preguntó por su edad, parecía curiosa.

—Veintiocho —contestó Briato. Iba a decir dieciocho, pero al final añadió diez por si colaba.

—¿De veras? Pues pareces mucho más joven. Tienes suerte.

—Es que me haces rejuvenecer, Valentina.

Briato la había soltado y Valentina había acortado la distancia que los separaba. Tiene las tetas de mármol, pensó él al verla tan de cerca.

—¿Y a qué te dedicas? —le preguntó ella, clavándole aquellos ojos inteligentes que tenía, en los que se distinguía alguna que otra patita de gallo.

Debía de tener unos treinta años, quizá menos.

—A los negocios —contestó él.

—¿De qué tipo?

—Harina, chocolate, impuestos...

—¿Cómo?

Briato la tomó de la mano, la llevó a la barra y dio un puñetazo para llamar al barman.

—Amigo, lo que quiera la señorita. —Y, dirigiéndose a Valentina, que se había sentado en un taburete—: ¿Te vienes de vacaciones conmigo, Valentina?

—¿Si no te conozco! —contestó ella pasado un momento.

Briato sonrió.

—¿Cómo que no nos conocemos? Yo te veo cada vez que miro al cielo.

—¿Te ríes de mí?

Briato frunció el ceño.

—¿Todo bien, Valentina? —preguntó un hombre con corbata, un colega que le había puesto la mano en el hombro nada más llegar.

—La señorita está perfectamente. ¿Tú qué problema tienes? —intervino Briato. Había cambiado la expresión de *playboy* por la de la calle, le había bastado con entornar un poco los ojos para que los rasgos se le endurecieran. Y a Valentina aquella transformación no le pasó desapercibida. El colega no hizo caso de Briato y se dirigió de nuevo a ella:

—¿Todo bien?

Briato le cogió la barbilla con dos dedos. Con delicadeza, solo para orientarle los ojos hacia los suyos:

—Estás tocando un cable de alta tensión —dijo antes de desabotonarse los últimos botones de la camisa—. ¿No sabes que siempre hay que fijarse en las señales? —Un tatuaje nuevo, que aún brillaba, le cubría la parte superior de los abdominales. Una calavera sobre los dos clásicos huesos en forma de equis y la frase: «Peligro de muerte.»

El colega levantó las manos en señal de rendición y pidió perdón, no pasaba nada, le robaba un momento a Valentina porque tenía que decirle una cosa de trabajo.

—Claro —dijo Briato, rodeando con un brazo el talle de Valentina—, el trabajo es el trabajo. —La atrajo hacia sí y le susurró al oído—: Treinta segundos, nena, y voy a por ti.

No, decidió Valentina, no estaba riéndose de ella. Aquel tipo era así, la quería y punto.

Se alejaron unos metros hasta la puerta del baño, donde el ir y venir de gente ahogaría las palabras.

—¿Estás loca? ¡Ese tipo es de la banda de los Niños! —le dijo el colega.

—¿De veras? —preguntó Valentina. Pero se repuso de la sorpresa—: ¿Y qué? Es un chiquillo y estamos tomando una copa, ¿qué tiene de malo?

—¿Que qué tiene de malo? Entra en internet y verás lo que está pasando en Nápoles. —Pero Valentina ya no lo escuchaba. Hacía días que su jefe quería contactar con el Marajá y por eso había organizado la fiesta allí, para hacerle salir de su escondite.

—Mira... —empezó a decir, pero la interrumpió Briato, que apareció a su lado.

—¿No me digas que te gusta más este marica?

Valentina se echó a reír, lo cogió del brazo y se alejó de su colega, que se quedó mirándolos

boquiabierto.

—¿Ves? —le dijo Briato—. Yo soy de hierro y tú eres mi imán.

—¿Y adónde dices que quieres llevarme de vacaciones?

—Compro Capri, echamos a todos y nos quedamos solos tú y yo. —Y la llevaba a los sofás del reservado.

—¿Eres de la banda de los Niños? —preguntó Valentina, pasando los ojos por la calavera tatuada.

Briato dejó de sonreír, aunque en el fondo lo enorgullecía que se lo hubiera preguntado.

—Tendré que matarte si te lo digo, nena —contestó y quiso pasarle un mechón de pelo por la oreja. Valentina se puso seria y le paró la mano.

—Espera, antes quiero hablar con el Marajá.

—¿Con quién? ¿Con Nicolas? ¿Con mi hermano? Yo soy mucho más guapo que él.

Valentina asintió con la cabeza y Briato quiso creer que confirmaba la segunda parte de su comentario. Notó que la excitación aumentaba.

—Si te lo digo tendré...

—¿Tendrás?

—Tendré que matarte.

Y se echaron a reír.

El teléfono de Nicolas seguía desconectado, así que Briato corrió al balcón y abrió la puerta de emergencia sin llamar, sabía que Nicolas no haría ni caso a los golpes en la puerta. Nicolas estaba apoyado en la barandilla, contemplando los arrecifes y las olas que rompían contra ellos, y recibió a Briato diciendo:

—Déjame solo.

—Hay una tía buena que quiere conocer al Marajá —se limitó a decir Briato. Confiaba en que eso halagara su vanidad: ya eran vips. Y añadió—: ¡Pero se acuesta conmigo!

Valentina, entretanto, estaba enviando un mensaje de texto al abogado. No había coincidido con él, pero reconoció al instante a Nicolas. Caminaba por entre la multitud y todos le cedían el paso sin quitarle ojo, como se hace con los actores famosos.

—Hola, Nicolas —le dijo yendo a su encuentro—, quería conocerte. Valentina Improta. —Le estrechó la mano—. Soy una de las ayudantes del abogado Caiazzo. Viene hacia aquí y quiere saludarte.

Nicolas se resignó y fulminó a Briato con la mirada.

—Mierda, me has tendido una trampa —le susurró en cuanto Valentina le volvió la espalda para hacerle señas al abogado—. Ea, conozcámoslo, así le pido que sea testigo de la boda.

—¿Ah, te casas? —le preguntó Valentina.

—Yo no, os casáis Briato y tú.

Valentina miró al muchacho al que hasta ese momento había llamado Fabio y vio que se ponía colorado.

—¡Aquí está el Marajá! ¡Aquí está el rey!

La voz profunda del abogado Caiazzo ahogó la música de «Toca toca» que, según aseguraba el pinchadiscos, haría bailar a todo el mundo.

—¡Hoy Nápoles vuelve a ser la capital de Europa! ¿Sabías que la primera línea de ferrocarril del mundo nació aquí? ¡La Nápoles-Portici!

Y mientras Caiazzo hablaba, Nicolas observaba los muslos de Valentina. Seguro que iba al gimnasio, quizá hasta corriera, pero no estaba delgada, estaba dura y con gusto se habría dejado apretar por aquellas piernas. ¿Aquel viejo pellejo del abogado se tiraría a aquella belleza?

—Nuestros ferrocarriles deben comunicar todo el Mediterráneo...

—¡Vaya! —le dijo Nicolas a Briato moviendo la mano como si fuera una hélice, queriendo decir así que después de todo aquel encuentro había merecido la pena.

—Marajá —dijo Caiazzo—, ¿no habrá un lugar tranquilo donde podamos hablar?

Estaba visto que le tocaba hacer horas extra.

En el reservado no había nadie en aquel momento, todos los hombres de la banda habían saltado también a la pista.

—Marajá, solo tú puedes resolver el problema que tengo —empezó a decir Caiazzo, sentándose en el sillón adamascado con forma de huevo—. ¿Has visto que ha venido el director ejecutivo? ¿Conoces al ingeniero D'Elia? Sale mucho en la tele.

—¿El tipo de los trenes, que un día habla de aviones y al día siguiente de fútbol? ¿Acaso ahora es jefe de estación?

—Ajá, veo que ves el telediario, Nicolas. El mismo, el que manda en todo. ¿Has visto lo que hace la alta velocidad? Yo a tu edad tardaba cuatro horas en ir a Roma y hoy llegas sin que te dé tiempo para ir a mear. Esto es lo que beneficia a nuestra tierra. ¿Te das cuenta de la cantidad de turistas que bajan de esos trenes? Es una invasión. ¿Has visto lo bonitos que son los trenes?

—Abogado, a mí eso me la suda. ¿O es que me propone que sea revisor?

—¡Quia, revisor! He venido a pedirte un favor y tú sabes que yo siempre devuelvo los favores.

Por fin empezaba la conversación a tener sentido. Nicolas se acomodó en el sofá, enfrente del abogado, estiró las piernas y prestó atención.

—Marajá —continuó Caiazzo—, ¡esos putos gitanos nos joden el negocio! Roban el cobre de las líneas Milán-Roma, Milán-Bolonia, Milán-Florenia. En Nápoles, en Salerno. En todas partes, ida y vuelta. Se lo llevan todo, mañana, tarde y noche. Y sin cobre, ¿cómo puede el ingeniero D'Elia hacer pasar la corriente? ¡Se juega la carrera!

Nicolas asintió levemente, esperando a que le pidiera lo que quería pedirle.

—Marajá, tienes que eliminar a esa gente y recuperar todo el cobre que tengan almacenado antes de que lo envíen a China. —El abogado miró un momento a un lado y a otro, se sentó en el borde del sillón para estar más cerca de Nicolas y, aunque había música, bajó la voz—: Es la banda de Gianturco, Marajá. Son los gitanos de Mocho.

Mocho otra vez. Tenía una cuenta pendiente con él, no lo olvidaba.

Nicolas se levantó del sofá, se asomó a la puerta del reservado y le gritó a un camarero que pasaba en ese momento que sirviera más champán, rápido.

—Tienes que librarne de ellos —prosiguió el abogado en el mismo tono de voz, después de servirse dos veces—. Y devolverme todo lo que tengan.

—¿Y por qué recurre a nosotros? —Nicolas formuló la pregunta mientras por dentro ataba cabos: por fin, el cerebro le volvía a funcionar y él empezaba a perfilar un plan que prometía remontada, futuro.

—Si recurro a la policía tardarían diez años. La banda me lo soluciona en diez minutos.

Los selfis, la fama, los apretones de mano. Aquello quería decir que la banda había triunfado, que ya eran auténticos vips. Estaba bien. Pero lo que el abogado le decía era otra cosa. Significaba que para las personas que mandaban en la ciudad la banda era una organización eficaz, capaz de llevar a cabo misiones especiales. Y a una organización eficaz le corresponde ocupar una butaca en la mesa de las negociaciones.

—Entiendo, pero ¿por qué tendría la banda que hacerle este favor?

Nicolas eligió a propósito aquella palabra, «favor», porque el primero que la había usado había sido el abogado.

—Dime cuánto quieres y te lo pagamos.

Sin contestar, Nicolas cogió de la mesa unas servilletas de papel, hizo unas pelotas y empezó a embutírselas en la boca ayudándose del pulgar. El abogado lo miraba como quien mira a un loco. ¿Qué quería hacer? ¿Protegerse los dientes para liarse a puñetazos con él?

Pero Nicolas, tranquilo, cruzó las piernas y empezó a hablar con voz ronca y acento siciliano:

—¿Qué te he hecho para que me faltes así al respeto? —Siempre había querido interpretar aquella escena, lástima que no lo filmaran, un vídeo como aquel se haría viral—. ¿Qué le he hecho para que me trate así? —prosiguió, pasando de nuevo al «usted» con el que lo obsequiaba por ser abogado—. ¿Para que crea que debe pagarme por matar a alguien?

—Marajá, no lo entiendo... Si te he ofendido...

Nicolas siempre había tenido debilidad por don Vito Corleone. Se sentía como él: el valor era lo primero. Pero aquel ignorante del abogado era incapaz de ver que estaba imitando a Brando...

Caiazzo, cada vez más confundido, intentó su escapatoria habitual: abandonar la negociación dando por supuesto que habían llegado a un acuerdo.

—Quedamos así entonces, ¿no? Permíteme que vaya a darle la buena noticia al ingeniero. Te debo una, Marajá. —Se había puesto ya en pie cuando Nicolas escupió las pelotas de papel, hechas bolos de saliva.

—Alto ahí, abogado. ¿Me toma por el criado del ingeniero D'Elia?

—¿Criado? ¡Qué va! Es un favor que te pido y estoy dispuesto a pagarlo... —dijo el abogado. Había vuelto a sentarse, algo pálido y mucho más confuso.

—No se lo tome a mal, abogado, pero el dinero que quiere ofrecernos lo ganamos nosotros en dos horas.

A Caiazzo se le cayó por fin la venda de los ojos: aquellos ya no eran los niños a los que había defendido, ya no eran los mismos a los que había librado del reformatorio de la isla de Nisida.

—¿Y?

—Yo haría un trato justo. —Sonrió y mentalmente ató dos cabos que distaban mucho entre sí —. Debe usted decirme dónde está el Tigre.

—¿Quién? —No se lo esperaba, tardó un poco en comprenderlo.

—El Tigre, abogado, el hombre de los Faella, el hombre que mató a Gabriele Grimaldi, el hijo de don Vittorio.

—El Tigre, sí, ya sé, pero no lo llevo yo. —Caiazzo se había repuesto ya. Era abogado, pensó adoptando un tono más formal, sabía cómo afrontar ciertas situaciones—. No me ocupo de su caso, no sabría decirte. Lo lleva Masturzo... Se trata de información reservada, Marajá, tendrías

que hablar con él.

—También es reservado matar gitanos. Aquí es todo reservado, abogado.

—¡Pero es que no lo sé! No tengo tanta confianza con Masturzo, ¿cómo voy a pedirle esa información? —Se agitaba, notando que la firmeza de que había hecho acopio se le esfumaba.

Nicolas sonrió: suya era la última palabra.

—Abogado, ustedes se intercambian hasta la esposa, no tendrá problema en preguntarle dónde está el Tigre, ¿a que no? Por lo demás, usted y su amigo ingeniero pueden dormir tranquilos, ¡ahora están en manos de verdaderos artistas!

## DOMINGO

El florista había pasado por casa de Letizia el sábado. Había tocado al timbre y su madre se había asomado.

—¿Trae flores?

—No, señora.

—¿Y entonces por qué llama?

—Porque traigo un camión de flores.

Nicolas estaba convencido de que aquello le haría olvidar la pelea que habían tenido hacía unos días y, en efecto, cuando despertó el domingo, vio un wasap de Letizia con una foto en la que se la veía con las bragas fucsia que lo volvían loco, el pelo suelto cubriéndole los pechos, aunque solo un poco, y un guante de horno de Hello Kitty, y, acompañando la foto, una invitación rodeada de corazones: «¿Comes el domingo con tu gatita?»

Aún le dolía la caída por la trampilla e ir a lamerse las heridas entre los brazos de Letizia era una dulce perspectiva, pero como, más que el batacazo, le dolía el insulto que don Vittorio había dirigido a su barrio, se agenció un aerosol negro y, de camino, detuvo la T-Max, cogió el bote y dejó su firma en el asfalto, que era un mensaje de amor: «F12». La F era la inicial de Fiorillo pero también de Forcella, así unía en un mismo destino su apellido y el nombre de las calles de las que él era el amo. El 12 era la posición de la ene en el alfabeto italiano, además del número tanto de los «soldados» del bingo napolitano como de los apóstoles. Una firma como Dios manda, se dijo satisfecho. Y, ya puesto, agitó otro poco el bote y escribió al lado: «Te quiero, Leti.»

Tucán, envuelto en la sábana, abrió un ojo solo, el otro se le cerraba de sueño. Alguien le retorció el dedo gordo del pie. Era domingo, ¿qué pasaba?

—¡Despierta! —gritó su padre, golpeándole el pie—. Has sacado un tres en matemáticas y un cuatro y medio en lengua. ¿Para eso me mato yo a trabajar? ¿Y qué cojones es este nuevo tatuaje que te has hecho en el antebrazo?

—Es Michael Jordan —murmuró Tucán.

—¿Quién? A mí me parece un triángulo con una pelota.

Mierda de domingo, pensó Tucán.

Tucán había decidido no dejar los estudios por una sencilla razón: era una buena forma de descansar del trabajo que suponía dirigir una zona de venta y una buena tapadera para cuando se reunía con la banda, pero tenía que soportar las iras de su padre, un hombre violento que estaba

obsesionado con los resultados académicos. Ser cartero no le bastaba y quería resarcirse educando a su hijo. Tucán no le hacía caso.

Mierda de domingo, pensó Lollipop. Se había levantado con un hambre que solo habría aplacado un banquete de boda, pero en la mesa de la cocina no se había encontrado más que con una jarra llena de un líquido verdusco y unas galletas. Su madre estaba otra vez a régimen y aquel brebaje era su batido de apio, jengibre y naranja. La conversación de su familia allí presente, padre, madre y dos hermanas, giraba en torno al tema de siempre: el gimnasio que llevaban juntos. No era gran cosa: una sala con cintas y bicicletas, otra para clases y una tercera con pesas y un par de máquinas para ejercitar todo el cuerpo; duchas, una sauna en la que no cabían más de dos personas y los vestuarios. Fue una inversión que hizo el padre con el dinero que había recibido de una herencia de modo inesperado y en aquel momento el gimnasio daba justo para cubrir gastos.

—¿A qué hora llegaste anoche, Vince? —le preguntó su madre. La mujer vestía un chándal Adidas que le marcaba el trasero, forjado con horas de pilates. El resto también vestía prendas de la marca Adidas, su padre decía que era el uniforme de la familia.

—Mamá, por favor —dijo Lollipop.

—Vince, ¿sabes que Ciro Somma ha conseguido que Fabrizio Corona vaya a su gimnasio?

—Lo sé, papá —contestó Lollipop, que le agradecía a su padre que le ahorrara otro sermón materno—. ¡Corona va porque le paga! —Su padre estaba empeñado en que, para dar un salto de calidad, había que atraer a clientes vip, preferiblemente futbolistas—. No vienen porque tienen gimnasio propio. Además, tendrías que pagarles el triple: por venir y por la competencia que les haces a sus gimnasios. ¡No te jode!

—¡Pero necesitamos hacer algo que llame la atención! ¡Si nos damos a conocer, estamos salvados! La gente vendrá solo por algo así.

Lollipop hizo un gesto de impaciencia y miró a su madre, que aprovechó para seguir con su tema:

—¡Tú sí que vas llamando la atención! ¡Quisiera saber con qué te compras todo eso que llevas al cuello! Tú y tu banda de amigotes... Pero como me entere de que trabajáis en la calle para alguien, como los Striano o, peor aún, los de San Giovanni, despídete, te pego un tiro antes de que te lo peguen otros.

Lollipop se puso serio:

—¡Qué banda ni qué ocho cuartos! Nosotros no trabajamos para nadie. Si queremos algo, lo cogemos.

—¿Qué quieres decir con que lo cogéis?

Lollipop fingió que le dolía la tripa y se refugió en el cuarto de baño. El mensaje de Tucán era de hacía dos minutos:

### **Tucán**

Quedamos a tomar algo sin la novia.

Piazza Quattro Colonne a las 6.

Hasta luego.

Lollipop salió del baño, le gritó a su madre, siempre temerosa de que aquellos dolores de tripa se debieran a las porquerías que comía fuera de casa, que estaba bien, y bajó al garaje por la moto. Debajo del sillín tenía preparado cuanto necesitaba. En ese momento, Tucán hacía lo

mismo.

Las zonas de venta de Tucán y Lollipop estaban en crisis. El Gatazo quería apoderarse de ellas y suministraba a los vendedores muchísima droga. Según Nicolas, eso era señal de que tenía miedo y se veía obligado a mostrarse fuerte. Sería verdad, pensaban Tucán y Lollipop, pero el caso es que ellos se sentían impotentes y, para compensar el dinero que no ingresaban con la venta de droga, se dedicaban a la extorsión.

Lollipop llegó primero y, mientras esperaba a Tucán, recorrió la rotonda de piazza Quattro Colonne. Siempre que pasaba por allí, miraba aquellas estatuas que parecían sostener los grandes edificios. Él sería famoso algún día, pero no pringaría como aquellos pobres desgraciados.

Conducía con una sola mano y llevaba las piernas cruzadas a un lado, como si estuviera sentado en un taburete. La idea de Tucán era buena, debía reconocerlo, aunque no entendía que para «tomar algo» allí, es decir, para extorsionar a quien tenían pensado extorsionar, le hubiera pedido que fuera «sin la novia», es decir, sin la pistola.

Lo vio llegar con postura aerodinámica por la avenida de la estación. Sin fijarse en el tráfico, Tucán cruzó la rotonda en línea recta, llegó adonde él estaba y le tendió el puño.

—¿Tú le has dado por culo alguna vez a un puto? —le preguntó Lollipop después de devolverle el saludo.

—No, pero una vez me la chupó uno.

—¿Y quien va con putos no es un marica?

—Es que no tenemos que ir con ningún puto, solo tenemos que coger la pasta y listo. Si no nos la da, le partimos las piernas, le rompemos la crisma.

Iban hablando uno al lado del otro, a diez por hora, dando vueltas, ante la mirada severa de los telamones y la indiferencia de los automovilistas.

—¿Traes las barras? —le preguntó Tucán.

Lollipop dijo que sí con la cabeza. El día anterior había robado dos barras de pesas del gimnasio de sus padres y había enrollado a ellas unas banderas del Nápoles. Así, si la poli los paraba, dirían que iban al campo de fútbol. Diego Armando Maradona estaba en la ciudad. Su visita había empezado hacía una semana en el plató de un concurso de talentos, donde había bailado con una bailarina profesional, y acababa aquella noche en el estadio San Paolo, donde el exfutbolista saludaría a los aficionados y a sus antiguos compañeros de equipo.

—Es el maricón que manda en la zona —dijo Tucán—. Si nos paga, nosotros...

—Pues yo creo que a los maricas —lo interrumpió Lollipop— habría que pegarles aunque paguen. ¡Qué cojones, marica! Si naces hombre, ¡sé hombre! Si estás enfermo...

—¡Y qué más da! ¡Con el culo se hace mucha pasta! Mi padre dice que las mejores mamadas las hacen los maricas.

—¿De veras?

—Sí, porque también tienen polla. Y saben lo que hay que hacer con una polla, ¿entiendes? Las mujeres no tienen y han de aprenderlo.

—Vale, pero ¡qué asco! ¿Tú te dejarías encular por dinero?

—Depende de lo que me dieran —se rió Tucán—. Además, cada cual es libre de hacer lo que le dé la gana. ¿Que eres marica? ¡Pues marica! ¡Así te ha hecho el Señor!

—¿Lo dices en serio? —preguntó Lollipop, sacándole el dedo a un Yaris que le había pitado—. El Señor creó a Adán y a Eva, no a Adán y a Evo. ¡No te jode!

—Como máximo creó a Eva y a Eva.

—¿A Eva y a Eva? ¡Eso ya no me asquea tanto! Mi madre pilló una vez en la ducha del gimnasio a dos tías que estaban chupándose.

—¿En serio? ¡No sigas me empalmo!

Salieron de la rotonda por vía Duomo en dirección a Nuova Marina. Pasaron un par de calles laterales y torcieron a la derecha. Habían llegado. Era un edificio señorial. El portero saludaba a inquilinos respetables que salían para ir a misa. No hizo preguntas a aquellos dos jóvenes que llevaban al hombro banderas del Napoli y a los que envidió un poco.

Esterina vivía en el quinto piso y los muchachos subieron a pie para evitar en lo posible a los vecinos. En el segundo piso, Tucán iba ya resoplando y se despegaba del pecho la camiseta de la calavera mexicana. Lollipop, por el contrario, subía con gran ligereza, y eso que su madre no le servía platos de pasta.

La puerta de Esterina estaba entornada, vieja costumbre que había adoptado para comodidad de los clientes, sobre todo de los novatos, que así no tenían que volver a llamar y no se lo pensaban dos veces. Aquel resquicio era el principio de la perdición.

Tucán y Lollipop entraron en silencio y recorrieron un pasillo en penumbra. Al final había una puerta de cristal esmerilado. Detrás se veía un bulto y allí estaba Esterina. Vestía una bata púrpura con ribetes de encaje, un poco cerrada para no descubrir del todo lo que enseguida se veía: dos tetas enormes y perfectas. Esterina avanzó contoneándose y con la cara un poco gacha, queriendo imitar los andares de la actriz y presentadora Belén Rodríguez. Quizá por eso no reparó en las barras que asomaban por la espalda de Tucán y Lollipop.

—¡Tú, maricón! —dijo Tucán sin pensárselo—. Ahora vas a darnos quinientos euros a la semana. Quinientos por esta semana y otros quinientos por la semana pasada, que no nos pagaste. La banda viene por la pasta. Como nos enteremos de que a los maricas como tú les vas diciendo que no paguen, eres hombre muerto. ¿Ves esta barra? ¡Te abrimos la cabeza!

Por fin Esterina los miró y, antes de que el rostro se le desencajase, Tucán y Lollipop pudieron admirarla como la admiraban sus clientes. Era guapísima. La piel tersa, pálida, apenas maquillada, y unos ojos negrísimo que el lápiz volvía aún más profundos. Es un hada, pensó Lollipop hechizado, pero entonces reparó en la nuez de Adán que subía y bajaba rápidamente y quedó liberado del sortilegio de los ojos.

—Yo nunca le he pagado a nadie —repuso Esterina. La voz le salía particularmente aguda, acentuada por el miedo—. Nunca he tenido chulo —continuó—. Yo trabajo para mí y solo para mí. No voy a tu casa por dinero y tú no debes venir a la mía por dinero.

No era valor, sino deformación profesional: la agresividad se cotiza.

—¡Esta no es ninguna Eva! —le dijo Lollipop a Tucán—. ¡Se ve que se le ha atragantado un trozo de manzana!

—Mira, puta —dijo Tucán—, lo decimos por tu bien. Si nos pagas, te permitimos seguir trabajando aquí y, si alguien te molesta, puedes llamarnos.

—¿Me permitís seguir trabajando aquí? Yo he nacido aquí, ¿qué coño decís? ¿Os creéis el alcalde de Nápoles?

—Más, somos la banda, ¡y la banda manda!

—Ni cuando estaban los Striano nos hacían pagar.

—Los Striano están muertos, ya no existen. Ahora mandamos nosotros. Y los maricones tenéis

que pagar también porque, si queréis vivir, tenemos que permitirloslo.

—¡Lo que faltaba! ¡Ahora hasta los mosquitos se creen leones! —dijo Esterina. La voz chillona había dado paso a un timbre de barítono. Se dio media vuelta, en medio de un vuelo de tejidos perfumados, y se dirigió a grandes zancadas al dormitorio. Canela, juzgó Lollipop, huele a canela. Y, despojando las barras de las banderas, fue tras él, seguido de Tucán.

Esterina se arrojó a la cama y se cubrió con los cojines, mientras los dos jóvenes de la banda destrozaban todo a golpes: lamparitas, frascos de perfume, muebles, cortinas. Solo el espejo seguía intacto: no había que atraerse la mala suerte.

—¡Parad, por favor, parad! —gritaba Esterina, pero no era eso lo que Tucán y Lollipop querían oír.

El temporizador de un acuario tropical oculto tras un velo rasgado llamó la atención de Lollipop.

—¡No, los peces no! —exclamó Esterina—. Si los dejáis, os ofrezco esto.

Lollipop se quedó quieto con la barra en el aire y se volvió a Tucán. Esterina había bajado de la cama, se había puesto de espaldas y, con una sacudida del trasero, había hecho que la bata resbalara y cayera al suelo. Acto seguido, se había quitado la ropa interior, unas braguitas negras y transparentes, y las había lanzado hacia atrás, a ciegas.

Se cogía el sexo y tiraba de él hacia arriba, mostrando la mancha negra que había entre los testículos y el ano.

—¡Metédmela!

Tucán frunció el entrecejo, aguzó la vista y sacó el cuello como hacen los pavos.

—¡Lollipop, si no tiene picha!

—Es verdad —dijo Lollipop acercándose—. ¡Parece un coño!

—¿Lo veis? ¡Venga, metédmela!

—¿Y si me vuelvo marica? —preguntó Lollipop.

—Marica solo es quien toma —le aclaró Tucán.

—Eso es, aquí el único marica soy yo porque tomo —confirmó Esterina.

Tucán se desabrochó los pantalones con frenesí y a punto estuvo de caerse, pero recuperó el equilibrio, se cogió el pene y se abalanzó sobre Esterina.

—¿Qué haces? —le preguntó ella pasándole al instante los preservativos.

Lollipop esperó su turno mirando el coito, secretamente aliviado de que hubiera empezado Tucán. Cuando su amigo terminó, se desnudó de cintura para abajo.

—¡Ajá! Ahora entiendo por qué te llamamos Lollipop —dijo Tucán, limpiándose con una toalla que le había dado Esterina—. Tienes la picha con forma de chupachús.

Lollipop se cogió el pene largo y fino y meneó su glande desproporcionado en dirección a Tucán, que se echó a reír, mientras Esterina se armaba de paciencia.

Se la tiraron dos veces cada uno y, al final, después de guardarse los mil euros, ya en la puerta del apartamento, Tucán le dijo a Esterina:

—¡Y díles a todos los putos que eres el alcalde de los putos! Quizá terminemos haciéndote un descuento.

—Ves, ya estás enamorándote —lo despidió Esterina, lanzándole un beso con la mano.

Era un domingo como tantos otros. Tediosos y pantagruélicos, soporíferos y larguísimos. Domingo de deberes que se hacían con una aplicación inusual. Bizcochito escribía rabiosamente, sin atender mucho a la corrección de las respuestas, porque con su madre bastaba con mostrarse trabajador.

Tenía escondido el móvil debajo del culo. Su madre le había secuestrado uno, pero él se había agenciado otro, para mantenerse comunicado con la banda. Cuando el mensaje de Tucán le hizo vibrar los testículos, puso una sonrisa que ella, sentada enfrente, no supo interpretar.

Era un domingo de riñas, como la que tenían Dron y su hermana, Annalisa, porque ella no se rendía: aquel muchacho era demasiado inteligente como para andar con aquellos y un genio de la informática. Ella no entendía nada, pero sí sabía que su hermano tenía talento. Y de pronto habían llegado aquellos y había pasado lo que había pasado y él había dejado incluso de estudiar. Lo miró, inclinado sobre su iPad, por cuya procedencia había preferido no preguntar.

Dron sabía que su hermana lo miraba, pero no tenía tiempo de devolverle la mirada. Justo el día anterior el dueño de un restaurante controlado por la banda se le había quejado porque, pese al dinero que les daba, seguía recibiendo malas críticas en TripAdvisor. «Pues será que cocinas mal», le había contestado Dron. La técnica de TripAdvisor se la había inventado para maximizar las ganancias. Se basaba en el principio de que ya nadie iba a un local sin haber consultado antes las reseñas y la puntuación de los usuarios. ¿Cuatro burbujas y media? ¿Y por qué no cinco? La diferencia entre un bar de éxito y uno a punto de quebrar dependía de unos cuantos decimales. Dron sacaba provecho de aquellas puntuaciones y todos salían ganando: los clientes de su zona de venta, que compraban la droga con un descuento del cinco por ciento a cambio de escribir al menos veinte reseñas favorables del local que la banda les indicara; el propietario del local en cuestión, cuya clientela aumentaba, y la banda, que, sin hacer nada, se embolsaba un porcentaje de la caja.

—¿Quieres dejar el aparatito? —le dijo Annalisa. Pasaba al ataque, con la cara roja. Al menos el domingo podían pasarlo en familia, ¿no?

—¡Chsss! —la calló él—. Es importante. —Y siguió leyendo el mensaje de Tucán que acababa de aparecer en la pantalla del iPad.

El domingo es día de transición hacia la semana entrante. Nos preparamos, vamos al barbero, a un salón de belleza, al estilista, como Briato llamaba a Santino, el peluquero de la banda. Todos los domingos por la noche lo obligaba a abrir el salón solo para él. Le arreglaba el pelo, le aplicaba una mascarilla caliente, le repasaba las patillas. A veces se pasaba cinco minutos bajo la lámpara, lo suficiente como para mantener el color de la piel. Cuando leyó el mensaje, le dijo a Santino:

—Te he encontrado otro cliente.

Mientras la banda aún dormía, Pichafloja ya había cambiado tres veces de aspecto con vistas a la fiesta de cumpleaños de la abuela octogenaria de Sveva, su última novia. La chica respondía a sus cánones de belleza, a él le gustaban las curvas más generosas, pero nunca había salido con una como ella. Sveva había nacido y crecido en el Vomero, era hija de un psicólogo y de una galerista y le gustaban la vela y las novelas rusas. Se habían conocido en el concierto de Enzo Dong.

—Princesa —le había dicho y, levantándola a pulso, la había depositado al otro lado de la barrera, en la zona vip.

—¿Qué haces? —había dicho ella, pero entonces se había dado cuenta de dónde estaba y de que aquel muchacho llevaba una camiseta de *hockey* muy holgada y un pañuelo en la cabeza al estilo de Tupac y no se lo había pensado dos veces: le había metido la lengua en la boca.

—¡Joder! —había dicho Pichafloja, recobrando el aliento, pero Sveva lo había abrazado de nuevo y apenas se habían enterado del concierto. El espíritu libre de Sveva era el resultado sorprendente de años de colegio en las ursulinas y de una educación familiar sin tabúes.

Pichafloja había descartado los vaqueros y el chaleco a cuadros y hasta el traje azul de la boda de su tío y finalmente había optado por una camisa y un pantalón a rayas. Un figurín. Pero no estaba convencido y había visto algunos tutoriales en YouTube: «chico bien primera vez suegros». A los amigos de Sveva ya los conocía: aquellos hijos de papá vestidos de gánsteres lo habían recibido con los brazos abiertos. Vida callejera, a pocos metros por debajo de su resplandeciente barrio. El hecho de que, además, les vendiera la droga a precios bajísimos lo volvía aún más popular. «Negocios y amor, ¿te das cuenta, Marajá?», le había dicho a Nicolas. «Eres un *crack*», le había contestado Nicolas, dándole un cachete afectuoso.

La casa de los padres de Sveva estaba decorada en un estilo industrial-minimalista. Era un espacio abierto en el que todo estaba delimitado por cristales. Así, quien entraba podía ver, allá lejos, al ama de casa vistiéndose después de ducharse, porque también las paredes de las habitaciones eran transparentes. Cuando Pichafloja franqueó la puerta, enseguida se preguntó cómo podrían follar los padres de Sveva en aquella casa. Enseguida vio a la cumpleañera, quien, en aquella exuberancia de superficies reflectantes y estatuas de alambre, destacaba en toda la plenitud de su decrepitud floreal. Seca, consumida, angulosa, llevaba un vestido azul estampado de margaritas. Sonreía y estrechaba manos como si fuera una mujer papa. Estrechó también la de Pichafloja, que se presentó como el novio de Sveva, pero a él no le dedicó ni una mirada, solo una mano blanda que el muchacho apenas tocó. En cambio, los padres de Sveva estuvieron encantados de conocerlo. Los tatuajes que le asomaban por muñecas y el cuello coincidían con la escala de valores que tenían los anfitriones: se veían pero no se veían, eran transgresores y discretos, más o menos como ellos, un pie aquí y otro allí.

La velada fue, en general, muy agradable. Pichafloja y Sveva iban de una mesa a otra del bufé cogidos de la mano, como si la fiesta fuera para ellos. Sí, Pichafloja pensó que allí, entre aquella gente, podría vivir. Alzó la copa para brindar y unirse al coro de los nietos —«¡Que cumplas muchos más, abuela!»—, casi feliz de estar allí, hasta el punto de que se atrevió a sacar el móvil para tomar una foto. El último mensaje era de Tucán:

**Tucán**

¡Menudo polvo!

Pero la próxima vez iremos por la mañana

porque por la tarde le crece la barba al puto.

Y el champán se le atragantó. Corrió al baño esperando que allí al menos hubiera paredes de verdad.

—¿A quién le crece la barba, Luigi? —También era un domingo de mal rollo, de esos en los

que dejamos por ahí el móvil porque queremos estar solos. Dragón le pidió a su hermana que le devolviera el aparato y prefirió no contestar. En el chat de la banda, Nicolas, abrazado a Letizia, había escrito:

**Marajá**

Esta noche, reunión en la madriguera.

## EL NEGOCIO ES EL NEGOCIO

El año anterior, en la comida de Navidad, con toda la familia reunida, Lollipop se había puesto a conversar con un tío suyo que trabajaba en la Polfer. El hombre se había pasado horas hablándole de su trabajo, quejándose de que les robaban el cobre y explicándole cómo y cuándo lo hacían. Aquella conversación le había interesado al principio, luego le había entretenido y al final le había aburrido mortalmente, pero ahora le resultaba útil. En la reunión de la madriguera, en media hora escasa, instruyó a sus compañeros sobre el particular, porque, si querían acabar con los ladrones de cobre, debían saber cómo actuaban. Pertenecer a la banda del Marajá implicaba también eso: estar informados, siempre.

El abogado Caiazzo le había dado los detalles a Nicolas. Los gitanos entregaban el cobre en el muelle Bausan: llegaban con sus cochazos llenos del metal y lo metían en los contenedores. «¿Y quién lo compra?», había preguntado Nicolas. «Los chinos», había contestado el abogado, pero los chinos eran muy poderosos y más valía no meterse con ellos. No les gustaría, claro, pero ya encontrarían los chinos otros proveedores. Había que eliminar a los gitanos de Gianturco.

Terminada la reunión, la banda salió de Forcella en formación, los siete, uno detrás de otro, a velocidad moderada. Solo faltaba Bizcochito, su madre lo tenía muy controlado y la excusa de dormir fuera no funcionaba. Nicolas no había insistido: ya eran suficientes, Bizcochito era muy joven y podía ser una carga en una acción como aquella.

Habían preferido llevar pistolas automáticas, porque con los Uzi podían provocar una lluvia de balas que rebotaran contra aquellas paredes metálicas; mejor un arma ligera, más manejable y menos ruidosa, aunque aun así se armaría un gran jaleo. De Mocho se encargaría Nicolas.

Estaban parados en un semáforo y los coches de detrás les pitaban. No podían permitirse hacer tonterías antes de llegar al muelle, la misión era demasiado importante.

—¿Y cómo los sorprendemos? —preguntó Dron.

—Los rodeamos y saqueamos los contenedores —contestó Nicolas. Había pensado que el ingeniero D'Elia estaría muy ocupado celebrando sus trenes superveloces y no reclamaría la devolución del botín. La banda lo revendería incluso a los mismos chinos a los que iban a dejar a dos velas.

—¿Los rodeamos y saqueamos los contenedores? ¿Así sin más? —preguntó Lollipop.

—Así sin más —dijo Nicolas.

Semáforo verde. Prosiguieron, siempre en fila india. No había miedo en aquellas preguntas, solo la necesidad de entender bien cómo debían actuar, de saber que el Marajá sabía lo que se hacía.

Otro semáforo en rojo. Esta vez fue Dragón quien se acercó a Nicolas.

—Nico —le dijo—, aquí podemos quedarnos tirados.

Nicolas dio una patada a la carena de la T-Max de Dragón, quien enseguida puso el otro pie en el suelo y recuperó el equilibrio.

—¿Ves? No te has quedado tirado.

Semáforo verde.

Hasta que llegaron al muelle Bausan no volvió a hablar nadie. Nicolas los condujo a la dársena más lejana, en la que se veía lo que parecía un único contenedor multicolor porque habían apilado unos junto a otros para aprovechar todo el espacio.

Un pasillo por el que cabía justo un coche de media cilindrada sin arañarse los laterales cortaba en dos la masa de los contenedores. Llegaron a la explanada y empezó la espera.

El abogado Caiazzo le había explicado a Nicolas que los gitanos eran los únicos que podían hacer aquel trabajo, meterse en aquella encerrona cuya única escapatoria era arrojar a las aguas del golfo. Por eso tenían el monopolio del cobre: no tenían acabar siendo pasto de los peces.

Los faros iluminaban fuertemente la explanada, donde había algunas grúas, y dejaban a oscuras los contenedores que la delimitaban por los tres lados. El único ruido que se oía era el batir del agua contra la dársena. Nicolas se acercó a un Fantuzzi, una especie de *jeep* de ruedas enormes con un brazo telescópico, rompió el cristal, accedió a la cabina y se sentó al volante. Desde allí veía la entrada de la explanada. Los demás se apostaron aquí y allá sobre los contenedores aún por apilar, para, cuando Nicolas los avisara con un mensaje de chat, saltar al suelo, arma en mano.

Silencio. El agua había dejado de batir, los cables de las grúas pendían sin emitir un solo chirrido. El mundo parecía sumido en una calma chicha, como si una mano invisible hubiera cubierto el muelle Bausan con una cúpula de cristal. Nicolas acariciaba el botón de la navaja automática que le había regalado el Arcángel. Lo apretaba un poco hasta que notaba el contacto del muelle a punto de saltar y lo soltaba.

Se oyó un ruido metálico y luego otro, más atenuado. Siguió el silencio. Quizá a alguno de los suyos le hubiera dado un calambre, tumbados como estaban en el techo de los contenedores. Una luz repentina le hizo levantar la vista. Era un destello repetido, como de faros que se encienden y se apagan. Una señal. Con la mirada fija al frente, contuvo la respiración. Nada, solo se trataba de un automóvil que le daba las largas a otro coche. ¿Estaba llevando a la banda al matadero? Si los gitanos fueran armados con metralletas, ¿tendrían ellos tiempo de sacar la pistola? El abogado se lo había dicho muy claramente: aquellos gitanos eran unos pobres diablos y no llevaban ni navajas. Nicolas apretó el botón de la suya e hizo saltar la hoja. Tac. En aquella calma chicha el ruido pareció retumbar entre los contenedores. Lo escucharon todos porque Nicolas oyó a su vez ruido de chapa metálica. Han levantado la cabeza para ver si llega alguien, pensó, y se han quedado así por miedo a bajarla y hacer ruido. Y, en efecto, a los pocos segundos oyó más ruidos metálicos. Los muchachos volvían a la posición original.

Las once y veinte. Caiazzo no le había dicho una hora exacta, había murmurado un «al filo de la medianoche». Otros cuarenta minutos así no aguantamos, pensó Nicolas. Transcurrieron solo cinco antes de que un zumbido distante rompiera el silencio. Un coche, de gran cilindrada, se acercaba. Los gitanos. Llegaban antes de lo previsto.

Cuatro Mercedes con las luces de posición encendidas se detuvieron en medio de la explanada, sin apagar los motores. De tres de ellos se apearon unos diez hombres, que fueron a abrir los maleteros, mientras las portezuelas del cuarto seguían cerradas. Tenía ya escrito el mensaje que enviaría a los demás —«Rock'n'roll»—, pero antes de hacerlo se aseguró de que uno

de aquellos hombres fuera Mocho. Un bulto enorme se movía entre los coches; las luces del muelle le daban por detrás y recortaban su silueta. Lo reconoció por su manera de andar: uno no se olvida de su carcelero, no se olvida del hombre al que promete matar.

### **Marajá**

Rock'n'roll.

—¡Quietos!

—¡Hijos de puta!

—¡Arriba las manos!

—¡Gitanos de mierda!

Desde los contenedores, Pichafloja, Lollipop, Dragón, Tucán y Dron dispararon unos tiros a lo loco.

Cuatro o cinco gitanos escaparon enseguida, escabulléndose entre los contenedores. No hacía falta seguirlos, el plan de Nicolas era acabar con el jefe, los demás se volverían a sus sucias caravanas. Briato, que se había escondido detrás de un montacargas porque, con aquella pierna, no se fiaba de saltar, se acercó a uno de los gitanos que había obedecido las órdenes de la banda y tenía las manos alzadas. Con la culata de la pistola lo golpeó en la sien y el hombre se desplomó. «No he hecho nada», decía, pero Briato no lo escuchó y le asestó otro golpe, esta vez en la nariz. Dos gitanos que había cerca de Mocho hicieron señas al coche cerrado de que se fuera. El conductor arrancó marcha atrás, pero Lollipop y Dron descargaron sendos cargadores de seis balas y agujerearon los neumáticos y el capó, que empezó a echar humo. Pichafloja cogió la pistola y apuntó. Le dio en la frente a uno de los dos gitanos que habían indicado al coche que partiera.

—¡Guau! ¡Qué tino tengo!

El abogado tenía razón, pensó Nicolas, no se les ha ocurrido traer armas. Levantó el cañón de la pistola y lo mismo hicieron sus colegas. Abrieron fuego sobre los gitanos que corrían para escapar de allí.

Cuando no se oyó más que el ruido del motor de los Mercedes, todos en marcha, los chavales de la banda se miraron unos a otros, jadeando, con las pistolas caídas, como vaqueros que hubieran logrado contener el asalto a la diligencia y contemplaran el campo de batalla. Faltaba Mocho. Dejó que sus muchachos chocaran los cinco y se dieran manotazos en el pecho antes de acercarse al Mercedes. Abrió la portezuela trasera. Había tres niños y un perro, que enseguida se puso a gruñirle. En las alfombrillas, entre los asientos, Mocho tenía las palmas de las manos juntas en ademán de rezar y con el rabillo del ojo señalaba a los niños.

—¡Que se calle el perro! —gritó Nicolas apuntando al hocico del animal. Era un perro robusto, una masa de músculos que gruñía. Los niños lo acomodaron tras ellos. Nicolas encañonó entonces a Mocho y le ordenó que saliera. El hombre seguía con las manos juntas y sin moverse.

—Marajá —dijo—. Nosotros amigos, ¿verdad? Yo he salvado a ti. No puedes disparar a mí. Yo he salvado a ti.

—Querido Mocho, no es nada personal. El negocio es el negocio. Y el vuestro se ha acabado. —Cerró la portezuela, dio la vuelta y ordenó a Dragón y a Tucán que lo siguieran—. ¡Sacad a ese cacho mierda!

Dragón y Tucán abrieron la portezuela y lo arrastraron por el asfalto. Mocho se sentó con las

piernas cruzadas y la banda lo rodeó.

—Yo ruego a vosotros. Yo siempre leal a vosotros. Yo hago rico a vosotros —decía y se volvía a cada uno de ellos con las manos juntas, como si los bendijera.

Nicolas caminaba despacio por detrás del carro haciendo saltar la hoja de la navaja y metiéndola de nuevo. Volvía a soplar un viento ligero y notó el olor de los gases de escape de las embarcaciones que había atracadas un poco más allá.

—Yo hago ricos a vosotros —repetía Mocho.

—Ya somos ricos —dijo Nicolas, sin sumarse al carro. Mocho miró en todas direcciones para saber de dónde venía la voz, pero solo veía a los chavales de la banda riéndose.

—Marajá, si tú matas a mí...

Nicolas se sumó al carro y, antes de que Mocho pudiera terminar la frase, dio término a la representación de *El padrino* con la que, en el Nuovo Maharaja, había empezado aquella historia. Hizo saltar la hoja de la navaja que le había regalado el Arcángel y se la clavó hasta el fondo del vientre, luego la desplazó hacia arriba, en diagonal y hasta el pecho, dejando una estela de sangre: así había matado De Niro al que, siendo don Vito Corleone todavía un niño, había asesinado a su familia. Mocho lo miraba con unos ojos que no salían de su asombro: al contrario de quienes lo rodeaban, él ni siquiera conocía el guión de su muerte.

—Y ahora —dijo Nicolas, cuando estuvo seguro de que ya no respiraba— llevemos a esta buena pieza a la cloaca donde vivía.

—¿Y los críos? —preguntó Dragón. Nicolas dijo que sí con la cabeza, esta vez tenía razón Dragón. Volvió al coche. Los niños no se habían movido de los asientos y se agarraban al perro como quien se agarra a un bote salvavidas.

Nicolas los observó. Acurrucados en aquellos asientos sucios, cubiertos de envases de comida abiertos, de trapos, de papeles y de botellas vacías, lo miraban paralizados. Solo el perro seguía gruñendo, la saliva le llegaba al collar. Ya no era un cachorro, aquel perro era un animal joven y no parecía desde luego uno de esos perros que gruñen por gruñir, de eso no había duda. El blanco de su pelaje no era inocencia, sino pureza. Un puro concentrado de potencia y destrucción. Nicolas le apuntó con la Desert Eagle a aquella frente fuerte, pero el niño mayor le rogó:

—¡No nos mates, por favor! —De pronto su mirada brilló con astucia—. ¡Con el perro puedes ganar mucho dinero! Y de mayor tendrá cachorros y podrás venderlos.

—¿Qué dinero? —preguntó Nicolas bajando la pistola porque aquella perra le gustaba mucho y merecía respeto.

—¡Es un dogo! ¿Sabes lo que son?

Sí, lo sabía: aquellos perros eran conocidos por ser los mejores luchadores, pero nunca había visto uno. En aquel momento entendió que aquella fama era merecida.

Quien hablaba con Nicolas era el mayor de los tres y debía de haberse convencido de que, si seguía distrayendo al hombre que había matado al jefe de su padre, salvaría no solo la vida del dogo sino también la suya y la de sus hermanos, que se abrazaban en silencio, aturdidos por la matanza.

—Me gusta esta campeona.

El niño comprendió que lo había conseguido, le puso la correa al dogo y se la pasó a Nicolas. Le dio un beso en la cabeza, susurró unas palabras en una lengua que no era ni italiano ni napolitano y le mandó que bajara.

—Hale —le dijo—, vete.

El animal tenía dos ojos que parecían entenderlo todo y quizá por eso se alejó del Mercedes sin volverse.

—Tíos —dijo Nicolas inclinándose sobre el perro, que había dejado de gruñir—, os presento a Skunk.

Se dirigieron en moto a Gianturco, la misión aún no había terminado. Después de sacar el cobre de los maleteros y esconderlo en unos contenedores vacíos que el abogado Caiazzo le había indicado a Nicolas, marcharon al campamento de chabolas de los gitanos. Con cierto trabajo y unos cuantos arañazos, Nicolas consiguió inmovilizar a Skunk entre las piernas. El perro se había puesto a ladrar con furia, pero al final pareció comprender que no había nada que hacer y se limitó a gemir. Con aquella sirena de fondo, llegaron a Gianturco y encontraron el lugar muy animado. Quizá estuvieran todos esperando a que los otros volvieran de hacer la entrega en el muelle, pensó Nicolas, quien, con un ademán, comunicó a los demás que empezara el tiroteo.

Dispararon a media altura contra las caravanas, contra los coches, contra los trastos viejos que los gitanos usaban como cestas de la ropa, como tendederos, como mesas y sillas.

—¡Gitanos de mierda!

—¡Como volváis a tocar los trenes acabaréis como Mocho Vileda!

—¡El cobre es nuestro!

Aquello parecía un *pinball* cuyos resortes saltaban por el aire cada vez que los accionaban. Dieron dos vueltas completas al campamento, chapoteando en el lodo y salpicando barro. Los gitanos corrían de aquí para allá como hormigas de un hormiguero revuelto.

Nicolas se detuvo a la entrada del campamento y todos lo imitaron. Se habían portado bien y habría una buena recompensa, pero ya era hora de volver a casa, tenía que dar de comer a Skunk.

## UN PLAN DESCABELLADO

Se había traído al garaje la Kymco de la Koala. Aquella noche, allí encerrado, Dientecito durmió de un tirón. Había retrasado un día su venganza porque antes tenía que hacer una cosa.

Cuando, a la hora de la comida, su madre llamó a la persiana, esta vez la abrió. Se encontraron cara a cara después de todos aquellos meses. A su madre se le llenaron los ojos de lágrimas al instante, en parte por la emoción, pero sobre todo por el aspecto que presentaba su hijo. De no ser por aquellos dientes desportillados que tenía, le habría parecido otra persona. Los ojos en particular le dieron miedo. Él se le abrazó.

—Mamá —dijo—, ayer fui a ver a Antonello, es clavadito a ti, ¿te das cuenta? ¡Lo que le gustará tu tarta cuando crezca! ¡Seguro que ya lo mimas mucho!

Ella se quedó muda, aquellas palabras sonaban a un adiós y ella no quería despedirse. Antes de que pudiera decir nada, él ya la estaba apartando y se metía de nuevo en su guarida.

Se acordaba perfectamente del lugar, un edificio de los años sesenta, quinto piso, en Gianturco. Nicolas lo había escogido porque, al ser como cualquier otro, no llamaba la atención. No había vuelto, pero no olvidaba aquel primer día en que reunieron todo un arsenal. Por aquel entonces no hacía falta apostar allí a un centinela para vigilarlo. Por aquel entonces eran todos amigos, una banda.

Dientecito lo identificó: hacía unos cuatro o cinco años él había sido un muchacho como Nicolas. Caminaba por la acera del edificio de Aza o, más bien, avanzaba dando saltitos con sus Converse al compás de la música que escuchaba por los cascos. Dientecito sabía cómo engañarlo, él mismo hacía unos años también habría caído en la trampa. Volvió a piazza Principe Umberto.

—¿Qué tienes? —dijo, como si fuera un cliente cualquiera.

Compró diez euros de coca, con eso bastaría, y volvió a Gianturco. Tardó media hora en ir y media en volver, pero no le importó ni sudar ni haber tardado una hora.

El centinela seguía allí, indolente y aburrido. Dientecito se acercó y lo saludó como si lo conociera de toda la vida. Le dio una palmada en el hombro, fuerte, para obligarlo a quitarse los cascos. No le dio tiempo a reaccionar.

—¡Vaya trabajo de mierda te manda el Marajá! —dijo—. Pero así se empieza, ¿no?

El chico dio un paso atrás y se limitó a mirarlo, con los brazos caídos y sin llevarse la mano a la cintura: como bien había supuesto Dientecito, el centinela no tenía pistola. El Marajá no se fía de los críos, se dijo.

—¿Quién eres? —le preguntó el chaval.

—No lo entiendes. Soy yo quien tiene que preguntártelo a ti. Soy el brazo derecho de Nicolas el Marajá.

—Pero no pareces de la banda... —dijo al ver el aspecto descuidado de Dientecito.

—Es que voy camuflado, estoy cumpliendo una misión, pero antes prueba esta farlopa. —Sacó la coca y se la ofreció. Se pusieron a esnifar allí en la calle, mientras Dientecito le hablaba de la banda, de los enemigos a los que se habían cargado, de las misiones que había cumplido con el Marajá, sí, con su jefe, el que le había mandado que vigilara la acera.

—Toma, sírvete —dijo Dientecito, ofreciéndole más coca—. ¿Cómo te llamas?

—Luciano —contestó el chaval antes de esnifar otro poco.

—Muy bien, Luciano, muy bien. Ahora tengo que dejarte. Tengo que cargarme a uno y debo subir por las armas.

—Espera, antes tengo que avisar a Marajá.

Dientecito sonrió, condescendiente, y se guardó la coca, como si quisiera castigarlo por haber dicho aquello.

—Te regalo una lección. Nunca dejes pistas en el teléfono cuando vayas a cargarte a alguien.

Luciano asintió y, para ocultar que enrojecía de vergüenza, se puso a aplastar una colilla del suelo con la punta del pie.

—No te preocupes que no se lo diré a Nicolas —dijo Dientecito, poniéndole la mano en el pecho. Cambió de tono y se puso serio—: ¿Llevas pipa? ¿O a los críos no os deja Nicolas que llevéis pipa?

Luciano se puso aún más colorado. Dientecito se dirigió a la escalera, pero, antes de empezar a subirla, se volvió para decirle:

—Sé bueno y cuando baje te hago otro regalo.

En el apartamento, Aza había conseguido que la señora se durmiera y acababa de sentarse a descansar delante del televisor cuando oyó que llamaban a la puerta. Cuando oyó «Compañía del gas, lectura del contador», abrió la puerta pero al instante se dio cuenta de que no era un empleado del gas.

—¡Un gitano! —chilló y quiso cerrar, pero Dientecito ya había bloqueado la puerta con el pie.

—Vete o llamo al Marajá, ¿me oyes?

Él sonrió:

—Tranquila, Aza, soy Dientecito, el hermano de Nicolas, ¿no te acuerdas? —Tragó saliva para hacer pasar aquella palabra, hermano, pero no dejó de sonreír.

Al oír el nombre de Nicolas, Aza dejó de empujar y lo observó con atención.

Sí, parecía el amigo de Nicolas, el que tenía los dientes de delante partidos, pero ¿qué le había pasado?, se preguntó, haciéndole señas de que entrara y pidiéndole, con el dedo en los labios, que no hiciera ruido. ¡Y aquella mirada! ¿Irá drogado? La pregunta le había asomado apenas a los ojos cuando Dientecito le echaba las manos al cuello y la atraía hacia sí.

—¿Sigue aquí? —le preguntó.

—Sí, está aquí, pero duerme, no la despiertes, por favor —contestó Aza.

Dientecito volvió a reírse. El aliento que la embistió le hizo entornar los ojos con asco. Contuvo la respiración.

—¿El arsenal —susurró Dientecito— sigue aquí?

Aza asintió enérgicamente.

Allí estaban los macutos. No tuvo más que apartar unas bolsitas llenas de adornos navideños y chismes para ver el verde de la tela. Cogió uno, lo arrojó a la cama en la que dormía Aza, abrió la cremallera y empezó a rebuscar. Escogió un Uzi, pero se lo pensó y se decidió por un Kalashnikov, lo sopesó y cambió otra vez de idea. Empuñó un Uzi e hizo como que disparaba contra el póster de Justin Bieber: la Koala tenía uno igual en su dormitorio. Este pensamiento se fue como había venido: ya no era el momento de pensar en aquello, aquel pasado le parecía la vida de otro. Era otro Dientecito, otro Giuseppe Izzo quien había descubierto que, tras la muerte de su amigo Dumbo, había un pacto entre Simioferro —heredero de los Acanfora, proveedor exclusivo del Gatazo de la heroína más preciada, la afgana, y que intrigaba con la banda de los Niños para proporcionarles también a ellos la mercancía— y Nicolas. Simioferro quiso eliminar a Dumbo por una cuestión de principios y a Nicolas le había parecido bien. Lo había sacrificado por la droga.

Dientecito cogió también tres granadas de mano y una Beretta Storm, que se guardó en los pantalones: ese era el regalo de Luciano. Mientras tanto, Aza había salido del cuarto, dejando la puerta entornada para que no se oyera tanto el ruido metálico de las armas, y había ido a la cocina. Seleccionó el número de Nicolas, pero al sexto tono renunció y le dejó un mensaje en el buzón de voz, con un susurro:

—Tu amigo tiene las armas.

Miró la pantalla esperando que la llamase enseguida y, tras esperar treinta segundos, volvió con Dientecito, pero este ya se había ido.

Luciano seguía yendo y viniendo por la acera y la pistola que le lanzó Dientecito, que lo llamó con un silbido, estuvo a punto de darle en la cabeza.

Hubo un tiempo en que los soldados del Estado Islámico (EI) habían suscitado en Dientecito una especie de repugnancia. Según Nicolas, tenían cojones; según él, era unos cobardes que ponían bombas y no miraban a los ojos. La adrenalina y la rabia le infundían una determinación que él confundía con lucidez. Estaba convencido de verlo por fin todo claro y, subido a la moto de la Koala, con dos granadas enganchadas a las presillas del pantalón, dos Kalashnikov y otros tantos cargadores llenos, se sentía un justiciero. Corría hacia San Giovanni a Teduccio encabritando la moto, sin preocuparse de los golpes que recibían las granadas cada vez que aterrizaba en el asfalto.

Se dirigía al castillo de los Acanfora. Dumbo se lo había descrito mil veces, pero de castillo solo tenía las defensas y los centinelas. Aquel callejón encajado entre los edificios lo había recorrido muchas veces Dumbo con la Zarina, la madre de Simioferro, sentada detrás. Era un pasaje de unos treinta metros al que daban ventanas que permanecían abiertas en verano y en invierno, porque allí no vivía nadie. Los francotiradores de la familia Acanfora se alternaban en turnos de ocho horas: meterse en aquel callejón sería una misión suicida.

Además, había una valla de chapa que corría por un raíl encajado en el asfalto. No detendría a un coche lanzado a toda velocidad, pero ralentizaría la marcha lo bastante como para que, atrapado en una barbacana moderna, fuera un blanco fácil.

Dientecito se había imaginado irrumpiendo en el castillo como si protagonizara una escena de la saga filmica *A todo gas*, pero enseguida renunció a la idea: lo habrían llenado de plomo antes de cruzar la valla y no podía permitírselo, todavía no. Simioferro no era el último de la lista.

Cuando lo despachara a él, se decía, le tocaría a Nicolas, y entonces sí que las cosas volverían a su cauce.

A Simioperro tenía que sorprenderlo fuera, en aquella tierra de nadie que separaba la valla de chapa, la calle que comunicaba con la nacional y el feudo de los Acanfora, justo en aquellos últimos metros, donde menos atención prestaban los guardaespaldas. Unos segundos más, un chirrido metálico y allí estaba el vientre caliente de la fortaleza, a salvo del ataque de los Faella.

Caminaba por la acera tentándose las granadas que le golpeaban en el pubis como si fueran otro par de testículos. «Ahora veremos quién tiene más huevos», se decía.

Dumbo le había descrito también los edificios fantasma que había antes de llegar al barrio de Simioperro. Los Acanfora los habían tomado y desalojado para crear una especie de colchón entre ellos y el resto de la ciudad: para sobrevivir, vivían asediados.

Dientecito comprobó una vez más que el Kalashnikov que llevaba ceñido al pecho tuviera el seguro quitado y se tumbó boca abajo en la acera, en un punto en el que la calle describía una ligerísima curva a la izquierda antes de llegar a la valla, creando una especie de ángulo ciego —o eso esperaba para cámaras y francotiradores.

Con la nariz aplastada contra la gravilla de la acera, Dientecito se sentía feliz. «Voy a mil por hora —se decía—, pero al menos he salido de aquel garaje.» Y se reía de su estado de ánimo.

—¡He salido, he salido! —exclamaba en voz alta, sin miedo a que lo oyeran, porque aquello era tierra de nadie, tierra de paso, uno podía morir sobre aquel asfalto y su cuerpo pudrirse al sol durante días antes de que alguien se dignara a hacer limpieza.

Esperaría allí tumbado hasta que llegara el Smart de Simioperro. Sabía que podía seguir adelante y pasarle por encima, él mismo habría actuado así, pero estaba seguro de que Simioperro, blando como era por ser de sangre azul, ordenaría al chófer que parara.

Era un plan lleno de fallos, de posibles imprevistos y de esperas agotadoras, pero era uno de esos planes irrealizables que solo un dios caprichoso podía hacer posible en manos de un loco. Y, a aquellas alturas, Dientecito era un loco.

Oyó que llegaba el Smart. Siempre había tenido oído para los motores, desde niño. Siguió tendido, calculando la distancia que lo separaba del coche que se aproximaba. Treinta metros. Una granada reventaría el Smart como revienta un petardo una lata de sardinas, pero entonces no le vería la cara a Simioperro ni este se la vería a él. Veinte metros. El Kalashnikov, usará el Kalashnikov, se dijo riendo. Cinco metros. Dientecito tensó la articulación del codo, listo para levantarse de un salto.

Un frenazo. El chasquido de una portezuela. Una aceleración y otro frenazo, como si el Smart no supiera si atropellarlo o no. Dientecito permaneció inmóvil. El alquitrán que tenía debajo le daba fuerza, sentía que estaba respirando al ritmo de la tierra.

—Baja, ve a ver —oyó que le decía Simioperro al chófer.

—¿Por qué no pasamos por encima? Ese ya está muerto.

Y Simioperro, al poco:

—Va, baja.

El motor del Smart se apagó, se encendió. Un acelerón en punto muerto y otra vez la orden incumplida:

—Va, baja.

Pero ningún paso avanzó hacia él. Por fin oyó que el chófer se apeaba. Ahora, se dijo, y se

volvió.

Disparó la primera ráfaga sin levantarse del todo, apoyado con una rodilla y con la otra pierna aún estirada. Desde aquella posición alcanzó al chófer de Simioperro en los muslos, que explotaron como si fueran globos llenos de sangre. El hombre gritó, o al menos eso le pareció a Dientecito, porque con la siguiente ráfaga le reventó la boca y lo despidió contra el capó del Smart. Entretanto, Simioperro pasaba por encima del freno de mano y de la palanca de cambios y ocupaba el asiento del conductor. Una tercera ráfaga agujereó el lateral del coche y Simioperro quiso protegerse la cabeza metiéndola debajo del volante.

—¡Smart de mierda! —gritó. Fue un grito de rabia que se transformó en otro de dolor y subió dos tonos cuando lo alcanzó una bala. En el momento del impacto pensó que aquel cabrón le había volado media cara y empezó a palparse el rostro en busca del trozo que faltaba.

—¡La oreja! —gritó—. ¡Mierda, me has volado una oreja!

—¡Maricón! —decía Dientecito riéndose, mientras recargaba el AK-47.

Aprovechando la pausa, Simioperro arrancó el Smart, metió primera y salió disparado hacia la valla, sin preocuparse por haber atropellado al chófer. Al ver que el coche desaparecía tras la valla, Dientecito dirigió el AK-47 contra el fortín de los Acanfora y disparó hasta que no le quedaron balas. El cargador quemaba y, dispuesto a recargarlo, lo sacó, pero los hombres de Simioperro respondieron al fuego. Con el Kalashnikov al hombro, Dientecito echó a correr en zigzag, saltó el cerco de plástico naranja que separaba el barrio de un campo en el que crecía una hierba de un metro de altura y desapareció.

Salió por el otro lado cubierto de arañazos y con un corte más profundo en la mejilla. Llegar a Forcella a pie sería una empresa insensata incluso para él. Se acercó a un cruce y disparó un tiro al aire. Siempre había alguien que, presa del pánico, abandonaba el vehículo y, aunque era una Kymco barata, le servía también. Montó en la moto y partió.

Se saltaba los semáforos sin mirar siquiera si aparecían coches por los lados. Iba inclinado sobre la moto y con la cabeza a la altura del parabrisas bajo. La calle le parecía anchísima y hasta tenía la impresión de que coches y peatones se apartaban para dejarlo pasar, como si intuyeran que llevaba prisa. Conducía con el Kalashnikov entre las piernas y con un único pensamiento en la cabeza: Antonello. Aquella criatura era el único inocente en toda aquella historia, ahora lo entendía, más inocente de lo que era Christian, porque el hermano de Nicolas había vivido lo bastante como para tomar decisiones, para elegir cosas. Después de todo, ¿no había decidido él ir a la estación? En cierta medida, Christian era responsable de su muerte. Pero el pequeño Antonello ni siquiera había elegido venir al mundo.

Un carabnero situado al borde de la calle le dio el alto. La Kymco no redujo y le pasó a un palmo. El desplazamiento de aire hizo tambalearse y caer al agente. Su colega lo ayudó a levantarse y los dos salieron para seguir la moto con las sirenas puestas.

Nicolas estaba cenando. Skunk se había zampado la carne medio congelada del ragú y dormía sobre una vieja manta que le había puesto debajo de la tele de la cocina. Mena descansaba en su cuarto. Eran días de mucho trabajo en la tintorería y estaba tan cansada que no había podido prepararle nada a su hijo, razón por la que él se había calentado una bolsa de comida preparada, espaguetis de marisco: comida congelada, la solución más rápida cuando no había alternativa. Mientras comía, repasaba la lista de contactos de WhatsApp. Tenía ciento veintiocho mensajes en

unos diez chats y además había un número desconocido, de teléfono fijo, que lo había llamado y al final había dejado un mensaje de voz: «Tu amigo tiene las armas.» Le sonaba aquella voz, pero al oírla no fue capaz de reconocerla. Se sirvió un vaso de Coca Light y pulsó la tecla para volver a escuchar el mensaje, pero una voz que venía de fuera ahogó el sonido del móvil: esa voz sí la reconoció al instante.

Alguien gritaba en la calle; es más, alguien se acercaba a toda pastilla en una moto que a Nicolas le recordó su vieja Beverly. Hablaba rápido, palabras que la cocaína animaba, palabras que Dientecito venía repitiéndose desde hacía meses bien conservadas en el vinagre de su rabia y ahora salían con violencia. Cuando Nicolas entendió aquellas palabras, se le despejó la última duda:

—¡Con un bebé! ¡No te metas con un bebé! ¡Solo sabes matar niños! ¡No eres nadie! Te cargaste a Dumbo, que no tenía culpa de nada, por Simioferro, por chuparle la polla a ese mierda! ¡Dumbo era mi hermano! ¡Estuvo en la cárcel y calló! ¡Era un hombre, no como tú! ¡Voy a acabar contigo y con toda tu sangre!

Dientecito gritaba como si aquellas palabras pudieran transformarse en proyectiles y clavarse en el cuerpo de Nicolas. Al final, calló de pronto y apretó el gatillo.

Nicolas no esperó a los tiros del Kalashnikov. Salió de la cocina que daba a la calle, corrió, seguido de Skunk, a la habitación de su madre, la levantó a pulso y se tiró con ella al suelo en medio del apartamento. Contó diecisiete disparos contra el edificio, oyó que una ventana se rompía, una sirena, algún que otro grito —la voz, ya irreconocible, deformada, del muchacho que había sido su amigo— y todo acabó. Por seguridad, esperó un poco más en el suelo, se levantó, fue a asomarse a la ventana de la cocina y llegó a tiempo de ver a Dientecito esgrimiendo el Kalashnikov contra la policía, como si quisiera apurar los últimos disparos. Dientecito quiso cambiar el cargador, pero dos agentes se le abalanzaron por detrás, lo derribaron y le inmovilizaron los brazos a la espalda.

Nicolas se inclinó sobre el vacío, alargando el cuello como una tortuga, para no perderse detalle, como hicieron decenas de personas en todas las ventanas.

El coche patrulla arrancó haciendo chirriar las ruedas y Nicolas se dejó caer al suelo.

—¡Cabrón! —dijo dándose un puñetazo en la sien—. ¡Cabrón!

Mena le puso la mano en la cabeza y le dijo:

—Vete.

Nicolas asintió, le dirigió un gesto de agradecimiento con el que también le rogaba que tuviera cuidado con los policías que la interrogaran y se dirigió a la escalera que conducía a las buhardillas y a la azotea. Oía las voces de los policías abajo, en el vestíbulo: los agentes decían que los vecinos permanecieran en el interior de sus casas, en seguro, que pasarían ellos.

El barrio estaba blindado, desde allí arriba parecía que estuvieran en guerra. Había coches de policía cortando los accesos y hasta un helicóptero sobrevolaba los edificios. Se habían tomado en serio el tiroteo de Dientecito, no como un caso aislado de un loco en busca de venganza.

Poner a un niño inexperto y desarmado a vigilar las armas había sido una ligereza imperdonable y estaba pagando las consecuencias. ¡Dientecito habría podido matar a su madre!

Consultó el móvil. Simioferro lo había llamado una docena de veces, pero él no había contestado. La provisión de heroína era lo que menos lo preocupaba en ese momento.

Bajó a la calle. Había puestos de control por todas partes, incluso los hombres del ejército

iban armados con metralletas. Miró la fachada de su edificio. Dientecito había perdido la cabeza, pero seguía teniendo buena puntería, pensó Nicolas. Al menos cinco tiros habían impactado en el radio de un metro de la ventana de su cocina. No estaba mal para una persona que iba en una moto a ochenta por hora y perseguido por la policía. El cristal roto era de los vecinos de arriba; luego se pasaría a darles una dádiva para que lo repararan.

La noticia del tiroteo había llegado a oídos de todos y, entre los muchos mensajes que había recibido, los más numerosos de Letizia, había podido recuperar uno, de Simioperro:

**Simioperro**

Te espero en la universidad.

Y luego otro:

Es urgente.

Y otro:

Muévete.

¿Qué querrá este gilipollas?, se dijo Nicolas, antes de pasar al chat de la banda. Lo sabían todo, y sabían, confusamente, que Dientecito, antes de ir a por él, había intentado cargarse a Simioperro.

Simioperro lo esperaba en un callejón cerca de la universidad, como le había escrito. Estaba apoyado en la puerta de una ambulancia y llevaba la misma ropa que vestía en el atentado. La camiseta le caía de un lado, desgarrada, y en los vaqueros, a la altura del muslo, se veía una mancha de sangre coagulada. El vendaje de la oreja izquierda se le había despegado y le colgaba sujeto por esparadrapo. Cuando se daba con la mano para volver a pegarlo, se oía un ruido como de bota hundiéndose en el barro.

—Hay que acabar con él —dijo Nicolas, o al menos lo intentó, porque Simioperro no lo escuchaba.

—¡Tú tienes la culpa! —le espetó de pronto—. ¡No quiero volver a saber nada de tu banda! Sois unos críos, unos mocosos. Basta, se acabó. No sabéis más que meneárosla y vender hachís. No sabes dirigir a tus hombres. Hemos terminado. ¿Quién te crees que eres? ¿Escobar? No tenéis ni idea.

—Simioperro —dijo Nicolas—, ese no es de la banda. Ese hijoputa mató a mi hermano. Y ahora ha intentado matarnos a nosotros. Nuestros negocios no tienen nada que ver con esto.

Anestesiado por lo que se había chutado antes de acudir a la cita con Nicolas, Simioperro seguía despotricando, furioso:

—¡Sois unos críos, unos mocosos que os creéis la camorra! ¡Se acabó! ¡No sois nada!

Nicolas le puso la mano en el brazo con la actitud firme y tranquilizadora del médico que habla con un paciente histérico y se limitó a decir:

—Ahora, cálmate. —Simioperro enmudeció. Se miraron en silencio un momento y Nicolas añadió—: Hay que eliminarlo.

—Lo llevarán a Nisida —dijo Simioperro. Lo que quedaba de oreja batía al ritmo acelerado del corazón—. Ya estará allí. Me ha dejado sin oreja y, si me lo cargo allí dentro, después del lío

que ha armado, me cae también cadena perpetua.

—Si lo matas, estaré en deuda contigo. —Y aclaró—: Pero recuerda: tiene que pasarlo mal. Simioperro fue a la parte trasera de la ambulancia y asió la manivela de la portezuela.

—Marajá, no lo entiendes.

—Sí lo entiendo, pero debe pagarlo.

—Lo pagará —dijo antes de medio abrir la portezuela. En el interior de aquella falsa ambulancia en la que se movía había una cama y un ordenador. Parecía una oficina móvil. Carraspeó y arrojó una flema roja.

—Lo convertiré en un fantasma, eso es peor que la muerte.

—¿Peor? —dijo Nicolas, en un tono entre dubitativo y curioso.

—Eres muy joven, no sabes que hay cosas peores que la muerte.

# PIRAÑA

Los Melenudos estaban en la salita, la guarida de los hombres del White, a la vez estanco, bar y casa de apuestas Sisal. Se sucedía el ir y venir de siempre, las voces de quienes apostaban y de quienes pedían un licor amargo en la barra mojada y grasienta del bar, y allí estaba el White, quien, con unos cascos inalámbricos puestos, movía la cabeza a sacudidas. ¿Rap o heroína?, se preguntaban sus hombres, sin atreverse a acercarse a él: tras aquella aparente normalidad, advertían la tensión que no había remitido desde la muerte de Roipnol. Desde entonces, no había ocurrido nada —ni avisos ni palabras— y eso era lo más inquietante. El nudo a lo samurái que el White llevaba detrás del cráneo de sienes rapadas dejó de moverse de pronto y se hizo el silencio. Había entrado Mauriziuccio el Payaso con una valentía que había hecho enmudecer a todos. Golpeó un par de veces con los nudillos en la mesa de billar, pero el White había reanudado su baile inmóvil con los ojos cerrados.

—¡White! —dijo el Payaso.

—¡Hombre, Mauriziu! ¿Qué te trae por aquí? —preguntó el White quitándose despacio los cascos.

—Vengo a ver cómo se consume tu cara de capullo. ¡Y vaya si se consume! —Y soltó una sonora carcajada. El Payaso tenía dos espesos mechones de rizos rojizos a ambos lados de la cabeza, cuyo cogote brillaba a la luz de neón de la salita. En la frente lucía otras dos matas de rizos rojizos. Era clavado a Krusty el Clown y, desde el día en que alguien se lo había comentado, Maurizio Viscardi había pasado a ser Mauriziuccio el Payaso.

—Tenéis que ir a San Giovanni.

—¿Tengo que ir adónde?

—No, tenéis. Toda tu banda. A casa del Gatazo. Mañana por la mañana.

—Ya —dijo el White—. ¿Pasa algo?

El Payaso pasó por alto la pregunta.

—A las diez de la mañana. Luego el Gatazo tiene cosas que hacer. Abur, tíos.

En cuanto el Payaso salió, la salita se sacudió de su letargo y volvió a animarse. Orso Ted y el Salvaje daban saltitos alrededor del White.

—Que el Payaso haya venido aquí..., ¡Mala señal! ¡A ver si nos está tendiendo una trampa! —dijo Orso Ted.

—Quizá te hayan nombrado rey de Forcella y te coronen, ¿no? —preguntó a su vez el Salvaje.

—¡Basta de preguntas! —estalló el White—. Ya me habéis tocado bastante las pelotas. Seguro que es algo serio. Si no, no habrían mandado al Payaso, sino a un chaval, a un crío...

—¿Y por qué lo han mandado entonces a él? —preguntó Orso Ted.

—Porque al Payaso no se le puede decir que no —contestó el White.

—Yo no lo conocía —continuó Orso Ted—, pero al verlo me ha dado miedo.

—¡Es que eres un cagao! —dijo el White, en tono arrogante—. ¡Que te dé miedo el Payaso!

—A mí también me da miedo —dijo Quiquiriquí.

—A mí no me da miedo, pero tiene pinta de matón —dijo el Salvaje.

—¡Qué coño va a tener pinta de matón! A quien tiene pinta de matón se lo ve venir y ya no se carga a nadie —estalló de nuevo el White. ¿Acaso iba a dejar él que le ganara en ferocidad un tipo que se parecía a Krusty el Clown de *Los Simpson*?

—Sí, sí tiene pinta de matón —dijo Quiquiriquí—. ¿Por qué lo dices, White? Quien tiene pinta de matón inspira respeto.

—¿Sabéis lo que hacen ahora los matones? —replicó el White—: Importar motos de marca japonesa. Son los primeros concesionarios, pero no solo de Nápoles, ¡de toda Italia! —Y enfatizó la última palabra.

—¿No era ese el asesino a sueldo del Gatazo? —preguntó Quiquiriquí.

—Sí, con el Tigre —contestó el Salvaje. Se había acercado a los Melenudos, quería decir algo importante—: Y él no se ha dejado pillar. Eso significa que tiene cojones. Quien vende solo motos es un comerciante. Quien solo asesina a sueldo es un matón. Quien hace las dos cosas sabe mandar.

—¿Ahora nos dedicamos a escribir la biografía del Payaso? ¡Ya de paso la subimos a Wikipedia! —lo interrumpió el White. Aquella conversación ya había durado demasiado. El rey de Forcella los había llamado, eso daba para imaginarse muchas cosas—. ¡Coño, a lo mejor es que me dan Forcella! Con don Feliciano arrepentido, Copacabana detenido y Roipnol muerto...

—No, White, el negocio de Forcella has de ganártelo, no pretendas que te lo regalen... —dijo el Salvaje.

White lo aferró por la carótida.

—¡A mí nadie me ha regalado nunca nada! ¡Y cuando pronuncies mi nombre, enjuágate la boca con colutorio!

Aflojó la presión lo justo para que el Salvaje pudiera hablar.

—White, ninguno de los miembros la banda tenemos zona de venta. A nosotros nos pagan. Estamos para proteger las ventas, para obedecer al cabrón del Gatazo. Y, mientras, la banda de los Niños vende a toda la ciudad.

—¡Mentira! ¡Si son cuatro piojos!

—Cuatro piojos ¡y un huevo! —dijo el Salvaje.

White cruzó la mirada de los demás.

Orso Ted dijo:

—White, no te cabrees, pero están vendiendo la mercancía de la banda de los Niños.

—Si eso es verdad —dijo el White—, le resolveremos el problema al Gatazo.

—¿Lo ves? Siempre tenemos que resolverle algo a alguien.

—¡A callar! —gritó antes de imponer silencio llevándose el dedo a los labios.

Vía Sorrento, en San Giovanni a Teduccio, es una franja de asfalto flanqueada de edificios,

tiendas y un campo de fútbol en el que ya no crece la hierba. El Gatazo vivía allí, en el último piso de un bloque de viviendas, y desde allí, desde uno de los muchos suburbios de Nápoles, controlaba el centro histórico. La calle que lleva de Forcella a San Giovanni a Teduccio es casi recta y, siempre con el mar a la derecha, si no hay tráfico, se llega en un cuarto de hora. De los edificios del siglo xvii a aquellos caserones en unos pocos minutos.

Los Melenudos iban embutidos en el Golf del White, quien, en cuanto entró en el barrio, apagó el motor. No tenía más instrucciones y se encontraba en territorio ajeno. El White llevaba más de un año sin alejarse del centro de Nápoles: dejar los negocios, aunque solo fuera por unos días, resulta peligroso, uno se convierte en blanco.

Llegaron tres escúteres y rodearon el coche. Un vistazo al interior, otro a la matrícula y un golpe de nudillos en el capó.

—Parad delante de la escuela —dijo uno de los motoristas antes de partir a toda velocidad con los otros.

Delante de la escuela, un sujeto con pantalones y chaleco vaqueros les hizo señas de que pararan.

—Ponte detrás —le dijo al White abriendo la portezuela—, a partir de aquí, conduzco yo.

El coche viró en redondo y aceleró en la dirección en la que habían aparecido los Melenudos.

—¿Volvemos?

—Así funciona... Al edificio de los Faella solo pueden acercarse en coche cuatro personas. Yo soy una de ellas.

—¿También cuando llega un paquete de Amazon?

—¡Qué cojones Amazon!

En aquellos bajos fondos de San Giovanni, el único sistema de seguridad consistía en no permitir el acceso más que a determinados conductores que, como pilotos de barco, conocían las mareas bajas, los bajíos, los escollos.

Llegaron a una explanada rodeada de viviendas sociales que formaban como una herradura. El último piso de los tres bloques de viviendas, pegados uno a otro, era de los Faella, cientos de metros cuadrados que, desde la acera, parecían apartamentos de lo más normal y corriente.

A los Melenudos les dijeron que bajaran del coche y se pusieran en fila contra la pared del edificio.

—¡Tirad las armas! —dijo el hombre que los había conducido hasta allí. El White dio ejemplo a los suyos y arrojó a los ladrillos rosados una Beretta M9, su arma preferida. Todos hicieron lo mismo, menos Orso Ted, que dijo que iba limpio. El conductor les ordenó que se quitaran los zapatos y los calcetines; si subían a ver al Gatazo aunque solo fuera con una hoja de afeitar en el calcetín, eran hombres muertos. Pero no llevaban nada, podían entrar.

Tomaron un ascensor y salieron a un pasillo cuyo fin no alcanzaban a distinguir. En las paredes blancas colgaban antiguas vistas de Nápoles en un tenue color sepia y, a intervalos regulares, había una serie de otomanas modernas, también de color sepia. Aquello parecía una sala de espera o la nave de una iglesia, por la gran solemnidad que transmitía. Un parqué de tablillas finas se extendía pasillo adelante y se interrumpía bruscamente: más allá, el recorrido proseguía por una especie de pasarela de plexiglás, pero la luz de los focos led se reflejaba en aquella superficie y producía en los ojos de los Melenudos una especie de espejismo.

—Esperad aquí —dijo el hombre del Gatazo antes de alejarse a grandes zancadas hasta

desaparecer a lo lejos.

—White, ¿es verdad que el Gatazo se parece al gato de Cheshire? —preguntó Quiquiriquí.

—¿A quién? —El White se había llevado las manos a la frente para protegerse de la luz de los focos y comenzó a avanzar lentamente para superar el parqué.

—¡Al gato de Cheshire!

—¿Qué coño es eso?

—Es el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*... —Y, viendo la expresión de perplejidad del otro, precisó—: Los dibujos animados.

—¡Vete a tomar por...! —No terminó la frase porque lo que vio más allá de sus pies lo hizo enmudecer. Por debajo del pavimento transparente discurría un río de agua. Parecía uno de esos cuadros de los milagros de Jesús, su abuela tenía una estampa así encima de la cómoda. Solo que el mar era de verdad, tropical, con algas, rocas, peces de vivos colores, incluso una raya que nadaba con el vientre pegado a la fina barrera que la separaba de la cara pasmada del White—. ¡Aquí debajo hay agua de verdad! —dijo y, enseguida, se le acercaron todos y, puestos a cuatro patas, boquiabiertos, como cinco niños que visitaran el acuario de Génova, contemplaron los peces payaso y los acantúridos.

—¡Ojo, como caigamos al agua nos comen! —Los Melenudos no se habían dado cuenta de que el Gatazo había salido por una puerta y estaba riéndose al verlos con la cabeza gacha y el culo en pompa.

—¿Por qué? ¿También hay pirañas? —se apresuró a preguntar el White.

—Exactamente. ¿Entiendes de peces? —preguntó el Gatazo. Le estrechó la mano al White, pasando olímpicamente de los otros. El capo de los Faella iba descalzo y llevaba unos vaqueros que le llegaban por debajo de la rodilla y una camisa Ralph Lauren blanca por fuera de los pantalones—. Por aquí, muchachos. —Los Melenudos siguieron al dueño de la casa suspendidos sobre aquel mar caribeño que había en pleno barrio de San Giovanni a Teduccio.

—Como no me contéis algo que os salve, tendré que ir llenando la bañera de ácido para disolveros uno tras otro.

El Gatazo les había hecho sentarse en un sofá hundido y sin respaldo. Ese era el único mueble viejo en un salón que abundaba en espejos y estatuas, candelabros y aparadores, en medio de una profusión de panes de oro e incrustaciones de plata.

El White procuraba mantener la espalda recta, pero se sentía como si le hubieran sacado la columna vertebral de un tirón. En ese momento resonó la voz del Payaso:

—¿Qué pasa, que estás más blanco que la cera?

—Se han cargado a Crescenzo Roipnol —continuó el Gatazo—, se han cargado a su mujer, la Culona. Y tú y tu banda teníais que protegerlos. Tú y tu banda de Forcella me pertenecéis. Os pago el sueldo. Os doy paga extra. Os pago el fútbol. ¿Y bien? ¿A quién os habéis vendido?

—A nadie, Gatazo —murmuró el White.

Los ojos del Gatazo se dirigieron a los demás, que, como soldados, contestaron a coro:

—¡A nadie!

—¡Cómo vamos vendernos! —prosiguió el White, armándose de valor.

—¿No era Carlitos Way de tu banda? ¿No tenía que estar vigilando en la puerta? Se ha vendido él —dijo el Payaso.

—Nada de eso. No hace más que decir en Facebook que no tiene nada que ver...

—¡Es verdad! —dijo el Salvaje.

Quiso levantarse y sacarse el iPhone del bolsillo trasero, pero el Payaso volvió a sentarlo de un manotazo y dijo:

—Ya veo que aquí todos sois abogados...

Le cogió el móvil y se lo pasó al Gatazo.

Carlitos Way se había creado varios perfiles en las redes sociales y en todos había elegido la misma imagen de Al Pacino en *El precio del poder*.

—«Para los cobardes solo tengo fauces de lobo» —declamó el Gatazo, deslizando el pulgar por la pantalla—. «Quien te habla mal de los demás, habla mal de ti a los demás...»

—Está hecho un poeta —dijo el Payaso.

—«Muerte a los cobardes. Quien me acusa de cobarde y falso es un cobarde. Los bróders tienen que defender mi inocencia.» Vale, se las da de escritor para salvar el culo, pero eso no significa que no se haya vendido. A ver, ¿dónde está? ¿Dónde coño se ha metido? El Payaso lleva buscándolo meses y no lo encuentra...

—Te lo encontramos nosotros —dijo el White. Se había erguido apoyando los puños en el sofá.

—¿Quién se cargó a Roipnol? ¿Fuisteis vosotros? —El Gatazo se acercó rápidamente al White y lo golpeó en el codo, haciendo que perdiera de nuevo el equilibrio—. ¿Fuisteis vosotros? ¿Quién os pagó? ¿Comefuegos el de Sanità, para defenderse? ¿El Arcángel? ¿Esos cabrones de los Grimaldi? ¿Los Secondiglianesi? ¿A quién os habéis vendido?

—¡A nadie! —replicó el White.

—Traedme al capullo de Carlitos Way.

—¡Teme que le peguemos un tiro!

—Y hace bien.

—Al parecer se ha embarcado con el padre. Se ha metido a marinero —intervino Orso Ted.

—Pues os cogéis una barca y vais a por él u os echáis al agua y lo buscáis nadando, me da igual. ¿Sabéis por qué no os he disuelto aún, uno tras otro, hasta que no queden más que los dientes flotando? Porque quiero demostrar que los que trabajan para mí están limpios, que no me dejo engañar por unos mocosos.

—¿Mocosos? —dijo el White.

—¡Mocosos, sí! —repuso el Payaso—. ¿O qué eres si no? ¿Capo? ¿Jefe de zona? Yo te tiro el hueso y tú tienes que traérmelo. Y ni eso sabes hacer.

El White se mordió el labio y calló.

—Quiero que me traigáis a Carlitos Way —siguió diciendo el Gatazo—. No puedo estar en guerra con todos. Sois unos ignorantes, no sabéis más que pegar tiros. Cuantos más tiros se pegan, menos se manda. Tengo a la policía encima, a la prensa, siempre salgo el primero en el telediario. Que si perjudicamos a la ciudad. Pero si hay alguien que la beneficia, soy yo. Doy trabajo cuando nadie da. Tenemos que hacer negocios, no ser unos bandidos como vosotros... Ignorantes...

—A mí no me da miedo pegar tiros —dijo el White. Se había rendido: se había rendido al sudor, a la postura incómoda, a la decepción de que no lo hubieran llamado para investirlo, ya podía hablar libremente.

—¿Este habla o caga? —dijo el Gatazo mirando al Payaso.

—Yo creo que eructa.

—A mí me ha parecido un cuesco.

—¿Miedo yo? ¡Yo me cago en el miedo! —dijo White. El Salvaje quería contenerlo tirándole por detrás de la camiseta, pero estaba disparado—: ¡Yo le doy por culo al miedo! El miedo me la suda, aquí se trata de ganar pasta. Con permiso, Gatazo, pero el cetro de Forcella tendrías que dármelo a mí, no a gente de fuera...

—Ah, ¿quieres ser el príncipe de Forcella? El White Primero, rey de Forcella...

—¡Primero de los gilipollas! —dijo el Payaso—. ¡Si no has sabido ni defender a tu jefe!

—¡Es que no era mi jefe! —gritó el White.

—¡Entonces lo has matado tú y tienes que morir ahora mismo! —El Gatazo lo cogió del cuello y White empezó a escupir frases incomprensibles. Los del sofá agacharon la cabeza, mudos, inmóviles. El Gatazo apretó más, los dedos se hundían en los músculos del cuello—. ¿Quién es tu jefe entonces?

—Usted —pudo decir el White y el Gatazo lo soltó.

—¿Quieres ser capo? Para eso hay que tener un par de huevos. Traedme a Carlitos Way si queréis salvaros.

## TENAZAS

El White debía pensar y dejar de pensar al mismo tiempo. Tenía que discurrir un plan y no pensar en todas las chorradas que le había vomitado al Gatazo a la cara. Pero nunca había sido un buen estratega. En eso lo superaba el Marajá y por eso le ganaba la partida. Pero las estrategias importan hasta cierto punto. Él había aprendido que quien sabe disparar siempre tiene las de ganar. El conductor que los había llevado les había ordenado que esperaran, que iba por el Golf.

—A ver cuántas balas tenemos... —decía el Salvaje. Había sacado el cargador de la Beretta 7.65 y lo tenía en alto, como si fuera la estampa de un santo—. Una, dos, tres... nueve. White, con este cargador nos basta, tenemos una bala para cada uno y hasta nos sobran. Les volamos la cabeza al cacho mierda del Marajá y a toda su banda.

—No sé si ha sido él, pero quien se ha cargado a Roipnol y a la gorda de su mujer lo ha hecho bien, no era de Forcella, se la había agenciado —dijo Orso Ted.

El White pensó que quizá tuvieran razón el Salvaje y Orso Ted, pero ¿qué importaba eso en aquel momento? El Gatazo quería a Carlitos y a Carlitos tenían que entregarle.

—La banda de los Niños me la suda —dijo—. Al Marajá me lo como con patatas cuando quiera.

—¿Cuándo? —preguntó el Salvaje—. Están haciéndose con el mercado. Y el Gatazo ni se da cuenta.

—Claro que se da cuenta, pero tiene miedo. No quiere sangre. Si se los carga uno a uno, ¿sabes lo que pasa? Que se acaban las ventas. Quien teme pegar un tiro termina con un tiro en la cabeza.

—Ya, pero la banda del Marajá está haciéndose con todo el mercado.

—¿A saber de dónde sacan esa mala mercancía! Se la pasará alguien de extranjis —contestó el White.

Oyó el motor de su coche antes de verlo asomar por la curva y echó a caminar hacia él seguido de los demás.

—No, la mercancía no es mala... Y, como la venden a precios tirados, están conquistando Nápoles —dijo Orso Ted.

El White siguió adelante, dejándolos discutir.

—Vayamos ahora mismo a Forcella y carguémonoslos. ¡Pum, pum, pum y listo!

—Subnormal, si las bandas de Forcella se matan entre sí, se adueñan del barrio los de fuera.

—¿Y entonces qué hacemos?

—A ver qué dice Copacabana... Que decida él... Vamos a preguntarle.

El Golf se detuvo junto al White, que cogió al vuelo las llaves que el conductor le lanzó, se sentó al volante y cerró la portezuela con fuerza. Activó el cierre centralizado y arrancó el motor. Quiquiriquí y el Salvaje echaron mano de las manivelas y empezaron a tirar.

—¡Abre!

—¡Y una mierda! ¡Volved a pie! Vosotros no sois bróders, el Gatazo me ha atacado y no habéis hecho nada. ¡Ahora volvéis a pie!

—¿Qué dices?

—¿Eres tonto o qué?

—¿Qué podíamos hacer?

Haciendo chirriar las ruedas, el White había desaparecido tras los edificios de los Faella.

El plan que el White había trazado no brillaba por su originalidad, pero a todos les había parecido el más eficaz.

Sabían que la familia Costagliola se había dado a la fuga, pero desconocían su paradero. Los vecinos se habían cosido la boca, nadie decía nada. El plan era aclararles las ideas.

El White se presentó con los suyos delante del edificio, empuñando el único AK-47 del que disponían los Melenudos.

—¿Adónde ha ido la familia Costagliola? —preguntó gritando ante las ventanas vacías dándoles así una última oportunidad.

Como nadie se asomó siquiera, abrió fuego. Los balcones parecían de gomaespuma porque encajaban bien las balas, pero de las maderas saltaban astillas hacia todos lados. Una ráfaga alcanzó una fila de geranios y los pétalos rojos se esparcieron flotando en el aire. Los cristales volaban hechos añicos, cayendo sobre los transeúntes aterrorizados. El Salvaje sacó la pistola que llevaba y empezó a disparar también. Quiquiriquí y Orso Ted, que nunca llevaban armas, gritaban en medio del fragor de los disparos:

—¡Mierdas, basura!

Gastado el primer cargador, el White les pidió a sus hombres que callaran:

—¿Y bien? ¿Dónde están? ¿Adónde han ido esos fantasmas?

Dio cinco minutos a los ocupantes del edificio para que contestaran y, pasado ese tiempo, cambió el cargador. Con la primera ráfaga, después de que un trozo de cornisa de más de un metro cayera casi a sus pies, se oyó una voz por una de las ventanas rotas:

—¡En Villaricca! ¡Con su abuela! ¡Están en Villaricca!

—¿Y dónde vive su puta abuela? —gritó Orso Ted.

—¡Cerca del supermercado Conad! —contestó otra voz.

La colmena de Carlitos Way volvía a bullir. El velo de la *omertà* se había rasgado porque el silencio que garantiza la protección siempre tiene fecha de caducidad, una fecha que coincide con el momento en que nuestra vida corre peligro.

Los Melenudos volvieron en escúter a la salita, donde el White había aparcado el Golf, y todos juntos se dirigieron a Villarica. Equipamiento: el AK-47, los cinco cargadores que tenían escondidos detrás del póster de Stoya, en la salita, un viejo Colt M1911 y la Beretta del White. El navegador dirigido a Villaricca y una pipa de *crack*. El Golf era automático y, así, mientras con una mano mantenía el coche en el carril, con la otra fumaba cuando le tocaba. Con el tráfico que había tardaron dos horas en llegar.

Sin dejar de pasarse la pipa, empezaron a ir y venir por el trecho de calle que quedaba a la

altura del supermercado.

—Si pasamos muchas veces —dijo el Salvaje—, creerán que estamos preparando una emboscada y aparecerá la policía para tocarnos las pelotas.

—Pues bajad y esperad de pie —dijo el White antes de aparcar de través en las bandas blancas.

Orso Ted y Quiquiriquí caminaban por la acera con las manos en los bolsillos, porque la tarde había refrescado.

—¿De verdad crees que no ha sido Carlitos Way? —preguntó Quiquiriquí, que ya llevaba rato queriendo preguntarlo.

—¡Qué va a ser él! —contestó enseguida Orso Ted. Se notaba que también llevaba un rato pensando aquella respuesta.

—El White cree que hay alguien detrás, el Comefuegos de Sanità, los de Secondigliano o los Quartierani. Vamos, que va a haber guerra.

—Yo creo que ha sido la banda de los Niños.

—Pues yo creo que ha sido Carlitos Way, que se ha vendido. Le han pagado para que dijera cuándo se iba el centinela.

—Pero eso sería exponerse mucho. No puede ser tan tonto. Además, si le hubieran pagado, ahora no estaría en Villaricca. No está con la banda de los Niños. Es un pobre desgraciado. Lo conozco de toda la vida. Está acojonado porque el Gatazo piensa que ha sido él.

Volvieron al Golf. El White y el Salvaje se habían quedado dormidos con la cabeza apoyada en la ventanilla y, como parecía un barrio fantasma, Orso Ted y Quiquiriquí se acomodaron en los asientos traseros.

Los despertaron los pitidos de marcha atrás del camión de la basura y, sin intercambiar palabra, el White arrancó el coche y siguieron patrullando. Respecto del día anterior, la calle se había animado; abundaban los jubilados que iban al supermercado con carrito, pero de la familia Costagliola ni rastro.

—¿¿Dónde coño estarán?! —exclamó el White. Estaba perdiendo la paciencia y el hecho de que el *crack* se hubiera acabado no contribuía a mejorar su humor. Se acercaba con el coche a los transeúntes y los seguía de cerca hasta que estos, asustados por las pupilas dilatadas en aquella cara pálida, se metían a escape en el supermercado. El Salvaje insistía en que volvieran a Forcella, ya habían llamado demasiado la atención, pero el White no lo escuchaba. Había empezado a seguir a dos mujeres que salían del supermercado. Ellas también lo miraban y, ya cerca de su bloque de viviendas, la más joven le dio un estironcito a la otra para que se apresurara. Para el White aquel gesto le bastó. Frenó y abrió la portezuela:

—¿Señora Costagliola? ¿Señora Costagliola? —Las dos mujeres apretaron el paso sin volverse. La joven casi arrastraba a la anciana—. ¡Señora Costagliola, no huya! Solo quiero decirle una cosa de su hijo.

Al oír aquello, como si el White les hubiera gritado «¡Preparadas, listas, ya!», las mujeres soltaron las bolsas de la compra y echaron a correr. Cruzaron la verja, que cerraron tras de sí con un ruido metálico, y desaparecieron por el portal cuando ya los Melenudos saltaban la verja y las seguían. La puerta del ascensor se cerró justo delante de las narices del Salvaje y uno tras otro subieron por la escalera, de tres en tres escalones. Las mujeres gritaban por teléfono que les abrieran la puerta, que venían los de Forcella, que se dieran prisa. El White se quedó abajo para

alejarse a los vecinos curiosos con la más definitiva de las frases: «No pasa nada, asuntos de familia.»

El primer Melenudo que llegó al rellano del último piso, Quiquiriquí, vio que una de las mujeres entraba corriendo en la casa y dejaba a la anciana en el umbral de la puerta. Quiquiriquí cogió a esta última por el pañuelo de la cabeza y estiró, dejándole al descubierto una melena ordenada y compacta. El Melenudo se asió de ella con todas sus fuerzas y tiró de nuevo, dejando así suelta una melena de larguísima cabelllos grises.

—¡Rediós! ¿Y esta quién es? ¿Rapunzel de vieja? —dijo Quiquiriquí.

La abuela de Carlitos Way había sido siempre una mujer bella que atribuía su éxito con los hombres a su mata de pelo, que, de joven, le llegaba a la cintura. Al envejecer se había negado a cortársela, pero, como siempre le decían que el pelo largo en las mujeres ancianas era señal de lascivia, la llevaba recogida, escondida: ese había sido su secreto hasta que lo había descubierto Quiquiriquí.

A todo esto, la abuela de Carlitos Way era en aquel momento rehén de la banda y gritaba que la soltaran; el Salvaje le tenía los brazos sujetos a la espalda y la intimaba a callarse, pero la mujer seguía voceando y pidiendo a la Virgen y a todos los santos que mandaran a los de Forcella al infierno.

En medio de todo aquel jaleo, la puerta tras la cual se había refugiado la otra mujer se abrió de par en par: en el espacio delimitado por el marco apareció Carlitos Way con una Glock. Inmediatamente encañonó al Salvaje, pero este se escudó con la mujer y Quiquiriquí le apuntó con el AK-47.

La abuela de Carlitos Way le gritaba que disparase, que los mandara al otro mundo, que ella ya había vivido bastante, y el nieto procuraba hacerse oír en medio de aquel escándalo gritando lo que venía repitiendo desde hacía meses:

—¡No he hecho nada! ¡No tengo nada que ver con las muertes de Roipnol y la Culona, lo juro por mi madre! Se los cargaron a mis espaldas. ¡Yo no me he vendido! ¡No me he vendido!

—Sí, nosotros podemos llegar a creerte, ¡pero tienes que decírselo al Gatazo! —le explicó Quiquiriquí—. Quiere que se lo digas a la cara. ¡Si no vienes, la tomará con nosotros! ¿Cómo se te ocurre huir? Vas a hacer que nos maten a todos.

A todo esto, detrás de Carlitos Way, había aparecido su madre, quien, como la abuela, pedía a gritos ayuda a los vecinos. El único que callaba era Meón. Se había refugiado al fondo del cuarto y a ratos asomaba la cabeza para ver mejor.

Orso Ted los tenía a tiro con el Colt y la abuela chillaba y forcejeaba pisándole los pies al Salvaje, que los retiraba de un modo que le hacía parecer un bailarín de claqué.

—¡No he hecho nada! ¡Deja a mi abuela, cabrón! —gritó Carlitos Way.

—Tira la pistola y suelta a la vieja —dijo Quiquiriquí, hundiendo el AK-47 en la tripa de la mujer.

—¿Y cómo sé que no vas a disparar?

—Ahora veo lo tonto que eres. Si quisiera disparar, ya estaríais muertos tú, tu abuelita, tu mamaíta y Meón.

Carlitos Way apretó los labios, se volvió a su madre, dejó con cuidado la Glock en el suelo y le dio una patada. La pistola se deslizó hasta el centro del rellano. El Salvaje soltó a la abuela, quien, en cuanto se vio libre, cual yegua que no nota el bocado, entró corriendo en la casa, con su

hija y su nieto, aprovechando que los Melenudos se agachaban a la vez por la Glock. La puerta blindada se cerró con tanta fuerza que el marco tembló.

Desde abajo, el White preguntó qué estaban haciendo y por qué tardaban tanto. El Salvaje lo tranquilizó con un «Todo bien» y, acto seguido, disparó una ráfaga que agujereó la puerta.

—¡Os mato a todos! —gritaba—. ¡A todos!

Y tuvo apretado el gatillo hasta vaciar el cargador. La acción fue convincente porque, cuando los disparos dejaron de resonar por el rellano y la escalera, la puerta se abrió un poco. Por la rendija, Way les rogaba que no siguieran disparando y les decía que los acompañaría a ver al Gatazo.

—¡Basta de escándalo!

La madre no paraba de repetir:

—¡No le hagáis daño! ¡Él no ha hecho nada!

Pero fue su mismo hijo quien le ordenó que se callara de una vez:

—No te preocupes, mamá. No pasará nada, son bróders. ¡Meón, ocúpate tú de todo!

Camino de San Giovanni a Teduccio, solo se oía la respiración sofocada de Carlitos Way. Todo el valor lo había gastado en asegurarle a su familia que aquello no era nada y que todo estaba controlado, pese al tiroteo del rellano.

—Fuma —le dijo el White pasándole un porro—, tienes que estar tranquilo delante del Gatazo.

Carlitos Way rechazó el ofrecimiento con la cabeza, quería estar lúcido, responder del mejor modo posible a las preguntas del Gatazo.

—¿Por qué coño has huido? —le preguntó Quiquiriquí—. ¿No ves que todo el barrio cree que te has vendido?

—Porque seguro que me matabais —contestó Carlitos Way con un hilo de voz.

—¡Idiota! —dijo el White—. Tú perteneces a mi banda, tenías que haber venido a verme. Lo habríamos arreglado. ¿Que te ganabas un par de guantazos? Es lo mínimo. Te has portado como un mierda. Has huido. ¿No ves que matarte era firmar mi sentencia de muerte, idiota? ¡Hacerlo habría significado que en mi banda había un traidor!

Carlitos Way se llevó las manos al pecho para comprobar que no había dejado de respirar. Y se preguntó si Al Pacino se jugaría la vida solo por no tener el valor de decir la verdad.

El procedimiento fue el mismo que la otra vez, pero, en esta ocasión, además del Gatazo, hundido en un sillón de terciopelo adamascado rosa, y el Payaso, había otras dos personas a las que los Melenudos nunca habían visto: el hermano del Gatazo, el Gualdo, y la Garrona, la hermana de Roipnol. Estaban de pie, formando un semicírculo detrás del Gatazo; en un rincón, casi escondido detrás de un reloj de péndulo que llegaba al techo, Agostino el Cerilla presenciaba la escena con las manos cruzadas delante. Parecía un guardaespaldas, o un vendido, como lo llamaría el White, que seguía sin entender cómo había podido aquel tío salirse de la banda de los Niños y convertirse en un hombre del Gatazo.

Carlitos Way procuraba mantener la frente alta y sacar pecho, pero el resultado era una postura ridícula de gallo de pelea. El Gatazo sonrió y se dirigió al White, que empujaba a Carlitos Way como quien aparta de sí una presa incómoda, para decirle:

—No, aquí cabemos todos, pero vosotros os quedaréis de pie porque me habéis tocado mucho los huevos. Tú sí, Carlitos, siéntate. —El Payaso se adelantó, lo sacó del grupo de los Melenudos y lo sentó en el sofá. Ya no era momento de poses ni aspavientos y Carlitos Way empezó otra vez a respirar con sofoco—. Bien —prosiguió el Gatazo—: te correspondía proteger a Crescenio Roipnol y no lo has hecho. Da las gracias a la Virgen de que aún respire, de que aún respire tu madre, de que aún respire tu hermano, de que aún respire tu abuela y de que no hayamos ido a buscar al marica de tu padre al barco.

—No es ningún marica —replicó Carlitos instintivamente.

—¿No? ¿Y qué crees que hace en el barco tantos meses sin mujeres? ¿No se dan por culo los marineros?

Todos los hombres que había detrás del Gatazo estallaron en carcajadas y también se les unió algún Melenudo.

—Y solo el hijo de un marica puede abandonar su deber. Tenías que vigilar y te vendiste. Y ahora vas a morir. —Apoyándose en los brazos del sillón, el Gatazo se abalanzó sobre Carlitos Way. Empezó con una bofetada leve, fue aumentando la fuerza y se cebó con las orejas. Carlitos no reaccionó, se limitaba a jadear y procuraba mantener al menos la espalda recta—. ¿Dónde coño estabas? ¡Maricón!

—Fui a la salita por el dinero de las apuestas, tenía que llevárselo a Roipnol. Lo hacía siempre a la misma hora. Me tenían vigilado y aprovecharon el momento.

Otros dos bofetones, del derecho y del revés, y, seguidamente, el Gatazo volvió a sentarse en el sillón. Avanzó entonces la Garrona, que, bien mirada, era clavada a su hermano. Alta, morena, de pelo rizado, con unos brazos largos que casi le llegaban a las rodillas y parecían garras, tentáculos de pulpo.

—Entraron —dijo. También la voz parecía salir de las profundidades del mar—. La puerta estaba abierta, no la forzaron, tenía que ser alguien a quien conocían. ¡Debiste de presentárselos tú, mierda! —Y le soltó un bofetón. Esa era la señal. El Payaso y el Gualdo empezaron a darle puñetazos en los hombros y en la caja torácica, que parecía resonar como si por dentro estuviera vacía.

—No les presenté a nadie —balbucía Carlitos Way—, bajé solo a por la pasta...

—¿Cuánto tardaste? —preguntó la Garrona—. Yendo despacio, de la casa de Crescenio a la salita se tarda cinco minutos. ¿Cuánto tiempo estuviste tú fuera para que cuando volviste ya hubiera llegado la policía y hubieran llamado a la ambulancia? Pasó media hora. ¡¿Qué coño hiciste todo ese tiempo?! —Y le asestó otro bofetón. Esa era la segunda señal. El Gualdo lo levantó tirándole de las orejas.

—¿Di? ¿Qué coño hiciste?

Carlitos Way tenía los ojos arrasados en lágrimas, pero las mejillas secas: no quería llorar delante de la que consideraba aún su banda. Al final, se dijo que ya era hora de confesar:

—Me fui a comer.

—¿¿A comer?! —gritó el Gatazo, volviendo inmediatamente a primera línea—. Tu deber era vigilar la puerta. ¿Tienes diecisiete años y no sabes ni vigilar una puerta? ¿No habría sido mejor que se lo mandara a tu hermano o al White? —Se volvió al White y le soltó una bofetada: no quería que se creyera a salvo solo porque no lo estaban interrogando a él. El jefe de los Melenudos encajó el golpe con un vuelo de coleta y se llevó la mano al trasero, donde solía llevar

la Beretta—. ¿Acaso quieres pegarme un tiro, White, acabo de verte meter la mano en los calzoncillos? —le preguntó el Gatazo—. Harías bien, me lo merezco, porque he confiado en la banda de los Melenudos de mierda y ahora no sabemos quién cojones fue. ¿El Marajá? ¿Los cabrones de los Grimaldi? ¿Comefuegos el de Sanità por venganza?

—Había cámaras... —susurró Carlitos Way. La oreja derecha se le había hinchado y la vista se le nublaba.

—¡Imbécil!

El Gatazo empujó al White para quitárselo de en medio y pegó la nariz a la de Carlitos Way, que intentó decir:

—Pero había una cámara...

¡Pum! El Gatazo le soltó un puñetazo en plena oreja derecha. Carlitos no sintió dolor, solo oyó un pitido, como si una sirena hubiera empezado a sonar en su cerebro.

—Pues claro que había una cámara, imbécil, pero no grababa, ¡para que no lo viera la policía!

Era una vieja regla que se aplicaba a los miles de cámaras que vigilaban las puertas de los capos. Se podía ver en tiempo real, pero nunca grababa nada, nunca dejaban pruebas. Nadie se había dado cuenta de que la Garrona había salido del cuarto y volvía con unas tenazas de carpintero. Las abría y las cerraba como para comprobar si funcionaban bien.

—Te fuiste a comer... —dijo— y ese fue tu error. Ahora aprenderás a no irte a comer.

Carlitos Way se precipitó hacia la puerta, pero el Payaso le puso la zancadilla, lo arrastró de nuevo hasta el sofá, lo tumbó y lo inmovilizó poniéndole la rodilla en el pecho. La Garrona le entregó las tenazas al Gatazo, se colocó detrás de la cabeza de Carlitos Way, lo cogió por las muñecas, hizo fuerza hacia abajo, dejándose caer como haría sobre la palanca de un gato, hasta que se oyeron crujir las articulaciones. Mientras, el Gualdo le tapaba la nariz con una mano y con la otra le abría la mandíbula. Una tortura medieval.

El Gatazo empezó por una muela. Se aseguró de sujetar bien el diente y empezó a girar la tenaza, como si quisiera sacar un clavo de un madero. Carlitos emitía sonidos animalescos, que se mezclaban con los chasquidos ahogados de la epiglotis inundada de sangre.

La muela salió con toda la raíz, acompañada de un grito desgarrador.

—¿Conque te fuiste a comer? —decía el Gatazo, resoplando por el esfuerzo—. Verás como la próxima vez cumples con tu deber. —A continuación pasó a un colmillo—. ¡Joder! Este mierda tiene los dientes que parecen pegados con cemento.

Le pasó las tenazas al Payaso, quien de un tirón le partió también los incisivos. Luego les tocó a los otros dos. Carlitos Way se había desmayado y remataron la faena ya sin encontrar resistencia.

Los Melenudos miraban al suelo. Después de Carlitos podía tocarles a ellos. El Cerilla, en cambio, había dado un paso al frente: tenía que informar punto por punto a Copacabana, aún estaba en la cárcel.

—Tu vida es mía —dijo el Gatazo después de que el Payaso hiciera volver en sí a Carlitos Way echándole una jarra de agua—. Te la presto.

—¡No! ¡Lo quiero muerto! ¡Quiero que muera! —protestó la Garrona, pero el Gatazo la convenció con un buen argumento:

—Hay que dejar vivo al chaval, pero tú estate tranquila que te doy el concesionario de Forcella.

Al oír aquello, la Garrona cruzó sus largos brazos y no volvió a decir nada.

—Para empezar —le dijo el Gatazo a Carlitos Way—, da gracias a la Virgen por estar vivo, esto prueba de que mi banda no ha traicionado a nadie. Si no fuera por eso, más valdría librarse de gente como tú como se limpia una mierda de la acera con un cubo de agua. Tu vida solo me sirve porque es como un cartel pegado a la pared. Dile a todo el mundo que aquí estás, que te han dejado vivo porque no has sido tú el traidor. Y, como salgas de Forcella en los próximos diez años, eres hombre muerto. Y ahora quítate de mi vista que voy a comer. Ya me has dado bastante asco.

Cogieron un plástico de una obra cercana, lo pusieron sobre los asientos de piel del Golf y acomodaron en él a Carlitos Way, que no dejaba de toser. Metía la tripa y luego expectoraba sangre y pedazos de dientes.

Llegaron a Villaricca después de dar un largo rodeo para evitar puestos de control, aunque al parecer habían atribuido el tiroteo a un intento de robo y la calle estaba libre.

Lo arrastraron por el pasaje, lo montaron en el ascensor y lo depositaron delante de la puerta blindada, que habían reparado como habían podido con contrachapado.

La madre salió antes de que el White tocara el timbre.

—¿Qué le habéis hecho? ¡¿Qué le habéis hecho, sinvergüenzas?!—

—Dirá usted qué le han hecho... —dijo Quiquiriquí.

Meón, con la abuela, parecía esperanzado:

—¿Le han creído?

—Sí, le han creído —contestó el White, con el tono amargo de quien no trae buenas noticias.

Al ver a su hermano —con la cara desfigurada, irreconocible—, a Meón se le nubló la vista. Sintió compasión solo un instante, después, todo se le volvió visible, cercano, presentísimo. A su alrededor se movían el rostro deforme y horrible, las manchas de sangre, los golpes que su madre se daba en el pecho, los largos mechones de cabello blanco que flotaban en el aire, las paredes, el suelo, un corro del horror que le aflojó los músculos.

Se acurrucó en el suelo y, como hacía mucho que no le ocurría, la vejiga cedió y se meó los calzoncillos y los pantalones.

## DELIVERY

En el iPhone había once llamadas sin respuesta, todas de un número desconocido. Nicolas iba a borrarlas cuando aquel número volvió a sonar.

—¿Diga?! —contestó irritado, con la voz aún pastosa.

—¡Hola, Nicolas! ¿Qué tal?

—¿Quién eres?

—Soy Emanuele, tu primo. Te llamo porque...

—No sé quién eres —lo interrumpió Nicolas—, no tengo ningún primo que se llame Emanuele.

—Pero ¿cómo, Nico? ¿No te acuerdas de mí? Soy el hijo de Lelluccio, el primo de tu madre.

—No sé de quién hablas. No puedo perder tiempo...

En cuanto cortó la comunicación, el teléfono volvió a sonar.

—¿Qué coño quieres, tío?

—¡No cuelgues, Nico, espera! Quiero trabajar contigo, por eso te llamo.

—¿Quién te crees que soy, el Ikea de Afragola, que contrato a la gente? ¿Y quién eres, si se puede saber?

—Nico, espera.

Nicolas cortó la llamada. Ahora pretendía atosigarlo hasta un primo al que ni siquiera conocía.

—¡Cagüen la puta! —dijo en voz alta—. ¡Hay que joderse!

Dio una patada a lo primero que vio y en la puerta del frigorífico se hizo un bollo. Otra llamada de aquel supuesto primo lo distrajo de aquel estropicio. Contestó porque quería un nombre, quería saber quién era para correrlo a patadas y sentirse mejor.

—¡Dime dónde coño estás que voy para allá! —gritó.

—¡Nico, soy Susamiello, tu primo!

Hubo un silencio. ¡Susamiello! Claro, el hijo del primo de su madre.

—¡Ah, Susamiello! ¿Y por qué coño dices que te llamas Emanuele? ¿Quién coño te ha llamado nunca así? ¿Qué te cuentas, Susamiello?

—La semana que viene cumplo catorce y podré llevar moto.

—Ya. ¿Y tienes moto?

—Sí, sí, me la ha regalado mi padre.

—¡Bien por mi tío! ¿Y para qué me llamas?

—Porque quiero trabajar.

—¡Ni que tuviera yo una fábrica!

—Es que...

—Vale, bien —cortó la conversación Nicolas—, ya veremos...

—¿Puedo pasarme ahora por tu casa?

Nicolas sonrió. Se lo imaginaba delante del edificio, sentado en la moto, con el móvil pegado a la oreja y la cara vuelta hacia arriba por si veía movimiento en la ventana.

—¿Y cómo sabes que estoy en casa? —preguntó Nicolas. Le hacía gracia aquel primo insistente. Se reconocía un poco en él, solo que él, el Marajá, nunca habría pedido permiso para trabajar.

—Me lo ha dicho la tía —contestó Susamiello. Por el tono resuelto que empleaba se veía que se había preparado la respuesta y toda la conversación.

La cosa lo divertía.

—Vale, pásate.

—¿Puedo traer a un par de colegas?

—¿Quiénes son?

—Compañeros de clase.

—¿A qué colegio vas?

—Al Convitto Nazionale.

—¿Cuántos años tienen?

—Uno tiene doce y el otro, trece, como yo.

—Vale, pero daos prisa, tengo cosas que hacer y no quiero que me jodáis mucho.

Nicolas se dejó caer en el sillón. Se dijo que dejarían pasar al menos cinco minutos antes de llamar, para que la farsa fuera creíble.

El timbre del portero automático lo sobresaltó e instintivamente se llevó la mano adonde solía llevar la Desert Eagle. Los chavales habían sido puntuales, pero eso no significaba que no pudieran esperar otro poco.

—Me estoy duchando —dijo Nicolas—, pasaos más tarde, hombre...

Cuando, un cuarto de hora después, fue a la puerta envuelto en el albornoz del Napoli, pensó que tendría que instalar unas cámaras. La falsa cámara con falsas alarmas bien visibles que había puesto su padre porque, decía, los gitanos las ven y se van a otras casas, ya no ahuyentaba a nadie.

Los observó por la mirilla. Granujientos, con pendientes de diamante de imitación, uno de ellos incluso con un par de Rolex falsos en la misma muñeca. Unos mocosos, pensó Nicolas, y sonrió de nuevo, aunque sin acallar cierta voz paranoica que le decía: trampa, policía. Desde que Dientecito casi los había matado a él y a su madre y hasta se había dejado arrestar allí abajo, sentía que debía ser más cauto. Abrió la puerta lo justo para verles la cara y al mismo tiempo prevenir la posible irrupción de alguien.

El primo de Nicolas dijo tímidamente:

—¿Se puede?

El Marajá miró a Susamiello de arriba abajo, siguiendo la forma de ese de su cuerpo desgarbado, semejante precisamente a las galletas napolitanas típicas de Navidad a las que debía el mote.

—Pasad —dijo por último.

—¡Hola, Nico! —saludó Susamiello antes de abrazarlo por sorpresa.

—¡Sigues tan torcido como cuando eras pequeño! —Y se apretó el cinturón del albornoz.

—Te presento a Remanguito —dijo Susamiello antes de invitar a su amigo a entrar. Apenas le llegaba al hombro a Nicolas y los vaqueros con los bajos remangados que llevaba no contribuían a hacerlo más esbelto. Vestía una camisa a cuadros al menos una talla menor que le hacía pliegues en la tripa y en las caderas. Y, claro está, la llevaba también remangada.

—Mucho gusto, Marajá. —Y le dio una mano sudada.

Le tocó entonces presentarse al tercero, Pachi. Nicolas le tendió también la mano y el chiquillo se la llevó a los labios y estampó en ella un sonoro beso.

—Me gusta la educación de tu colega —le dijo Nicolas a Susamiello—. ¿Qué queréis?

—Queremos trabajar. Queremos trabajar contigo, con tu banda.

—¿Y qué sabéis hacer?

A Susamiello se le iluminó la cara, estaba deseando que le hiciera aquella pregunta. Empezó a cantar las excelencias de sus amigos. Parecía un criador en una feria de ganado. Uno sabía conducir motos, otro dar esquinazo a los polis, otro esconder bien el costo.

—Una vez robamos un bolso y le dimos un navajazo a uno —concluyó.

Nicolas dejó que hablara. Descansaba sobre uno y otro talón y de cuando en cuando ladeaba la cabeza, examinándolos como haría un vaquero con unos terneros. Al final, dio media vuelta y se dirigió a su habitación, dejando que lo siguieran.

—Un navajazo a uno... —murmuraba riéndose.

Desató el cinturón y se quitó el albornoz lentamente, para que tuvieran tiempo de mirarle bien la espalda. Aunque no los veía, se los imaginaba dándose con el codo y señalando el nombre de Christian y la granada: para ellos aquello debía de ser como estar en una fiesta de Dan Bilzerian en la que coincidían fama y realidad. Al ver las alas se quedaron literalmente boquiabiertos. ¿Aquella era, pues, la marca de la banda de los Niños? Llevaba también una cara de mujer en el costado izquierdo. ¿La novia del Marajá?

—No trabajaréis vendiendo en la calle. Trabajaréis en el *delivery* —dijo Nicolas sin volverse.

—¿En el deli...? —preguntó Susamiello.

—En el *delivery*. La gente llama y se lo lleváis a casa.

Acabó de vestirse con calma, dándoles la espalda en todo momento, y, luego, sin necesidad de palabras, los invitó a seguirlo. Aquellos críos eran un estorbo, pero quizá pudieran ser un recurso, ya se vería.

El tío Pe llevaba toda la vida trabajando en aquella charcutería de Forcella. Si se le preguntaba a un anciano quién estaba detrás del mostrador reluciente antes del tío Pe, siempre se obtenía la misma respuesta: «El tío Pe.» A un lado estaba la comida hecha, en bandejas, ya preparada por la mañana temprano, y al otro los productos de charcutería de siempre, con quesos y jamones colgando. En la pared del fondo había un cristal que daba profundidad a aquellos cincuenta metros cuadrados escasos de tienda y estantes llenos de botellas de vino bien ordenadas.

—Buenos días, tío Pe —dijo Nicolas, en voz más bien alta, para que lo oyera con la

campanilla de la puerta.

—Buenos días, Marajá —contestó el tío Pe. Calvo y flaquísimo, parecía desaparecer dentro del uniforme blanco de charcutero, pero, cuando miraba con sus ojos de un azul diamantino, la mayoría humillaba la mirada.

—Te traigo a tres chavales que vendrán a trabajar contigo —dijo Nicolas antes de empujar al frente a los tres chiquillos, que miraban a un lado y otro preguntándose si aquello no sería una broma—. A ver si tienes batas y sombreros de su talla.

Susamiello y sus amigos volvían una y otra vez la cara hacia un pernil, la máquina de cortar, la bandeja de ensaladilla rusa, los medallones de paté...

—Venid —dijo el tío Pe pasándoles tres batas que los muchachos se pusieron sin rechistar, con la misma expresión alelada que habían puesto al entrar. Por fin Pachi se atrevió a decir:

—Marajá, ¿esto qué es? Nosotros no queremos trabajar en esto. No somos mozos de charcutería. ¿Es esto la *dely* o como coño se llame lo que decías?

—Me parecías una persona lista —dijo el Marajá, que se había colocado detrás del mostrador —, un tío con ojo, capaz de comprender las cosas, pero veo que me he equivocado. Hala, fuera, que no sois más que unos capullos.

—No, Marajá, no le hagas caso —terció Susamiello, fulminando a Pachi con la mirada—. Este es tonto.

Nicolas prosiguió, condescendiente:

—A ver, ¿a quién se ve entrar y salir constantemente de las casas? Al mozo del charcutero, ¿o no? Cuando alguien llama, vosotros vais. La llamada nos llega a nosotros, nosotros se la comunicamos al charcutero y él os escribe en un papel adónde tenéis que ir. Unas veces trabajáis aquí, otras en la carnicería, otras en el supermercado...

Supermercados, carnicerías, mercerías. Grandes almacenes para guardar la mercancía: hachís, marihuana, cocaína. Llegaba en perfectas condiciones, varillas plateadas, cogollos, pelotitas, bolitas de papel de aluminio en el caso de la heroína. Productos envasados con pericia y que había que guardar hasta que los recogieran los correos: en los huecos de los paquetes de seis botellas de agua mineral, debajo de las etiquetas de los tarros de pimientos, entre las carnes de los estantes del congelador; allí donde los comerciantes considerasen seguro guardarla, a cambio de una paga mensual y de la promesa de no sufrir extorsiones.

Los tres chavales se iluminaron y de pronto aquellas batas de charcutero les parecieron uniformes de soldados de una banda. Remanguito se remangó y dijo:

—¡Ahora entiendo la *delivery*!

—¡Bravo, eres un genio! —dijo Nicolas.

—Ya —insistió Pachi—, pero yo quería trabajar bien vestido, a la moda, no con una bata de charcutero, joder.

—¿Quieres unas Air Jordan de verdad o esas que llevas de imitación?

—No son de imitación.

—Claro que sí... Se ve a la legua. Se les ha deformado la punta y han perdido el color...

Pachi se observó las Air Jordan. Había dado la tabarra a su madre seis meses. Quería aquellas, el último modelo, las 13 Retro, con el talón y la base rojos y lo demás blanco. Y aquellas le habían comprado. Es verdad que el rojo había perdido color hasta ser un rosa pálido en cuestión de una semana, también era verdad que la suela empezaba a desprenderse, pero nunca

habría pensado que su madre se las hubiera comprado de imitación, falsas. De pronto también él se sintió falso y se abotonó la bata para que el Marajá no le dijera nada de la camiseta Lacoste, no fuera a ser que el cocodrilo mirase hacia el lado equivocado.

—La paga son cincuenta euros al día por seis horas de trabajo —continuó Nicolas—. La mercancía os la dan directamente aquí. Vosotros alternáis. A veces entregáis droga, otras hacéis recados de verdad a las señoras: quesos, jamón... Luego, bolsitas de coca, un poco de hierba, chocolate. Cualquier problema, llamáis al número que os doy. Si sisáis... —dijo saliendo del mostrador y plantándose delante de su primo para mirarlos unos segundos uno por uno a los tres —, podréis sisar diez veces.

—¿En serio? —preguntó Susamiello abriendo los ojos con gratitud—. ¿Podemos sisar diez veces?

—Sí.

—¿Y por qué diez veces? —preguntó a su vez Remanguito, que miraba a Marajá a la cara y no le cuadraba aquello que decía. Con aquella bata larga que le llegaba casi a los pies aún parecía más bajo, enano.

—Porque... —empezó a decir Nicolas antes de volver al mostrador y caminar por la pasarela moviendo los dedos en círculo como si buscara algo. Lo encontró: una cuchilla de carnicero con el mango de madera desgastado. La agitó como si fuera una catana—: Porque cada vez que siséis —explicó—, se os cortará un dedo. ¿Y cuántos dedos tenéis en las manos? Esas veces podréis sisar. Si os pasáis de listos, esta cuchilla os cortará los diez dedos y, a la undécima vez, os entrará directamente por la punta de la picha. —Los tres chavales tragaron saliva—. Si os pilla la policía, no digáis nada, porque, como máximo, os darán un par de hostias. No os llevarán a Nisida. Y, si os llevan, echadle huevos, que ya sois mayorcitos. No olvidéis que tendréis un abogado y seguiréis cobrando. ¿Está claro?

Asintieron. El susto ya se les había pasado; observaban como hipnotizados las evoluciones de la cuchilla y mantenían la sonrisa de quien al fin ve que ha sido admitido en el juego.

—Luego os llamamos para organizar el trabajo —continuó el Marajá—. Los vehículos con los que trabajéis no podrán ser robados, porque os pillarían enseguida. Si os caéis, allá vosotros. Si tenéis un accidente, allá vosotros. Echaréis gasolina en un par de gasolineras de bróders míos, luego os las digo. Y ya me habéis tocado bastante las pelotas.

Colgó la cuchilla en su sitio y le pasó un brazo por el hombro al tío Pe:

—¿Me haces un bocata?

—¿De qué lo quieres? —preguntó el charcutero.

—De tocino y requesón.

A Nicolas siempre le había gustado ver preparar aquel bocadillo: primero se cortaba el tocino en finas láminas que parecían de mármol, con sus vetas y todo; luego, sobre aquella masa compacta, se echaba el requesón, ligero, montado, como una nube; a continuación, venía el toque mágico: se espolvoreaba de pimienta la montaña de requesón y, por último, con todo aquello, se rellenaba el panecillo al que se había quitado la miga.

Marajá casi no se dio cuenta de que sus tres nuevos hombres se habían quitado la bata y se iban. Fue la campanilla de la puerta lo que le hizo mirar.

—Susamiello, ven aquí —dijo y enseguida añadió—: Vosotros, marchaos. —Le puso las manos en los hombros a su primo, que lo miraba como seguramente él había mirado un día a don

Feliciano en el juicio. Aquella parecía otra vida—. Susamiello, aunque tengas una pizca de mi sangre, si esos dos se equivocan, si tú te equivocas, si decís lo que estáis haciendo, aunque sea a vuestro padre, eres hombre muerto, Susamiello. Pero muerto con mucho dolor, no te vas a ir de rositas.

—No, Nico, puedes confiar en mí, te lo juro. Yo siento que este es mi camino. Estoy contento, de verdad. He encontrado un trabajo. Te lo agradezco, te lo agradezco.

El Marajá no contestó. Se volvió. El bocadillo estaba listo.

—Y ahora lárgate.

## LA MADRE DEL SOLDADO

La madre de Bizcochito escuchaba las palabras del hombre que tenía delante y tenía la impresión de hallarse en un sueño. Aquel hombre hablaba de África, Siria, guerra, atentados, minas antipersona, metralla, balas perforadoras, abdómenes reventados. Pesadillas, pero, para ella, Greta, aquellas pesadillas podían ser una manera de escapar de Nápoles.

Duraba ya media hora aquel encuentro con Médicos sin Fronteras que se desarrollaba en la sala de reuniones del sótano del hospital Loreto Mare. Todo el mundo escuchaba, atraído por aquellos mundos lejanos y con los ojos puestos en el refrigerio: dos mesas juntas en las que había un par de botellas que aún parecían frescas y una bandeja llena de empanadillas de hojaldre y bollos.

—Somos los mejores médicos en cirugía del abdomen —siguió diciendo Lorenzo, el representante de la oenegé—, estamos acostumbrados a trabajar en escenarios fronterizos y ustedes viven en la frontera, por eso su ayuda será fundamental.

Greta nunca había estado en aquella parte del hospital, porque estaba reservada para el personal médico y ella trabajaba en el comedor de cocinera; si en aquel momento podía oír hablar de todas aquellas posibilidades de huida debía agradecerse a una enfermera amiga suya en cuya casa pasaba algunas noches cuidando al padre.

Nápoles, pensaba Greta, parecía realmente uno de aquellos países en guerra de los que hablaba Lorenzo. A ella la ciudad le había enseñado a cocinar. Le había dado un nombre que no tenía nada de napolitano, un trabajo (o, mejor dicho, dos, contando el de cuidadora), pero también le había dado a un marido muerto en un robo, tres hijos y la tarea de sacarlos adelante. En cambio, el bajo en el que vivía se lo debía solo a sí misma y al valor que había mostrado al salir de un piso al que tenía mucho apego para alquilárselo a unos estudiantes. Se había instalado en aquel bajo por el que pagaba trescientos euros al mes después de habérselo arrebatado a las interminables familias procedentes de Bangladesh y de Sri Lanka, las únicas que ocupaban semejantes viviendas, pero no sentía vergüenza por ello, al contrario: su bajo era más digno que los primeros, segundos y terceros pisos de los edificios en los que vivían sus hermanas. Lo había amueblado ella, poco a poco, escogiendo con cuidado muebles y detalles. Aquella casa le pesaba, la sentía como un estatus y, si bien al principio la había ayudado a seguir adelante, había terminado convirtiéndose en frustración primero y en afán de revancha después, pero ¿qué podía hacer una cocinera?

—Todos vosotros podéis hacer mucho —estaba diciendo el responsable de Médicos sin Fronteras y, al oírlo, Greta se ruborizó porque por un momento creyó que había pensado en voz alta.

La guerra no la asustaba, porque también la había recibido en herencia, e ir a buscarla a la otra punta del mundo le permitiría al menos ayudar a muchas personas.

—Yo no soy nadie, no sé más que cocinar —se dijo, y esta vez las palabras le salieron de verdad.

—Nosotros buscamos personas, cada cual da lo que puede dar —dijo el hombre, dirigiéndose a Greta. Todos se volvieron y la buscaron con la mirada y, avergonzada, ella agachó la cabeza—. Nos servirías, ¡ya lo creo! La profesión es algo que llevamos dentro, no es algo que está fuera. Si queremos, podemos ser lo que deseemos. Y todo nace cuando no hay exámenes, títulos. Cuando debemos hacer algo porque haciéndolo sobrevivimos. Cuando haciéndolo sobrevive otra persona.

—Pero yo tengo tres hijos.

—Todos tenemos hijos, pero no consideramos que los privemos de nada. Al contrario: dando vida, sumamos vida, no restamos. Yo he estado en Alepo tres meses y medio y a mis hijos les he contado algunas historias, no las más terribles, porque, si no, no dormían por la noche.

Hubo muchas sonrisas en la sala, pero Greta tenía otra pregunta:

—¿Y yo qué podría hacer? ¿Ragú?

—¿Le parece poco?

Las sonrisas se transformaron en risas y al final en un aplauso que marcó el fin de la reunión y el inicio del refrigerio. Greta miró el móvil y vio que tenía treinta mensajes en el grupo de WhatsApp del colegio de sus hijos pequeños. Eran muchos y no podía ignorarlos:

Greta, te buscan...

Greta, ¿qué ha pasado?

Greta, ¿le ha pasado algo a Eduardo?

Greta, ¿le ha pasado algo a Susy?

Michelino, Susy y Eduardo ¿están bien?

Interrumpió aquel chorro de preguntas con un simple: «¿Qué pasa?», al que una de las madres del chat contestó:

Ha venido una mujer al colegio  
y nos ha preguntado por ti.  
Dice que es urgente.

¿Quién es?  
¿Os ha dejado algún recado?

Sí, que vuelve mañana  
y te espera.

Para mañana aún falta mucho, pensó Greta, pero se lo decía como un acto reflejo, porque su madre le había enseñado que las noticias poco importantes llegan enseguida, traídas por las personas que se las pasan como si fueran un testigo. Son las noticias malas, negras, feas, las que tardan en alcanzarnos y crean expectación.

Fue al colegio a recoger a Susy y a Michelino, ambos cursaban cuarto de primaria. Eduardo iba a primero de secundaria y no saldría hasta dos horas más tarde. Empezó a acribillarlos a preguntas: «¿Cómo ha ido? ¿Todo bien? ¿Ha pasado algo?», y ella quería oírlos hablar, contestar con las respuestas de siempre: «¡Todo bien! ¡Todo normal! ¡No ha pasado nada!», para que la normalidad alejara aquel mal presagio.

—¡Greta! ¡Greta! ¡Greta!

Una mujer de su edad corría hacia ella sujetándose el bolso contra el pecho.

—¿Te acuerdas de mí? Soy Emma —dijo sin mirar siquiera a los pequeños.

—Ah, sí —contestó Greta—. Ahora voy a darles de comer a los nenes.

Aunque nunca habían intercambiado una palabra, claro que se acordaba de ella. Su hijo pequeño iba mucho con Eduardo. ¿Cómo lo llamaba? Ah, sí, Meón...

—No, es urgente —dijo la otra. Seguía sujetando el bolso como si fuera a salir corriendo de nuevo de un momento a otro.

—Vale —dijo rindiéndose Greta antes de sacar el móvil—. Dame tu número, te llamo.

—No, no, no. Tengo que hablar contigo en serio, ahora. Vamos a tu casa. —Hablaba tan rápido que Greta casi no la entendía.

—Pues dímelo aquí.

—No, aquí hay mucha gente.

—Bueno, vale.

Le hizo señas de que la siguiera y se encaminó a casa a paso ligero. A los dos niños les costaba seguirla. Susy tiró de ella y le preguntó:

—¿Quién es esta señora?

—Una amiga de mamá —contestó en un tono que no admitía más preguntas. Quería enfrentarse a aquel presagio que la tenía en vilo.

El bajo era como una porción de orden en el caos de los muros entre los que estaba encajado. Las pintadas de un grafitero se interrumpían al llegar a la puerta de caoba que Greta lustraba todos los fines de semana y continuaban pasado el marco de la ventana. Abrió la puerta, empujó dentro a los niños y se quedó en el umbral esperando a que Emma entrara también. Michelino y Susy se sentaron a una mesa ya puesta que separaba la cocina del resto de la casa, y ella, después de cerrar la puerta con tres vueltas de llave y entornar los postigos de la única ventana que había, encendió el fuego y puso a calentar pasta con salsa de albóndigas. Emma vio el televisor, lo encendió, zapeó hasta encontrar un canal en el que emitían dibujos animados, subió el volumen hasta que la voz de Masha ahogó el ruido de los coches que pasaban por la calle y se acercó a Greta.

—No hay un modo suave de decir lo que tengo que decirte —dijo subiendo el tono de voz lo justo para que la oyera.

—¡Pues dilo! —replicó Greta, sin dejar de remover con la cuchara el tomate en la olla.

—Eduardo ha hecho una cosa muy mala.

—¿Qué ha hecho? —La cuchara daba vueltas cada vez más deprisa, ya habían manchado los ladrillos algunas salpicaduras rojas.

—Ha matado a una persona —contestó Emma. El gruñido de un oso en la tele provocó una carcajada que por un momento ahogó aquellas palabras.

—No, no es posible —dijo Greta sin apartar los ojos de la olla.

—Sí, es verdad.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Qué dices? ¡Vete ahora mismo!

En dos zancadas Greta se plantó delante de la otra mujer. Los niños no parecían estar dándose cuenta de nada y miraban fijamente la tele: en aquel momento había llegado también un panda.

—Ha matado a Roipnol —continuó Emma—, el hombre que enviaron a mandar en Forcella. Ha sido él.

—¡Pero qué va! ¡Yo no sé nada de eso, no conozco a ese! —Greta empujó a Emma hacia la puerta y se arrepintió de haber cerrado con llave.

—Sabes muy bien que forma parte de una banda, no te hagas la tonta. —Aunque Greta había alzado la voz, ella seguía susurrando.

—Tú quieres descargarte de culpa porque tu hijo no ha cumplido con su deber.

—¡Ajá! ¿Ves como lo sabes? —le reprochó sin perder la calma. Desde el día en que torturaron a su hijo mayor, la mujer estaba empeñada en que aquella atrocidad no volviera a repetirse. Bloqueó la puerta con el pie para que Greta no pudiera abrirla y esta retrocedió un paso —. ¿Ves como lo sabes? —Otro paso—. Lo sabes como lo sabemos todos: lo sabes pero te lo callas.

—Claro que lo sé, lo dice todo el mundo.

—Ha sido Eduardo.

—Es imposible, es un niño.

—Te digo que ha sido él. Mi hijo Rinuccio estaba en la escalera y lo vio: tu hijo entró y lo hizo. Y lo vio porque mi hijo entraba y salía de casa de Roipnol cuando quería, lo trataban como a un nieto.

Se cogieron del pelo, como dos chiquillas que riñen, pero en silencio, para no llamar la atención de los mellizos. Se mantuvieron un rato a distancia, hasta que tres golpes en la puerta interrumpieron la tregua. Enseguida se soltaron y Greta corrió a abrir, temiendo que las hubieran oído. Estaba dispuesta a asegurarle al que llamaba que sus hijos aprenderían la lección, que aquel volumen ensordecedor era intolerable, que lo sentía mucho.

—¡Rinuccio! —exclamó. Meón debía de haberlas seguido. Y yo soy tonta, pensó. Lo cogió de la solapa y lo arrastró dentro. Entonces se desplomó, se hizo un ovillo y rompió a llorar—: Lo dices... lo dices solo porque tu hijo no cumplió con su turno de guardia. Lo dices solo porque a tu hijo le han quitado los dientes.

—¿Ves como lo sabes todo? —repitió Emma, pero esta vez no había acusación en la voz, sino solo la comprensión de otra madre. Se arrodilló como si quisiera consolarla. Ella también había pasado por aquello.

—Lo sé porque lo dice la gente —explicó Greta, sollozando—, pero ¡yo qué sé si es verdad! Ya no entiendo nada, ya no sé nada. ¿Quién sabe ya nada?

—Te lo digo yo: es verdad. Y tenemos que contárnoslo. Si no nos lo contamos nosotras, ¿quién nos lo va a contar? Tenemos que salvar a nuestros hijos. Que no acaben igual que tu marido. A mi

marido, para que no me lo mataran, lo convencí de que se embarcara. A él también lo ponían de centinela. Por las noches apenas dormía pensando que podrían aparecer los guardias para llevárselo o para pegarle un tiro. Solo cuando está en alta mar me siento segura.

—¿Mamá? —Susy y Michelino la miraban con ojos asustados.

Greta se levantó despacio y les acarició la mejilla.

—No pasa nada, mamá se ha mareado pero ya está bien. Ahora me ayuda esta señora, vosotros salid a jugar, hala, así yo descanso en el sillón.

Solo cuando vio que jugaban tranquilos cerró Greta la puerta, miró a Meón y le preguntó:

—¿De verdad lo viste? ¿Viste con tus propios ojos que Eduardo disparó? —Pero el chiquillo miraba fijamente el punto de fuga de filas de baldosas—. ¡Mírame a la cara! —gritó.

A Emma no le gustaba aquel interrogatorio, pero sabía que era el precio que debía pagar para ganarse la confianza de Greta.

Meón dijo que sí con la cabeza.

—¡Habla!

—Sí —dijo él.

—¿Sí qué? ¿Sí lo viste?

—Ví que sacaba una pistola.

—¡Ajá, viste que sacaba una pistola, no que disparara él!

—No, pero entró y disparó.

—Tenemos que resolverlo nosotras —intervino Emma. Cogió a Greta de la mano y la sentó. Greta estaba pálida. Le sirvió un vaso de agua y prosiguió—: ¿Sabes por qué no han matado a mis hijos? Porque entonces quien quedaría mal sería el Gatazo. Eso no lo sabe mi hijo mayor. Rinuccio me lo ha dicho porque tiene miedo. Porque están buscando al tipo que mató a Roipnol. Y por eso mi hijo mayor debe seguir vivo y decir que no ha sido él, que no ha sido su banda, que no han sido los Melenudos. Ese es su destino. Mientras pueda, debo hacer saber que no fue cosa suya, que fue cosa de los enemigos. Y por eso tenemos que estar unidas.

Greta había dejado de escuchar: se había derrumbado. No le interesaba que Emma lo supiera todo, todos los detalles, mucho más que los informes policiales y los artículos de prensa. Emma lo había pasado todo por la criba de su experiencia y había ya separado los datos reales de los inventados, las hipótesis de las leyendas. Lo que le había dicho era verdad.

El asesino de Roipnol era Bizcochito.

—Greta, nosotras solo podemos hacer una cosa: entender que el destino de ser madre aquí se asemeja al destino de las madres de los soldados. Engendramos a nuestros hijos, los criamos y los mandamos a morir, pero para nosotras no hay medallas de guerra, solo vergüenza.

Otra vez la guerra, pensó Greta, siempre la guerra.

—A mí lo que diga la gente me da igual.

—No, no vergüenza por lo que diga la gente, vergüenza de mí, que vivo del dinero que mi hijo saca de la banda: esa es la verdadera vergüenza. Yo maldigo el día que parí a estos hijos para traerlos a un mundo como este. —Por primera vez desde que entró, Meón apartó los ojos del suelo y los dirigió a su madre—. Si pudiera, los cogería y me los metería dentro otra vez, pero eso no se puede hacer. ¿Cómo se nos ocurre tener hijos en medio de esta guerra? Greta, esto debemos resolverlo las dos, tú y yo. Lleva a tus hijos a casa de tu madre. Habla con tu hijo, tenemos que pedir ayuda a la policía.

—¿A la policía?! ¡Pero ¿qué dices?! —exclamó Greta, poniéndose en pie. La vista se le nubló un momento, las piernas le temblaban, intentó empujarla de nuevo hacia la puerta. Aquella palabra, «policía», la llevó a negar una vez más la evidencia: que ella y su hijo necesitasen ayuda.

—A mí viene a verme una trabajadora social —dijo Emma—, hablamos, me ayuda. Es una buena persona. Trabaja también con la iglesia.

Greta se quedó sin fuerza en los brazos, los dejó caer sobre los de Emma, parecía estar agarrándose a ella.

—Vale, hagamos lo que dices, hablaré con Eduardo, hablaré con la trabajadora social.

—Es lo mejor, Greta —dijo Emma. Le cogió las manos y se las apretó un instante. Luego, sin añadir nada más, se fue con su hijo.

Greta hizo lo que se le dijo. Después de comer llevó a los mellizos a casa de su madre, le dijo que esa tarde iría ella a recoger a Eduardo, porque le habían cambiado el turno de comedor. Andaba y desandaba delante de la puerta del colegio entre las demás madres sin responder a los saludos, con el pensamiento puesto en aquel hijo que la había traicionado. Y si la había traicionado una vez, podía hacerlo de nuevo, ¿no? Quizá en aquel mismo momento estuviera encerrado en el baño con el móvil y tramara algo con los demás miembros de la banda. ¿Otro homicidio?, se preguntó Greta.

Bizcochito salió de los primeros y enseguida vio a su madre. Se le acercó, pero ella, en lugar de saludarlo, le dio una palmada en la mochila acompañada de un «¡Vamos!».

—¿Qué pasa, mamá?

—Vamos —repitió ella y se dirigieron a casa en silencio.

Cada tanto, él buscaba los ojos de su madre, pero Greta miraba al frente y, cuando veía que su hijo se rezagaba, le daba otra palmada en la espalda.

Bizcochito entró corriendo en la casa y arrojó la mochila al pie del sofá del rincón.

—¿Dónde están Susy y Michelino? —Su madre no contestó—. ¿Dónde están? —repitió él, dando vueltas por la casa, como si en aquellos escasos treinta metros cuadrados pudieran esconderse dos niños de ocho años.

—Se los he llevado a la abuela.

—¿Por qué?

Greta encendió el televisor y subió el volumen. En el bajo resonaron las voces cristalinas de magos y magas que se perseguían subidos a escobas voladoras. Bizcochito no hizo mucho caso, se dijo que su madre estaba enfadada por lo de siempre, que molestaba en clase, que sacaba malas notas, pero aquella ruptura de la rutina le olía mal, parecía excesiva para tratarse de una simple cuestión del colegio. Y además no le había preparado la merienda. Eso sí que era raro.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué has llevado a Susy y a Michele con la abuela? ¿Pasa algo? ¿No están bien?

Y se acordó de cuando, en segundo de primaria, tuvo paperas y se pasó cinco días encerrado en su habitación solo, sin compartirla con nadie.

Greta lo miraba sin decir nada, inmóvil.

—¿Por qué no me contestas y me miras como si estuvieras muda?

—Te miro porque quiero saber si te conozco. Quiero ver bien esos ojos, esa nariz...

Bizcochito estalló en carcajadas.

—¡Cómo que si me conoces, mamá! ¡Me has parido tú, he salido de tu vientre! Anda, apaga esa tele.

—Que hayas salido de mí no significa nada. —Y lo miraba de arriba abajo.

—¡Venga, no te burles de mí! —dijo Bizcochito.

—Quiero ver si tienes un araño, una arruga, si te ha cambiado el color de los ojos...

—¡Pero mamá! ¡Son iguales!

—No, deja que te mire.

Empezó a tocarlo por todas partes, con atención, como si fuera una madre mono que le está buscando pulgas a su cachorro. Bizcochito guiñaba los ojos, movía la cabeza, reía y resoplaba, a la vez divertido y molesto, como había hecho hasta hacía poco cuando su madre se empeñaba en darle un beso en aquellos mofletes; él rechazaba aquellos besos porque ya era mayorcito para que le dedicaran unas atenciones propias de un recién nacido.

—¡Ay, déjame!

—No veo que haya cambiado nada, quizá por eso no me he dado cuenta.

—¿Y qué debería haber cambiado? —preguntó Bizcochito. Iba a preguntarle si se había vuelto loca, pero aquellos ojos que lo escrutaban transmitían decisión y seguridad, ni una pizca de locura —. ¿Qué debería haber cambiado? —repitió despacio, con una sonrisa que no acababa de extinguirse.

—La cara cambia cuando uno ha matado a una persona.

Bizcochito hizo lo único que podía hacer: disimular.

Le volvió la espalda en silencio, abrió el frigorífico, lo cerró, cogió el bote de Nutella y buscó un poco de pan.

—¿Qué dices, mamá? —dijo en el tono más reposado que pudo antes de meter el dedo directamente en la crema de cacao—. ¿Qué pasa aquí? —prosiguió, con los labios manchados de marrón—. ¿Qué tonterías te han contado? —Pero no la miraba.

Y de pronto ella empezó a darse de bofetadas, con las dos manos, mientras se decía a sí misma:

—Y esto es lo que he hecho en esta vida: un hijo asesino. Un marido asesinado y un hijo asesino. Este es el regalo que nos ha dado esta bella ciudad.

—¡Mamá, estate quieta! —Bizcochito dejó la Nutella y le sujetó los brazos—. ¡Estate quieta!

—¡Este es el regalo que nos ha hecho este país!

—Pero ¿qué pasa?

—Pasa que te has convertido en un asesino, Eduardo. —Tenía el rostro encendido, pero los ojos seguían mirándole como hacía un momento.

—¡¿Qué coño dices?! —espetó Bizcochito, evitando la mirada de su madre y dando un puñetazo en la mesa.

—Lo sé todo, Eduardo, lo sé todo. —Decía una y otra vez el nombre de su hijo como si recitara el rosario, como para recordarse quién era la persona que tenía delante.

—Pues no sabes nada, mamá, no sabes nada. ¿Por eso has llevado a Susy y a Michelino con los abuelos, para montarme esta escena?

—Eduardo, ¿y ahora cómo salimos de esta? ¿Cómo salimos, Eduardo? —Se acodó en la mesa y se llevó las manos a la cabeza.

—Mamá, no sé de qué me hablas —dijo Bizcochito—. ¿Quién te ha contado esas patrañas?

¿Quién ha sido la cotilla?

Aquellas palabras le sentaron como un latigazo: también ella lo había negado mientras pudo. Ya basta, se dijo, no hay tiempo. Se levantó y, dominándolo por muchos centímetros, le dio una bofetada en la boca:

—¡No digas mentiras!

—¡A la mierda! —gritó Bizcochito antes de salir corriendo de la casa.

Su madre lo siguió sin dejar de amenazarlo:

—¡Ni se te ocurra, Eduardo! ¡Ni se te ocurra!

Bizcochito montó de un salto en su miniquad. Tengo que irme, pensó.

La voz de su madre se acercaba más y más, pero ya había metido la llave. Empuñó el acelerador y el motor arrancó, libre del limitador de velocidad.

—¡Eduardo! ¡Eduardo!... ¡Bizcochito!

Bizcochito se quedó con el dedo suspendido sobre el botón del arranque eléctrico que acababa de pulsar. Su madre nunca lo había llamado por el apodo. Se volvió hacia ella.

—Bizcochito —repitió ella. Se acercó y, allí donde antes le había dado una bofetada, le hizo una caricia—. Así te llaman los miembros de la banda, ¿no? Es porque yo siempre te daba bizcocho.

—No —dijo él con una sonrisa—. Es porque cuando jugaba con el balón me gritabas «Edu, ven por bizcocho», pero yo no quería bizcocho.

—Entra.

Bizcochito bajó del miniquad y volvió a casa con su madre, cogido de la mano.

—¿Es verdad que lo has matado tú? —le preguntó, cuando estuvieron dentro. Se acuclilló para estar a su altura y mirarlo a los ojos. Pero Bizcochito miraba al suelo y no hablaba.

—A mí puedes decírmelo. ¿Es verdad?

Bizcochito negó con la cabeza, pero su gesto era débil, incapaz de desmontar una acusación tan grave. Para decir que sí tenía que hacer más acopio de fuerzas y, allí, ante su madre, no podía.

Ella le levantó la cara para que la mirara. La mano le temblaba; la esperanza era nula, un destello lejano en el que ya no se puede creer.

—Hagamos una cosa, como cuando eras chiquitín. Si es verdad, dame un beso, ¿vale?

Y su mejilla recibió un beso, algo húmedo, de niño.

## VIAJE A MILÁN

En la cabeza de Nicolas, los puntitos iban uniéndose con gran precisión y pronto podría verse el dibujo que, misión tras misión, iba trazándose. Tras la eliminación de Mocho, había llegado puntualmente la llamada telefónica del abogado Caiazzo con la información que le había pedido a cambio: ya había llegado el momento de darse una vuelta por Milán.

Ninguno había estado nunca en aquella ciudad y la idea del viaje les producía una mezcla de fascinación y repugnancia. De comprar los billetes se había encargado Dron: seis plazas en el octavo vagón del tren Nápoles-Milán para los chicos de la banda y otras seis para sus novias, tres vagones detrás; bastante lejos, pero a mano en cuestión de minutos.

Dron participaba en el plan desde lejos: necesitaban chicas y él tenía dos o tres, pero virtuales, voces y rostros, susurros y cuerpos que se relacionaban con él a través de la pantalla, cuando allí las necesitaban de carne y hueso. También se quedó en casa Bizcochito, el chaval aún estaba en esa edad en la que, más que en mujeres, se piensa en jugar al fútbol. Era la primera vez que no pedía estar en primera fila. No, no era cierto, pensó el Marajá, tampoco había participado en la operación del muelle. Quizá no tuviera madera de matón: cargarse a Roipnol debía de haberlo turbado más de lo que pareció al principio. Sea como fuere, ya se ocuparía de eso luego; en aquel momento tenía que unir los puntos y tenía que hacerlo deprisa: «Si quieres cogerlo todo, pues cógelo, pero de verdad», le había dicho su madre.

Letizia no veía la hora de partir: ¡Milán, la capital de las compras, de Valentino, Prada, Dolce&Gabbana, Versace, Armani! Pero quería viajar con Nicolas. «Tenemos pinta de ir armados», le había explicado Nicolas. «En el tren, los bolsos con las armas tenéis que llevarlos vosotras.» Y, atrayéndola hacia sí, le había dado un beso. Ella se había asustado un poco, había insistido en que no quería saber nada de sus asuntos, quería mantenerse al margen de todo aquello, pero él entonces había usado su mejor baza: cuando llegaran a Milán la llevaría a via Montenapoleone, a via della Spiga, a que comprara todo lo que quisiera. La seguiría sin rechistar, satisfaría todos sus deseos. «Te compro hasta la Virgen del Duomo», le había dicho y ella había dado palmas como una niña.

En el momento en que Nicolas convencía a Letizia, también los demás conseguían la colaboración de sus respectivas parejas. La más entusiasta era Sveva, la única a la que ir de tiendas le daba igual. Lo que la atraía era el hecho de llevar las armas, de correr riesgos, por lo mismo que la había atraído Pichafloja, porque la vida con él era una aventura peligrosa.

Además de las maletas con las armas, las chicas llevarían también los móviles de sus novios en el tren de vuelta, que tomarían aquella misma tarde. Hasta que llegaran a Nápoles los usarían para mandarse a sí mismas un montón de mensajes.

—La coartada perfecta —había concluido Dron, al explicar esta parte del plan. Partieron puntualmente y llegaron a la estación central de Milán a su hora.

—Nico —dijo Briato desde la otra punta del tren, mirándose el Rolex nuevo—, ¿ves que el tren llega ahora puntualísimo? Les hemos solucionado el problema de los retrasos.

Cogieron el metro —«Tíos, el nuestro no huele tan mal»—, bajaron en Montenapoleone y empezaron a callejear por el centro —«Tíos, aquí no mira nadie a la cara, aquí tienen todos miedo»—. Las chicas corrían unos metros por delante, radiantes, guapísimas, llenas de vida. Entraban y salían de todas las tiendas, cada escaparate era más irresistible que el anterior. Los chicos esperaban fuera, apoyados en la pared, mirando a un lado y otro como si hubieran aterrizado en un país de usos y costumbres absolutamente originales.

—Aquí están todos acojonados, parecen estar huyendo de algo todo el rato —dijo Pichafloja, poniéndose al lado de un hombre con maletín e imitando su andar apresurado.

Lollipop miraba el cielo pesado sobre las fachadas austeras y pulcras.

—Al sol le da asco salir.

Pero Nicolas miraba a las personas. Tenía que calcular todo. ¿Cuánto ganas? ¿Cuánto vales? ¿A quién le pagas? Todo tenía un valor y dicho siempre podía calcularse. Todo. Clavaba los ojos en las personas, en las cosas, leía los nombres de las tiendas, las marcas de los coches. ¿Cuánto gana ese dependiente? ¿Cuánto vale el comercio en el que trabaja? ¿Cuánto cobraban al mes? ¿Tenían préstamos? ¿Cargaban con cuernos? ¿Qué oficio desempeñaban con aquellas manos? Todo para él se reducía a un escalafón de dinero, de poder.

Hizo un cálculo veloz consigo mismo. Sneaker Golden Goose: trescientos cincuenta euros; tatuajes: cuatro mil euros; pulsera Damiani: dos mil euros. Sonrió, satisfecho. Echó luego una ojeada a su Ulysse Nardin Caprice (tres mil euros), ya era hora de despedir a las chicas.

Las acompañaron al taxi manteniendo bien sujetas las maletas y los teléfonos con tarjetas nuevas que luego harían desaparecer. Ellas, por su parte, se iban con las manos llenas de paquetes y bolsas, una orgía de zapatos, vestidos, pendientes y pulseras, para ellas mismas y para sus amigas, hermanas y madres. Y en los bolsos nuevos, los móviles de sus respectivos enamorados.

—Escribidnos pronto —les dijeron ellos sonriendo, al verlas partir para la estación.

Tucán rodeó a Nicolas con el brazo con el que hasta hacía un momento había agitado el pañuelo que llevaba en la cabeza y le dijo:

—Eso es lo único bueno de Milán: ¡el tren para Nápoles! —Y, riendo, le dio una palmada en la espalda.

—No sabía que fueras tan nostálgico, Tucán. Hablando de nostalgia, ahora vamos a ver a un viejo amigo.

Uno no se puede ir de Nápoles. Puede emigrar a Australia, meterse a criador de canguros y lanzar el lazo, pero ese origen lo lleva siempre consigo como si fuera un distintivo; aunque se haya ido aterrado y con la bendición de sus padres, aunque se llame Estabadiciendo y haya abandonado la banda de los Niños. Nicolas había hablado con la madre de este último: la mujer estaba contentísima de que aquel hijo rehiciera su vida. «Ahora se dedica a la hostelería en Milán», le había dicho, orgullosa. Las señas se las había pasado un primo hermano de Estabadiciendo al que de cuando en cuando vendía hachís: la madre le había dado a entender que consideraba una bendición que su hijo estuviera a cientos de kilómetros de la ciudad y, sobre todo, de Nicolas y compañía. Estabadiciendo y la banda hablaban alguna que otra vez, pero en esa

ocasión el Marajá no quería avisarlo: su visita sería una sorpresa.

Lo vieron venir de lejos. Iba en bici. Llevaba gorra y una mochila con forma cúbica. Y vestía casi completamente de rosa. Gorra, camiseta, mochila. Todo rosa. Pero era él, no cabía duda. Las piernas flacas, los brazos largos, el cuerpo encogido.

Lollipop, escondido en un zaguán, lloraba de risa. Estabadiendo avanzaba describiendo ochos por en medio de la calle desierta, como un chiquillo. Había acabado su turno de reparto, ese día se había recorrido cincuenta kilómetros y estaba deseando darse una ducha y tirarse en el sofá, porque su compañero de piso pasaba la noche fuera.

Al primero que vio fue a Nicolas. Había salido de no sabía dónde y acudía a su encuentro por en medio de la calle, con los brazos abiertos, como si quisiera darle un abrazo. Luego vio a todos los demás, por la derecha, por la izquierda, a Briato, que salía de detrás del capó de un Multipla. Frenó, puso los pies en el suelo y quiso levantar a pulso la bici para darse la vuelta, pero en un instante se le echaron encima.

—¡Hostias!, ¿qué hacéis aquí? —dijo, con más susto que sorpresa. Miraba a los miembros de la banda y solo veía caras divertidas. Por fin bajó de la bici y los abrazó uno a uno. Habían pasado solo unas semanas desde que se había marchado, pero ya los veía distintos. Lo miraban con unos ojos que habían visto cosas que él no había visto, cosas importantes, y sintió envidia. Igual que envidiaba la ropa que vestían, las zapatillas, los relojes, todos los objetos que revelaban la riqueza de los negocios fáciles, sin sudor.

—¡El repartidor! —dijo Dragón, abriendo la mochila de forma cúbica en la que llevaba la comida y mirando dentro.

—¡La Pantera Rosa! —dijo Pichafloja.

Estabadiendo no dijo nada, se sentía un poco humillado, pero, al mismo tiempo, y por primera vez desde que salió de Nápoles, tuvo la sensación de hallarse en casa; comprendió que seguía formando parte de aquel grupo y que un pacto de sangre es más fuerte que cualquier distancia.

Cuando terminaron las burlas, cogió la bicicleta por el manillar y echó a andar:

—Venid, os invito a mi casa.

—Anda, tienes casa y todo. ¿Y vives solo? —preguntó Briato.

Estabadiendo asintió y preguntó:

—¿A qué habéis venido?

—¿Cómo que a qué hemos venido? —dijo Nicolas—. Pues a verte.

—No me lo creo. ¿Y esas maletas?

—Eres rápido de vista, Estabadiendo —dijo Nicolas—, la niebla no te ha cegado.

—Por cierto —dijo Pichafloja—, ¿dónde está la niebla?

—¡Quia! —dijo Briato—. Estos no tienen ya ni niebla. No tienen nada. Milán es una mierda.

—No, no es verdad —repuso Nicolas—, a mí me está gustando.

Estabadiendo los invitó a entrar en su reducido apartamento de dos piezas y la banda tomó posesión de él como hacía siempre: invadiéndolo. Miraron por todas partes, curiosos de saber cómo se vivía en una casa milanesa. Al final Estabadiendo tuvo que admitir que compartía el piso con un estudiante de economía y comercio.

—¿Entonces compartes la casa?

—Sí, pero siempre estoy solo. El chaval casi nunca está.

Arrojaron a la cama la ropa del compañero de piso —«Joder, hasta chalecos llevan aquí. ¡Vaya ropa de maricas!»—, lo inspeccionaron todo. Nicolas repasó unos minutos embelesado un manual de economía política y Pichafloja miró en el cajón de la ropa interior: «¡Estabadiciendo, no te bastaba con el uniforme, hasta los calzoncillos te los has comprado rosas!» Estabadiciendo ni siquiera intentó pararlos; se sentó en la mesita y empezó a liar un porro con costo que le pasó Nicolas.

Para acabar de investigar los usos y costumbres del norte, vaciaron el frigorífico —«¿Qué son estas algas, Estabadiciendo? Si aquí no hay mar, ¿por qué coméis de esto?»—, luego Briato y Pichafloja se sentaron en el sofá, Dragón y Lollipop lo hicieron en las sillas de plástico, y Tucán en el suelo, apoyando la espalda en la pared.

Nicolas, en cambio, siguió dando vueltas, sereno, como para poner orden en sus ideas.

—Tu madre está muy orgullosa de tener un hijo en Alemania. —Los otros se reían por lo bajo—. Pero ¿sabe ella de verdad la vida que llevas aquí? No te preguntaré lo que ganas llevándoles esa porquería de comida a los milaneses, pero, ya puesto a llevar comida aquí, más te valdría repartir para la banda, porque ganarías más y sin sudar.

Estabadiciendo asintió y dio una profunda calada al porro. En todas aquellas semanas, ni un solo día había dejado de pensar en el dinero que perdía y todas las santas noches se acostaba con el firme propósito de levantarse por la mañana, destrozar a palos aquella puta bici y coger el primer tren que saliera de vuelta a casa, pero le faltaban fuerzas y, al despertar, en lugar de destrozar la bici, se montaba en ella y se chupaba kilómetros y kilómetros repartiendo comida por la miseria que le pagaban. Eso sí, estaba tranquilo, sin tiroteos ni guerras entre bandas. Ya que la montaña iba a Mahoma —como decía siempre su abuelo—, la banda le infundía el valor que necesitaba para dejar aquel curro.

—¿Qué hay que hacer? —dijo, pues, sin dirigirse a nadie en particular.

—Visitar al Tigre —contestó Nicolas.

Estabadiciendo asintió.

—¿Para qué?

—Para un intercambio. Cuando estalló la guerra entre los Striano y los Grimaldi, el pacto fue que el Arcángel iba a la cárcel y el Tigre al exilio.

—Nico —terció Tucán—, dile dónde está el Tigre.

—También se ha vuelto alemán. El cabrón vive en Rho.

—¿Rho? ¿Qué puto nombres es ese?

—El nombre de un barrio, digo yo, como Cardito, Cicciano.

—Ya, pero ¿qué puto nombre es Rho?

Dedicaron cuatro días a vigilar. Se turnaban. Salían en pareja por la mañana temprano de casa de Estabadiciendo, tomaban el metro hasta Rho-Fiera y volvían por la tarde para dar parte. Al compañero de piso lo echaron y tuvo que volverse a la casa de sus padres. La noche del cuarto día se reunieron todos en el pequeño salón y, fumando y comiendo porciones de sushi que Estabadiciendo, que ya pensaba despedirse, no había repartido, analizaron la situación. El Tigre iba en silla de ruedas, salía dos veces al día, por la mañana y hacia las cuatro de la tarde, siempre empujado por una mujer alta, rubia, con hombros de nadadora, sin duda del Este. Siempre hacían el mismo recorrido: quiosco, bar Al Posto Giusto, vino blanco, casa. La cuidadora lo llevaba al

apartamento, en la tercera planta, y se iba a su casa a comer. «Vive con un milanés que le saca treinta años. —Eso había descubierto Lollipop—. Vuelve con el Tigre a las dos en punto, es un reloj.»

—El Tigre está hecho un viejales —observó Briato.

Del hombre impassible, de hierro, que habían admirado en el juicio no quedaba más que el cuerpo robusto, postrado en aquella silla medio oxidada. Se pellizcó la pierna y se dijo que él, antes que acabar así, se pegaba un tiro.

—Es que no solo se esconde —dijo Nicolas—. Tiene miedo, lo persigue el fantasma de los Grimaldi. —Sorprenderlo fuera era imposible. Siempre estaba rodeado de personas y aquello no era territorio de bandas, no podían contar con centinelas ni aliados. Allí no tenían estructura. Insistir en vigilarlo para descubrir un fallo en la rutina del Tigre solo era perder el tiempo. Y para Nicolas todo era cuestión de tiempo—. ¿Cómo es el edificio? —preguntó.

Tucán había podido entrar y se lo había recorrido de arriba abajo. Ocho pisos, cuatro escaleras, dos apartamentos por rellano.

—¿Y quiénes viven?

Tucán movió la cabeza.

—Entran y salen y nunca se saludan. Aquí no habla nadie, Marajá. A estos milaneses se les ha comido la lengua el gato.

—Y el ascensor es estrechísimo. La silla de ruedas del Tigre y la puta apenas caben.

No había alternativa. Lo sorprenderían en casa, cuando la cuidadora estuviera con su hombre. Solo necesitaban un anzuelo, alguien que subiera sin ser molestado al apartamento del Tigre, tocara el timbre, lo atrajera a la mirilla y le hiciera abrir la puerta blindada.

—Estabadiciendo, ¿estás listo para una última entrega? —dijo Nicolas, poniendo en la mesa la mochila rosa que Estabadiciendo soñaba ya con tirar a la basura.

Estabadiciendo no estaba listo.

—Pero... lo que estaba diciendo... ¿Qué tengo que hacer?

—Nada —contestó Nicolas—, nada nuevo.

—Ya, pero... lo que estaba diciendo...

—Estabas diciendo que estabas diciendo. Anda, choca esos cinco —terció Pichafloja.

Estabadiciendo pareció calmarse y empezó a liar un porro.

—Verás qué buena es la hierba de Milán.

—Es buena porque viene de Nápoles. Eso está claro. Todo lo bueno viene de Nápoles.

A Estabadiciendo le precedía la fama de escaquearse siempre, pero ahora le tocaba a él, había vuelto a la banda y él demostraría que lo merecía. Metió las pistolas en la mochila y salió con la bici para la estación de Lambrate un cuarto de hora antes que los demás. Como habían hecho con las chicas, ellos irían a una distancia de un par de vagones.

Estabadiciendo tenía la impresión de que los demás pasajeros lo miraban. ¿Por qué se había sentado aquella estudiante a su lado y enseguida se había cambiado de sitio? ¿Y aquel caballero del periódico que hacía como que leía pero en realidad no paraba de observarlo?

En cuanto se apeó en la estación de Rho, abrió Google Maps y tecleó la dirección de Tigre. Él era el único que no había ido a vigilar para que no lo reconocieran. Con la mochila a cuestas, recorrió los 453 metros que, según el mapa, lo separaban de su destino. Caminaba lentamente, como le habían dicho que hiciera, en parte para dar la impresión del repartidor que no se orienta

bien en las afueras, en parte para dar tiempo a los demás de alcanzarlo. Recuperaron las armas un par de esquinas antes de la meta y dejaron dentro de la mochila dos por si acaso. Estabadiendo, en cambio, debía seguir desarmado para no levantar sospechas, pero ellos lo seguirían de cerca para cubrirle las espaldas.

Una señora anciana salía del portal del edificio del Tigre y Estabadiendo aligeró el paso y le preguntó si podía dejarle entrar porque tenía que entregarle una cosa al señor Onorato.

—Es muy buena persona, ¿sabe? Lástima que vaya en silla de ruedas, pero gracias a Dios está Svetlana. —La puta, pensó Estabadiendo—. Ella se encarga de todo y siempre sonrío. Y es una guapa moza.

Estabadiendo asintió convencido, aunque no entendió la última frase, dicha en dialecto. A veces los viejos le hablaban en una lengua que solo conocían ellos y con ellos se extinguiría. Dio las gracias a la señora, esperó a que doblara la esquina, dejó la puerta entornada para que los otros pudieran entrar y empezó a subir la escalera.

Cuando llegó al piso, esperó a recuperar el aliento y llamó al timbre.

—¿Quién? —La voz llegó acompañada de un chirriar metálico y tenía el tono arrogante que se esperaba de alguien como él, no el de una piltrafa en silla de ruedas.

—Vengo a hacer una entrega. —Estabadiendo se esforzó por imitar la voz de su compañero de piso para que sus palabras sonaran lo más neutras posible.

—Yo no he pedido nada.

—En el pedido dice Svetlana. ¿No vive aquí?

Silencio. Luego:

—No, no vive aquí. Es la asistenta.

—En el pedido dice que es una entrega extraordinaria: Svetlana le manda pasta con sardinas.

Nicolas le había dicho que conocía el punto débil del Tigre, la cocina, y, entre aquellos comedores de polenta, debía de echar mucho de menos el sabor de su tierra.

Estabadiendo oyó el ruido que hacen las llaves al caer al suelo y acto seguido el tintineo de la cerradura: la información de Nicolas era correcta, el felino no había podido resistir la llamada del mar en el plato. Después de cuatro vueltas de llave, la puerta se abrió despacio y apareció el Tigre en su silla de ruedas. ¿No dejaba nunca de hacer teatro? Estabadiendo dio un paso adelante para ocupar el umbral e impedir que pudiera cerrar la puerta. Y mientras se agachaba para quitarse la mochila, detrás de él aparecieron primero Nicolas y luego los otros cinco. El Tigre, como si hubiera oído la pregunta que Estabadiendo se había hecho para sus adentros, se puso en pie con la agilidad de un chiquillo. Estaba pálido y parecía él mismo uno de aquellos fantasmas que lo tenían poseído.

—¡San Jenaro ha hecho un milagro! ¡Camina! —dijo Nicolas levantando los brazos y dejando así bien a la vista la pistola. Enseguida los bajó y apuntó al Tigre con el arma.

El Tigre se llevó rápidamente la mano a los pantalones. El reflejo condicionado le hacía buscar la pistola donde la había llevado siempre, pero Nicolas le asestó un cabezazo. El hombre cayó en la silla con las manos en la cara y sangrando por la ceja partida.

—Te has oxidado, Tigre —dijo Dragón, entrando con los demás y cerrando la puerta.

—¿Qué queréis? ¿Quién os envía? —empezó a decir, aturdido. Lollipop por un lado y Tucán por otro lo inmovilizaron contra los brazos de la silla. Dragón y Estabadiendo se colocaron detrás, en las asas. Lo llevaron a la cocina. El Tigre, chorreando sangre, suplicaba:

—¡Esperad, esperad, esperad!

—Parece un niño con miedo a que le pinchen —dijo Briato—. ¡Démonos prisa! —Y, dirigiéndose al Tigre como para consolarlo y en realidad con regodeo—: No te preocupes, no lo notarás.

Nicolas se guardó la pistola, se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó la navaja:

—Sujetadlo bien, se me ha ocurrido una idea.

## LA TRABAJADORA SOCIAL

Mientras la banda viajaba en el tren de vuelta a casa y Estabadiciendo se imaginaba cómo reaccionarían sus padres por la sorpresa de su regreso, Bizcochito jugaba detrás del bajo, con Meón.

En aquel patio se habían pasado días enteros atacando la portería contraria, con pases cada vez más cortos, hasta que uno de ellos marcaba de un trallazo y el otro iba a abrazarlo. Los gemelos del gol. Bizcochito siempre pasaba el balón: cuando jugaban en el campo de fútbol, lo pasaba; cuando, en la escuela, hacían una pelota con folios A4, los envolvían en celofán y se ponían a tirar penaltis entre los bancos, lo pasaba y, también, cuando andaban por la explanada del Loreto Mare, lo pasaba. A él le gustaba pasar el balón. Lo que más le gustaba era regatear a los defensores y hasta al portero y luego pasarle tranquilamente el balón al delantero que se quedaba solo ante la portería.

Pero aquel día Bizcochito no soltaba el balón. Lo acariciaba con la suela, lo levantaba dándole por debajo y amortiguaba la caída con el empeine.

Meón empezó a mover los brazos, como si estuvieran contraatacando en el estadio San Paolo, pero Bizcochito ni lo miraba.

—¿Qué pasa, Bizcochito? ¿Ya no somos amigos? —le preguntó Meón. Se sentía culpable por haberle chivado a su madre quién había matado a Roipnol y porque desde ese momento las cosas iban tan rápidas que no se sabía cómo acabarían. Sabía que Bizcochito procuraba tener tranquila a la señora Greta quedándose en casa, portándose bien y juntándose lo menos posible con la banda de los Niños: se sentía acorralado. Lo que no sabía es que aquella mañana, nada más despertar, su amigo se había llevado otra sorpresa.

Desde el día del asesinato no había vuelto a usar la Desert Eagle, ni siquiera la había sacado de su dormitorio. Había extraído los cromos de Pokemon del archivador y había escondido la pistola entre las rígidas guías. Luego había deslizado el álbum debajo de la cama lo justo para que no se viera pero lo bastante cerca para que, sentado sobre las sábanas, con un simple toque de talón notara que su arma seguía allí. Aquella mañana el talón no tocó nada. Bizcochito se arrojó boca abajo al suelo. Debajo de la cama solo había polvo. Entonces se acercó a su madre, que dormía con sus dos hermanitos en el sofá cama, oyó la respiración profunda de los tres y empezó a registrar la casa en silencio. Buscó por todas partes, incluso entre la ropa interior de su madre. Levantó sujetadores y bragas venciendo la vergüenza que le daba aquello y cuando, en el mismo cajón, encontró las viejas camisas de su padre que Greta aún conservaba, se le hizo un nudo en la garganta. Luego buscó en el baño. Nada. La pistola no aparecía por ningún lado. Volvió a la cama y solo entonces se dio cuenta de que su madre lo esperaba sentada en ella. No le dio tiempo a

decir nada. «Ha llegado el momento de jurar», le dijo Greta. «¿Jurar qué?», le preguntó Bizcochito. Iba en calzoncillos y camiseta de tirantes y mantenía los brazos delante, como un futbolista que hace barrera cuando se va a tirar una falta. Greta se levantó, le separó los brazos, lo abrazó y luego lo obligó a jurar: nunca más volvería a disparar, ni siquiera al aire. Bizcochito asintió, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Ya no somos amigos? —repitió Meón.

—Podías haberte callado, Meón. —Esa fue la respuesta, la voz de Bizcochito era tan afilada que cortaba.

—¿Qué podía hacer? ¿Has visto lo que le han hecho a mi hermano?

—Mira ahora el mal rollo que hay en casa. —Levantó de nuevo el balón y empezó a jugar solo: pie, muslo, cabeza, sin dejar que cayera. Sin pasárselo.

—¿Otra vez la trabajadora social? —dijo. Casi una semana llevaba aquella mujer presentándose a diario en el bajo de Bizcochito y Meón se la había cruzado en un par de ocasiones. Era la misma que de cuando en cuando se pasaba por la suya. Una mujerona bronceada que acompañaba todas las frases con una sonrisa que parecía de burla. Las veces que se había dirigido a ellos para comunicarles que tenía que hablar «a solas» con «mamá» de «cosas importantes», había recalcado las palabras. «No somos niños», le había dicho Meón y ella había sonreído.

—Sí, otra vez —contestó Bizcochito—. Estoy acojonado, Meón. ¿Y si mi madre me manda a un internado? Mejor que me envíen al reformatorio, lo prefiero, te lo juro. ¡Qué tendrá que decir para pasarse siempre dos o tres horas hablando! Menos mal que nos trae comida gratis.

—Pues a nosotros no nos trae nada —dijo Meón.

—A lo mejor por eso también está tu madre con ella, igual es que se lo pide.

Pie, muslo, cabeza. El balón aún no había tocado suelo.

—Yo también estoy acojonado —dijo Meón. Se había acercado a Bizcochito para robarle el balón, pero este dejó que se le deslizara por el costado y lo protegió con el cuerpo—. Mi hermano se pasará seis meses tomando todo batido, ¿te das cuenta? Está siempre nervioso y no es por las hostias que le han dado. Entra y sale de casa a todas horas, también mi madre sale más, y siempre están hablando.

Lo abordó por la izquierda para que Bizcochito perdiera el equilibrio y sorprenderlo por la derecha, pero este lo mantuvo a distancia con el codo. Hubo una tregua.

—A tu hermano no le habrás dicho nada, ¿verdad? —preguntó Bizcochito. Le había hecho aquella pregunta mil veces y Meón siempre contestaba lo mismo:

—¡Nada, lo juro por mi madre, ni a ella tampoco!

Se disputaron el balón un rato hasta que Meón desistió y retrocedió, pero Bizcochito permaneció donde estaba, en equilibrio, y siguió jugando con la pelota.

—¿Y estás seguro de que Carlitos no sabe nada? —Esa era la segunda vez que lo preguntaba desde que estallara todo aquel follón de las madres—. Que sepas que a ti tampoco te conviene que lo sepa, porque seguro que piensa que también tienes la culpa de que yo matara a Roipnol. Tu madre lo entiende, ¿no?

—Tranquilo, mi madre sabe que es un marrón para todos. ¡No somos tontos! —Meón le dio una patada a un cuenco lleno de comida para gatos—. Bizcochito, si en todo este lío hay alguien que puede estar contento, eres tú, porque al menos has tenido los huevos de cargarte a un capo. Y

eso que Roipnol y la Culona me caían bien. Me dejaban jugar con el ordenador, me llevaban de compras. Pero ahora soy amigo de uno que tiene un par. —Bizcochito sonrió, quizá terminara perdonándole el chivatazo—. Soy amigo de un tipo que ha matado a una persona —recalcó Meón.

—Si uno deja que lo maten será que lo merece, ¿no?

Bizcochito tiró el balón al aire lo justo para colocarse en posición y hacer una tijera en dirección a Meón. El golpe fue seco, perfecto, y el amigo rechazó el cañonazo con los puños. El esférico voló por el aire y acabó en una esquina del patio. Los dos salieron corriendo por él. Meón llegó primero y se lo pasó enseguida a Bizcochito, que corrió pared adelante y centró suavemente para que su amigo metiera gol de cabeza. Habían hecho las paces.

Se sentaron en la acera a recobrar el aliento.

—Seguro que están hablando de nosotros —dijo Meón.

Bizcochito señaló una ventana estrecha y larga que había a un metro del suelo. Arrastró un contenedor de la basura, lo volcó de lado y se subió a él.

—¿Qué haces?! —dijo Bizcochito, mirando a un lado y otro.

—Tú lo has dicho, están hablando de nosotros —contestó Bizcochito. Se agarró del marco del ventanuco e, impulsándose con una pierna, se aupó sobre los veinte centímetros de repisa. Se quedó así unos segundos, preguntándose qué parte del cuerpo pasaría primero. Parecía un pajarillo posado en una rama.

Al final, pasó las piernas, se apoyó en la taza del váter, saltó a la alfombrilla de goma sin hacer ruido y se asomó al patio, en medio del cual seguía parado Meón.

—Meón, la cosa también va contigo, conque ven a escuchar —susurró.

Un instante después Meón entraba en el baño y arrimaba la oreja a la puerta.

—¿En buen lío se ha metido!

Era la voz de la madre de Meón. Este se pegó con todo el cuerpo a la puerta como si así pudiera oír mejor. No entendía por qué hablaban de él; él no había matado a nadie.

—En buen lío se ha metido mi Eduardo, sí —dijo la madre de Bizcochito.

Meón no pudo reprimir un suspiro de alivio y se apartó un poco de la puerta. Notó que su amigo, a su lado, se ponía rígido y se avergonzó de su propia reacción. Le puso la mano en el hombro y Bizcochito lo miró aterrorizado.

—Lo único que puedes hacer es colaborar con la policía —dijo Emma.

Ruido de zapatos que rascan el suelo. Mamá está nerviosa, pensó Bizcochito, que conocía bien aquel tic de su madre de restregar los pies contra el suelo, como un animal que busca cobijo.

—¿No me digas! —exclamó Greta—. Dame tiempo, déjame pensar.

Más roce de pies seguido del chirriar de los muelles del sofá. Se había levantado y caminaba por el salón. Meón y Bizcochito corrieron a la ventana, la única escapatoria. Pero entonces oyeron que abría el grifo de la cocina y bebía un vaso de agua de un trago. Se pegaron de nuevo a la puerta.

—Si nos lo pensamos mucho es peor —dijo Emma.

—Lo sé, pero tengo tres hijos, ¿adónde voy a ir?

El baño palpitaba con los corazones de Bizcochito y Meón. Les latía fuerte y cada latido, que notaban en el pecho, pero también en la garganta y en las muñecas, marcaba el ritmo de aquel tira y afloja de las dos madres. Parecía la música de fondo de una de esas películas de suspense que tanto les gustaban.

Bizcochito sintió un agujero en el estómago. Aquellos días había barajado todas las hipótesis, menos la de tener que dejar la ciudad. Nunca más volvería a ver a Meón ni a los demás, nunca más volvería a jugar al fútbol en el patio. Sintió más miedo del que había sentido cuando mató a Roipnol. Retrocedió hasta la ventana para respirar, pero el agujero del estómago seguía agrandándose. Empezó a sentir retortijones. Se sentó en la tapa del váter y encogió las piernas. El dolor se le pasó un poco.

—Estas cosas no se pueden hacer a medias: se hacen o no se hacen. —La trabajadora social había tomado la palabra interrumpiendo así el diálogo de sus madres. La voz aguda de la mujer le llegaba nítidamente a Bizcochito, que apoyó la cabeza en las rodillas—. Y alégrese, porque está salvando a sus hijos.

Meón se cogió un pene imaginario, empezó a hacer como que se masturbaba y miró sonriendo a Bizcochito, que hizo una mueca: otro retortijón.

—Empezaré por hablar con la policía, por explicarles cómo están las cosas, la situación... Pero no se preocupen, no mentaré nombres. Eso sí, diré que ustedes no están convencidas y que ponen condiciones —siguió explicando la trabajadora social. Recalcaba las palabras como cuando se dirigía a Meón y a Bizcochito. Eso no era buena señal, pensó este último—. ¿Dónde le gustaría vivir, señora Greta? Yo me encargo.

Si en el baño no hubiera reinado aquel perfecto silencio, no habrían oído el susurro de la respuesta:

—En Venecia.

Bizcochito notó que algo le bajaba por el intestino e instintivamente apretó las nalgas. Un hilo de sudor frío le corrió espalda abajo y acabó en los calzoncillos. ¿Cómo era posible que su madre hiciera caso de aquella idiota de la trabajadora social? ¿Qué sabía ella?

—Eduardo debe quedar al margen de todo —dijo Greta. Bizcochito sintió que resucitaba.

—Y, como les digo, quedará al margen: no diré nombres —repitió la trabajadora social—. Y su hijo también, señora Emma. También usted ha de estar atenta.

Meón se sentó en el borde del bidé y miró a Bizcochito.

—Tú también —susurró el amigo señalándolo con el índice—. Tú también acabarás como yo.

—Pero yo lo tengo más difícil —le dijo la madre de Meón a la trabajadora social—. Mejor que mis padres no se enteren de nada, señora Lucia...

—Recuerden que estoy con ustedes y con sus hijos, yo estoy de su lado —dijo la trabajadora social en el tono de quien ha repetido lo mismo muchas veces—. Porque de esto salimos todos juntos, como un equipo.

—Lo presentaremos como un arrepentido —dijo Greta.

A Meón y a Bizcochito casi se les paró el corazón.

—Nunca —se dijeron, aliento contra aliento.

Aquella palabra, «arrepentido», cayó en el baño como un alud que se llevara todo por delante: en el vacío que quedó se oyó un pedo de Bizcochito.

Volvía a tener retortijones.

—No aguanto más —dijo en voz baja.

El hedor invadió enseguida el baño y Meón se tapó la nariz con el brazo.

—¿Hay alguien en el baño, señora Greta? —preguntó la trabajadora social.

—Esos ruidos vienen del patio trasero, ahí se hace de todo —se apresuró a contestar la madre

de Bizcochito, que, al asomarse, había visto la ventana del baño abierta.

—Greta —siguió diciendo la trabajadora social—, mi trabajo consiste en proteger a las personas, sobre todo a menores como Eduardo y Rinuccio, pero ustedes han de permitirme que las ayude. Si los dejaran hablar con la policía, nadie volvería a tocarles.

El paso de una moto ahogó el ruido de otro pedo. Bizcochito le hizo una seña a Meón: ya era hora de irse de allí, ya habían oído bastante.

Al otro lado de la puerta, las tres mujeres hablaban a la vez y sus palabras se atropellaban.

Meón se encaramó al ventanuco y Bizcochito lo ayudó empujándolo por detrás.

—¡Nunca! —se dijo otra vez Bizcochito. Salió por la ventana y echó a correr por las callejuelas, seguido de Meón.

## EL OBSEQUIO

Como todos los habitantes de la ciudad, Nicolas sentía frío en cuanto se alejaba de sus calles, pero en Milán no había sufrido ni sufría ahora que él y su banda habían vuelto del norte. Aquella mañana había amanecido con una lluvia intermitente, como si las pícaras nubes se divirtieran entrando y saliendo de la ciudad. Cuando descargaban, la temperatura bajaba de golpe y el vello de los brazos se erizaba, pero luego el sol lograba asomar con fuerza, como dando a entender que ese era su territorio, y la temperatura volvía a subir, trayendo consigo el olor del alquitrán, del vapor que no había tenido tiempo de condensarse y despedía ese olor a asfalto que taponaba la nariz.

Había que entregarle enseguida el recuerdo al Arcángel. El regalo consistía en dos cosas: una caja de *mozzarellas* —un recipiente térmico de poliestireno que habían llenado de cubitos de hielo— y un *panettone* que habían comprado en una pastelería del centro de Milán mientras las chicas compraban en las *boutiques*.

A su vuelta, la ciudad los había recibido con lluvia y también aquella mañana seguía la lluvia robándole a intervalos el puesto al sol.

Nicolas había ensanchado el asa que le había hecho con cinta adhesiva a la caja de las *mozzarellas* y el cordel del *panettone*. Se los subió hasta el codo para tener las manos libres y poder conducir la moto y se agenció un poncho impermeable para tapar los regalos. Subió a la T-Max con cuidado de no aplastar las cajas y, una vez él en la silla, Briato le echó el poncho por encima.

Marajá se dirigió al aparcamiento de la A3. Parecía un espantapájaros al que un viento caprichoso hubiera metido por la cabeza una bolsa de la basura. El Pajarito lo esperaba en el cementerio de caravanas. Él había preferido mojarse, como un hombre, dijo, antes de quejarse diciendo que estaba harto de hacer de recadero. Nicolas no replicó. Cinco minutos después subía a casa de la profesora Cicatello, sosteniendo con un brazo bien tenso la caja de *mozzarellas* y, con el otro detrás, el *panettone*. Depositó ambas cosas en el suelo de mármol del rellano y tocó el timbre. Nada. Volvió a tocar. Nada. Pero en la casa había alguien, porque cuando acercaba la oreja a la puerta oía ruido de pantuflas. Tocó por tercera vez y un buen rato, para que lo oyera también el Arcángel desde el piso de arriba, pensó. Luego comprendió que debía tomárselo con calma y esperar, no sabía cuánto tiempo: esa era la penitencia que el Arcángel le imponía.

A todo esto había salido el sol y la temperatura, que se había disparado, amenazaba con estropear el regalo. Nicolas empezó a aporrear la puerta:

—Señora, que se me derrite lo que traigo para don Vittorio, unas *mozzarellas* buenísimas. Abra, haga el favor.

Se oyó otra vez ruido de pantuflas arrastrándose por el suelo, esta vez más intenso, y por fin se

abrió la puerta tras cuatro brascas vueltas de llave. La profesora llevaba unas manoplas de cocina amarillas que levantó como para empujarlo, pero Nicolas no le dio tiempo porque sacó un billete de cien euros y se lo puso en un guante.

—Señora, tengo las manos ocupadas —dijo corriendo ya a la cocina. De lado, tambaleándose, con la vista puesta en los peldaños estrechos, subió por la escalera como un equilibrista, atento a no inclinar mucho la caja de las *mozzarellas*. El hielo debía de haberse derretido. Cuando llegó a la trampilla, no pudo hacer otra cosa que gritar:

—¡Cigüeñón, soy yo, Nicolas! ¡Cigüeñón! —Más penitencia, pensó, y luego lo intentó diciendo—: Cigüeñón, por favor, abre, que se me estropea la sorpresa que le traigo a don Vittorio.

El Cigüeñón abrió la trampilla, disfrutó de ver a Nicolas sudado y jadeante y al final le comunicó que podía subir, aunque tendría que esperar un poco porque don Vittorio estaba en la azotea escogiendo a unas putas.

Nicolas subió los dos últimos peldaños diciendo que ya había esperado bastante.

—Te digo que está en la azotea, deja eso en la mesa.

—No, tengo que subir... ¡Se derrite!

Cigüeñón se encogió de hombros y desapareció en la cocina.

Nicolas subió por la escalera de caracol que había oculta en un armario empotrado situado al fondo del pasillo. Por allí accedía don Vittorio a la azotea, subiendo por un túnel vertical de seis metros de cemento armado. Estaba orgulloso de aquellos conductos que horadaban todo el edificio y le permitían moverse libremente. «El sistema sanguíneo», lo llamaba. Nicolas no quería dejar las cajas abajo, estaba seguro de que el Cigüeñón querría ver qué traía.

Cuando salió a la azotea, encontró a don Vittorio muy distinto de la última vez que lo había visto. Pantalones grises y camisa azul, mocasines y Rolex en la muñeca. Incluso se había afeitado hacía poco y no podía deberse solo a que iba a ver a sus chicas, como las llamaba él. Aún daba cierta impresión de desaliño —advirtió una mancha oscura en la rodilla y pelos largos en la nuca—, pero, en conjunto, parecía otro hombre.

Delante de él, cinco prostitutas se protegían del sol a la sombra de las antenas parabólicas que don Vittorio había mandado instalar para todos los vecinos. Los nubarrones se alejaban y Nicolas se guareció bajo una techumbre goteante.

Las mujeres parecían hermanas. Parecían sudamericanas; cortas de estatura, morenas de tez, pechos enormes. Ya veo cómo le gustan las mujeres al Arcángel, pensó Nicolas. Don Vittorio no se fijó en él; hacía avanzar a las prostitutas una a una con el índice de la mano derecha, luego lo movía en círculo y ellas se daban la vuelta, él doblaba entonces el dedo y ellas se inclinaban noventa grados y, por último, les indicaba que caminaran adelante y atrás con un movimiento que podía interpretarse como una negativa. Hizo esto cinco veces, siempre igual, hasta que la última prostituta le mandó un beso y, sin desviar la mirada, dijo:

—Nico, me tiro a esta y estoy contigo.

—Don Vitto, he venido a pedirle perdón —dijo Nicolas al tiempo que cogía las dos cajas del suelo.

—Hombre, ha llegado el rey mago —dijo el Arcángel sin volverse—. Ya has esperado un rato, ¿no? Pues espera un poco más a que me tire a esta.

—No, no, es importante —protestó Nicolas. Con lo que le había costado ir, temía que todo se estropeará por culpa de un polvo—. Don Vittorio... —lo intentó de nuevo, pero la elegida del

Arcángel lo interrumpió. Le metió la mano por entre los botones de la camisa y le restregó el muslo por el sexo.

—Vitto —susurró con la voz de quien promete miel—, me espero, mientras tomo algo.

—La Magdalena viene en ayuda del rey mago —dijo el Arcángel estampando un beso en la frente de la prostituta.

—Gracias, señorita —dijo Nicolas.

Bajaron por la escalera de caracol. El viejo iba delante con una lentitud exasperante: ponía un pie en un peldaño y, en lugar de pasar el otro pie al siguiente, lo alineaba antes con el primero. Detrás, el joven ardía de impaciencia: Nicolas estaba seguro de que el Arcángel agradecería aquella sorpresa. Y mucho.

Don Vittorio se acomodó en su sillón y encendió un puro. Miraba a un punto que quedaba por encima de la cabeza de Nicolas, apenas unos centímetros, en lugar de mirarlo a los ojos. Si Nicolas se movía, él lo seguía, pero siempre mirando más alto.

El primer regalo fue el *panettone*.

—He estado en Milán, don Vitto, ¿ha estado usted?

—¡Ya lo creo! —contestó el otro—. Teníamos una empresa de construcción, Vi.Ga. Y una vez fui a San Siro. Le metimos tres al Milan. ¡Qué tarde!

—Es lo único bueno que tienen —dijo Nicolas señalando el dulce.

—¿Y las *mozzarellas* qué pintan? —preguntó el Arcángel, dejando a un lado el paquete. Se había negado a comer *panettone* cuando iba de misión a las naves industriales de la Brianza y no iba a empezar a comer *panettone* ahora.

—No son *mozzarellas*. Es la tarta de la fiesta.

—¿Qué fiesta?

Nicolas dejó la caja de las *mozzarellas* en la mesa. Toc, sonó un cubito de hielo. Buena señal, pensó Nicolas, y llamó al Cigüeñón.

El Cigüeñón había abierto muchas cajas como aquella. Sabía que había que tener cuidado para que al abrirla no se derramara la leche y las *mozzarellas* se quedaran sin líquido en medio de un charquito de suero. Despegó la parte inferior de la cinta adhesiva y empezó a tirar despacio, sin dar estirones. Sueltas las cintas verticales, el Cigüeñón pasó a la horizontal, que cerraba a tapa. A medida que la despegaba salía un mal olor más y más penetrante.

Terminó de despegarla y...

—¡Joder! —exclamó, retrocediendo hasta chocar con un aparador.

—Ya no muerde —dijo Nicolas, mirando al Arcángel y sonriendo como quien se prepara a disfrutar del espectáculo—. ¿Lo reconoce, don Vitto?

El Arcángel se había quedado quieto, con la cara blanca; el Cigüeñón, tapándose la boca y la nariz con la camiseta, se acercó de nuevo a la caja. En un líquido verdoso, con manchas negras y ambientadores Arbre Magique agotados, flotaba la cabeza de un hombre.

—¡Es el Tigre, don Vitto! —dijo el Cigüeñón con la voz chillona de un niño el día de su cumpleaños.

—Ahora Gabriele, su hijo, puede descansar en paz —dijo Nicolas.

El Arcángel se levantó del sillón, dio un paso, que le bastó para ver el contenido de la caja, y se sentó de nuevo pesadamente. Alelado, con la boca medio abierta, Nicolas tuvo delante al hombre decrepito que solo hacía unas semanas lo había echado de allí a patadas. Había dejado

caer el puro y el Cigüeñón no paraba de gritar:

—¡El Tigre, el Tigre, el Tigre!

Estaba tan excitado que hundió las manos en aquella agua putrefacta y sacó la cabeza del asesino de Gabriele Grimaldi.

—Deja esa cabeza de muerto —le ordenó el Arcángel antes de abrazar a Nicolas. Lo estrechó con fuerza y permaneció así un rato, pecho contra pecho, cruzados los brazos a la espalda, como se abrazarían dos novios que llevan tiempo sin verse. Finalmente, don Vittorio se separó, le cogió la cabeza a Nicolas, lo atrajo hacia sí y le dio un fuerte beso en los labios. Nicolas se sintió invadido por el agua de colonia del Arcángel. Notó que el estómago se le revolvía, pero solo fue un instante, porque, en realidad, se sentía bien. Notaba en la boca el silencio que se crea entre un padre y un hijo que hacen las paces.

Todo quedaba perdonado y se podía volver a empezar. Juntos, pero desde posiciones distintas: el padre que castiga y absuelve, el hijo que aprende, crece y supera al padre.

El Cigüeñón había ido a la cocina por el Chivas para brindar, reprimiendo una arcada y deshaciéndose en cumplidos en recuerdo de Gabriele y en insultos contra el Tigre.

Nicolas quería hablarle de Asdrúbal, decirle que él, como Escipión, le había cortado la cabeza, así es como se vence. Ni él sabía ya las veces que había visto aquel documental de History Channel y se había preparado las palabras exactas que le diría al Arcángel, pero aquel arranque de don Vittorio, aún abrazado a él, se las había desbaratado y por eso se limitó a preguntar:

—Don Vitto, ¿le basta esta muestra de lealtad para fiarse de mi banda? —Y se sorprendió deseando otro beso de padre—. Somos una alianza —se esforzó por continuar—, somos una sola cosa. —Y se preguntó si era así como se sienten los hijos.

El Arcángel lo miraba complacido, asentía casi imperceptiblemente y le acariciaba la mejilla. Un tintineo deshizo el abrazo. El Cigüeñón volvía con tres copas para champán llenas hasta el borde. Para una ocasión tan especial, el whisky había que tomarlo en recipientes de fiesta.

—Cigüeñón —dijo don Vittorio señalando con el índice la cabeza del Tigre—, ve a tirar esa asquerosidad a la basura, pero cuidado con la cámara.

Se quedaron de nuevo solos.

—Quien venga a un hijo se convierte en hijo —dijo el Arcángel, llevando a Nicolas al balcón. El aire era caliente, sofocante, pero era mejor que el aire que se respiraba en el interior: al Cigüeñón le costaría eliminar aquella peste. Uno al lado del otro, apoyadas las manos en la barandilla, observaban en silencio la extensión de edificios y calles; más allá estaba el corazón de la ciudad, que no se veía pero se percibía, y, al fondo, el mar. Nicolas sabía que le tocaba a don Vittorio romper el silencio. Él le había traído la cabeza de su enemigo, el Arcángel le correspondería revelándole un secreto. Lo que diferencia una relación verdadera de una falsa es compartir los secretos.

—Marajá —dijo don Vittorio... y calló. Había usado su título y era justo dejar que flotara un poco entre los dos—. Marajá —continuó—, el contacto es como el agua, todos beben pero no se sabe de dónde viene. El contacto solo debe conocerlo una persona, pero no toda la persona: las orejas no deben oírlo, el estómago no debe contenerlo, la boca no debe saber quién es. Solo el corazón debe conocerlo. Cuantas más personas conocen al contacto, más se gasta el mismo.

Nicolas sabía estas cosas y el Arcángel sabía que él las sabía, pero así debía ser.

—Voy a darte las llaves de la caja fuerte, Marajá. —Nicolas asintió. También lo sabía—. El contacto vive en Albania —dijo volviendo a mirar lejos— y se llama Malen Duda, alias Mario Bros. Yo lo llamaré. Desde mañana, para él eres como yo. El Bros hace negocios de las cuatro a las seis, pero él decide de qué día. Me organizo y te digo cuándo debes ir.

Nicolas se volvió al Arcángel.

—Don Vitto... —empezó a decir, pero enseguida se calló. Todo había salido mejor de lo previsto. Había obtenido el perdón, la confianza y el acceso a la cocaína, al hachís y a la marihuana. Lo tenía todo. ¿Qué hago?, se dijo. ¿Le doy las gracias y me voy?

—¿Te has cambiado de calzoncillos? —lo sorprendió el Arcángel.

—Sí, don Vitto.

—Pues con eso basta.

—¿Por qué lo dice?

—Porque partes ahora mismo.

## EL CONTACTO

En el vuelo Nápoles-Tirana, Nicolas el Marajá había tenido la impresión de estar volando directamente a su reino y se había dormido entre fantasías de elefantes, plantaciones inmensas y alfombras voladoras. Voy a coger el cetro, eso había sido lo primero que había pensado al despertar, justo cuando el avión descendía sobre la capital albanesa.

Su primer vuelo había ido bien y, cuando las ruedas tocaron la pista, celebró el aterrizaje con un aplauso solitario. En aquel momento miraba por las ventanillas del coche que lo había recogido en el aeropuerto de la capital albanesa. Había subido a ese coche suponiendo que era el Range Rover que el Pajarito, al entregarle los billetes de avión, le había descrito. El habitáculo estaba desnudo, parecía un medio de transporte público; las portezuelas no tenían manivela por dentro y este detalle, en vez de inquietarlo, lo tranquilizó: sí, estaba donde debía estar, aquel debía de ser el vehículo del que Mario Bros se servía para trasladar a las personas. El chófer, oculto tras el panel de cristal negro, aún no le había dicho una palabra. Conducía el Range Rover colándose por entre los demás coches con arrogancia y pronto vio Nicolas la ciudad de Tirana extenderse ante sus ojos atentos. Edificios de formas cuadradas, majestuosos, que él se imaginaba bullendo de gente como los de su propia ciudad, aunque aquellos acusaban de otra manera el paso del tiempo. Se veía claramente un antes y un después: el gris triste de las fachadas se trocaba bruscamente en color para apagarse de nuevo a los pocos metros.

—¡Parece la obra de un pintor loco! —dijo en voz alta, como si el chófer fuera alguien con quien pudiera conversar.

El coche redujo, el tráfico se había intensificado; al otro lado del cristal, Nicolas oyó una música en la que no había reparado antes: *L'italiano*, de Toto Cutugno.

—¡Hostias, si tenemos aquí a un melómano! —comentó con sarcasmo. El volumen bajó hasta que la música se confundió con el ruido grave del motor.

—Estamos llegando —dijo una voz en perfecto italiano con un ligero acento pullés. Salía por un altavoz escondido en algún sitio y Nicolas subió el tono para preguntarle:

—¿Vamos camino de Lazarat?

Una risotada metálica, ronca, atronó el habitáculo, seguida de unos golpes de tos, de fumador, de quien no se reía tanto hacía mucho:

—Muchacho —la voz del chófer había ganado algo de calor—, Lazarat es un gran sueño. Antes de llegar hay que pasar por las oficinas.

Dio un acelerón y Nicolas tuvo que agarrarse al reposacabezas para no chocar contra la ventanilla. Fuera, los bloques de viviendas habían dado paso a edificios modernos y muy altos. Fuentes, calles cuidadas, gente ocupada y bien vestida. La decepción de no ir directamente a

Lazarat se le pasó pronto: en estos edificios se toman las decisiones, pensó, las plantaciones son postales para turistas.

—Ya estamos —dijo al fin el chófer, tomando la rampa de un aparcamiento subterráneo.

Segundo sótano. El panel de metal estaba escrito en italiano, también las indicaciones que dirigían al ascensor. El chófer había accionado la apertura de la portezuela:

—Sube al quinto piso, irán a recogerte.

Y, sin bajar del Range Rover, añadió un «Buena suerte, chaval» que sonó espectral. Nicolas se precipitó hacia el ascensor, cuatro paredes revestidas de madera de imitación.

Todo es falso, pensó. Se sentía extrañamente cómodo en aquella ciudad, le recordaba la época —que parecía lejanísima en la que había formado la banda. Sin medios, sin recursos, pero con la ambición de ser el número uno. Tirana era pequeña, aún poco poderosa, pero se permitía dárseles de ciudad financiera, como demostraban aquel edificio y aquel viejo montacargas que recogía a los invitados directamente en el aparcamiento. Había que hacer negocio y poco importaba que los suelos no estuvieran pulidos o que las esquinas de las moquetas se levantaran.

Las puertas del ascensor se abrieron y dieron paso a una recepción.

—¿Es usted el señor Fiorillo? —le preguntó una mujer de edad indeterminada, que parecía llevar toda la vida esperándolo.

—Sí, soy el señor Fiorillo —dijo Nicolas. Nunca lo habían llamado señor.

En la sala de reuniones, las butacas estaban aún envueltas en celofán. Los ficus y las máquinas de café, la pizarra luminosa y la mesa negra con enchufes para los portátiles, todo estaba allí listo para ser inaugurado. Un ventanal en ángulo daba a la calle, pero Nicolas apenas pudo echar un vistazo porque, a sus espaldas, una voz masculina reclamó su atención:

—Señor Fiorillo.

Dos hombres con chaqueta y corbata, rapados y con el cable de un transmisor colgándoles de una oreja que se perdía por el cuello de la camisa, lo miraban con los brazos cruzados por delante, como seguramente habían visto hacer en alguna película a los agentes de la CIA.

Los trajes les vienen pequeños, pensó enseguida Nicolas, o ellos van demasiado al gimnasio.

—Venga con nosotros —dijo uno, mientras el otro se acercaba a Nicolas, y juntos lo escoltaron al despacho que había enfrente de la sala de reuniones.

Nicolas no vio a Mario Bros porque estaba envuelto en luz. Esta entraba por un tragaluz que había encima de la puerta, se reflejaba en el cuadro que el contacto del Arcángel tenía detrás (un cubo rojo circunscrito en otro amarillo) e incidía en el invitado que, por un instante, se quedaba ciego. Poco a poco, Nicolas fue viendo la mesa de aluminio, el iMac de 27 pulgadas, el sillón sinusoidal blanco y, por último, a él, al bróker. Bigote de puntas retorcidas, pelo negro con raya a un lado, camisa blanca sin corbata, chaqueta con pañuelo azul. Por un instante, Nicolas tuvo la impresión de haber entrado en el plató de una vieja película porno, pero aquella imagen se desvaneció al comprobar que aquel hombre era la viva estampa del fontanero de la Nintendo. Tal cual, pensó Nicolas.

Mario Bros lo invitó a tomar asiento.

—¿Por qué no me han vendado los ojos para traerme aquí? —preguntó Nicolas, arrastrando como pudo el sillón para acercarlo a la mesa—. Pablo lo habría hecho.

—Señor Fiorillo, no está usted en un capítulo de *Narcos* —contestó el anfitrión sonriendo—.

Hoy las cosas las deciden los contables, los burócratas, los agentes comerciales. Nosotros hacemos que funcionen los números y los números hacen que funcionen las cosas. Pablo no existe.

Algunas palabras sonaban forzadas, pero su italiano también era correcto. Hizo clic dos veces con el ratón inalámbrico y luego otra vez: había encontrado el documento que buscaba y estaba repasándolo con los ojos.

Nicolas pensó en las suaves colinas de Lazarat y se vio como se había imaginado durante el vuelo: acariciando las copas de las plantas de marihuana que se extendían hasta el horizonte, hablando de las propiedades del terreno, de la cantidad de agua de riego... Tuvo que reconocer que aquellas palabras —señor, negocios, socio— le hacían sentirse importante.

En Nápoles, la banda consideraría afeminada la palabra «señor», pero en el extranjero era el arranque de su sueño: que lo llamaran don Nicolas el Marajá.

—Bueno, Mariete —dijo Nicolas, pero su anfitrión oyó el diminutivo sin inmutarse—, ¿cómo nos organizamos?

—¿Cómo nos organizamos? —repitió el Bros—. Señor Fiorillo, es usted quien debe decírmelo. ¿Cree usted que he montado esta empresa de importación y exportación de residuos haciendo preguntas como esa?

Nicolas comprendió que, pese a la calma aparente, el hombre empezaba a impacientarse.

—¿De qué alijo hablamos? —preguntó Mario Bros. Movimiento veloz del ratón, un solo clic, como para cerrar el documento que había abierto.

—¿De qué alijo...? —balbució Nicolas.

—¿Y el transportista? ¿Quién es el transportista? —Nicolas titubeó y el Bros lo acribilló a nuevas preguntas—: ¿Quién se encarga de las aduanas? ¿Y los cargamentos tapadera? ¿Qué cargamentos tapadera tienes preparados? En todas las etapas debe haber uno de tus hombres. ¿Cuentas con bastantes? —Se había levantado y apretaba los puños contra la mesa—. ¿Sabes que el trabajo mejor pagado en este negocio es el del transportista? —Había perdido la compostura y, en su furor, hablaba escupiendo perdigones—. ¿Sabes que sin transportista los brókeres o esos narcos que tanto te gustan se verían obligados a vender casa por casa sin salir nunca del barrio? ¿Sabes que los transportistas pueden no ver siquiera la mercancía en toda su puta vida?

—Sí, lo sé todo —mintió Nicolas. Se había levantado también y miraba a Mario Bros a los ojos.

—Pues, entonces, dime: ¿cómo lo hacemos?, ¿qué plan tienes? —siguió preguntándole el Bros. Ni los profesores interrogaban con aquella insistencia. Pero de pronto se calmó—: ¿Por qué me enviarán niños? Crece, Fiorillo, y nos vemos.

En un instante había salido y cerrado la puerta. Nicolas se apresuró a seguirlo, gritando:

—¡Un momento!

Abrió la puerta y lo agarró por detrás, pero los dos guardaespaldas se le echaron encima y, a pulso, lo llevaron de nuevo al despacho, lo sentaron en el sillón y se colocaron a ambos lados, como dos gendarmes. A los pocos minutos volvió Mario Bros a la mesa, más tranquilo:

—No te elimino por respeto al Arcángel.

—No es por el Arcángel —dijo Nicolas—, sino porque necesitáis la pasta de los Niños.

—El dinero de tu banda lo usamos aquí de posavasos. Muestra respeto. Recomendemos, Fiorillo. ¿Tenéis transportista?

Con aquellas preguntas, Mario Bros no quería sino maximizar sus ganancias y minimizar las

de la banda. Nicolas cruzó las piernas y entrelazó las manos en la rodilla.

—No tenemos transportista —contestó.

—¿Ves como sabes responder, Fiorillo? Haremos esto: yo pago al transportista y luego hacemos cuentas.

Dos horas después, ya habían acordado todo. Cantidades y calidades de marihuana, hachís y cocaína, cargamentos tapadera, número de contenedores, métodos de recuperación de la mercancía, planes de emergencia, porcentajes, sistemas de comunicación. Todo.

Al terminar aquella clase intensiva del perfecto narcotraficante, Nicolas se sentía agotado y hambriento. Estaba feliz y así habría querido decírselo a Mario Bros, pero se contuvo.

—Gracias —dijo solamente.

—Gracias a usted, señor Fiorillo —repuso Mario Bros, volviendo al «usted» cuando el encuentro acababa—. Una última cosa —añadió abotonándose la chaqueta—. Entenderá usted que ahora es portador de información sensible y no puedo permitir que se pasee usted por Tirana. Su avión sale dentro de treinta y seis horas, que pasará usted aquí, en mi despacho, pero no se preocupe: mis hombres le traerán de comer. Adiós, Fiorillo, ha sido un placer.

—Joder, treinta y seis horas. ¿Y dónde duermo?

—La moqueta es cómoda.

Nicolas quiso replicar: «¡Ni hablar!», pero se mordió la lengua y vio salir a Mario Bros y a sus guardaespaldas, tras él, cerrar la puerta con llave.

## LA VELITA

Cuando llegó a Forcella, el barrio dormía, pero su sueño parecía ligero, como si siempre estuviera alerta. Estaban todos preparados para levantarse, personas y piedras, tampoco ellas tenían descanso.

En cuanto abrió la puerta, lo asaltó Skunk. La perra quería a su amo y Nicolas también le había tomado cariño; por consejo de Lollipop, le había comprado una cinta de correr que había instalado en el salón para que se mantuviera en forma mientras él, tumbado en el sofá, leía o veía vídeos en YouTube sobre emperadores decadentes y ejércitos victoriosos. La acarició y le palpó las carnes prietas, los músculos poderosos, prontos a saltar. Ya sabía dónde sería su primer combate.

—¡Estás ya casi lista para el bautizo! —le dijo rascándole el pelaje de las clavículas antes de bajarle las patas cuyas pezuñas le había clavado en los vaqueros. Solo entonces, cuando se irguió, reparó en una luz tenue que se veía dentro.

—¿Mamá? —preguntó, poco convencido.

Mena se había vuelto silenciosa. Cuando él volvía a casa y ella salía a su encuentro, parecía que contuviese la respiración, como si temiera hallarse un día u otro delante de un fantasma.

De la oscuridad salió una agradable silueta.

—Te esperaba, amor. —Era la voz de Letizia—. Ven.

Lo cogió de la mano y, de improviso, lo abrazó y le dio un beso. Lo llevó al sofá y lo sentó, le rodeó el cuello con los brazos y se acurrucó en su regazo. Ahora que le veía la cara de cerca, Nicolas advirtió que tenía los labios risueños, las mejillas llenas de alegría, toda su persona irradiaba una emoción que empezaba a contagiarlo.

Casi le daban ganas de reír:

—Amor, ¿qué tienes?, ¿qué pasa?

—Cierra los ojos.

—¿Esto qué es, una fiesta sorpresa? —preguntó, buscando con la mirada otros bultos escondidos detrás de los muebles y las puertas—. No es mi cumpleaños...

—Es una fiesta, sí, pero para ti y para mí solos. A tu madre también le he pedido que se fuera esta noche. —Y en un tono que quería ser severo le ordenó—: ¡Y cierra los ojos!

Se sentía confuso, como cuando no comprendemos algo con la razón pero nuestro cuerpo ya lo ha intuido, ya lo sabe, pero la intuición aún no ha alcanzado nuestra razón.

Notó que se levantaba y se movía alrededor, la oyó reírse y, de pronto, escuchó las primeras notas de «Ninna nanna».

—Ya puedes abrir los ojos.

Delante de él había una tarta de chocolate en medio de la cual se veía, como si fuera una velita, una especie de termómetro. Se volvió a Letizia con la plasticidad de un molusco.

Ella dijo que sí con la cabeza y lo abrazó. El abrazo duró un instante. Al cabo, se separó para mirarlo mejor y dejó de sonreír:

—Nico, ¿te alegras o no?

Sin poder contestar, sin poder casi respirar, Nicolas cogió el test de embarazo y se quedó mirando alelado las dos rayitas rojas fosforescentes en la penumbra. Se preguntó un instante si, por aquel color, podría saberse el sexo de la criatura... Miró a Letizia y le pareció más bella que nunca, toda una mujer, mucho mayor que él, transfigurada por el milagro que estaba operándose en ella. Parecía la Madre de Dragones.

Su mirada, sin embargo, debía de parecer más desconcertada que ilusionada, porque Letizia se removió en el cojín del sofá con cierto malestar:

—¿Qué pasa, Nico? He esperado un tiempo para asegurarme... ¿He hecho mal? Di algo, al menos... ¿No te alegras?

Nicolas sintió vergüenza porque le vino a la mente la frase que había oído repetir un millón de veces —«Un hijo te cambia la vida»— y que se había jurado no decir nunca, como todas las tonterías de los adultos, pero...

Se puso serio y desechó aquel pensamiento.

—Si es niño lo llamaremos Christian y, si es niña, la llamaremos Cristiana —le dijo antes de empezar a acariciar a Letizia por todas partes, despacio, delicadamente, con un cuidado que nunca había tenido con nadie. Ella sonrió y miró con ternura a aquel hombre al que nunca había visto tan frágil. Y mientras él le depositaba un beso en el vientre, rozándolo apenas, y le contaba la vida que llevarían los tres, enumeraba los cientos de cosas que compraría para que fueran felices y le decía que todos los tratarían como al principito George y a la princesita Charlotte, es más, como a la familia Beckham, y ella reía y lloraba y él reía y se derretía y se sentía tan pronto un niño como un padre, y se dejaba acariciar y acariciaba, mientras Skunk, con la cara hundida en la tarta, lo celebraba a su modo.

# LA REIVINDICACIÓN

## LA CAMORRA: LOS VIEJOS CLANES DECAEN

### LA BANDA DE LOS NIÑOS DESTRONA A LAS VIEJAS FAMILIAS

#### DOS HOMICIDIOS DEJAN TOCADOS A LOS FAELLA

Cuando quedó claro que el homicidio de Rho, pese a la bárbara decapitación, nada tenía que ver con el EI, la prensa local y parte de la nacional ataron cabos y, relacionando el homicidio de Roipnol con el del Tigre, concluyeron que el poder de Diego Faella, el Gatazo, se debilitaba a causa de la banda de los Niños.

El Gatazo, sentado a la mesa de la cocina, parecía aletargado delante de la tacita de café que se enfriaba y de aquellos titulares que incluso en la prensa regional proclamaban su decadencia. El Payaso trataba en vano de sacarlo de su silencio catatónico cuando el timbre del móvil triunfó en su empeño: en la pantalla se veía el nombre del abogado Caiazzo.

—Abogado, ¿demandamos a *Il Mattino*? —preguntó el Gatazo antes de soltar una carcajada nerviosa.

La voz de Caiazzo graznó el nombre de un restaurante y una cita para comer, algo urgente. Quedaron a una hora. El Gatazo cortó la comunicación, por fin parecía haber despabilado. El Payaso se permitió hacerle a su jefe una pregunta que llevaba tiempo queriendo hacerle:

—¿Por qué no liquidamos a esos críos y nos olvidamos del asunto? ¿Por qué matar a uno solo? ¡Matémoslos a todos! Tenemos sus nombres y apellidos. Los buscamos uno a uno y los eliminamos.

—¡Payaso, no entiendes nada! ¿No ves que si declaro la guerra a unos niños estoy acabado y ya puedo ir poniéndome el traje bueno y esperar metido en la fosa? ¡No se puede! —El Gatazo cogió una silla y la lanzó por la puerta abierta, la silla voló por el pasillo y agrietó el acuario—. ¡No se puede! —repitió, volviendo a sentarse—. Matar niños significa estar ya muerto ante las demás familias. Napolitanas, calabresas, sicilianas. Es como decir que no somos nada, que no somos capaces ni de meter miedo a unos niños ni de tenerlos a sueldo. Si acabamos con los niños, los demás acaban con nosotros.

—Pues así da gusto ser niño en esta ciudad —dijo el Payaso—. Quien te toca se vuelve frágil. Quien te hace daño se hace daño. ¡Vaya chollo! Yo también quiero ser niño.

El Gatazo se había calmado.

—Mañana lleva a la Garrona a Forcella —ordenó—. Le das el negocio que le debemos. Haremos ver que a Roipnol nos lo hemos cargado nosotros.

—¿Cómo dices? —preguntó el Payaso.

—Que queríamos eliminarlo nosotros.

—¿Como con el Melón?

—Exacto. Les robamos los muertos. Y quien roba a los muertos roba también a los vivos.

—¿Entonces...?

—Escucha.

El Payaso suspiró para sus adentros: consolar con palabras nunca se le había dado bien, pero con la pistola sí había resuelto muchos problemas. Mientras el Gatazo hacía pelotas de papel con las hojas de los periódicos y las tiraba al suelo, metódico, y con cada una le daba un detalle de la misión que le encomendaba, el Payaso empezaba a sentirse en su salsa: por fin pasaban a la acción.

Quien los vio llegar de lejos debió de pensar que parecían una caricatura: él, bajo, con el pelo revuelto; ella, casi medio metro más alta que él y el mismo pelo que Morticia Addams. Por cada paso que daba ella, él tenía que dar dos. La Garrona gesticulaba en todas direcciones. Señalaba edificios, calles e incluso automóviles y decía:

—¡Todo esto era nuestro!

El Payaso se detuvo delante de la persiana metálica de su concesionario. La habían pintado hacía poco y aún olía a pintura. Todo estaba listo para la inauguración, que celebrarían al día siguiente. Con un gesto caballeroso, el Payaso invitó a la Garrona a entrar y luego, sin dejar de sonreír, volvió a bajar la persiana. Ella miró a un lado y otro, satisfecha. Le gustaba el espacio, la profundidad del local.

—Es un buen lugar, aquí cabe mucha gente. Allí —y señaló con el dedo— pondré el cuadro de mi hermano.

El Payaso dejó que acabara de hablar y luego disparó tres tiros de pistola. Dos en rápida sucesión y el tercero unos segundos después. El garaje hizo de caja de resonancia y amplificó el sonido, que repercutió por las calles.

La persiana se levantó rápidamente y apareció el Payaso, aún sonriente. Miró a derecha e izquierda y echó a caminar en dirección contraria a aquella en la que había llegado con la Garrona. El mensaje había sido comunicado al barrio. La prensa, tanto la vespertina de ese día como la matutina del día siguiente, desmentiría todo cuanto había proclamado por la mañana: el Gatazo reivindicaba el homicidio de Roipnol. El Gatazo seguía reinando.

En ese mismo momento, el Gatazo dejaba la cuchara después de haber saboreado y engullido un último bocado de *crème brûlée*. Tenía ganas de celebrar algo.

—¿Qué quería decirme, abogado? —preguntó antes de enjugarse el paladar con champán.

Caiazzo no quiso que le llenara la copa.

—Tengo una noticia importante. La policía ha emitido una orden de busca y captura contra el asesino de su colaborador.

—¿Qué colaborador? —El Gatazo se puso tenso.

—El Tigre —se apresuró a aclarar Caiazzo.

El Gatazo sonrió de oreja a oreja. Entornó los ojos y se inclinó hacia el abogado apoyándose con las palmas en la mesa.

—¿Y cómo se llama el menda?

—Vincenzo Esposito.

—¿Quién es? ¿Dónde está?

—Lo llaman Estabadiciendo, se trata de un miembro de la banda del Marajá.

El Gatazo se sentó de nuevo en la butaca. ¿Conque queréis joder a Diego Faella?, pensó riéndose para sus adentros. Pues tendréis que cargaros a muchos más.

—¿Dónde está? —preguntó de nuevo.

—No lo sé —contestó el abogado, abriendo los brazos como si recitara un padrenuestro.

—Vamos a descubrirlo —dijo el Gatazo cogiendo el móvil para llamar al Payaso.

Caiazzo ya se sentía tranquilo: había evitado traicionar a los Faella. Apuró el café y se despidió cortésmente, dejando su sitio al Payaso, que llegó a toda prisa.

Había que encontrar cuanto antes a Estabadiciendo para taparles la boca a los que decían que él ya no mandaba.

—Pero ¿no es un Niño, un intocable? —preguntó el Payaso, cuando su jefe le contó el chivatazo.

—Sí, pero ha matado a uno de mis hombres y por eso este Estabahaciendo... o como se llame, tiene que morir. Pero no tiene que saberse que lo ordeno yo. Quien deba entender entenderá.

—Primero tenemos que encontrarlo —concluyó el Payaso.

Aquella mañana, el abogado había despertado a Nicolas con una llamada telefónica: por sus fuentes, sabía que el móvil de Estabadiciendo estaba conectado a la red de la zona de la casa del Tigre. Iba a dictarse una orden de busca y captura contra él, la policía aparecería en un par de horas.

Estabadiciendo era el único que no había cambiado de móvil, en aquel detalle no había pensado Dron. Nicolas había jurado:

—¡Maldita sea! ¡Por mucho que lo organicemos siempre tiene que salir algo mal!

El abogado le había aconsejado que escondieran un tiempo a Estabadiciendo en el barrio de De Gasperi:

—Es lo más seguro... Y además está en Ponticelli.

Cortada la comunicación, Caiazzo se había sentido bien: las deudas se pagan y él había saldado la que había contraído con Nicolas por la ayuda que el chaval le había prestado con el asunto del cobre. Había repasado la agenda y hecho una llamada.

Todos conocían el barrio de De Gasperi y todos habían ido al menos una vez, por curiosidad, a ver las puertas y ventanas que el Estado había tapiado para que los inmigrantes y toxicómanos no ocuparan las viviendas del mismo. Así, un barrio degradado, que se caía a pedazos, se había convertido en un refugio para prófugos de la justicia, que preferían vivir emparedados allí a dejar la ciudad. Permanecían encerrados con una única abertura al exterior: el hueco de un ladrillo que se quitaba y se ponía y por el que pasaba un poco de luz, agua y comida. Una vida de vampiros. A muchos, sin embargo, les costaba llevar esa vida y, como acondicionar aquellas guaridas habría llamado la atención, el barrio había acabado convertido en un refugio de asesinos: mataban y se

escondían allí.

Nicolas había corrido con su escúter a casa de Estabadiciendo y le había explicado todo de viva voz: seguramente le tenían pinchado el móvil. Tenía que hacer la maleta deprisa y aún más breve debía ser la despedida de sus padres. Cinco minutos, no más, él lo esperaba abajo.

—Mamá, tengo que volver a Milán —le dijo Estabadiciendo a su madre.

Ella casi se echó a llorar de alegría:

—El problema no es que los hijos se vayan de casa, sino que regresen a ella.

El padre, en cambio, comprendió enseguida que aquella marcha ocultaba algo.

—¿Pasa algo, Vincen? ¿Por qué tanta prisa?

—No, nada, es que... estaba diciendo... Yo, en Nápoles, no estoy bien...

—¿Por esos chavales con los que te juntas? —preguntó su madre.

—No es por la banda de Nicolas —dijo su padre, quitándose la máscara—. Pero sí, mejor que te vayas al norte.

—Lo que estaba diciendo...

—Lo llaman así por eso, porque siempre está diciendo.

La madre abrazó estrechamente a su hijo.

—No te preocupes, Vincen, por mí puedes decirlo las veces que quieras, si te sienta bien.

Cuando bajó, Nicolas lo tranquilizó.

—Te escondes allí un tiempo, sin salir ni que te vean, resolvemos el problema y sales.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Estabadiciendo, con la cara blanca. Por primera vez pensó que quizá tuviera razón su madre en lamentar que hubiera vuelto.

—Pronto, pronto —contestó Nicolas y lo abrazó un buen rato, desmintiendo así con el cuerpo el mensaje tranquilizador que le había dado con la voz. Estabadiciendo nunca había recibido tantos abrazos en un día.

Fueron a De Gasperi con un pico y yeso. Derribaron una pared y entraron en el apartamento en el que se escondería Estabadiciendo.

El olor a moho los obligó a taparse la nariz con ambas manos. Inspeccionaron rápidamente aquellos veinte metros cuadrados escasos, mientras Estabadiciendo le contaba que había visto un vídeo en YouTube sobre las prisiones más peligrosas del mundo, en una de las cuales los reclusos se pasaban aislados las veinticuatro horas del día y muchos acababan por suicidarse dejándose caer contra la taza del váter.

—Estaba diciendo que no quiero acabar así —le dijo a Nicolas y este lo abrazó de nuevo.

—Pero tú no estás solo, tienes muchos bróders. —Lo besó en las mejillas y añadió—: Nos vemos pronto.

Salió y, con el yeso y los ladrillos, reconstruyó la pared.

Para Nicolas, «pronto» había significado siempre una cosa: «Ya», pero aquella vez no supo decir cuánto tiempo significaba.

En el autobús en el que se dirigía a la cocina donde trabajaba por la mañana temprano, Greta solía dormir para prolongar el descanso o simplemente cerraba los ojos y soñaba un poco, pero desde que Bizcochito se había metido en aquel lío, estaba siempre alerta y no se permitía cerrar los ojos más que cuando se acostaba. Se puso a contemplar la ciudad que desfilaba por las

ventanillas y se sorprendió diciéndole adiós, maldiciéndola por haberle arruinado la vida y dándole a la vez las gracias por las cosas buenas que también le había dado. Luego paseó la mirada por el hombre que tenía sentado a su lado hasta que la detuvo en las páginas del periódico que el pasajero estaba leyendo. Entonces lo vio. Un artículo larguísimo con un titular que declaraba la inocencia de su Eduardo. Una alucinación, pensó al instante. Parpadeó con fuerza y fijó de nuevo la vista en el papel. Una y otra vez. Las palabras seguían allí, idénticas y muy ordenadas. Y cuantas más veces las leía, más cosas decían: Eduardo ya no tenía que arrepentirse, el programa de protección ya no era necesario, ya no corría ningún peligro, ningún riesgo. Releía y una voz bendita le decía en la cabeza: «Todas las culpas han sido lavadas, podéis volver a empezar. Pero, Greta, ahora debes tener a tu hijo alejado de los problemas, ya estás avisada, de aquí en adelante Eduardo debe portarse bien.» Volvía a leerlo y decía que sí con la cabeza, prometía todo, cualquier cosa. Claro, asentía, tendré cuidado, prometía, lo vigilaré. Lo juro, no se me escapará nada. No le importaba saber que aquello era mentira, no le importaba que su hijo seguía siendo un asesino, ni se preguntaba por qué alguien reivindicaba aquel homicidio.

Ella sabía la verdadera razón de aquella noticia: se trataba de una gracia divina. Juntó las manos y mentalmente rezó a la Virgen, rezó a Dios, que había descendido para darles a ella y a su hijo una segunda oportunidad, mientras el pasajero que tenía a su lado pasaba ya la página y tapaba aquel titular que atribuía al Gatazo la muerte de Crescenzo Roipnol:

**EL TRAFICANTE TRAICIONA A LOS FAELLA**  
**Lo matan por venderse a la banda de los Niños**

## LA REVOLUCIÓN DE LOS PRÉSTAMOS

—Ha llamado tu padre.

Nicolas estaba sentado en el sillón, absorto en el móvil.

—¿Ah, sigue vivo? ¿Y qué quiere?

La respuesta le salió espontáneamente, movida por la rabia que le daba lo que leía. Pasaba las noticias con el pulgar y todas traían la misma versión. Y había vuelto a ocurrir. El Gatazo se atribuía también el homicidio de Roipnol, como se había atribuido el del Melón, el jefe de zona que Nicolas había eliminado para enviar una señal al barrio. Entonces podía haber proclamado: «Lo he matado yo» y podría proclamarlo también ahora: «¡Lo hemos matado nosotros!», pero debía hacerlo del mejor modo, del modo que hiciera más daño.

Mena dejó pasar unos instantes de silencio, para que su hijo comprendiera que, pese a todo, a su padre le debía un poco de respeto. Luego le dijo que la había tenido al teléfono un cuarto de hora.

—No puede pagar el préstamo pero el director del banco dice que se puede arreglar. —Se sentó en el brazo del sillón—. El director quiere verte. A lo mejor nos da una buena noticia.

—¿Verme a mí?

—Sí, a ti.

—¿Para qué?

—No lo sé. A lo mejor para hablar de esto —contestó Mena, frotando índice y pulgar.

—Pues dile a papá que iré, pero solo no. Tiene que acompañarme toda la banda.

Acudieron los ocho al banco vestidos como novios a su boda, unos con traje azul oscuro, otros con traje negro, todos con corbata. Bizcochito se había enfundado el traje de la primera comunión y Briato hasta se había puesto lentillas azules para resaltar la mirada. Solo Dragón vestía como siempre, con vaqueros ceñidos y camiseta decolorada a propósito. En el chat de la banda Nicolas había explicado que tenían una reunión con una persona importante, que de aquella cita podía resultar algo bueno. Ni por un instante se le había pasado por la cabeza la idea de ir solo. Todos o ninguno. Era una cuestión de dinero y del dinero de la banda hablaban todos, por más que alguno —y Nicolas miró a Dragón de arriba abajo— no fuera de la misma opinión.

Un guardia jurado que debía de estar a punto de jubilarse los observó ya a través del cristal y, cuando al pasar el primero por el detector de metales saltó la alarma, pensó que se vería obligado a usar aquella pistola con la que nunca había disparado un tiro.

—No se preocupe —dijo Nicolas guiñándole el ojo—, sabemos lo que hacemos. Suena

porque tengo la picha de hierro.

Los muchachos soltaron una carcajada que los ayudó a relajarse en aquel ambiente, cuyas reglas desconocían: ninguno se había imaginado siquiera que la primera vez que entraran en un banco lo harían por la puerta principal y sin armas. Nicolas dio un paso atrás y sacó las llaves de la T-Max. Uno tras otro dejaron los objetos metálicos que llevaban: cadenas, pulseras, mecheros, cigarrillos electrónicos, monedas. Por fin pudieron entrar. La gente hacía cola y los empleados de las ventanillas contaban billetes y tecleaban rápidamente. Sensación de orden y limpieza, eso transmitía un banco.

—¿Y ahora tenemos que hacer cola? —preguntó Dragón con fastidio.

—No hace falta, venid, venid.

El director, pensó Nicolas. Dragón fue el primero en moverse y seguirlo. Tenía curiosidad por saber qué pensaba hacer Nicolas con su dinero. Dio una palmada al guardia jurado y se metió por un pasillo, seguido de los demás, que desfilaron saludando a las cámaras.

—Tenéis todos dieciocho años, ¿no? —preguntó el director antes de sentarse en una silla que parecía un sillón. No se mostraba molesto por haberse presentado Nicolas Fiorillo con toda la banda.

—Sí —dijo primero Briato y después lo imitaron todos los demás.

—No —murmuró Bizcochito.

—Bueno, bueno, no importa —dijo sin fijarse mucho en aquel chaval con el pelo de punta. El director se pasó los dedos por un bigote que no tenía. Aquel hombre estaba tan bronceado que la piel casi le brillaba y Nicolas sintió una antipatía inmediata por aquel petimetre.

—Perdonad si os he hecho venir por vías indirectas, digamos. El caso es que sois bastante famosos en la ciudad y yo siempre estoy pendiente de los nuevos *players* que se imponen.

—¿*Players*? —dijo Pichafloja.

El director hizo caso omiso a aquella pregunta.

—A lo que iba, Nicolas Fiorillo o, mejor dicho, Marajá, como te llaman todos. Vuestra disponibilidad de liquidez está en riesgo. Tengo una solución que nos satisfará a todos. *Win-win*.

—¿Cómo coño habla este tío? —dijo Pichafloja.

—Dejemos que hable. —Nicolas lo animó a proseguir.

—Gracias. Como decía, el verdadero problema que hay hoy es la liquidez. Unos tienen mucha y otros poca. Este banco tiene mucha, claro, somos perfectamente solventes, pero los fines de semana nuestros cajeros automáticos sufren, ¿cómo lo diría?, por falta de oxígeno.

A lo mejor no era tan mal tipo, pensó Nicolas: después de todo, no hablaba tan distinto de ellos.

—Os ofrezco lo siguiente: nosotros custodiamos vuestro dinero, que emplearemos para abastecer los cajeros, y, a cambio, concedemos préstamos a vuestra familia. Vosotros me dais ciento veinte y yo os devuelvo cien como si acabaran de acuñarse. Ese veinte es nuestra comisión, la cuenta de la lavandería.

—¡Pero yo quiero mi propia cuenta! —dijo Lollipop sin poder callarse. Los demás asintieron con un murmullo.

—Y yo la American Express —dijo Tucán.

—Y yo la Visa —dijo Briato.

—¿Acaso queréis hacerle un regalo al fisco? —El director quería que razonaran.

—Pero es que con el dinero que traigamos no solo llenaréis los cajeros el sábado y el domingo sino muchos más. ¿Entonces?

—Entonces vienen vuestros padres y les hacemos un préstamo. El dinero entra por un lado y nosotros se lo damos a vuestra familia por otro.

—Marajá, no me fio —dijo Bizcochito entre los rumores de los demás.

—Tíos —dijo Nicolas—, lo que nos propone se llama blanqueo.

El director levantó las manos, como para defenderse.

—¿Qué palabra, Marajá! —Y dirigiéndose a Bizcochito—: Cierra la puerta, por favor. Se trata de ayudar a vuestros padres. El dinero no deja de ser vuestro.

—A mí me parece bien —dijo Nicolas. Ganaban todos, tenía razón el director.

—Y a mí —dijo Dron.

—Y a mí —dijo Briato.

Todos parecían asentir.

—De acuerdo, pues —concluyó Nicolas.

—Muy bien —dijo el director—, el procedimiento es simple, lo primero...

—¿Y por qué tenemos que darles dinero a nuestros padres? —lo interrumpió Dragón, que hasta ese momento no había intervenido—. Usted perdone, director, pero mis padres no necesitan ningún puto préstamo.

Dragón era el único que vivía en una casa de propiedad y su madre llegaba sin problemas a fin de mes. Vivían bastante bien, aunque no como antes de que a su padre, el Virrey, lo denunciara aquel cabrón arrepentido de su tío. ¿Por qué tenía que renunciar él al dinero que ganaba?

—Señores —explicó el director—, solo era una propuesta. Si no les interesa, sin problema. Seguimos tan amigos.

—Eso, sigamos tan amigos —dijo Dragón antes de salir del despacho.

Nicolas corrió tras él y se pusieron a discutir tan tranquilos delante de los clientes.

—Esta gente nos toma por tontos, Nico. ¿De verdad crees que nos están haciendo un favor? Se llevan nuestra guita y encima tenemos que darles una parte. Y se inventan la chorrada esa de los préstamos.

Nicolas se le acercó hasta que las narices casi se tocaron:

—¿Pues qué te crees? Esto es un banco. Claro que quieren jodernos, pero así funciona la cosa, Dragón. Jodes o te joden. Ahora nos joden, pero no pasa nada. Nosotros traemos dinero sucio de la calle y ellos nos lo devuelven legal.

—¿Y qué nos importa que sea legal? ¿O es que cuando ves cincuenta euros te preguntas si son legales? Cincuenta euros son cincuenta euros. Lo que quieren es quedarse con nuestra pasta con la excusa de que nos la blanquean.

—No podemos ser unos ilusos, Dragón. Hay que pasar por el aro. La banca es la mejor manera de lavar la pasta.

Dragón no parecía muy convencido, pero decidió probar suerte y volvió con él al despacho.

Acordaron que entregarían el dinero al día siguiente y llegó el momento de despedirse.

—Adiós —dijo Nicolas, tendiendo la mano.

—¿Y usted quién es? —preguntó el director—. No tengo el gusto...

—¿Cómo que quién soy? —Entonces vio la sonrisa en aquella cara bronceada—. Ah, sí,

claro, no nos conocemos. —Y miró la cámara—. ¿Y eso?

—Tranquilo, hoy no funciona —contestó el director—. Lleva tiempo dándonos problemas...

Dos días después, Tucán acudió al banco acompañado de sus padres. El director salió a recibirlos y los invitó a pasar a su despacho. Ya tenía preparados los documentos y marcados con equis los espacios en los que los padres de Tucán tenían que firmar. Ambos estaban aturdidos y desconcertados, como quien acaba de ganar la lotería y aún no se lo cree. En cuanto volvieron a casa, despejaron la habitación de matrimonio y se la dejaron a Tucán, para que estuviese más cómodo, dados los horarios que tenía. Ellos se trasladaron al cuartito de su hijo, sancionando así, en base a los ingresos, un cambio de papeles en la jerarquía familiar.

Después les tocó a los padres de Dron, de Briato y a la madre de Dragón. Pichafloja llevó directamente a casa los documentos del banco, que agitó diciendo: «¡Mamá, nos han concedido un préstamo!» La reacción fue siempre la misma: lloros y abrazos, agradecimientos y más lágrimas. A casa de Estabadiciendo llegó una carta certificada: el padre no cabía en sí de la alegría y abrazaba a su mujer, quien, aturdida, no se creía que les hubieran hecho aquel regalo que hacía menos dura la ausencia de su hijo. Sí, ya podían ampliar el gimnasio. «Hijo mío», decía una y otra vez la madre de Lollipop, «hijo mío, hijo mío, hijo mío...».

Bizcochito había vuelto a casa con la mochila llena de folletos del banco en los que se exponían oportunidades de inversión. Los documentos del préstamo, en cambio, los había dejado en la mesa, en una carpeta, abiertos por la página en la que figuraba el importe del préstamo: ochenta mil euros.

Greta había reparado enseguida en aquella carpeta y había entendido de qué se trataba aquello antes de que Eduardo se pusiera a hablar confusamente de dinero, préstamos y bancos. Había cerrado la carpeta y le había dicho que no toleraba que se riera de ella.

—Pero si es verdad, en serio. ¡Ya podemos comprarnos una casa de verdad!

Ella le había dado una bofetada.

—¡Esta es una casa de verdad!

Desde el día en que se sintió tocada por la gracia divina, se había vuelto más severa con él. Había renunciado al programa de protección, pero la trabajadora social le decía constantemente que era peligroso volverse atrás, que ella ya había hablado con la policía (y, aunque esto no se lo hubiera dicho, ya les había dado sus nombres) y le insistía en que no podía cambiar de idea.

Pero sí se podía, yo lo he hecho, se decía: antes ese era el único camino, ahora ya no. También Emma la llamaba para pedirle que se lo pensara o aparecía en su casa sin avisar, pero ella estaba segura. Estaba tan segura de su decisión que una noche, cuando iba a trabajar al hospital, se desvió para el puerto. Se acercó todo lo que pudo al mar, se aseguró de que no hubiera más testigos de lo que hacía que las gaviotas, sacó del bolso un envoltorio de trapos y lo arrojó al agua. Había hecho aquel hatillo para olvidar que dentro estaba la pistola con la que su hijo se había convertido en un asesino. La bola de trapos flotó unos segundos, luego se abrió y dejó caer al fondo la pistola. Eduardo ya no corría peligro, solo tenía que portarse bien. Pero él, en lugar de ser bueno como un cordero, le traía aquel engaño del préstamo y aquel préstamo seguro que era cosa de la banda de los Niños y ya solo eso era ofender a la providencia.

Nicolas, por su parte, en vez de ir directamente a ver a Mena, se pasó primero por la tienda de ropa que había enfrente de la tintorería-lavandería, una gestión más de las muchas que venía haciendo los últimos meses. Se presentó con un bolso lleno de dinero.

Los nuevos propietarios eran un matrimonio joven con un chihuahua que siempre estaba en la puerta. Los encontró detrás de un mostrador doblando ropa.

—Tomad —dijo Nicolas dejando el bolso encima del mostrador—. Para vosotros.

—¿Para nosotros? ¿Qué es? —preguntó el propietario, mirando primero a Nicolas y luego a su mujer.

—¿Qué es? Mira a ver.

El tendero abrió la cremallera y vio un montón de billetes. Todos eran de cien euros.

—¿Qué? —dijo Nicolas—. Total, el negocio se iba a pique, ¿no?

—No —contestó el propietario, pero, antes de que añadiera nada, la mujer lo cogió de la muñeca.

Nicolas advirtió aquel movimiento y dijo:

—Escucha a tu mujer. Este negocio se hunde. Coge la pasta y punto.

—Pero el negocio vale más.

—Sí, ya sé que vale más, pero ¿y si se quemara? Entonces no valdría nada.

A Nicolas le gustaba hacer las cosas solo, sin necesidad de contar con sus colegas.

El propietario cogió el dinero y se fue a la trastienda.

Nicolas ya se marchaba cuando la mujer quiso darle las gracias:

—Espero que nos dejéis tranquilos, Nico.

—Tenéis mi palabra.

Nicolas cruzó la calle corriendo. Corría como cuando era niño y su padre había vuelto y se iban de acampada a Minturno. Como cuando se moría de ganas de subir al coche, con Christian, con sus padres.

Entró en la tintorería casi riendo:

—Mamá, aquí lavas y planchas y allí —dijo señalando la tienda de ropa— vendes.

Mena estaba radiante. Aquel hijo suyo nunca se equivocaba, Nico era especial.

Mena sabía dónde vivía su marido. Se había comprado un piso de dos habitaciones en el barrio de Vasto. Estaba lejos de Forcella y lo bastante cerca de la estación para que se hiciera la ilusión de que algún día cogería un tren que lo llevara a una nueva vida o eso pensaba Mena. Lo encontró esperándola en la puerta. Mena reprimió una sonrisa: parecían una pareja que trata de reconciliarse después de una infidelidad, pero al luto le había sucedido aquel acto cobarde cometido por él y, en aquel momento, sufrían la vergüenza de no poder pagar la hipoteca.

Después de un saludo algo torpe, Mena se sentó y le enseñó los documentos del banco:

—¿Lo ves? Ya está todo arreglado. Todo pagado. Incluso lo que faltaba de la hipoteca, bastan dos firmas.

Él se reclinó en el sofá y se desabrochó un botón de la camisa. Mena, al contrario que él, estaba orgullosa de aquel hijo, al que consideraba casi un santo.

—No —dijo él, después de respirar profundamente—. No lo aceptaré nunca.

Mena frunció los labios. Se dirigió a la calle sin despedirse, se volvió y dijo:

—Que sepas que han aceptado todos menos tú y esa otra tonta que vive en el bajo. Piénsalo bien.

Y cerró dando un portazo.

El guardia jurado tenía una orden muy simple, no salir nunca del banco, pero aquel tipo que iba y venía desde hacía una hora le daba mala espina. Al principio había pensado que estaba loco, porque no paraba de llevarse la mano a la cabeza, como preocupado, y de mover los labios. Hablaba solo y parecía seguir un razonamiento complicado. De cuando en cuando se asomaba al interior, haciéndose sombra con las manos. Eso sí, para centinela de ladrones no valía, pensó el guardia jurado, y se quedó tranquilo al ver que el hombre por fin se alejaba.

Apenas media hora después de irse Mena, el padre de Nicolas había cogido el móvil y se había quedado mirándolo un rato, sin saber si llamar a su hijo, con el que llevaba meses sin hablar, o a Mena, para decirle que había cambiado de idea, pero ¿de verdad había cambiado de idea? Se había acercado al banco y en la puerta había descubierto que no, que nada le haría volverse atrás. Recuperando el valor que, desde el día en que había perdido a Christian, lo sostenía, levantó la mirada y vio a una mujer de aire distinguido que se acercaba con el mismo paso indeciso con el que había ido él. La mujer parecía estar esperando a alguien y, al mismo tiempo, también parecía temer que la sorprendieran allí.

El padre de Nicolas se peinó rápidamente con la mano y se alegró de aquella aparición: había visto a Greta una sola vez, no sabía dónde, la recordaba diferente.

Solo había un modo de saberlo:

—¿Viene usted también a sacar el dinero de la Primitiva que les ha tocado a nuestros hijos? — le preguntó.

Greta sonrió, pero enseguida se puso seria:

—Usted es el padre de...

—Sí, el padre de Nicolas Fiorillo... El padre del Marajá.

—Yo soy la madre de Eduardo —dijo Greta y no añadió nada más, porque le dolía mucho pronunciar su apodo, ligado estrechamente a la pistola que había encontrado debajo de la cama—. No me creo eso de los préstamos. Dudo que sea así de fácil, pero veo que también usted sabe que es verdad. —Se retorció las manos y lo miró como si fuera un médico del que esperase un diagnóstico—: ¿Qué debemos hacer, profesor?

Se encontraban a menos de diez metros de una firma que les solucionaría la vida para siempre. Y Greta le pedía consejo tanto por ser él un hombre y un padre de familia, como lo había sido aquel marido muerto al que no podía preguntar, como por ser una persona más instruida que ella.

—Estamos recogiendo lo que hemos sembrado —contestó él.

—Entonces ¿cree que debemos aceptar el dinero?

—No, creo que no. No podemos convertirnos también en una banda mafiosa. —Comprendió que debía ser claro con aquella mujer y volvió al tono decidido que había usado con Mena—. Si hemos llegado aquí es porque hemos sembrado mal.

—Sí, pero ese dinero... Yo tengo tres hijos, profesor. Y a los hijos no se los cría solo con buena educación y buenas palabras. Necesito ese maldito dinero.

Greta se ajustó el bolso que llevaba al hombro y dio un paso en dirección al banco.

—Yo tenía dos hijos y precisamente porque no fui capaz de apartarlos de ese dinero me queda uno solo o, quizá, ni ese.

Y dio también un paso, pero fue para acortar la distancia que los separaba.

—Es verdad —dijo ella, sin dar ningún paso más—, pero yo con ese dinero me llevaré a mis

hijos de aquí. Nos iremos de esta ciudad, sin necesidad de escapar, a plena luz del día.

—¿Sabe usted cómo ganan ese dinero?

—Lo sé bien —lo interrumpió ella, alzando la voz—, pero también sé otra cosa. Si los visto bien, si les doy de comer como Dios manda, si les hago que viajen, si los protejo, si les pago los estudios, gastaré ese dinero del diablo como lo gastaría Dios.

El padre de Nicolas se detuvo: un metro más y franquearía con ella la puerta del banco.

—No sé qué decirle.

Greta buscaba ya en el bolso los objetos metálicos que depositaría en la entrada y, sin valor para mirarlo, le preguntó:

—¿Seguro que no entra?

Aquella pregunta constituía un intento de rebajar la culpa, de aligerarla. O quizá una última oportunidad para convencerse de no entrar.

Él no contestó. Dio media vuelta y se alejó de ella y del banco.

# QUIQUIRIQUÍ

—Lo he pillado.

No le dijo «¿Puedo hablarte?» ni «Vengo en son de paz, Marajá». Sin mirarlo siquiera a los ojos, Quiquiriquí le había dicho simplemente aquello, «Lo he pillado», y Nicolas había aligerado el paso, dejándolo allí plantado, delante de su casa. No quería perder tiempo con aquel pobre diablo. Llevaba toda la vida con los Melenudos, quizá hasta fuera mayor que el White, y aún hacía recados como un niño. En otro momento habría considerado la aparición del recadero de los Melenudos una torpe tentativa de atentado, pero las bandas necesitaban aquella paz que reinaba en Forcella: un muerto en pleno centro desencadenaría el caos.

Al día siguiente se lo encontró también allí y le dijo lo mismo, aunque añadiendo algo que lo persuadió de escucharlo:

—He pillado a Agostino.

Agostino el Cerilla. ¿Cuánto tiempo hacía que lo habían expulsado de la banda? Desde aquel día lo había borrado de su mente.

—¿Lo has pillado haciendo qué? —se encaró con Quiquiriquí.

—Llevando mensajes al Gatazo... El muy cabrón le lleva al Gatazo los mensajes que Copacabana envía desde Poggioreale.

Quiquiriquí agachaba la cabeza y Nicolas le agarró la cresta y, dándole unos fuertes tirones, le dijo:

—Mírame a la cara cuando me hables. —Los ojos de Quiquiriquí hablaban de noches insomnes, de pensamientos atormentados—. ¿Y qué dicen esos mensajes?

—No lo sé, lo he pillado por casualidad. —Miró a un lado y otro para asegurarse de que nadie los oía y añadió—: El White no sabe nada, ni siquiera sabe que he venido.

Nicolas reflexionó sobre aquella confesión sin soltar la cresta de Quiquiriquí y decidió que podía concederle diez minutos.

Lo llevó a su casa y lo invitó a sentarse en un sillón. Lió un porro y se lo pasó. Parecía un zombi. Pero a las tres caladas la lengua se le soltó.

—Se ponen uno enfrente del otro, ¿verdad? —empezó a decir Quiquiriquí y, a pesar de no saberlo con seguridad, Nicolas asintió—. Copacabana no está aislado. ¡Cabrón! Van sus amigos y le dicen a la novia que le toque la picha, ¿estamos? El guardia lo ve y dice «Las manos arriba, las manos arriba» y, justo entonces, intercambian los zapatos debajo de la mesa, Agostino le pasa los suyos a Copacabana y Copacabana a Agostino. El cabrón de Copacabana esconde el mensaje en los zapatos.

Solo unos segundos de distracción, pero suficientes para que Copacabana mandara sus mensajes al exterior. Acabada la visita, Agostino se iba calzado con los zapatos del número 44 de Copacabana y el recluso volvía a su celda con los zapatos del número 41.

—Conque Agostino el Cerilla hace de sobre postal —dijo Nicolas, que empapó la boquilla del porro en cocaína y se lo pasó a Quiquiriquí—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Le lleva los mensajes al Gatazo.

—¿Y qué dicen los mensajes? —Quería averiguar si los Melenudos habían enviado a Quiquiriquí con la misión de fingir que se vendía.

—Te digo que no los he leído, pero he seguido a Agostino y sé que quieren jodernos... Quieren vender otra vez Forcella a los otros.

—¿Tan tonto crees que es Copacabana?

—¡Sí!

—¿Y por qué has seguido al Cerilla?

Quiquiriquí se llevó los puños a los ojos y empezó a frotárselos enérgicamente. Cuando volvió a mirar a Nicolas tenía, detrás de los capilares reventados, un velo húmedo y su voz sonó como la de un muchacho que sabe que no tiene futuro. Había esperado hacer dinero, obtener una pizca de poder, pero no había conseguido nada. Había seguido siendo el esclavo del White mientras los demás prosperaban. Por eso le había dicho a su capo lo de Agostino y le había propuesto que llamaran al Marajá, que le pidieran ayuda. El White le había escupido a los pies y le había dicho que se fuera y no volviera hasta que dejara de decir chorradas.

—Y yo he venido a verte, Marajá —dijo Quiquiriquí—. Forcella es nuestro.

—¿Nuestro o vuestro?

—De quien lo coja, Marajá. Y ahora nos toca a nosotros. Estoy hasta los huevos. El mercado ha de ser nuestro. Quiero ser de la primera división. Ya está bien de ir por detrás.

—¿Y por eso me propones la repesca?

—Llevo en la segunda división mucho tiempo. Que Copacabana se entere de que ahora nos toca a nosotros.

—¿Y quiénes debemos jugar?

—Nosotros y vosotros. Nadie de fuera. El centro de Nápoles pertenece a los que han nacido aquí. Las zonas de venta son ahora vuestras, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y si el Gatazo y Copacabana deciden poner a otro de los suyos, sustituyendo así a Roipnol?

—A ver si lo entiendo —dijo Nicolas. Se había levantado para encender el porro, que se había apagado—. ¿Ahora yo tengo que resolverle al White lo de Agostino porque él no tiene cojones para hacerlo? ¿Le hago un regalo? ¿O más bien te lo hago a ti?

—Marajá, ¿quieres que el Gatazo mande en ti?

—A mí el Gatazo me la chupa —contestó Marajá—. ¿Y tú qué buscas? ¿No serás como Luca Brasi, el tipo que envía la familia Corleone a que se venda al Turco?

—¿Luca qué? No sé quién dices —contestó Quiquiriquí, el muchacho no era muy fan de *El padrino*.

Quiquiriquí se llevó la mano a la cresta, se estiró la punta, que colgaba lacia, y expuso claramente lo que quería:

—Me pido la zona de la estación. Allí he vendido siempre. Pregúntaselo a Estabadiciendo, él estaba mucho conmigo de pequeño. Yo decido quién vende allí. Yo compro la mercancía. Es mi

zona de venta.

—Muy bien, Quiquiriquí, ya sé lo que quieres —dijo Nicolas con una sonrisa fugaz—. ¿Y a mí qué me importa que quieras la estación? No eres de mi banda. No me perteneces. Tú estás con los Melenudos.

—Estoy con el White, pero si el White pierde esta batalla, tú también pierdes.

—No pierdo, Quiquiriquí. Nosotros tenemos mercancía, tenemos el mercado, tenemos Forcella. Tenemos el corazón de Nápoles. Quien hoy está arriba, mañana está debajo. Fin del partido.

—El partido lo perderemos si jugamos contra Brasil.

Nicolas no entendió aquel comentario.

Quiquiriquí se había metido la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y había sacado un papel arrugado. Se lo tendió. El Marajá se quedó mirando aquel objeto blanco que colgaba de aquel brazo tieso y por un momento pareció que estuvieran jugando al roba bandera. Al fin, cogió el papel, se lo puso sobre el muslo y lo estiró. Era la conclusión de un largo razonamiento que había empezado no se sabía cuánto tiempo hacía. Daba el visto bueno a un nuevo rey de Forcella o, mejor dicho, a una reina: Fernanda, la mujer de Copacabana.

Quiquiriquí había mentido: sí había leído el mensaje, pero no se lo había comunicado enseguida.

—Es verdad, Marajá, he mentido, sí lo he leído. —Nicolas seguía fumándose su porro—. ¿Ves que quieren darnos por culo? —continuó Quiquiriquí.

Nicolas hizo una bola con aquel papel y se la lanzó, acertándole en plena frente.

—¿Y bien? ¿Quieren que mande la mujer de Copacabana, esa puta brasileña? ¡Y a mí qué! Le cortamos la cabeza también —lo dijo sin convicción—. ¿De dónde has sacado este papel? ¿Te has vuelto mago? ¿Quién me dice que no lo has escrito tú, gilipollas? ¡Vete!

—Escucha, Marajá.

—¿De dónde has sacado este papel?

—El menda estaba en casa del Gatazo —explicó—, pasa más tiempo allí que follándose a su novia. Fue el día que le arrancaron los dientes a Carlitos Way y estaban todos, el Gatazo, el Payaso, la Garrona... Yo metí la mano en la chaqueta que había sobre la mesa y cogí ese papel. Fue mientras Carlitos Way escupía sangre y chillaba como nunca he oído chillar a nadie, Marajá. Y el Cerilla se reía y decía: «¡Qué bien canta Carlitos!»

Quiquiriquí levantó los ojos: los tenía húmedos, recordar aquello lo había dejado exhausto.

—Gracias por el mensaje, Quiquiriquí —dijo Nicolas levantándose—. Veré lo que hago...

# VÍDEO

El vídeo que Simioperro le envió a Nicolas duraba dos minutos y cincuenta y ocho segundos. Lo había filmado uno de sus hombres en Nisida con un viejo Samsung que el mismo Simioperro le había dado.

A Nicolas le pareció al principio una broma, una escena de *flashmob* organizada en lo que parecía una cárcel. Se veía un pasillo de paredes desconchadas y una doble fila de muchachos avanzando hacia la cámara. De pronto aparecía otro muchacho, de espaldas, vestido con una camiseta de tirantes que dejaba a la vista unos omóplatos esqueléticos y unos pantalones de baloncesto que le llegaban a los gemelos. Los demás se ponían de cara a la pared y no reanudaban la marcha hasta que ese muchacho pasaba.

Seguía una pausa de unos segundos con la pantalla en negro y en la escena siguiente se veía una celda. Tumbado en la litera, mirando los muelles de la cama de arriba, había un joven: se trataba de Dientecito, no cabía duda. Había adelgazado y tenía barba y ojeras profundas, pero era él, como suyos eran los inconfundibles incisivos de conejo. Iba vestido como el chaval que al principio del vídeo caminaba a contracorriente por el pasillo.

Nicolas subió el volumen al máximo, pero el vídeo no tenía audio. Dientecito se levantaba de la cama, salía de la celda, se acercaba a dos reclusos que hablaban y trataba de participar en la conversación. Los otros seguían hablando sin mirarlo siquiera. Dientecito continuaba caminando, pero chocaba con todos aquellos con los que se cruzaba, que seguían su camino como si tal cosa. Se acercaba a otro preso e intentaba hablar con él, pero no obtenía más que una mirada que parecía traspasar su cuerpo. Era un fantasma entre seres de carne y hueso que no lo veían. No existía para nadie.

Otros dos segundos en negro y se veían unas duchas. Dientecito se enjabonaba con movimientos lentos siempre la misma parte del pecho, como embobado. De pronto un tipo corpulento le arrebató la pastilla de jabón con la misma naturalidad con la que la habría cogido de la jabonera, se frotaba bien el pene y volvía a dejar el jabón en el sitio del que lo había cogido: la mano de Dientecito.

El circulito rojo que marcaba el avance del vídeo casi había llegado al final. Otra pausa en negro y la última escena, de cinco segundos. Dientecito, desnudo en su celda, se daba cabezazos contra la pared. El cuerpo rígido, los brazos colgando muertos y solo aquel movimiento adelante y atrás del cuello.

Fin.

Nicolas vio el vídeo otra vez y contestó a Simioperro:

## Marajá

Tenías razón. Es peor  
que la muerte.

«Quien nos hace daño una vez no debe volver a hacernos daño nunca», había dicho su madre. Su deseo se había cumplido. Christian no regresaría, nunca más volverían a abrazarlo, pero al menos podía descansar en paz. Y también Mena podría por fin vivir tranquila.

Le había enseñado el vídeo y ella había guardado silencio. Costaba entender aquella venganza sin muerto.

—Mamá, se ha convertido en un fantasma, en un alma en pena, pero basta ya de esto. Tengo una buena noticia. No quería decírtelo porque decirlo antes de que pasen tres meses trae mala suerte, pero como ya falta muy poco...

Mena lo adivinó enseguida.

—Vas a ser abuela —concluyó Nicolas, orgulloso.

Mena lo abrazó fuertemente:

—Hijo mío, hijo mío, eres mi amor.

Una criatura inocente se disponía a entrar en sus vidas. Al día siguiente, por fin, Nicolas lo vería. Se durmió con la tranquilidad de quien ha cumplido con un deber grave y ya puede pensar en el futuro, pero pasó la noche agitado por una pesadilla lúgubre de la que al despertar no recordaba nada.

No dejó que le estropease el día. Fue a recoger a Letizia y, cuando la vio salir por el portal, se le antojó una aparición. Era como *La primavera* de Botticelli que había visto en los Uffizi: caminaba como si flotara y todo en ella era florido. Se la comía con los ojos e iba a su lado para que todos vieran lo bella que era ella y lo afortunado que era él. La miraba, le tocaba el vientre que ya empezaba a notarse y se sentía plenamente feliz. Caminaban por Forcella cogidos de la mano, invencibles, camino de su primer encuentro con aquella habichuelita que era la unión de ellos dos. Se trataba de la primera ecografía.

Pero al llegar a la clínica ginecológica, Letizia se derrumbó y se puso roja.

—¿Y si le pasa algo? ¿Y si le falta un miembro? —Le habían entrado ganas de llorar, así, de pronto.

Nicolas no entendía nada, ni se le había ocurrido pensar que de ellos pudiera salir un ser que no fuera perfecto.

—¿Qué dices, Leti? ¿Cómo se te ocurre? ¡Hasta trae mala suerte pensar algo así! —Nicolas hizo un gesto de conjuro—. Tranquila, verás como todo va bien. Es el hijo del Marajá.

—¿Y qué tiene que ver que sea hijo del Marajá? —dijo, como si estuviera harta de oír aquellas ocurrencias de mafioso.

Nicolas le cogió la cara.

—Letizia, mírame: tranquilízate, porque, si no, el bebé nota que dudas. No hay dudas que valgan. Todo va bien.

No sabía cómo, pero había dado con las palabras justas. Letizia pulsó el botón del ascensor y subió decidida.

Nicolas lo grabó todo con el móvil y a los reparos que le puso la médica —«¿Te importaría no grabar?»— contestó: «Sí, me importa. Es mi hija, ahí dentro está mi hija.»

El vídeo era malísimo: no se veía nada y aquello que la ginecóloga medía y tanto enternecía a Letizia no eran para Nicolas más que manchas confusas. ¡Y él que se imaginaba que vería la cara de la criatura o al menos sabría el sexo! Nada, no se veía ni de qué parte estaba vuelta.

Pero el corazón sí se oía. Latía con fuerza, atronaba la clínica con sus pulsaciones rapidísimas. ¿Cómo podía aquella criaturita tener un corazón tan potente? ¡Sin duda era hijo suyo!

Y, sobre todo, ¿cómo podía Letizia llevar aquella vida en su seno? Era la primera vez que presenciaba en directo lo que veía embelesado en los estupendos documentales de YouTube y, aunque él no hiciera nada, aunque no fuera protagonista de la escena, sintió que aquello era mucho más emocionante que cualquier vídeo. Se quedó unos segundos sin respiración cuando Letizia, que parecía estar cómoda tumbada en la camilla y con el aparatito de la ecografía yendo y viniendo por su vientre, le cogió la mano y se la puso justo allí, donde latía su segundo corazón. Estaba radiante. Tenía el poder más grande del mundo. Un poder, se dio cuenta, que nada tenía que ver con el hecho de mandar. Tuvo la mano puesta en el vientre todo el tiempo que le fue posible.

## LA ALIANZA

El White y los suyos estaban en la salita, concentrados en una partida de billar. Fuera transcurría uno de esos días invernales que parecen acolchados; dentro solo se oía el ruido de las bolas y algún que otro reniego.

En medio de aquel silencio resonó de pronto como un fragor de lluvia torrencial que inunda los canalones. Por las ventanas se veía un manto de nubes blanco y no caía una gota.

—¿Qué es eso? —preguntó el White antes de salir con los demás a ver qué pasaba. El aguacero había quedado reducido a un riachuelo.

Alineada a la puerta del bar como una fila de escolares, la banda de los Niños. El Marajá, Tucán, Lollipop, Dron y Bizcochito se metían el pene después de habérselo sacudido a conciencia y solo Dragón aún echaba las últimas gotas. Briato y Pichafloja se habían quedado en la madriguera porque no querían saber nada de los Melenudos, después de que unos meses antes les partieran las piernas por robarle el camión de la gasolina al distribuidor de Roipnol.

En el asfalto se veía un charco de orina que iba extendiéndose y empezaba a lamerle los pies al White, desconcertado. Buscó con los ojos a los miembros de su banda y los vio entre los pocos curiosos que habían tenido el valor de no salir corriendo al ver aquella declaración de guerra.

—¡Vamos a capar a estos mierdas! —les ordenó—. ¡De qué coño vais! —les gritó a los Niños.

El Salvaje, Carlitos Way, Orso Ted y otros dos Melenudos avanzaron en formación compacta, llevándose la mano a la espalda o a los pantalones. Solo Quiquiriquí se quedó atrás: no se esperaba aquella acción de Nicolas.

En la calle no quedaba ya nadie; las ventanas, hacía apenas unos minutos entornadas para que corriera un poco el fresco, ya estaban cerradas. El campo de batalla era para las bandas.

—No te he matado hasta ahora —le dijo el White a Nicolas— y vienes a mearte a mi casa, a mi salita, pero voy a hacer correr tu sangre, para que vuestras madres puedan traer un ramo de flores y dejarlo sobre vuestro meado. —El White apretó con fuerza la Beretta, esperando que la mano dejara de temblarle—. ¡Os pego un tiro en la boca! —exclamó—. ¡Os pego un tiro a todos!

Pero el brazo armado seguía pegado a su cuerpo, le pesaba como si llevase atada a la mano una pesa de veinte kilos. Los Melenudos habían sacado las armas, pero, sin su venia, vacilaban.

Nicolas, con calma, cogió la muñeca de la mano con la que el White empuñaba la Beretta:

—Nos han jodido otra vez y tú lo sabes, ¿verdad?

El Marajá notó que los tendones del White se distendían. El plural que Nicolas había usado aclaraba las cosas: la afrenta de la banda de los Niños formaba parte de un razonamiento que

White acababa de entender.

—Vamos dentro —dijo.

El Marajá lo soltó, los Melenudos guardaron las armas y los Niños recuperaron el control.

Siguieron al White a la salita, cruzaron la cocina que había detrás de la barra, subieron dos tramos de una escalera de hierro y salieron a la azotea, un rectángulo de alquitrán donde los Melenudos celebraban sus reuniones. Aquello era como ver desde arriba un bosque cuyas copas fueran tejados; tejados de toba y cemento, muchos de ellos ilegales, hechos de preciosos azulejos, almacenes y solarios, que parecían moverse como copas de árboles. Hay una Nápoles que se ve desde el mar, una Nápoles que se ve desde tierra, una Nápoles subterránea y una Nápoles que se ve desde los tejados, donde vive todo el mundo.

Nicolas tuvo que levantar la voz para que lo oyera el White, que se había situado con sus hombres a unos metros del vacío.

—Mira esto —dijo lanzándole un papel arrugado que cayó al suelo. El Salvaje se precipitó a cogerlo, pero Nicolas le puso el pie encima y el otro volvió a su sitio—. ¿Sabes lo que hemos encontrado en los zapatos de ese mierda del Cerilla? —Silencio—. ¿Sabes lo que dice ese papel, White? Dice que no os dan Forcella. No os lo dan a vosotros y no nos lo dan a nosotros. Copacabana vuelve a jodernos.

Retiró el pie e hizo señas al White de que cogiera el papel, este lo hizo y empezó a leer en voz alta:

—«Conviene que de Forcella se encargue una persona de confianza. Propongo que mi mujer Fernanda...» —Leyó el resto de pasada, hizo una pelota con el papel y la lanzó a la calle—. ¿Y qué quieres decirme con esto, Marajá? Copacabana está en la cárcel y nosotros no.

Nicolas empezó a aplaudir.

—Muy bien, White, veo que lo has entendido. ¡No me sorprende, ojo! Sois todos muy buenos chupándosela al Gatazo. ¡Qué bien ha sabido dirigir el Salvaje las zonas de venta de los Faella!, ¿eh? El Gatazo, el hermano del Gatazo, el tío del Gatazo, todos primos. Carlitos parece Freddy Kruger por vuestra culpa, Quiquiriquí hace de chófer y, en cuanto don Diego te pide algo, tú enseguida te agachas y...

Nicolas silbó y movió la mano arriba y abajo.

Por primera vez la cara del White recuperó algo de color.

—¿Y tú qué sabes? ¿Qué sabes de nosotros?

Nicolas se limitó a enarcar las cejas e indicarle que mirara alrededor. Carlitos Way se había llevado la mano a la boca y se tapaba los pocos dientes que le quedaban; en la otra esquina, Quiquiriquí miraba fijamente a Nicolas, descansando en una y otra pierna, y el Salvaje y Orso Ted tenían la expresión de quien no acaba de entender nada pero comprende que algo pasa.

—Mira tu banda, White. Os lo hemos quitado todo. Tenemos la mercancía. Las zonas de venta son nuestras. Dinero no veis más que calderilla y tú te paseas con una Beretta chungu. ¿Aún sabes dispararla?

De la calle llegaron los gritos de una madre que regañaba a su hijo y una vocecita que juraba: «No lo haré más, mamá.»

—Eres como ese niño —dijo Nicolas señalando a la calle—. El Gatazo os da por culo y vosotros pedís perdón. —El White callaba—. Habéis sido siempre unos cagaos —prosiguió Nicolas—. No habéis sido capaces de pegarnos un tiro. ¿Y sabéis por qué? —Dejó que el ruido

de una moto trucada se desvaneciera en el aire—. Porque también vosotros queréis una cosa: Nápoles. Solo que nosotros no los curramos, mientras que los viejos que mandan, los viejos de mierda, se quedan en sus casas. Quieren defender la familia, las reglas. Tienen miedo de morir.

Dragón se estremeció, no porque no aprobase una por una las palabras de Nicolas; se trató más bien un acto reflejo: él pertenecía a una de aquellas familias nobles. Recordaba a su abuelo, el Soberano, pensaba en su padre, el Virrey, y se sentía aludido.

El Salvaje se había acercado al White.

—El Marajá tiene razón.

—Tenemos que librar una única batalla —continuó Nicolas— contra un único enemigo. Solo uno.

—¡Como si fueran la Juventus! —terció Tucán—. La Juventus son todas las viejas familias de Nápoles, las de Marano, las de Secondigliano, las de San Giovanni a Teduccio, gente de treinta, cuarenta, cincuenta años. Viejos de mierda. —Y dirigiéndose a los tejados de la ciudad—: ¡Las calles son nuestras, tíos!

Los Melenudos, que antes no pensaban más que en sí mismos, empezaban a coincidir, atraídos por aquella propuesta: todos ellos llevaban tiempo cansados de que los marginaran y el Marajá les proponía que se unieran contra el enemigo común, los viejos clanes, pero el White callaba, se preguntaba qué pasaría cuando derrotaran al Gatazo. ¿No les quitaría también Nicolas las pocas zonas de venta que les quedaban? Si no tenía miedo de presentarse allí como se había presentado, ¿qué le impediría librarse de ellos cuando consiguiera lo que quería?

—Si yo le dijera al Gatazo lo que me estás diciendo —dijo por toda respuesta—, no tardaría en ir a tu casa y acabar contigo, con tu madre y con tu hermano, si aún estuviera vivo y no se lo hubieran cargado ya por tu culpa. Y a cambio él me daría todas tus zonas.

Nicolas lo atajó:

—No me vengas con chorradas, White. Si tú me matas a mí, él te mata a ti. Yo te ofrezco oxígeno para ti y para tu banda.

Quiquiriquí asentía como si le correspondiera a él aceptar la propuesta.

—¿De dónde has sacado ese papel? —preguntó el White. Hecho. Aceptaba la oferta. Cambiar de tema valía más que un «sí».

Nicolas sacó un paquete de Marlboro y empezó a repartir cigarrillos entre los miembros de las dos bandas, como para sellar la alianza, pero cuando le tocó el turno a Quiquiriquí, se lo encendió él mismo.

—En tu banda hay alguien más inteligente que tú que ha sabido a quién acudir.

Quiquiriquí se quedó quieto, helado, con el cigarrillo colgando de los labios.

—¿Y ahora qué? —preguntó el White.

—¿Y ahora qué? —preguntó a su vez Nicolas, dando dos caladas profundas.

—Ahora debemos darle a entender a Copacabana que se calle. Le haremos llegar un mensaje con el Cerilla, en el sentido contrario.

Nicolas tendió el puño y el White hizo lo mismo. Entrechocaron los nudillos.

—Ya estamos en paz —dijo el White.

—Estamos en paz —repitió Nicolas.

—Y tienes que olvidarte de la Koala y de su hijo.

—Estamos en paz —confirmó Nicolas.

—Daos un beso —dijo Tucán, y se besaron en la mejilla.

Habían terminado y podían romper filas. Todos, Niños y Melenudos, sacaron el móvil: querían saber qué estaba ocurriendo fuera de aquella azotea. El White se encendió el cigarrillo y echó a correr hacia el borde de la azotea como si fuera a alzar el vuelo, pero, en lugar de eso, dio con el hombro un empujón a Quiquiriquí. Este intentó darse la vuelta, pero no pudo agarrarse a nada y se precipitó al vacío. Tres segundos de caída y gran ruido de cláxones y gritos. Silencio en la azotea.

El White dio una calada honda.

—Ese traidor se ha matado porque ha hecho una tontería.

Nicolas se asomó a la calle y se retiró enseguida. Acudían en ayuda las primeras personas, que rodeaban el cuerpo informe de Quiquiriquí, pero ya se veía que no había nada que hacer. Había sido una acción categórica, una demostración de algo que no acababa de entender.

—¿Y esto qué significa?

—Que entre nosotros no puede haber traidores. Yo he eliminado al mío, Marajá. ¿Qué piensas tú hacer con el que tú tienes en tu banda?

# **SEGUNDA PARTE**

**NIÑOS REYES DE NÁPOLES**

*En Nápoles, los niños no son niños. Los niños son criaturas. «Llevo a una criatura», dice la madre y se salta la cola de la ventanilla, o se lo grita al municipal de turno y deja el coche delante de la guardería. La criatura dicta las reglas, se vale de los derechos que le pertenecen, que se discuten menos que las leyes del Estado. ¿Que están jugando en la calle y un balón que el portero no para rompe el cristal de una ventana? Qué se le va a hacer, son criaturas: lo justifica el portero, la maestra, la madre del niño que agrede a otro.*

*Las criaturas son como la creación. Le pertenecen como le pertenecen el cielo azul que asoma por encima de las antenas torcidas de los tejados, como el viento que silba en el cruce de las calles, como la roca de toba en la que excavaron garajes y almacenes que, no hace tantísimo tiempo, fueron viviendas.*

*Por eso, en Nápoles, las criaturas son sagradas, más sagradas que en ningún otro sitio. Es sagrado lo que porta el don de la vida, absoluto, y nada sabe de la muerte que lleva ya dentro. Como los animales, como las plantas, como la tierra fértil de los huertos que hay al pie del volcán, volcán que podría despertar y tragarse todo y a todos.*

*Todo lo que tiene entidad y significado cobra forma en torno a las criaturas: las familias, los barrios, desde Forcella al Vomero, desde Chiaia a Secondigliano.*

*Por eso el niño es rey de Nápoles, el único al que nunca nadie ha querido destronar. Pero, como los delfines de los tiempos antiguos, las criaturas no gozan de los derechos de la infancia.*

*La creación no educa, no protege, no enseña la diferencia entre el bien y el mal. La creación no conoce otra cosa que la sagrada posibilidad de existir y transformarse, siendo siempre inmortal. La criatura ha venido al mundo a imitarla. La criatura crece. Aprende a hacerse un sitio o a sufrir. Aprende jugando, como los cachorros a los que, para evitar que se expongan a peligros, la madre agarra por la nuca con los dientes. Pero alguno se pierde. Alguno acaba entre las fauces de los depredadores.*

*Todos los niños del mundo se creen inmortales. Cualquiera recién nacido es para sus padres como un libro en blanco en el que el futuro escribirá una historia que esperan que sea mejor que la suya. Las criaturas de Nápoles, en cambio, no disponen de tanto tiempo.*

*Definen en cada momento de su existencia lo que son y lo que serán, así como la creación decide sin decidir que un árbol sea abatido por un rayo, que una semilla florezca en medio de la tierra polvorienta.*

*Los gatitos son ciegos y no tienen dientes, pero pronto se convertirán en cazadores. Los ratones nacen sin pelo y sonrosados, pero los que consigan ser ratas grandes, gordas y peludas habrán aprendido a no salir más que con la complicidad de la noche. Solo las criaturas humanas tienen que establecer ellas mismas quién será presa y quién predador.*

*No es solo por la negra hambre de antaño o por un iPhone hoy en día por lo que los niños de Nápoles roban, disparan y a veces matan, sino porque la vida de toda criatura desafía la muerte, como debe ser: hasta que la muerte se la lleve.*

## LA VISITA

A la hora de cenar, Forcella se vuelve de corcho como los belenes y, como en los belenes, se encienden luces. En las casas, una tras otra, como si fueran antorchas a las que prendieran fuego chispas que el viento arrastra.

Dragón estaba en su dormitorio tumbado en la cama viendo absorto cómo unos yanquis se peleaban por unos garajes abandonados que subastaban. La última temporada de *Storage Hunters* prometía grandes sorpresas, pero no parecía responder a la pregunta que él siempre se hacía: ¿cómo puede uno olvidar tantos objetos valiosos entre trastos?

Su madre, en la cocina, preparaba la cena sin dejar de mirar al Renato de *Un posto al sole*, y su hermana Antonietta, de doce años, con un asomo de senos de los que estaba toda orgullosa, jugaba con el móvil en el sillón.

El ruido de un motor lo distrajo de la pantalla. Era demasiado potente para que fuera un coche del barrio. Se incorporó y prestó oído para adivinar qué coche era.

—Un Audi S8 —dijo. Se asomó a la ventana y sonrió: había acertado—. ¿Qué coño hará este coche en Forcella? —Se arrojó a la cama, alarmado, y cogió el móvil.

**Dragón**

Tíos, hay un coche extraño.

**Marajá**

¿De la poli?

**Dragón**

No creo. Es un cochazo.

**Lollipop**

¿Quién será?

No tuvo tiempo de formular hipótesis porque el timbre anunció una visita: el Audi iba a por él.

—Lo sabía.

Se metió el móvil en el bolsillo, la pistola en los pantalones y corrió a la entrada. Su madre acababa de mirar por la mirilla, se limpió las manos ya limpias en el mandil y abrió la puerta.

Viola franqueó la puerta, ceremoniosa e impecable desde la raya del pelo hasta las uñas

cuidadas, se inclinó para besar a la madre de Dragón, que se había puesto seria, e hizo lo mismo con Antonietta.

—¡Vaya caras alegres tenemos! —dijo haciéndose la ofendida—. Y pensar que en esta casa entro siempre abriendo la puerta con los pies.

—¿Qué significa que entra con los pies? —preguntó Antonietta a su madre.

—Que te lo explique tu prima.

Con los dedos, Viola le retiró el pelo por detrás de las orejas.

—Eso, así pareces una princesa. ¿Te acuerdas de los regalos que siempre te traigo? —Antonietta asintió con energía—. ¿Pues cómo crees que entro cargada con tanto paquete?

Y le dio un beso en la frente.

—¿Ocurre algo, Viola? —La madre de Dragón estaba inquieta: Viola, sin duda, no pretendía solo saludar.

—¿Por qué lo preguntas? —replicó Viola, dirigiéndose a su tía—. ¿No puede una visitar a su tía y a sus primos sin que se deba a una mala noticia?

—Perdona... —dijo Dragón, que estaba apoyado en el marco de la puerta del recibidor. Solo entonces pareció Viola reparar en él. La sorpresa que se pintó en su rostro solo Antonietta podía creérsela—. Pero la última vez que nos vimos, la última vez que entraste en esta casa, fue cuando mi padre se arrepintió y tú viniste a jurar y perjurar que no lo habías traicionado, aunque nadie del barrio te creyó.

—¡Ay, los tiempos cambian! —dijo Viola, moviendo la mano en ademán displicente, y, como si la hubieran invitado a entrar, avanzó mirando a un lado y otro con una mezcla de curiosidad e indiferencia—. Pero aquí veo que todo sigue igual.

Te equivocas, Viola, pensó Dragón. Nada sigue igual. Ahora en Forcella mandamos nosotros y tu marido nos la chupa. Los tiempos cambian.

Viola sacó un bolso de una bolsa que llevaba colgada al hombro y dijo:

—Ven aquí, pequeña. ¡Madre mía, si ya eres toda una mujer! Y una mujer necesita un bolso bonito.

Antonietta se puso colorada de la sorpresa:

—¡Hala, Viola! ¿De verdad me lo regalas?

—Pues claro y, cuando vengas a mi tienda de Roma, te regalaré más... ¡Todos los que quieras!

Antonietta batió palmas, cogió el bolso y lo apretó contra el pecho. ¡Era un Kate Saint Laurent! ¡El mismito que el de Kate Moss! De no ser porque su madre la miraba con severidad, ya le habría hecho una foto y se la habría enviado a sus amigas.

Viola le pasó la mano por el pelo.

—Antonietta, esos preciosos ojos que tienes solo pueden ir acompañados de un bolso como este. No te conformes nunca con lo que tengas, siempre has de querer más.

—¡Gracias, gracias, gracias! —exclamó Antonietta abrazando a Viola, que la estrujó como si fuera una muñeca.

Dragón contemplaba la escena irritado por la vileza que suponía comprar de una manera tan descarada a la pequeña de la casa, pero también por el aspecto de Viola. El cuidado de su persona le parecía arrogante. Su madre había vuelto a la cocina y Viola y Antonietta la siguieron, cogidas de la mano.

—¿Te ayudo en algo, tía? —preguntó Viola.

—No, siéntate a la mesa —contestó la madre de Dragón—. Ya está todo.

Viola se quedaba a cenar sin preguntar siquiera. Dragón empezó a preocuparse.

—Gracias, tía, ¡qué buena eres! —dijo Viola—. Parece que no has envejecido ni una hora desde la última vez que te vi. Y eso que sé la vida difícil que llevas: dos hijos, un marido en la cárcel que no ha colaborado con la justicia...

La madre de Dragón, en los fuegos, callaba. Viola fue a sentarse a la cabecera de la mesa, donde había un plato colocado hacia abajo.

—Ese es el sitio de papá, levántate —gruñó Dragón. Cogió su plato y le dio la vuelta e hizo lo mismo con los otros dos. Hasta que no se levantara, no comía nadie.

—¡Vale, vale! Pero seguro que el Virrey no se ofendería —replicó Viola con desenvoltura.

—¿Y tú qué sabes lo que diría mi padre? —espetó Dragón.

—Lo sé porque vengo a compensaros por todo el dolor que siente el Virrey y que sentís también vosotros.

—De eso no se habla en la mesa —intervino la madre de Dragón—. La mesa es del Señor y el dinero del diablo. Sentaos todos, venga. —Dio la vuelta a los platos, incluido el del Virrey, y sirvió los espaguetis.

—Me gusta tu corte de pelo, Dragón —dijo Viola, pero él empezó a comer sin esperar a nadie y no contestó. El tomate le produjo enseguida ardor de estómago y quiso aliviarlo con un vaso de vino tinto.

Viola seguía a lo suyo. Aprobaba cada bocado de espaguetis que tomaba con gran menear de bucles:

—Están riquísimos, tía. —Y al mismo tiempo hablaba con Antonietta, a la que tenía cada vez más conquistada—: Mira —le dijo y le enseñó un selfi que se había hecho con Chiara Ferragni en el aeropuerto de Los Ángeles.

—¡Hala, Chiara Ferragni! Viola, tú llevas el pelo igual que ella. El tuyo es muy bonito, no como el de Luigi, que parece un polluelo.

—Me lo he hecho en Roma, chica.

—¡Me gustaría pasar en Roma unas semanas! —dijo Antonietta, con aire ensoñador.

—Cuando seas mayor te contrato para que trabajes en mi tienda de via Bargoni —dijo Viola.

—¡Júralo!

Dragón dejó el tenedor en el plato.

—No te preocupes, cuando Antonietta sea mayor no le hará falta ir a tu casa de mujer de la limpieza.

Su hermana lo fulminó con unos ojos que echaban chispas de rabia y desesperación: en aquella improvisada reunión familiar, la única que disfrutaba de la invitada era ella, los demás estaban deseando que la cena terminase para pasar a tratar del verdadero motivo de aquella visita.

Viola dejó de pronto de hacer caso a su prima; se pasó la servilleta por los labios, manchándola de carmín, la dejó con cuidado en el mantel, miró fijamente a Dragón y le dijo:

—Dragón, ¿puedo hablarte de prima hermana a primo hermano?

—Ven, Antonietta —dijo la madre de Dragón, recogiendo rápidamente las servilletas—, ayúdame a fregar los platos y nos vamos a la cama. Despídete de Viola.

Antes de irse de mala gana a la cocina, la chiquilla besó a su prima en la mejilla y le susurró al oído:

—Lo de ir a Roma es de verdad.

Cuando Viola oyó que cerraban la puerta, pudo explicar el motivo de su visita:

—Te traigo un recado del Gatazo.

—No quiero saber nada de tu marido —replicó Dragón y, al decirlo, descubrió que las palabras de Viola no lo sorprendían.

—Es importante, Luigi. Tienes que venir a vernos a San Giovanni a Teduccio.

—¿Por qué tengo que ir?

—Porque te conviene, Luigino.

—El Gatazo siempre nos ha rechazado. ¿Por qué cambia ahora de idea?

Viola se retiró el flequillo de los ojos como si quisiera mirarlo más intensamente:

—Tú llevas mi misma sangre, la sangre de su mujer, a ti nunca te ha rechazado.

—Mi sangre es mía. No la comparto, no es como Facebook.

—Luigi, nosotros tenemos la misma sangre. La de Diego, el Gatazo, es sangre prestada —replicó Viola—. La familia somos nosotros. Los Striano siguen mandando.

—A ver, ¿él te ha prestado la sangre a ti o tú a él? Como ha vendido Forcella...

Viola se levantó, dando así la primera muestra de impaciencia desde que llegara.

—Escucha bien —dijo—: mañana por la mañana vendrá a buscarte el Payaso. ¡Procura estar aquí!

—Y si no estoy, ¿qué?

—Me dices qué día estás y venimos a recogerte —concluyó ella, mostrando una buena disposición que le quitó a Dragón las ganas de morder. Ya había llegado la hora de despedirse y Viola volvió a sonreír—: Tía —dijo entrando en la cocina—, dale recuerdos al tío. Dile que es el orgullo de la familia, que ha salvado nuestro honor.

Dragón se había quedado sentado a la mesa. La curiosidad se abría paso en su interior: la curiosidad de saber lo que el Gatazo quería proponerle.

## EN EL PALACIO REAL

En el Hammer, sentado junto al Payaso, Dragón se sentía tranquilo, incluso sereno. Las palabras que Viola le había dicho sobre la pertenencia no lo había molestado tanto. Luigi Striano sentía que llevaba en la piel las dos caras de la ciudad y eso le gustaba, le daba fuerzas: exhibía las marcas del nacimiento y del renacimiento como si fueran dos insignias, la sangre noble y las alas flamígeras que llevaba tatuadas en la espalda. Era un Striano, pero también formaba parte de la banda de los Niños. Él era, sobre todo, un bróder de Nicolas.

«Ellos son lo viejo y nosotros somos lo nuevo.» En esta simple frase que no paraba de repetirse se condensaba toda la filosofía de la banda. El Gatazo les había engañado con aquel truco del homicidio de Roipnol, pero ya sabrían ellos reivindicar aquel muerto, como también sabrían hacerse con todo el mercado. Por ahora, acceder al coto privado del Gatazo era un privilegio y disfrutaba del momento.

Se apeó del Hammer, se miró en los cristales oscuros y se rizó las puntas del pelo que se le habían aplastado un poco durante el viaje. Mientras el Payaso lo registraba con gran celo, Viola lo esperaba en la puerta. Sonreía, impecable como siempre. Parecía recién salida de la peluquería.

—¡Estás tan guapo como el abuelo, Luigi! —le dijo y sonrió aún más ampliamente.

Dragón se preguntó en qué momento se había vuelto Viola tan empalagosa: ¿era porque su padre se había arrepentido o porque se había mezclado con la sangre diabética de Faella? La siguió sin quitarle ojo al culo, que con la edad había mejorado. Atento a aquel movimiento oscilante, no advirtió el ruido seco que hacían los tacones de Viola en el suelo. Cuando bajó la vista, se vio cara a cara con una enorme raya que nadaba debajo del suelo, seguida de un banco de peces de color azul eléctrico. Dio un brinco y se pegó a la pared, con las piernas temblando.

—¿Qué coño es eso? —acertó a decir cuando al fin comprendió que no se precipitaba al vacío.

Viola soltó una carcajada:

—Vamos, Diego nos espera.

El Gatazo estaba envuelto en una bata roja, cardenalicia, que, vista más de cerca, resultó ser de boxeador. El mobiliario y la decoración eran sobrios, casi minimalistas, seguramente fruto de la mano de Viola. Había cristal y espejos por todas partes. Se gustaban y les gustaba verse.

—¡Querido Luigino! —dijo el Gatazo estrechándole la mano—. ¿O cómo quieres que te llame? ¿Dragón? Eres tal cual el dibujo animado. —Dragón no reaccionó—. ¿Sabes que de niño viniste una vez? Eras muy pequeño, apenas levantabas un metro del suelo, una ricura...

—No me acuerdo —contestó Dragón con sequedad.

El Gatazo le había soltado por fin la mano y lo empujaba hacia Viola.

—Claro, eras muy pequeño —terció ella.

—Mi padre, Antonio Faella, que en paz descansa —prosiguió el Gatazo—, invitó a todos los Striano a la comunión de mi hermano el Gualdo y fue entonces cuando me enamoré de Viola. — Señaló a Dragón una silla con forma de huevo y él se sentó en un sillón de piel que no pegaba nada con el resto del mobiliario, su preferido—. Siempre hemos sido una familia.

—No me acuerdo de nada —repitió Dragón, que permanecía de pie y no pretendía ocultar sus recelos—. ¿Cuánto ha de durar el palique?

Sin inmutarse, el Gatazo dijo:

—¿Por qué? ¿Acaso te esperan?

—Venga, siéntate, Luigi —intervino Viola, acercándole la silla.

—Viola, trae las fotos, haz el favor.

Viola se levantó con ligereza, cogió dos fotos con marco de plata que había en un estante situado detrás de ella y las dejó en la mesa delante de Dragón. Era dos fotos de grupo en blanco y negro: hombres y mujeres elegantemente vestidos de celebración, abrazados unos a otros; caras conocidas, caras olvidadas, algunas totalmente anónimas.

Hasta ese momento, Dragón había estado allí pero sin estarlo realmente; una buena parte de su ser la había dejado fuera, vigilando y desconfiando de aquella invitación que tenía toda la pinta de una trampa. Pero entonces reconoció a su abuelo en uno de los rostros de las fotos y pensó que sí, que era guapo y apuesto, y vio también a su madre, muy delgada, y a un hombre que, en una foto, reía y la abrazaba y en la otra trataba de besarla mientras ella fingía que se ofendía: su padre.

—¡Es papá! ¡Qué joven está! —dijo Dragón, sintiéndose por un instante realmente en familia.

—¡Cuántas fiestas dábamos! —observó el Gatazo—. Hasta que Feliciano nos hizo aquella putada... —Y se arregló la bata, moviendo la cabeza—. Pero, aunque ya no haya fiestas, todo el bien que hizo tu abuelo, el Soberano, los huevos que tiene tu padre, el Virrey, todo eso no puede borrarlo un miserable, no puede borrarlo un arrepentido que lo ha arruinado todo, Luigi. —Se había metido la mano en el bolsillo de la bata y había sacado un objeto de plástico rectangular. Lo frotó un par de veces con el raso rojo y añadió—: ¿Te acuerdas del abuelo?

—No mucho... —contestó Dragón.

El Gatazo abrió el objeto de plástico y se lo puso delante de los ojos.

—Mírate. ¿Qué ves?

Dragón enmudeció. En aquel espejito barato vio a su padre, a su abuelo, vio las caras que acababa de admirar en las fotos.

—¿Lo ves? —dijo el Gatazo, tomando su silencio por asentimiento—. No tienes más que mirarte al espejo para verlo. —Cerró de golpe el espejo y se lo guardó en el bolsillo de la bata—. Voy a enseñarte a otro que tiene corazón y no teme nada, como tu abuelo, otro soberano.

Se dirigió a una puerta doble de cristal y le hizo señas de que lo siguiera al ascensor.

Bajaron a lo que debió de haber sido originalmente el garaje. El Gatazo había echado todo abajo: paredes, tabiques, el techo que comunicaba con un jardín comunitario, y, en su lugar, había puesto jaulas y un techo de plexiglás para que pasara el sol. El ambiente estaba cargado de un hedor a excrementos. Aquello parecía un zoo subterráneo. El Gatazo le pasó a Dragón el brazo por los hombros y lo condujo a lo largo de algunas jaulas vacías, Dragón se preguntaba si no guardaría allí los caballos de carreras.

—Mira ahí —dijo el Gatazo retirando el brazo.

Dragón se cogió de los barrotes de una jaula y metió la cabeza, pero no vio más que una pila de pacas de heno y un cuenco enorme y sucio. Iba a preguntar dónde estaba aquel otro soberano cuando un león salió de detrás del muro de heno y se dirigió a la bañera que le habían puesto como bebedero. Dragón dio un salto hacia atrás y chocó con la tripa del Gatazo.

—¡Joder, qué bicho! —dijo, excitado y asustado a un tiempo.

—Te presento a Gengis Kan. León blanco, aquí mi hijo. —Dragón se acercó de nuevo a la jaula—. ¿Sabes quién fue Gengis Kan? —le preguntó.

—Sí —contestó Dragón—. Un rey, el mejor de los reyes, el rey de Mongolia.

La pasión por History Channel se la había pegado Nicolas, porque, decía, si tenían que aprender algo, mejor aprenderlo de los más grandes. ¿Y quién más grande que Gengis Kan? Ni los romanos habían tenido un imperio tan extenso. Él sí, él había sido el soberano del mundo.

—¿Tienes huevos para entrar? —le preguntó el Gatazo.

—Si me das un palo, sí —dijo él entre risas, pero al instante se dio cuenta de que no había sido una buena respuesta.

—¿Por qué? ¿Acaso tiene el león un palo? —preguntó, en efecto, el Gatazo—. Él se defiende con lo que tiene. Defiéndete tú con lo que tienes. Igualdad de condiciones.

Dragón miró al león, el animal había empezado a ir y venir. La jaula era grande y profunda, pero se veía que Gengis Kan sufría. Iba de una punta a otra de la jaula, una y otra vez. Seguro que agradecía la visita.

—¿Qué, tienes o no tienes huevos para conocer de cerca al emperador?

—¿Qué quieres, que me coma? —Dragón procuraba mostrarse seguro, pero se moría de miedo.

—¡Qué va a comerte! Gengis sabe a quién debe morder y a quién debe lamer. Va, entra, no tengas miedo.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de la jaula. Gengis dio un paso atrás, como evaluando si Dragón representaba una amenaza. También Dragón retrocedió un paso, presa del pánico. Mientras, el Gatazo había entrado en la jaula y le acariciaba el lomo a Gengis. Le pasaba la mano primero en el sentido del pelo y luego a contrapelo, despeinándole el pelaje blanco. Luego le cogió la cabeza y se la acercó a la suya, para hacer que ronroneara. El Gatazo y su gatazo, pensó Dragón, y entonces se sintió más tranquilo.

—Ven, acarícialo —lo invitó.

Dragón se acercó al león como quien se acerca a un perro al que teme. Empezó a acariciarle el cuarto trasero hasta mitad del lomo, siguiendo la curva de la columna vertebral. Notaba la tensión contenida, la potencia que podía estallar en cualquier momento... y matarlo. Lo acarició con más fuerza, empezó a palparlo como se palpa a un dócil labrador.

—Gengis —susurraba.

—¿Te gusta el conquistador? —le preguntó el Gatazo.

Dragón asintió.

—Es guapísimo. ¿Puedo hacerme un selfi?

Sacó el iPhone y lo levantó para abarcar todo cuanto pudiera alcanzar la cámara. Aspiró aquel olor que sentía de niño cuando iba al zoo con su padre y abrazó la cabeza del león. Era tan grande que, para rodearla del todo, tuvo que acercar la cara hasta tocar los bigotes de Gengis. Oía la

respiración potente del animal y el brazo con el que le rodeaba el cuello subía y bajaba con el latir del corazón. Estiró el brazo libre para hacer el selfi, pero, como le temblaba mucho y la foto saldría desenfocada, prefirió grabar en vídeo.

—Los leones de San Giovanni —dijo y entonces dejó de grabar porque Gengis empezaba a dar señales de impaciencia.

—Él es león porque nació león —dijo el Gatazo—. Tú naciste león y estás siendo perro pastor. Quien nace león no puede ser perro pastor.

Dragón torció el gesto y los ojos se cargaron de recelo.

—Bueno, tengo que irme —dijo apresurándose a salir de la jaula como si huyera de una trampa—. Adiós, Gengis, siento que te tengan encerrado en este acuario.

Volvieron arriba en silencio. El Payaso y Viola ya no estaban y el Gatazo se quitó la bata que llevaba encima de la ropa y la dobló con cuidado. Era la señal de que la visita iba a terminar y, de hecho, su semblante ya no era amable.

—Tienes que hacerte el amo de la banda de los Niños —le dijo sin rodeos, sentándose a la mesa—. Nápoles está en manos de unos chavales y no quieren que yo mande en ellos. Los Melenudos no tienen cojones. Y Copacabana no piensa más que en pegarse la buena vida, en jugar a los bolos... ¿Cómo puede un capo jugar a los bolos? ¿A lanzar unas bolas contra unos bolos? Eres maricón o eres una criatura, ¿no te parece? —Dragón no dijo nada, el Gatazo no había terminado—. Ahora está en la cárcel y no nos sirve. Las criaturas quieren criaturas que manden. Y tú llevas el mando en la sangre.

—En la banda de los Niños mandamos todos, somos todos hermanos —dijo Dragón.

—¡Dragón, Forcella te pertenece por derecho de sangre! —Y pegó un puñetazo en la mesa.

—Gatazo, Forcella pertenece a la banda: tienes que olvidarte del centro de Nápoles. Esas calles son nuestras, las hemos conquistado una a una.

—Ahí es donde te equivocas: esas calles son de Nicolas el Marajá. Tú se lo guisas y él se lo come.

—No es verdad —alzó la voz Dragón—, nosotros no somos como la vieja camorra. Cada uno tiene su zona de venta y todo lo que ganamos se reparte. No somos como vosotros. Somos hermanos de verdad.

—¿Eso crees? —preguntó el Gatazo, en el mismo tono reposado que había usado al recibirlo.

—No, no es que lo crea, es así. —Es así, se repitió Dragón. Su familia vivía en via Carbonari, no en San Giovanni a Teduccio.

—En una banda no hay más que dos puestos —dijo el Gatazo—: el puesto de quien manda y el puesto del mandado. ¿Ves aquel asiento? —Y señaló un trono dorado que había en un rincón—. Es el trono de Francisco II de Borbón, el último rey de Nápoles, y en él solo cabe una persona. A él lo llamó Dios al trono. A ti te llama ahora la familia. Piénsatelo.

El Gatazo cogió el teléfono:

—Payaso, que baja.

La visita había concluido.

## UN AFEITADO PERFECTO

Dos cosas le gustaban en la vida a Copacabana: el culo de las brasileñas y que lo afeitaran. Se había casado con un buen culo y, a pesar de haber catado muchos cuando dirigía sus hoteles en Río de Janeiro, tras diez años de matrimonio, no había encontrado otro igual.

A afeitarse con espuma y cuchilla no renunciaría nunca, tampoco en la cárcel y más si tenía que ver a su abogado. Para él, se trataba de una especie de tradición familiar: su padre y su abuelo habían sido barberos. Uno y otro, cuando de muchachito se había dejado por primera vez perilla, se lo llevaron aparte y le preguntaron: «Pasquale, ¿es que tienes la cara como la picha, que te salen pelos?»

Copacabana se rió al recordarlo. Estaba sentado en su celda de Poggioreale y su barbero de confianza, Peppe, un recluso de cincuenta años, le estaba terminando de retocar una patilla. Peppe era famoso en la prisión. Había robado un Luca Giordano de un museo y les había disparado a dos guardias jurados. Tiró a las piernas, pero las balas alcanzaron la femoral.

—¿Qué tal, caballero? —Copacabana se miró al espejo. Peppe sabía lo que se hacía, tenía que reconocerlo—. Últimamente no veo a su primo, el joven pelirrojo.

—No, no puede venir. Problemas de salud.

—¿Pues qué le pasa?

—No sé qué de los pies... —contestó Copacabana—. Toma, ahora la otra patilla. —Le devolvió el espejo y siguió con sus cavilaciones. Habían pillado a Agostino el Cerilla y aún no lo habían sustituido. No era la primera vez que capturaban a un correo o lo eliminaban, pero solían reemplazarlo a las veinticuatro horas, en señal de confianza. Aquella vez, nada. El mensaje del Gatazo estaba claro: Fernanda, la mujer de Copacabana, no sería reina de Forcella, y él, don Pasquale Sarnataro, alias Copacabana, se pudriría en Poggioreale. Fin de las relaciones. Por eso había pedido con urgencia ver a su abogado. No había tenido tiempo de prepararse, algo improvisaría, pero Copacabana no sabía improvisar.

—Abogado, la cosa se pone fea —dijo—. Tengo que salir de aquí. Otra vez se han liado a tiros por media ciudad. Si no acabamos con las bandas estamos perdidos. Son como animales rabiosos, hay que abatirlos uno a uno.

Era la primera vez que le hablaba al abogado sin rodeos ni medias tintas.

Al abogado aquello no le gustó:

—Señor Sarnataro, le advierto de que si sigue hablándome así renuncio a representarle. Comprendo que la vida aquí sea dura, pero no comparto una sola palabra de lo que dice. Si quería un abogado camorrista, hay mil. Yo me encargo exclusivamente de su caso. Y una cosa le digo: que no lo hayan aislado es todo un triunfo. Si se porta bien, saldrá también bien parado del juicio

y no se hará usted viejo aquí dentro.

Copacabana saltó de la silla y los cuatro pelos que tenía en la cabeza se le alborotaron. Empezó a gritarle al abogado que a sus hoteles iban abogados de todo el país, que capitalistas de derecha, de izquierda, de aquí y de allí iban a pedirle votos. Eran amigos suyos, amigos que figuraban en su agenda telefónica y, si a algo o a alguien debía agradecer que no le hubieran aplicado el régimen de aislamiento, era a aquella puta agenda. Iba a comerse al abogado, pero intervino un agente para llevarlo de vuelta a la celda.

—La justicia es puro teatro —dijo cuando salía por la puerta blindada que daba a su ala—, pero el guión lo escriben otros. ¡Si quiere hacer un buen papel, créame!

En la celda se sintió más desesperado y asustado que antes. Se puso a golpear las paredes con las palmas de las manos, como si quisiera abofetear a todos los reclusos. De las celdas vecinas no se asomó nadie, ni siquiera cuando gritó que él era un gran empresario que había convertido un pueblucho de Brasil en la Nápoles de Sudamérica.

—Yo he nacido para la belleza —decía—, que maten los carniceros.

Peppe. Necesitaba a Peppe. Habían transcurrido pocas horas desde que se había afeitado, pero se pasaba la mano por la mejilla y ya notaba los cañones. Además, a Peppe le gustaba oírlo hablar de la belleza.

—Tiene la piel irritada, don Pasquale —le dijo Peppe, antes de ponerle el babero.

—¿Me aplicas un paño de agua caliente? —preguntó Copacabana y el hombre contestó que sin problemas.

—Es usted demasiado bueno, caballero. No ha matado a nadie y esta gente se aprovecha. Usted, don Pasquale, vuela demasiado alto.

—Tú lo has dicho —dijo Copacabana antes de cerrar los ojos para gozar del calor en las mejillas—. ¿Cuánto años te quedan?

—Aún veinte, caballero, mucho tiempo —contestó Peppe.

—Al menos perseguías la belleza.

—¡Qué belleza! Me compraban el cuadro de Luca Giordano por cuatro millones...

Y con la cuchilla le rajó la carótida. La misma persona que había guiado su mano el día del robo del museo la guiaba ese día directamente al cuello de Copacabana: el Gatazo.

## AUTOESCUELA

La banda estrenaba los coches nuevos rodándolos por via Posillipo hasta Marechiaro y vuelta. Nunca pasaban de allí porque no querían enfadar a la isla de Nisida.

—La tonta de Nisida no se acostó con Posillipo y él se tiró al mar. —Así lo había explicado Nicolas.

Briato se presentó en el Nuovo Maharaja con un brillante Porsche Cayenne rojo recién salido del concesionario.

—¡Vamos a probarlo! —propuso al punto Lollipop.

Yendo y viniendo, todos domaron por turno el Cayenne. Susamiello también quiso, pero a los pequeños aún no se les concedía aquel privilegio.

—¿Te has lavado las manos? —le dijo Briato.

Nicolas era el único que se mantenía alejado, con el móvil, indiferente a lo que ocurría en el aparcamiento del Nuovo Maharaja.

—¡Nico! —gritó Briato—. ¡Te toca!

Nicolas hizo señas de que no y se señaló el Rolex. No tenía tiempo, debía repartir la paga mensual y recoger a Letizia.

—Curso de preparto —explicó haciendo como que se disparaba un tiro en la sien.

En media hora repartió el dinero y se despidió, pero cuando montaba en la T-Max se le acercó Dragón:

—Espera, Nico, te acompaño un trecho.

Circulaban uno al lado del otro, en silencio, hasta que Dragón le preguntó:

—¿Has conducido alguna vez un coche?

Nicolas aceleró y se adelantó unos cincuenta metros, pero al final dejó que Dragón lo alcanzara. No tenía sentido mentir.

—Vamos a la autoescuela, tío —le dijo Dragón, en un tono tan persuasivo que Nicolas aceptó.

Lo primero que tenían que hacer era pasarse por una ferretería: necesitaban una broca y un rollo de cinta adhesiva. Se trataba de una pura cuestión de física: si rompían el cristal de un coche con la culata de la pistola harían un gran estropicio, pero, pegando la broca a la culata y golpeando con ella, el cristal se quebraría limpiamente.

—¡Elige coche, Marajá!

Iban por via Nuova Marina y se acercaban a los coches para examinarlos. Tenían la impresión de jugar a GTA. Dragón dio unos golpes en la ventanilla de una berlina y le hizo señas al conductor de que bajara el cristal. El hombre estaba tan gordo que casi cubría el volante.

—¿Es automático? —le preguntó.

El conductor aceleró, pero le dieron alcance enseguida y Dragón le repitió la pregunta, a lo que el conductor asintió.

—Maricón —le dijo Dragón.

Por fin dieron con el coche perfecto: un Mercedes SLC. El conductor estaba aparcando y maniobraba con el cambio manual. Le cortaron el paso, Nicolás se apeó al instante, rompió el cristal con un golpe seco de la culata, abrió la portezuela y sacó al desdichado.

Partió y al principio fue bien. El coche temblaba un poco y rozaba los bordillos, pero avanzaba. Dragón, a su lado, le daba instrucciones por la ventanilla rota —«Cambia de marcha, frena, reduce»—, pero no pudo evitar que Nicolás tomara una curva demasiado cerrada, rayara el costado del Mercedes y quedara encajado en un callejón. Abandonaron el coche allí mismo: Nicolás se apeó y montó en el escúter de Dragón, que se detuvo un poco más adelante.

Escogieron un coche de la cola, un Panda, más manejable. Rompieron la ventanilla, sacaron a la propietaria, aterrorizada, y siguieron con aquella clase de autoescuela. A Nicolás le rascaba el cambio al pasar de segunda a tercera y avanzaba más bien a trompicones, pero, para ser novato, no lo hacía mal. Dragón pitó dos veces para felicitar a su alumno y Nicolás contestó dando puñetazos en el techo del coche. El callejón se ensanchó un poco y Dragón pudo situarse junto al asiento del pasajero: desde allí vería mejor a Nicolás.

Algo pasaba. El motor iba acelerado, pidiendo tercera, pero Nicolás miraba el retrovisor. Dragón se volvió y vio lo que estaba viendo Nicolás: unas motos de policía. Hay que hacer algo, pensó Dragón, y debió de pensarlo también Nicolás, porque sacó la pistola. Dragón dio una patada a la portezuela del Panda:

—Nico, yo me encargo. Tú sal de estas callejuelas y métete entre el tráfico.

El Panda aceleró y Dragón disparó cuatro tiros al aire para atraer a los policías. El callejón se dividía, Nicolás giró a la izquierda y Dragón a la derecha, seguido de la policía.

Si consigo llegar a piazza del Mercato y de allí a la estación, me salvo, pensó Dragón. Iba derecho a los peatones y se desviaba en el último momento esperando que se arrojaran al suelo y obligaran a frenar a los perseguidores. Mientras, Nicolás conducía por las callejuelas en dirección a via Nuova Marina y al mismo tiempo escribía en el chat del grupo:

### **Marajá**

Emergencia poli.

Venid con moto.

También los chavales.

Y envió la ubicación de Google Maps.

Ahí está la Marina y ahí mi escúter, se dijo Nicolás. Abandonó el Panda sin apagar siquiera el motor, montó en la T-Max y se dirigió a Corso Garibaldi. Conociendo a Dragón, estaba seguro de que aprovecharía el caos de la zona de la estación para despistar a la poli. Solo tenía que resistir un poco, hasta que la banda entrara en acción y lo protegiera. Siempre aplicaban esa estrategia: despistar, armar follón.

Dragón casi había llegado a la estación. Al pasar por piazza del Mercato había visto que ya lo seguían tres motos. Corría y se inclinaba casi cuarenta y cinco grados para tomar mejor las curvas, hasta que salió al último trecho de Corso Garibaldi. Los polis seguían pisándole los talones.

Llevaba el móvil en el bolsillo y lo notaba vibrar con los mensajes que recibía.

Dragón se puso de pie para ver por encima del tráfico: en la otra punta de la plaza había dos coches de policía y, por la izquierda, viniendo de la estación, llegaba otro de la guardia urbana. Estaba rodeado. Sopesó dejar la moto y huir a pie. Había un grupo de africanos acampados junto al monumento, con un poco de suerte podía usarlos como escudo. Soltó el puño acelerador, resuelto a probar aquel último recurso, pero entonces vio una moto que avanzaba encabritada por el otro lado. Susamiello. Sí, era él, y lo seguía uno de los chavales más jóvenes, cuyo nombre no recordaba. De pronto torcieron, invadieron el carril por el que iba Dragón y se dirigieron al coche de la guardia urbana como si estuvieran retándolo a un duelo.

Había llegado la antipolicía. Y, cuanto más miraba Dragón a un lado y otro, más motos veía aparecer; incluso un chiquillo que manejaba una BMX que se acercó a un coche de policía y de una patada le rompió una luz de freno. Dragón tenía la impresión de estar protagonizando una de esas películas que tanto le gustaban a su padre: la policía era el ejército regular, organizado, metódico, previsible; los chavales de la ciudad eran los indios, valientes, conocedores del terreno, anárquicos. Ya estaba creado el caos, ya estaba salvado. Dragón aceleró, adelantó a los dos coches patrulla, que en ese momento trataban de librarse de las motos, y se alejó de la plaza, libre.

Aquella noche, en el Nuovo Maharaja, celebraban la aventura. Dragón se había acercado a Nicolas y le había susurrado: «Enhorabuena por el carné», y habían entrecocado las copas de Moët & Chandon, derramando la mitad del contenido por el suelo del reservado. Hacía un momento Dragón había premiado a Susamiello y compañía. Había salido del local y los había visto haciendo cola, delante, como siempre, del imperturbable guardia de seguridad. Echándole el brazo por los hombros al gorila, los había señalado, y ellos, al verlo, se habían puesto contentísimos y habían señalado a su vez a unas chavalas que allí estaban esperando. El gorila había dejado pasar a los tres pollos y a sus amigas, que se perdieron en la larga noche del Nuovo Maharaja.

También Nicolas tenía un regalo para Dragón: le dio un manojo de llaves.

—El coche está en nuestro concesionario —dijo Nicolas—, a los gilipollas no les ha dado tiempo a traérnoslo.

Dragón miró las llaves que tenía en la palma de la mano: eran de un todoterreno Maserati.

—¿Cuándo has comprado el concesionario? —le preguntó.

Nicolas lo había cogido del brazo y lo había llevado al aparcamiento. Amanecía.

—Desde que lo protegemos, el dueño siempre quiere regalarnos coches. Dice que, coche que usamos nosotros, coche que todo el mundo compra. Marcamos tendencia, tío.

Nicolas hablaba con los ojos entrecerrados. Demasiado Moët, demasiada coca, demasiado Nuovo Maharaja.

—Todos quieren ser como nosotros —dijo Dragón—. Nico —prosiguió—, tengo que decirte una cosa. —Y empezó a contarle lo de la visita de Viola—. Si fuera por mí, me la habría cargado en la misma puerta, pero no deja de ser sangre de mi padre.

—Dragón, eso es que tienen miedo, ¿no lo ves? Quieren firmar la paz. ¡Lo hemos conseguido! ¡Somos la hostia!

Chocaron los cinco. Dragón le contó entonces la visita al Gatazo y lo de Gengis Kan y le

enseñó el selfi que se había hecho con el león.

—¿De verdad es un león? —preguntó el Marajá.

—De verdad, de verdad.

—Pues después del dogo argentino, tendré que comprarme un tigre, no te jode. —La idea le hizo gracia.

Dragón le habló de los repetidos intentos que habían hecho Viola y su marido por integrarlo en la familia.

—«Tú ya estuviste una vez aquí», «Somos una sola familia», «Todo el bien que hizo tu abuelo no puede borrarlo un arrepentido», chorradas así, Nico.

Hablaba y gesticulaba, giraba mucho las manos como dando a entender que aquella visita había sido como una trituradora potentísima, de la que había salido indemne.

—Y me dijo también que tengo que hacerme el amo de la banda. —Lo dijo tan directamente como se lo había dicho el Gatazo. En casa de los Faella, él había reaccionado rebatiendo punto por punto: ¿cómo reaccionaría Nicolas?

—¿Y tú qué dijiste? —le preguntó Nicolas sin dejar de mirarlo.

—Le dije que formamos una banda, que somos hermanos, que todos somos bróders.

—¿Y él qué dijo?

La confesión había dado paso a un interrogatorio, pero Dragón notaba en las preguntas de Nicolas más curiosidad que preocupación, como si su amigo quisiera ponerse en su lugar para entrar en el cuartel general de los Faella.

—Me dijo que todos quieren que nosotros mandemos y que yo llevo el mando en la sangre, no como Copacabana, ni como el White. —Hizo una pausa—. Ni como tú. —Calló y añadió que, según el Gatazo, él, Dragón, no era más que el criado del Marajá.

—Ni como yo —repitió Nicolas con una sonrisa, y pensó que en eso precisamente consistía su fuerza: él no esperaba derechos de nacimiento, él los conquistaba por mérito propio—. Así son los viejos. Aún piensan en la sangre, en la nobleza de los cojones.

—Marajá —dijo Dragón, con la mirada fija—, mi sangre es la sangre de mis hermanos.

—Lo sé, Dragón, lo sé —contestó Nicolas. Había aprendido que, en toda circunstancia, más que una interpretación, se necesitaba una reacción. Había que responder siempre. Dijo—: Uno de estos días iremos a Roma a hacerle una visita a tu prima.

Dragón volvía a casa la mañana del día siguiente. Nicolas había decidido que no saldrían del Nuovo Maharaja hasta que vaciaran todos los frigoríficos. Cuando llegó a via Nuova Marina, se desvió y se dirigió a Interno Porto, pasó un par de astilleros y se detuvo en un muelle.

—Asco de mar —dijo en voz alta antes de arrojar la moto al agua.

## TURISTAS EN ROMA

Tucán casi lloraba cuando comunicó a Nicolas que no podía ir a Roma con ellos porque tenía que dar de comer a su hermanita de seis años.

—Vuelve de las actividades de verano que organiza la parroquia y traga como Pichafloja —se justificó Tucán ante las burlas de los colegas, quienes, al oír aquello, aún se burlaron más. Al final Tucán contó lo que había pasado. Su padre se había enfadado con su madre por la última compra que había hecho: un televisor inteligente de seiscientos euros. «Coméis a mi costa. ¡Maldita sea! ¿Para qué habré tenido familia?», había dicho su padre, a lo que su mujer había replicado: «Que sepas que si hemos pagado la hipoteca y tenemos un techo no ha sido por ti», y su padre, con las venas del cuello hinchadas, había replicado: «¡No te permito que digas eso delante de nuestros hijos!», etcétera. Al final, su padre le había soltado una bofetada a su madre, esta había respondido de la misma manera, él, Tucán, se había metido en medio, su padre había querido apartarlo a empujones, aunque sin poder moverlo ni un milímetro, porque, por mucho que lo creyera un niño, era, bien plantado como estaba, imposible de mover. Tucán había ido entonces a su habitación, había cogido el revólver Colt Trooper de la mesita y, apuntándoles directamente a la cara, les había dicho: «Ahora mismo hacéis la maleta y os vais. Desde este momento, me encargo yo de todo, soy el cabeza de familia, soy quien trae el dinero» y, mirando a su padre, había gritado: «¡Marchaos ahora mismo y no volváis! ¡Ya no vivís aquí, me habéis hartado!»

Sus padres, claro está, no creyeron que lo hubiera dicho en serio y esperaron en la calle, pero él se llevó la mano al bulto que le hacía el Colt Trooper en la cadera y ellos se fueron dócilmente.

—¿Y ahora te toca hacer de niño? —concluyó Lollipop.

—¡Qué remedio! —contestó Tucán.

Ninguno había estado nunca en Roma y la idea había sido acogida con exclamaciones de entusiasmo —«¡Sí, a Roma, Marajá, a Roma!»— y nuevas burlas a Tucán: «¡Que no se te olvide darle la papilla de la noche!»

Dragón y Briato aportaban el medio de transporte. Nicolas iría de copiloto en el todoterreno de Dragón y los demás irían en el Cayenne de Briato. Aparcarían sin preocupaciones en el centro de Roma, los coches estaban a nombre de desconocidos. Dron, contento de participar por fin en un viaje, había trazado un itinerario turístico a medida. Hasta Bizcochito había aceptado con entusiasmo: su madre buscaba trabajo en las afueras y no estaba tan encima de él.

En la zona de la estación hicieron la primera compra del día, pagó Nicolas: siete pares de cuernos luminosos y siete gafas led que se encendían y apagaban, en un chino. Compró también una daga de centurión, que se quedó él, prometiendo que la entregaría al más leal de sus hombres. Iban en grupo, como turistas ansiosos de ver todo lo que Roma podía ofrecerles, desde la Fontana

de Trevi —a la que Lollipop arrojó directamente un billete de cincuenta euros—, hasta tiendas en las que jamás entrarían en su ciudad, pero que allí eran, como todo, típicas, «romanas».

Dron los llevó a via del Corso y a via Condotti, donde, con una bolsa enorme cada uno, saquearon Valentino y Armani, Louis Vuitton, Tiffany y Chanel, pero también los puestos de callos, de pizza blanca, de dulces romanos. Usar y tirar, esa era la simple regla capitalista conforme a la cual siempre había vivido la banda.

El *tour* concluyó en el Coliseo. Convencieron a un gladiador de que se dejara coger en brazos y consiguieron colarse en una visita guiada. Abandonado el grupo de japoneses, Nicolas sacó la daga y la esgrimió ante sus hombres, que clamaron a coro, con las manos en la boca:

—¡Hispánico! ¡Hispánico! ¡Hispánico!

—¿Cómo se llama la tienda de Viola, Dragón? —preguntó Dron, consultando el iPad.

—Celeste. Como el color de sus ojos y los de su padre.

—¿Y por qué se llama así la tienda si ella se llama Viola? —preguntó Pichafloja.

—¡Pues porque tiene los ojos azul celeste!

—¿Qué dices, tío? Los tiene azul claro, no celeste —dijo Lollipop.

—Es lo mismo, azul claro, azul celeste...

—¡No, coño! Azul claro es la camiseta del Nápoles, azul celeste la del Lazio, ¿no ves que son distintos?

Celeste, la tienda de Viola, según Google Maps, se hallaba a unos mil doscientos metros de donde estaban, a quince minutos andando, si las hordas de turistas no lo impedían. Tenían tiempo de sobra para ir a comer y repasar el plan. Escogieron un restaurante pequeñísimo (Dal Principe, buen nombre, dijo Nicolas), tan pequeño que la banda lo ocupó por completo después de echar a una pareja de alemanes: Briato se les plantó delante y se quedó mirándolos sin hacer caso de los «*Gibt es ein Problem?*» que le dirigían, hasta que se levantaron y fueron a pagar directamente a la caja.

Para arremeter contra el escaparate de la tienda de Viola usarían el coche de Dragón. «¿Por qué el mío, que es nuevo?», había protestado Dragón todo el viaje, pero el Marajá así lo había querido: «Porque sí, Dragón. Lo haremos con el tuyo y punto», y Dragón se había mosqueado. De la alarma de la tienda y de las cámaras de la zona se encargaba Dron, por control remoto. Aquella noche no funcionarían. Faltaba solo un detalle, en el que cayó Lollipop al descender la cortina a cuadros del restaurante. Había un indio que, con paciencia metódica, ordenaba las flores que exponía en la parte trasera de una furgoneta Fiat Scudo. Primero intentó comprársela Pichafloja, pero nada, la furgoneta no estaba en venta. Luego les tocó a Lollipop y a Dron, pero el indio seguía negando con la cabeza. Entonces Briato se llevó la mano a los pantalones y miró a Nicolas, pero este le hizo señas de que no, no era cuestión de pegarle un tiro. Antes de que Lollipop y Dron se dieran por vencidos, acudió Dragón corriendo y empezó a tratar con ellos, como si estuvieran subastando un garaje de Las Vegas y el indio fuera el subastador.

—Dos mil —dijo Dragón.

—Tres mil —retrucó Lollipop, que enseguida le siguió el juego: todos veían *Storage Hunters*.

—Cuatro mil —ofreció Dron, haciendo como una coma con el índice.

El indio oía las pujas y se llevaba las manos a la cabeza. Aquellos tíos no paraban de tocar su mercancía, las flores, como si ya fueran suyas, así que también él tocaba todo, como para dejarles claro que eran de su propiedad, pero al final se rindió: la cifra a la que llegaron no la ganaba él en

un año. Cogió las llaves del salpicadero, se las entregó a Lollipop y se despidió con las manos juntas.

Acababan de pagar diez mil euros por un vehículo que a lo sumo valía la mitad, pero aquellos cinco mil euros de más eran una propina que bien podían permitirse. Briato se puso al volante y sus compañeros empezaron a repartir rosas y tulipanes a las chicas que pasaban: «Eres una flor entre las flores», «Una rosa por una rosa»...

La tienda de Viola hacía esquina y tenía tres escaparates: romperían el cristal con el lateral del todoterreno de Dragón, que así podría seguir su camino. Así sería un trabajo más limpio y no tendrían que saltar por encima del coche para entrar en la tienda. Dragón movió la cabeza:

—¡No veo por qué cojones tenemos que destrozar mi Maserati nuevo!

—Solo será la punta del capó.

—¡Joder, Nico! ¿Y por qué no con la furgó? —insistió Dragón.

—¿Y dónde cargamos entonces la mercancía?

—En el Cayenne de Briato.

—¡No des más por culo, Dragón! ¡Te lo pago! —espetó Nicolas, y Dragón comprendió que debía resignarse definitivamente.

El rótulo «Celeste» era violeta; paradoja cromática que, sin embargo, la dueña parecía reivindicar, porque en una esquina había firmado con sus iniciales: VSF, Viola Striano di Faella.

Lollipop fue por el todoterreno: él conduciría el ariete. Dragón llevaría la Scudo. Ya solo quedaba esperar a que Roma se despejara de gente y de tráfico.

Al filo de la medianoche, el ruido de la calle disminuyó y, como si fuera una fábula, la ciudad pareció ponerse pantuflas.

—Sesenta segundos y allá vamos. ¿Preparados, tíos? —preguntó Nicolas; se trataba de una pregunta retórica.

Ninguno se escondió: se quedaron donde estaban, de pie, unos fumando, otros con los brazos cruzados, como si estuvieran esperando el autobús, tranquilos como ladrones profesionales. Apareció el todoterreno, Lollipop lo conducía despacio; si cargaba contra el escaparate a gran velocidad podía perder el control y estrellarse contra el edificio de enfrente. No debía acelerar más que en los últimos metros, bruscamente. A unos cincuenta metros del escaparate, Lollipop metió primera. El cambio rascó y el ruido resonó en la noche romana.

Primero sonó un ruido de cascada que rompe contra las rocas, un ruido casi pacífico, tranquilizador, pero luego el fragor de cristales fue aumentando hasta convertirse en un estruendo horrisono. Dron grabó la escena con su móvil de alta definición: las formas poderosas del todoterreno se deshacían entre ruido de vidrio y estrépito de chapa, en medio de una lluvia de cristales. Para terminar, grabó una panorámica de las luces que se encendían en las casas y las ventanas que se abrían tímidamente.

Unos diez segundos después del choque, Lollipop se apeaba del Maserati, ileso y triunfante, haciendo movimientos de *twerking* como había visto hacer a las jamaicanas en YouTube. Los demás irrumpían en la tienda y por la misma calle por la que había aparecido el todoterreno llegaba Dragón con la Scudo, cuyas portezuelas laterales iban ya abiertas.

—Cincuenta segundos —dijo Nicolas.

La banda arramblaba con todo: zapatos, botas, bolsos, pero también los cuadros de las paredes, las alfombras, las butacas.

—Treinta segundos.

Viola tendría que responder «Todo» cuando los carabineros le preguntaran «¿Qué le han robado, señora?».

—Diez segundos: ¡vámonos!

La banda montó en el Cayenne. Nicolas subió por el capó al techo de la Scudo, sacó la navaja que le había regalado el Arcángel y, junto a las siglas VSF que Viola había escrito debajo del nombre de la tienda, grabó F12. Saltó entonces al suelo, se puso al volante de la Scudo y tranquilamente salió de la capital. A su lado, Dragón, hundido en el asiento, miraba por la ventanilla su Maserati abandonado.

La banda estaba celebrando que había atracado el autoservicio de Casilina Ovest cuando Viola despertó al Gatazo tirándole del brazo.

—¡Me han robado, Diego! ¡Cabrones! ¡Mocosos! ¡Acaso ya no importa la familia? ¡Contesta! ¡Haz algo!

El Gatazo se sentó en la cama y miró a su mujer, que ya estaba vestida y maquillada. ¿Qué hora es?, se preguntó.

—¿Qué dices, amor?

—La banda de los Niños. Me han destrozado la tienda. Se lo han llevado todo. ¡Tenemos que hacer algo, Diego!

—Amor, ¿seguro que han sido ellos?

—Los cerdos han dejado hasta la firma.

El Gatazo se colocó la almohada en la espalda y se recostó. Aquellos críos empezaban a pasarse de la raya. Antes, las zonas de venta y, ahora, el negocio legal. ¿Hasta dónde querían llegar? Se levantó y fue a abrazar a su mujer. Tiene razón Viola, pensó, tengo que hacer algo.

Mientras Nicolas y compañía se entretenían haciendo turismo, Estabadiciendo yacía en la cama y repetía el mantra que empleaba de pequeño para matar el tiempo:

—Garella, Bruscolotti, Ferrara, Bagni, Ferrario, Renica, Caffarelli, De Napoli, Giordano, Maradona, Carnevale, Romano, Marino, Volpecina, Sola, Muro, Bigliardi, Di Fusco. Entrenador: Ottavio Bianchi.

Aquella especie de agente de fugitivos que Nicolas había contratado para que, por un agujero de la pared, le pasara comida y alguna información, le había llevado también unos dulces. Sabía que esa noche la banda asaltaba la tienda de Viola y que darían los bolsos originales a los vendedores ambulantes para que los vendieran con los falsos. Por joder. El plan le hacía gracia y se alegraba de que, con aquellos dulces, quisieran celebrarlo con él, pero también lo aliviaba disponer de una excusa válida para no participar en aquella operación. Nadie le pediría que tuviera el valor del que muchas veces carecía: en fin, su condición de prófugo tenía sus ventajas.

Estaba tan harto de huir que aquel apartamento lúgubre le había parecido, ya a los pocos días, un nido acogedor. En Milán le había costado no sobresaltarse con cada ruido que oía, con cada mirada insistente que le dirigían, pero allí, donde casi no entraba la luz, se sentía seguro. Los miedos que le había comunicado a Nicolas se habían esfumado: Estabadiciendo había entendido que solo se trataba de esperar.

Para matar el tiempo, pensaba en el fútbol: siempre lo había hecho, la verdad, pero allí dentro

podía cultivar a sus anchas aquella pasión suya. Le había pedido al tipo que le entregaba la comida que le llevara un calendario de la liga y desde entonces se pasaba días enteros estudiándolo obsesivamente. Esperaba con ansiedad el partido Napoli-Juventus. Faltaba poco. Los ruidos de la ciudad llegaban atenuados a aquel barrio tapiado y no le parecía peligroso deslizarse fuera los noventa minutos que durase el partido. Había examinado la puerta y había observado que los ladrillos que la tapiaban no estaban bien pegados, parecían piezas de Lego que hubiera apilado un niño torpe. Con un empujón los derribaría. Al menos lo intentaría, merecía la pena. Y mientras esperaba aquel día, se comía los dulces.

Al día siguiente, el Gatazo llamó al Payaso y al Gualdo y los sometió al tercer grado.

—A ver, ¿cuántos negocios pagan a la banda?

—No lo sé —contestó el Gualdo.

—¿Cuáles son, Payaso?

—No lo sé —contestó el Payaso.

El Gatazo explotó:

—¡Nunca sabéis nada, coño! ¿Será posible? ¿Cuánto ganas al año, tú? Dos millones de euros. ¿Y tú? Cuatro millones. Eso sin contar las tiendas, los negocios y demás. Si no fuera por mí no seríais nadie. ¡Y no sabéis una mierda!

—Dinos lo que tenemos que hacer y lo haremos.

De pronto, el centro histórico se llenó de caras nuevas, como si un ejército extranjero hubiera bajado de San Giovanni a Teduccio a sembrar el terror. Un hombre entró en la charcutería de tío Pe y le pegó un tiro a una mortadela que había en el mostrador.

—Como siga usted pagando a la banda, la próxima vez esa bala irá a su cabeza.

Otro hombre de los Faella ametralló con un AK-47 una tienda de ropa y, antes de irse, gritó que no volvieran a pagarle al Marajá. A un camión que estaba descargando mercancía le rajaron las ruedas y al conductor lo avisaron de que no volviera por allí si seguía pagando a la banda.

Algunos comerciantes estaban aterrados, otros se sentían aliviados, como quien deja de pagar un impuesto. «¿Y a quién pagamos ahora?», preguntaban, sin obtener respuesta, porque el Gatazo no había dado instrucciones. El Payaso y el Gualdo coordinaban a sus soldados y los reprendían blandamente cuando se pasaban un poco, hasta que al final también ellos entraron en una pastelería, consumieron todo lo que quisieron y, cuando les tocó pagar, sacaron la pistola y dijeron:

—Como sigáis pagando a la banda, usaremos esta moneda: moneda de plomo.

Se lo contaron al Gatazo y él no los escuchó. Se había expuesto, había hecho público el poder de la banda de los Niños, capaces de comprar aquellos comercios que él acababa de arrebatarles, pero ¿qué podía hacer?, se justificó. Cuando se meten con la mujer de uno, no hay estrategia que valga, solo cabe liarse a tiros.

Dron informó a Nicolas, que ya lo sabía.

—Ya nadie nos paga, nos están birlando el negocio. Hasta los restaurantes que protegemos empiezan a tener otra vez malas críticas.

—Al parecer protegemos restaurantes en los que se come mal —contestó Nicolas con sarcasmo. Ya se había desahogado destrozando un par de mesas del reservado.

—¿Qué dices, Nico? ¿Qué te pasa? Pareces vivir en otro mundo. Nos lo están quitando todo. Y quien no sabe proteger no se protege, lo sabes perfectamente.

—¿Y dónde coño estabais vosotros? No venís más que a llorarme—. Nicolas sentía que volvía a invadirlo la violencia y echó a todos fuera, menos a Tucán.

—¿Qué hacemos? —preguntó este—. Tenemos que enviar una señal, mostrarnos fuertes. Reta al perro del Gualdo.

—Skunk no está preparada —contestó Nicolas.

—El perro del Gualdo no vale un pijo, es un pastor negro, lo dejan ganar porque es del Gualdo.

Nicolas dijo que sí con la cabeza, no muy convencido. Le preocupaba Skunk, pero también la perra era de la banda. Una soldado de la banda.

Los hombres del Payaso trabajaban a destajo. Entraban y salían de Forcella, demostraban que la banda de los Niños había dejado de mandar y buscaban a Estabadiciendo. El Gatazo había sido claro. Quería la cabeza de Vincenzo Esposito, alias Estabadiciendo, quería a aquel chaval que tan mal le había hecho quedar en la prensa, sumando la muerte del Tigre a la de Roipnol.

El Payaso se dirigía a la sede del Arci de Forcella. Primero disfrutaría del partido entre el Napoli y la Juventus y luego le diría al gerente lo de siempre. El Marajá estaba acabado. La banda de los Niños estaba acabada.

Y allí lo vio.

Solo, sentado a una mesa, con una lata de Red Bull en la mano. En el televisor, colgado de una esquina, se veían las imágenes del partido. No podía creerse tenerlo allí, a su merced. Entró sin preocuparse de los pocos testigos que había, debía aprovechar la ocasión. Se le acercó y le disparó.

El proyectil atravesó el cráneo de Estabadiciendo y se alojó en la pared. Un orificio perfecto, que cauterizó al instante. Cuando los parroquianos miraron, el Payaso ya se había ido.

## ROGO

Era un invierno templado. Para quien aún iba de cuando en cuando, las clases eran soporíferas y para todos las tardes transcurrían perezosas. El cargamento que enviaba Mario Bros no llegaba y la banda no tenía nada que hacer: se aburría tanto como en los viejos tiempos. Solo el Marajá estaba cada día más nervioso: se pasaba todo el día con el móvil, hablando con los transportistas albaneses de la coca, y muchas veces parecía distraído.

—Es normal —había dicho Briato—, va a ser padre y tiene un montón de responsabilidades.

—Y quiere pedir un préstamo para comprarse una casa en el Vomero —había añadido Pichafloja, a quien Nicolas había pedido información sobre el barrio.

—Y encima el White espera su parte y no para de darle la lata —había añadido Lollipop. Se habían reído y habían decidido que al día siguiente organizarían algo para distraerlo.

—¿Montamos una parrillada en la madriguera? —propuso Tucán.

La madriguera había conocido mejoras progresivas, innovaciones tecnológicas que Dron había introducido personalmente. Lo que más lo enorgullecía era el sistema de sonido *bluetooth* que había conectado a los móviles de la banda, lo que les permitía, cuando aún iban por la escalera y con solo tocar la pantalla, encender los cuatro altavoces Marshall Stanmore. La contraseña para conectarse la habían elegido por unanimidad: «Estabadiendo.»

Después de mucho discutir con Dragón, destriparon el viejo televisor y guardaron dentro la droga para consumo personal. En su lugar, Dron compró un televisor 3D Ultra HD de 84 pulgadas.

Nicolas eligió la lista musical de Enzo Dong, la puso en repetición aleatoria y se tumbó en el sofá cuan largo era, mientras los demás trajinaban con la parrilla y hacían gala de sus grandes conocimientos en materia de carne asada. Últimamente había pensado mucho en la acusación del White de que había un traidor en la banda. Al principio había creído que se trataba de una de sus paridas, pero había ido advirtiendo detalles, medias palabras, y, desde entonces, estaba más vigilante.

El humo de la parrilla invadió el espacio y Briato, cojeando con el bastón, corrió a abrir la ventana del dormitorio para que corriera un poco de aire. Tenían un frigorífico Smeg rojo de dos puertas que ocupaba casi media pared del cabecero del dormitorio y empezaron a circular cervezas. La fiesta podía empezar.

Ocho muchachos que pasaban el tiempo comiendo chuletones y bebiendo cerveza, riéndose unos de otros y cultivando sus sueños, sentados con las piernas cruzadas en el suelo como si estuvieran de campamento: eso eran aquella tarde. El dinero, la droga, el Arcángel, la alianza con los Melenudos, todo parecía haber sido puesto entre paréntesis y haber sido dejado para mañana. El rescate de la juventud.

Briato cogió el bote de ketchup e inundó su chuleta.

—¡Qué asquerosidad! —dijo tras el primer bocado.

Lollipop habló de su última novia. Iba a la universidad y le gustaba hacerlo en trío con una amiga.

—¡Venga ya, Lollipop! —dijo Dragón—. ¿Tu novia? Querrás decir Manuela Pajares.

Y le tiró un pedazo de salchicha que le puso perdida la camisa blanca. Todos estallaron en carcajadas, incluido Lollipop.

Enzo Dong, de fondo, decía que el canal de televisión Italia 1 vendía más droga que él y Nicolas regulaba el volumen con el móvil. Cada tanto cantaba un coro:

—¡Ay, matón! ¡Ay, matón! ¡Ay, matón!

Y Bizcochito tenía que beber de la lata de Heineken.

Era la hora del cachondeo, cuando se descubre que antes que mafioso se es amigo.

Pichafloja cantaba con Enzo Dong añadiendo rimas propias y los demás movían la cabeza arriba y abajo. Todos menos Nicolas. Los colegas no lo perdían de vista y lo advirtieron.

—¡Toma, Marajá, remata este provolone! —exclamó Dron antes de lanzarle el queso.

Nicolas, que seguía tendido en el sofá, lo atrapó al vuelo. Se metió en la boca la costilla que estaba comiendo para tener las dos manos libres, le quitó el cordel al queso, se lo lió a la muñeca y dijo:

—La banda del provolone.

Todos estallaron en carcajadas.

*A mí el camino me ha parido, esto se parece a Puerto Rico.*

—Tucán —dijo Nicolas—, pásame la cuchilla. —La habían encontrado en un cajón de la cocina y tenía una hoja de ocho dedos.

Nicolas empezó a rebanar el queso. Cortaba una rebanada, la ponía en la hoja de la cuchilla y la pasaba a los colegas.

—Esto es como la comunión, Marajá —dijo Tucán, cogiendo con cuidado su rodaja.

—Marajá reparte el pan a los apóstoles —dijo Briato.

Uno tras otro fueron cogiendo los trozos de queso que Nicolas iba cortando. Lollipop se puso de rodillas con las manos juntas y recibió el suyo directamente en la boca.

—Tomad todos —dijo Nicolas.

—Amén —contestaron entre risas.

*A la mierda De Niro, yo quiero dinero.*

—¡Bendíceme, padre! ¡Bendíceme! —exclamó Pichafloja, haciéndose el poseído, antes de colocar su trozo en la parrilla para tostarlo.

Dron se hincó de rodillas y alzó los brazos, como venerando a un santo.

—Toma, Dron —dijo Nicolas—, recibe la comunión aunque seas un infiel islámico.

Algarabía general y ruido de chapas de latas al abrirse.

*Hermanos, «Viva La Raza» de Eddie Guerrero*

*Tengo talento y lo vendo*

*Como la droga que llevo.*

Cuando le tocó a Bizcochito, Nicolas pidió silencio con un ademán y todos enmudecieron, solo se oyó el ruido de las bocas que masticaban queso y la música que sonaba alta.

—¡El matón! ¡El matón! ¡El matón! —gritó Lollipop saltando sobre los cojines. Los demás se unieron a aquella danza salvaje.

—¡El matón! ¡El matón! ¡El matón! —gritaba también Bizcochito, levantando la lata de cerveza. Después de tantas semanas difíciles, por fin se sentía más tranquilo.

Nicolas se metió la cuchilla en el bolsillo trasero de los vaqueros y pidió de nuevo silencio.

—¡Marajá! ¡Marajá! ¡Marajá!

Se levantó y, cantando con Enzo Dong, les hizo que se cogieran por los hombros y formaran un corro y empezaron a cantar y a dar vueltas más y más rápido, en medio del humo del asado que el viento arrastraba otra vez hacia dentro.

*Tú eres Fabrizio Corona y yo llevo corona.*

—¡Marajá! ¡El matón! ¡Marajá! ¡El matón!

*Soy el El y voy contra la Tierra.*

*Hermanos, llega el poli y me pide hierba.*

Nunca hemos estado tan unidos, pensó Nicolas, observando las caras sudadas de los miembros de la banda que desfilaban ante él: Dragón, Dron, Lollipop, Tucán, Briato, Pichafloja, Bizcochito. ¡Qué grandes somos!, se dijo. Daban un paso a un lado, otro paso al otro y a continuación una vuelta completa, rapidísimos. Dron perdía el equilibrio y lo recuperaba gracias al fuerte tirón que le daba Dragón y después seguían girando en sentido contrario. De pronto, era Briato quien parecía a punto de caer y daba saltitos con la pierna buena, hasta que lo salvaban también como se salva a un hombre que hubiera caído al mar. Por fin se detuvieron, muy juntos, resoplándose a la cara unos a otros.

*Oh, solo me divierte  
que muera un traidor.*

Y todos:

*Oh, solo me divierte  
que muera un traidor.*

En la estrofa siguiente, Nicolas se les plantó delante y cantó, más alto que ellos:

—«Prefiero un equipo en el que solo esté yo.» —Los miró uno por uno, se sacó la cuchilla, la clavó en lo que quedaba del provolone y dijo—: El Matón prefiere jugar en un equipo en el que solo esté él.

Dragón se rió y se rieron también los demás. Nicolas lo decía muy serio, pero estaban de fiesta y valía todo.

El único que no reía era Bizcochito:

—Pues yo no juego solo. Siempre paso el balón.

—Marajá, aquí el Matón tiene razón —dijo Lollipop, y le dio a Bizcochito una fuerte palmada en la espalda.

—Será verdad —dijo Nicolas—, pero sigue jugando solo.

—Marajá, yo también participé en el rito —se defendió Bizcochito—. Tenemos todos la misma sangre, somos bróders.

Nicolas apagó la música.

—¿Estás seguro de que somos hermanos, Bizcochito? Porque a mí me parece que aquel pacto de sangre no sirvió de nada.

—¿Cómo que no? —dijo Tucán—. ¡Si a mí me ha salido otra picha!

Más carcajadas. Todos se apresuraron a desmentir al Marajá, como si aquello fuera otro juego de aquella tarde de fiesta:

—¡Y a mí otra cartera! —dijo Dron.

—Y yo siento siempre que voy con mis hermanos —dijo Dragón.

Pero Bizcochito callaba y miraba a Nicolas.

Nicolas le cantó el estribillo a la cara y entonces también los demás comprendieron que no se trataba de una broma.

—Tú no eres un matón —dijo Nicolas—, tú eres un traidor. —La alegría se había evaporado. Las sonrisas se habían torcido, los ojos miraban entornados—. Hemos confiado en él y por su culpa nos detendrán a todos —continuó el Marajá.

—Nico, no... —empezó Lollipop.

—Todos los días visita a tu madre una trabajadora social. Di la verdad: te has embolsado una pasta y nos has vendido a la poli —lo acusó al final Nicolas.

—Marajá, Bizcochito es un bróder, se cargó a Roipnol... —terció Dron.

Y Bizcochito hizo lo único que Marajá no quería que hiciera. Lo confesó todo.

—Solo se lo he dicho a mi madre. Ella es la única que lo sabe. Sabe que maté a Roipnol y a la Culona, encontró la pistola... —Evitó decir que también Meón lo sabía, en parte para protegerlo y en parte porque era su amigo—. Pero se lo he confesado solo a ella.

Suspiró. Se sentía mejor, más ligero. Bueno, pensó, lo peor ya ha pasado.

—¡Conque se lo has dicho a tu mamá! —exclamó Nicolas, se veía que la respuesta no lo convencía.

—A ver, a ver, ¿qué le has dicho? ¿Y con quién ha hablado tu madre? —preguntó Dragón. Estaba pálido, tenía las puntas del pelo pegadas a la frente sudada.

—Con nadie —balbució Bizcochito.

—¿No ha hablado tu madre con la policía? —lo apremió Dragón.

—¡No! ¡Lo juro! —exclamó Bizcochito, pero con un hilo de voz.

—¿Y con la trabajadora social?

—Sí, pero es buena gente... —contestó Bizcochito.

Dragón intentó una última salida:

—¿Y podrías retractarte?

—¡Hombre, habla el mejor de los abogados! —dijo Nicolas.

—Marajá, no es más que una trabajadora social —quiso quitar hierro Dragón.

—¿Y con quién crees que habla una trabajadora social? Que sepas que ya han registrado el bajo y hasta puede que hayan encontrado la pistola con la que mató a Roipnol.

—¡No, mentira! La pistola la tiró mi madre al mar.

—Sí, para que la pesque la poli. Siempre hay un coche delante de tu escuela y otro siguiendo a tu madre. Os protegen.

Bizcochito dio un paso atrás, aterrado.

—¡No, no es verdad! —gimoteaba. No tenía fuerzas ni para llorar, no le salían las lágrimas, solo acertaba a mirar la cuchilla hundida en el queso.

De momento, seguía allí.

Parecía el eje entorno al cual giraba lo que allí ocurría. Todos miraban aquella hoja de acero y nadie se movía: quizá pensaban que, quedándose quietos, detendrían también el tiempo o harían que transcurriera hacia atrás, para poder salir por la puerta y no volver a entrar, irse a hacer el amor con sus novias, meterse en el Nuovo Maharaja y emborracharse, borrar todo aquello.

Por primera vez Bizcochito se sintió pequeño, pequeñísimo, en medio de todos. Nicolas fue por detrás, se quitó el cordel del provolone que se había enrollado en la muñeca, lo asió por las puntas, lo estiró y se lo pasó a Bizcochito por el cuello. Lo hizo todo tan rápido que Bizcochito no se dio cuenta de que estaba detrás hasta que notó que le faltaba el aire. También a los demás aquel movimiento los pilló por sorpresa, alguno quiso reaccionar, pero no hubo tiempo. Nicolas estaba ejecutando a Bizcochito.

El cuerpo busca compensar, está programado para hacerlo. Sustrae energía de una parte para dirigirla donde se necesita. Bizcochito se despellejó el cuello tratando de meter al menos un dedo por el cordel. El oxígeno cada vez más escaso que le llegaba al cerebro activó su reacción de defensa más obvia. En esa fracción de segundo nos traiciona el cuerpo. Aun pesando veinte kilos menos, si a Bizcochito se le hubiera ocurrido darle patadas a Nicolas o intentar pegarle en los testículos con el talón, quizá se habría soltado o al menos habría ganado tiempo, pero prefirió luchar con el cordel.

—¡Qué coño haces! —intervino Dron segundos después.

Cogió a Nicolas por la hebilla de los pantalones y tiró de él. Bizcochito aspiró una bocanada de aire, pero Nicolas apartó a Dron de una patada en el tobillo y gritó:

—¡Atrás!

Y siguió apretando. A Bizcochito se le nubló la vista y las piernas le fallaron. Cayó de rodillas, sin soltar el cordel, que ya empezaba a clavársele en la tráquea; notaba el fuerte olor del provolone. Por fin cayó cuan largo era y empezó a mover las piernas. Parecía estar escalando una torre. Dron y Briato habían salido y los demás presenciaban la escena inmóviles, mirando el suelo: cruzar la mirada con los demás significaría compartir el escándalo que suponía aquel homicidio: sí, Bizcochito era un traidor, pero también era uno de ellos.

—¡Basta! —dijo Dragón, pero no se acercó a aquel cuerpo menudo, que yacía ya inmóvil.

Nicolas soltó el cordel. Le dolían los dedos. Se pasó la mano por la frente sudorosa y le cerró los párpados a aquel que siempre había sido el benjamín de la banda. Por un momento, le pareció que aún respiraba. Se arrodilló y le acarició la cabeza.

Se acabó, pensó, se acabó. Cuando se levantó, solo quedaba Tucán.

—¿Y ahora, Marajá?

—Ahora encenderemos una hoguera.

Bajaron a la calle; el miniquad de Bizcochito estaba aparcado entre las motos. Nicolas lo cogió del manillar y Tucán de la carena. Cincuenta kilos entre dos, al tercer piso.

Volcaron el vehículo en medio del cuarto y desenroscaron el tapón del depósito. Un charco de gasolina casi transparente se extendió por el suelo, lamió el sofá, el mueble de la tele, la mesita. Lamió a Bizcochito.

Nicolas salvó el charco de un salto y fue al dormitorio. Tenía que estar en algún sitio, quizá encima de la cama, no, junto al armario, sí, allí, al lado del espejo. Una foto enmarcada. La banda al completo en algún cumpleaños. Ahí estaban todos. También Dientecito. Y Bizcochito. Se abrazaban, como habían hecho hacía un momento allí en la madriguera. Nicolas rompió el cristal

contra el pico de la cama, sacó la foto y la enrolló. Volvió a la sala, donde Tucán lo esperaba con el *zippo* abierto. Acercó a la llama aquella especie de mecha que había hecho con la foto y esperó a que ardiera.

—Se acabó de verdad —dijo, y la lanzó a la gasolina.

## AMIGOS

Lo primero que debían hacer era tranquilizar a los jefes de zona, explicarles que no volvería a haber desabastecimiento. En adelante, la mercancía llegaría puntualmente y sería de primera calidad. Decidió convocarlos a todos en el Nuovo Maharaja y pidió a Oscar que dispusiera todo en plan congreso. Los camellos acudieron solos o en grupo. Se presentó la señora que trabajaba en Vicaria Vecchia, bien vestida, como si fuera a un baile después de tantos años; el hombre de piazza Cavour se presentó con sus hijos; el de piazza San Giorgio entró con los brazos cruzados y aire perplejo y permaneció todo el rato de pie. Dron grababa todo desde arriba con un Yuneec Tornado para que no hubiera sorpresas. Aquella joya le había dado muchas satisfacciones y le servía para controlar los movimientos en las zonas de venta.

Cuando estuvieron todos allí reunidos, las luces se atenuaron y empezó a sonar el himno de la Champions League, que dio inicio a los efectos de humo. El hombre de piazza San Giorgio alzó los brazos y exclamó:

—¡Lo que os decía! ¡El Marajá nos gasea!

Una ola de personas se precipitó a la salida, pero entonces vieron el láser y, comprendiendo que aquello formaba parte de la puesta en escena, se tranquilizaron.

—Amigos —dijo Nicolas, saliendo elegantísimo de detrás de un telón. ¿Amigos?, pensó en una fracción de segundo; a muchos apenas los había visto un par de veces y de la banda solo estaban Tucán, Dron y Pichafloja, además del White y Carlitos Way. Coño, se dijo, ¿dónde están los demás?

Ningún jefe de zona había tomado asiento; no querían que pareciera que, por el mero hecho de plantar el trasero en una silla, daban su aprobación. Ciertamente que aquel chaval había demostrado saber lo que se hacía y ellos habían ganado una pasta gansa, pero en aquellos momentos no era fiable. Tampoco lo eran sus hombres.

Todo había ocurrido hacía una semana. Pichafloja se había pasado por piazza Bellini y lo que vio no le gustó nada: tres chavales de unos doce años vendiendo a plena luz del día. La zona que había sido de Estabadiciendo y en ese momento era suya estaba mal abastecida, la droga escaseaba y el jefe de zona esperaba que el Gatazo recuperara el control. Entretanto, piazza Bellini se había convertido en territorio de camellos improvisados. Pichafloja, pues, volvió armado con un Kalashnikov y se los cargó a todos, jefe de zona incluido. Con todo, se trataba de una solución temporal. Lo sabía Pichafloja y lo sabía Nicolas, que iba a explicar por qué no haría falta llegar a aquellos extremos.

—Amigos —repitió Nicolas.

Se adelantó un hombre de unos sesenta años. Trabajaba en piazza Bellini desde los veinte:

—Antes de nada, Marajá, quiero hablarte en nombre de todos. —A Nicolas no le gustó que le hablara de tú—. Hoy hemos venido aquí —prosiguió el hombre— asumiendo un gran riesgo. Nos suministrasteis mercancía de excelente calidad. Nosotros empezamos a venderla y con ese dinero pudimos pagar incluso un impuesto al Gatazo. Al final, dejamos de pagárselo, pero luego vuestra mercancía faltó y empezamos a vender otra vez la del Gatazo. No queremos que nos peguéis un tiro ni vosotros ni el Gatazo.

Hubo un aplauso. Nicolas esperó a que se apagara y tomó la palabra:

—Amigos, las reglas son las de siempre. Son las mismas que existen desde antes de que yo naciera, desde antes de que naciera mi padre. Vosotros sois jefes de zona y sabéis cómo funciona la cosa. Vendéis la mercancía del clan que manda en vuestra zona o le pagáis un impuesto y vendéis la droga de quien os dé la gana. Ahora la banda de los Niños dicta otra regla: en nuestras zonas podéis vender la droga que queráis. Total, nosotros tenemos la mejor al mejor precio.

—¿Estás diciendo que si vendo mercancía de otro y no te pago el impuesto no me pagas un tiro? —dijo otro.

—No, no te pego un tiro, porque si vendes mercancía de otro es que eres tonto.

Nicolas fue observándolos uno a uno para ver si asentían y a quien no lo hacía enseguida lo miraba más rato. Aquello suponía la liberación de los que trabajaban en las zonas.

—Quien ofrece buena mercancía no teme la competencia. Y ahora basta, ya hemos hablado bastante.

Llegó el champán, mucho champán.

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad para todos!

—¡Viva la banda de los Niños!

Aquel era el mejor negocio que habían hecho en su vida. Mientras mandaran los Niños, podrían vender lo que quisieran y cuando quisieran. Los jefes de zona podían empezar a soñar en convertirse en pequeños empresarios.

Uno tras otro fueron estrechándole la mano. El Marajá correspondía con apretones enérgicos. Ese gesto parecía el final de todo, el intercambio de felicitaciones que se hacen unos a otros por el excelente resultado obtenido, pero en realidad aquello era el principio. Había que organizar el transporte con el primer cargamento que no tardaría en llegar a Salerno, distribuir la mercancía por las zonas de venta, armar y abastecer al White y a su banda, que desde que eran aliados lo freía a mensajes y llamadas: olía el dinero y quería recobrar el tiempo perdido.

—Gracias, amigos —decía Nicolas. Pero ¿dónde estaban Dragón, Lollipop, Briato? ¿Dónde estaban sus amigos, sus hermanos? ¿En su casa, ahora que no tenían madriguera? Nicolas estrechó la última mano y decidió volver también a casa, donde lo esperaba una amiga que nunca lo traicionaría.

## EL COMBATE

Nicolas se acuclilló para acariciar a Skunk. La perra siguió devorando metros sobre la cinta y enarcó un poco el lomo como para responder a las caricias. Nicolas veía los haces de músculos del animal moverse al ritmo de la carrera. Skunk podía arrancarle la mano en cualquier momento, pero no lo haría, no, Nicolas estaba seguro, porque el día que la presentó a la banda con aquel nombre, el de la marihuana hembra, la fértil, de la que nacen las demás, la perra había apretado las mandíbulas. Era suya.

—Eres preciosa —le dijo y le apretó con más fuerza el lomo con los dedos. Cuanta más fuerza hacía él, más tensaba el animal la espalda, en un intercambio sensual de presión y distensión.

Skunk pelearía al día siguiente por primera vez. Nicolas no había confirmado su presencia hasta el último momento: después de todo, el animal nunca había peleado y podía resultar herido, incluso morir. Pero estaba preparado: su perro no podía ser de los jodidos, era sin duda de los que joden. Y los jodería a todos, pensó Nicolas mientras le preparaba el cuenco, Skunk sería una campeona.

La cita era en Marcianise. El cuadrilátero canino era una de esas fosas de dos por dos metros excavadas hacía años para almacenar basura que nunca se habían utilizado. Era uno de esos lugares que solo parecen existir para quien cree en su existencia, como Hogwarts, y es dueño de un perro de pelea.

Nicolas llegó cuando oscurecía y empezaban a encenderse los faros de los coches y motos que rodeaban la fosa. Aparcó algo alejado y, con Skunk de la correa, se acercó al agujero. Paredes lisas, verticales, imposibles de escalar, hasta el punto de que los entrenadores de los perros bajaban y subían valiéndose de escaleras de mano, como las que utilizan los pintores. Cada vez que bajaban, quienes estaban arriba bromeaban diciendo siempre lo mismo: «¡Venga, mordeos!» Los entrenadores subían y empezaba la verdadera pelea.

Entre los espectadores y los amos de perros podía esconderse cualquiera, desde un pacífico jubilado amante de los descuartizamientos hasta un mafioso rival de Nicolas. En aquel lugar, antaño campo de trigo, todos eran iguales y todos tenían la vista puesta en aquel agujero. En cualquier otro lugar se habrían pegado un tiro Nicolas y el Gualdo, incluso en un supermercado en el que hubieran coincidido por casualidad, pero allí el Gualdo no era un Faella, no era el hermano del Gatazo, sino simplemente el amo de un perro de pelea. Con una mano en el cuello poderoso de Skunk, Nicolas esperaba la llegada de su adversario contemplando el primer combate.

Se enfrentaban un rottweiler y un dogo, este último más grande que Skunk, sin duda un macho. No perdieron apenas tiempo estudiándose y se abalanzaron uno contra otro. Los espectadores

empezaron a animarlos y azuzarlos. El rottweiler era más agresivo y destrozaría al dogo; no, el dogo solo quería cansar al rival, ¿no ves cómo se espera apoyado en las patas traseras? Mátao, acaba con él, destrózo, arráncale la cara, revientalo, muérdele la oreja. Nicolas tuvo la impresión de estar en primera fila de un circo romano, aclamando a unos gladiadores a cambio de sudor, sangre y tierra.

De pronto, los perros se abalanzaron uno sobre el otro, con las mandíbulas abiertas, unas verticales y las otras horizontales, formando una cruz violenta. Nicolas creyó que oiría un estrépito de colmillos rotos y tejidos desgarrados, pero se oyó un chasquido como de engranaje que se atasca y se detiene.

Los entrenadores bajaron a la fosa y empezaron a dar vueltas alrededor de los animales ensamblados hasta que encontraron un punto de acceso; entonces, los cogieron de las patas traseras y los levantaron. Los perros se separaron instintivamente y continuaron peleando. La furia duró poco: agotados, los duelistas dejaron de morderse, como dos gladiadores que deciden perdonarse. Empate. Silbidos de decepción entre el público.

El combate siguiente lo anunció el murmullo de los espectadores.

Las cicatrices de las heridas más recientes brillaban a la luz de los faros: se trataba de dos veteranos, lo comprendió hasta Nicolas. Permanecieron en un rincón de la fosa unos cinco minutos largos, indiferentes a los gritos de la gente, pero, cuando se lanzaron al centro del cuadrilátero, el combate fue rápido: el mastín se lanzó al cuello del bull terrier, que dudó un instante de más, sin saber si esquivar el ataque o atacar a su vez, y acabó en el suelo. El mastín consiguió darle un par de dentelladas, pero expuso el cuello, lo que el bull terrier aprovechó para morderle en la yugular.

La noche siguió así, entre combates, apuestas y carne desgarrada.

Nicolas observaba a los perros que quedaban y empezó a ponerse nervioso, estado que transmitía al perro. No veía al Gualdo. Fue el público quien le advirtió de su llegada.

—¡Totó! ¡Totó! ¡Totó! —exclamaban.

Por fin llegaba el perro del Gualdo, el pastor belga que se mediría con Skunk. Les tocaba a ellos.

Nicolas vio acercarse al Gualdo, cuya piel icterica parecía fosforescente. No se dirigieron la palabra: ambos tenían los ojos clavados en los perros a los que llevaban a la fosa. En cuanto se vio allí abajo, Skunk se puso a gruñir y tensó todos los músculos del cuerpo: nuca, cuello, muslos, tobillos; su pelaje blanco se llenó de protuberancias fibrosas.

Se arrojó sobre Totó, que empezó a esquivar los ataques con elegantes saltos laterales, haciendo que el dogo chocara contra las paredes de la fosa. Nicolas, tensísimo, miraba y, cada vez que Skunk chocaba, se llevaba las manos a la cabeza, pero la perra volvía al instante a la carga. Al quinto intento, cuando el pastor se apartaba a la izquierda, Skunk se detuvo y cambió rápidamente de dirección. Los dos perros se enzarzaron en tal remolino de miembros y colmillos que levantaron una nube de polvo que por unos segundos los ocultó a la vista de Nicolas. Cuando el polvo se disipó, apareció Skunk jadeando y mirando a su amo con la lengua fuera. Nicolas se acercó un paso para ver mejor: aquel trozo de carne que le colgaba de la boca no podía ser suyo, era demasiado largo, demasiado pulposo. Entonces vio a Totó en el suelo, escupiendo sangre. Skunk le había arrancado la lengua.

—¡Skunk! —Nicolas movía los brazos arriba y abajo, como para incitar al público—. ¡Skunk! ¡Skunk!

Pero la perra permanecía impasible. Nicolas se arrojó entonces a la fosa sin esperar a que

pusieran la escalera y se revolcó por el suelo abrazado a su campeona.

## VELATORIO

—Empieza a darme asco todo esto.

—Pues así son las cosas.

—Y también Nicolas. Él también me da asco —continuó Dron.

—Las cosas buenas y malas que hacemos se hacen y punto. Cuando uno decide vivir esta vida, la vive. Hoy estamos, mañana no. Es así, no lo decidimos nosotros.

—¿Y quién lo decide?

—¿Quién lo decide? ¿Quién lo decide? —Dragón se metió las manos en los bolsillos—. Pues nadie. Las cosas lo deciden.

Aligeró el paso, llegaban tarde al velatorio de Bizcochito.

La voz de Greta se oía potente a decenas de metros. No parecía una mujer destrozada, como se habían imaginado Dron y Dragón, parecía más bien estar dando un discurso o, mejor, parecía uno de esos predicadores de las películas americanas.

Dragón inspiró, se armó de valor y entró en el bajo, arrastrando a Dron, que había cambiado de idea y se resistía a entrar. Se trataba de un amigo. Lo había matado Nicolas y, por tanto, lo habían matado todos. No se puede mirar a la cara a una mujer que ha perdido a un hijo y menos de esa manera.

—Pues no la mires a la cara —le había contestado Dragón, pero sin malicia. Dragón solo quería armarse de valor y reprimir aquellas lágrimas que le asomaban a los ojos antes de que las viera Dron. No sabía si Bizcochito había sido realmente un traidor, pero lo que sí sabía es que había sido un amigo, uno más del grupo.

Dentro, el ataúd blanco destacaba en la penumbra: ya estaba cerrado. En su interior yacían los restos carbonizados de Bizcochito, que no podían mostrarse ni siquiera para darle una última caricia. Greta tenía la mano encima, como si se aferrase a una tabla de salvación, y les hablaba a las mujeres del barrio, madres como ella:

—Tener hijos varones es terrible. Este es el destino que les espera. Primero mi marido y ahora Eduardo. ¡Maldito sea este país, maldito sea este Estado, que para descubrir la verdad tiene que esperar a que se la diga una criatura de once años! ¡No podían descubrirla solos!

No paraban de llegar mujeres; la abrazaban y luego hacían mimos a los mellizos, que, vestidos de luto pero sin saber que no volverían a ver a su hermano, permanecían en un rincón del cuarto, cogidos de la mano. Las mujeres dejaban la comida que habían preparado para el velatorio y, con el rosario en la mano, asentían a las palabras de Greta. Dragón se dio ánimos y se puso en la cola con las mujeres.

—La acompaño en el sentimiento, señora... —le dijo cuando llegó frente a ella—. Venimos a decirle que puede quedarse el préstamo.

Greta lo miró sin expresión. La mujer se había quedado helada de repente y a Dragón se le erizó el vello de los brazos. Nunca había visto una cara como aquella, mejor dicho, sí: se parecía a Uma Turman, solo le faltaba el traje amarillo. Le apuntó con el índice como si fuera una pistola y exclamó, en aquel tono de predicador:

—¡Vosotros! ¡Vosotros lo habéis matado! ¡Sois unos bestias, unos animales! —Avanzaba tan amenazadora que por un instante temió Dragón que aquel dedo disparase de verdad—. Y como animales tenéis que morir, asesinados, solos, de mala manera, traicionados por vuestros amigos como vosotros habéis traicionado a vuestro amigo, porque Eduardo... Eduardo... Bizcochito, como lo llamabais vosotros, os quería.

Y alargó la mano para tocar a Dragón.

Pero Dragón ya había retrocedido y, volviéndose, con las piernas temblando, echó a correr, precedido de Dron.

Dragón volvió al día siguiente. No sabía por qué sus pies lo empujaban hasta allí, quizá esperara decirle a la madre de Bizcochito algo más de lo del préstamo, buscaba, si no el perdón, sí un poco de benevolencia. Encontró un cartel verde pegado a la puerta y el número de teléfono de una agencia inmobiliaria. Greta había abandonado la ciudad.

## AQUÍ ESTAMOS

De la periodista que los entrevistaría solo sabían que era mujer y que trabajaba para un telediario local.

—¿Estará buena? —preguntó Briato.

—¡Quia! Esas de la tele están más lisas que una tabla —dijo Pichafloja con asco y, como siempre, empezaron a burlarse de él porque le gustaban las gordas. Después del incendio, se habían visto en el Nuovo Maharaja o por la calle, pero no habían vuelto a reunirse todos. Nicolas sabía que aquella era la ocasión para hacerlo: por primera vez dirían a todos que existían, harían oír su voz. De alguna manera, además, honrarían la memoria de Bizcochito. Eso sí: debía estar concentrado, medir las palabras. «Ojo con irse de la lengua.» La entrevista tendría lugar en la salita y, para la ocasión, habían retirado el fútbol y las máquinas tragaperras. Hasta el póster de Stoya lo habían doblado cuidadosamente para guardarlo. Solo paredes blancas y neutras que hicieran irreconocible el lugar. Y para ser ellos mismos irreconocibles, Dron se había agenciado unos pasamontañas Mephisto.

—¡Cómo molan! —dijo Tucán, haciéndose un selfi y, dirigiéndose a Lollipop, añadió—: Lo mismo da que te pongas capucha, ¡un capullo es un capullo por mucho que lo tapes!

—Tíos, yo también quiero salir en la tele —dijo el White, pero Nicolas negó con la cabeza—. Marajá —insistió—, ahora somos una banda, tengo derecho.

Nicolas le aclaró que aquella era una vieja historia que debían cerrar ellos, los Niños.

—Son asuntos nuestros, White —le dijo y el White se tragó el orgullo y renunció: no iba a romper la alianza por salir o no salir en la tele.

Cuando Remanguito vio llegar a la periodista con el cámara, envió a Nicolas la señal convenida: la banda al completo se puso entonces en fila junto a la pared, con la cara cubierta por los pasamontañas negros que solo dejaban al descubierto los ojos y la boca. Marajá ocupaba el centro y a ambos extremos se situaban Dragón y Lollipop, los más altos. Ante la pared desconchada, aquella fila de chavales encapuchados podían ser de cualquier suburbio del mundo. Eso fue lo primero que pensó la periodista al entrar en la salita y verlos y, si se sorprendió o se asustó, no lo dejó ver. Señaló al encapuchado que la miraba con unos ojos magnéticos, unos ojos negros que perforarían la pantalla. Excelente, pensó. Mientras el cámara montaba el trípode, ella explicó cómo se desarrollaría la entrevista.

—Sentíos libres de hablar, de decir incluso alguna palabrota. Cuanto más cómodos os sintáis, mejor. Comprendo vuestra situación, en serio, hace mucho que me ocupo del tema y ahora tenemos la oportunidad de contar lo que sucede en los suburbios pobres de nuestras ciudades...

—Señora —la interrumpió Dragón—, nosotros estamos en el centro.

—Sí, claro, pero el ambiente os empuja a las afueras...

—¡Que no, señora! —exclamó Nicolas, con la mirada endurecida—. Nuestra casa es Forcella, mandamos nosotros.

La periodista dio instintivamente un paso atrás. Su cuerpo había intuido el peligro antes de ser ella consciente, unos instantes después, de que aquellos chavales no eran los típicos «desheredados» a los que estaba acostumbrada a entrevistar. Se sobrepuso con una sonrisa profesional, pero mantuvo la distancia que había ganado y le dijo a su compañero que la entrevista podía empezar.

—¿Tú eres el jefe? —le preguntó a Nicolas.

—Sí —contestó enseguida Nicolas. Quiso añadir algo, pero se quedó mirando el rectángulo negro de la cámara y cayó entonces en la cuenta de que no era una buena respuesta—. No —rectificó—, somos bróders, somos hermanos. Aquí nadie es superior a nadie... Esto es... —Tardó un instante en encontrar la palabra adecuada—. Una democracia.

La periodista asintió y le puso el micrófono a otro encapuchado.

—¿Qué quieres ser de mayor?

—Soy ya mayor —contestó Tucán.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Y cómo os ganáis la vida?

—Somos empresarios —contestó Briato.

—Ya. ¿Y a qué os dedicáis concretamente?

—A cosas...

—¿Puedo pedirlos que seáis un poco más precisos?

—Logística y distribución al por mayor —intervino oportunamente Dron.

—¿Qué queréis ser de mayores?

—Lo que somos ahora —siguió contestando Dron.

—¿Y cuando seáis más viejos?

—Yo no quiero ser viejo —dijo Lollipop—. ¡Qué asco!

La periodista pareció desconcertada unos segundos, pero aprovechó aquella respuesta para entrar en materia:

—¿Por eso no teméis la violencia que reina en estas calles?

—No tenemos miedo de nada —confirmó Lollipop y todas las cabezas encapuchadas asintieron.

—¡Lo juro por mi madre! —concluyó Pichafloja.

—Entiendo... —dijo la periodista y se volvió al cámara, pero solo un poco: esa era la señal con la que le indicaba que redujera el encuadre, iba a hacer la pregunta clave:

—¿Vendéis droga?

Sonrisas y miradas dirigidas en todas direcciones. Uno dijo algo incomprensible y las sonrisas se transformaron en una carcajada general.

—No somos tontos —dijo al fin Nicolas, contestando por todos—. Señora, aquí no hay trabajo. Si hubiera trabajo...

—Es verdad —dijo Dragón—, nos tienen abandonados...

—De aquí se va todo el mundo...

—¿Y armas? ¿Tenéis armas? —preguntó la periodista sin dejarse distraer por los lamentos.

—Señora, eso no se dice...

—¿Os consideráis malos?

—Más que malos, si algo queremos, lo cogemos.

—¿Aunque sea ilegal?

—Legal, ilegal... ¡Uh! —exclamó Nicolas—. La cosa es más vieja que Matusalén. Es legal quien puede permitírselo e ilegal quien no puede permitírselo. Eres ilegal hasta que compras la legalidad.

—¡Bien dicho, bróder! —Y todos se echaron a reír.

—Asesinatos, tiroteos... —continuó la periodista—, leemos en todos los periódicos que se ha declarado una guerra. ¿Qué pensáis?

—Pues que son cosas que pasan.

—¿Sois vosotros los responsables de los homicidios que se cometen en Nápoles?

Los encapuchados se volvieron hacia el muchacho que había negado ser el líder. Nicolas sabía que la respuesta que diera sería como una navaja de doble filo: por un lado atraería la atención de la fiscalía, pero por otro dejaría claro de una vez para siempre que mandaban ellos.

—¿Qué quiere que le diga? Quien nos busca nos encuentra —contestó.

—¿Cómo, perdona?

—Aquí estamos. Quien nos busca nos encuentra.

El cámara enfocó aquellos ojos negros. La entrevista había terminado.

A los pocos minutos de marcharse los periodistas, Dron, con el pasamontañas todavía puesto, se acercó a Nicolas y, preocupado, le dijo:

—Nico, ahora se nos echarán encima.

—Tíos —dijo Dragón—, nada de llevar las pipas encima, ni de guardarlas en casa.

Nicolas suponía que registrarían sus casas. Sería una reacción, la prueba de que la banda inspiraba miedo. Estaba harto de que jueces, policías, carabineros y demás agentes del orden siguieran creyendo en la leyenda de que los niños no saben mandar, de que mandar es cosa de capos viejos, de hombres maduros. La madurez, pensó Nicolas, lleva al miedo, al miedo a la muerte. Ellos eran los Niños, los únicos capaces de ejercer el poder en el momento, aquí y ahora, sin mañanas.

Esa misma noche la policía registró las casas de la banda.

—Adelante, entren —dijo la madre de Nicolas—. ¿Todo este jaleo por qué? ¿Por un muchacho?

—Madre mía, ¿esto qué es? ¡Ni que viviera aquí un terrorista del EI! —dijo el padre de Dron.

El padre de Pichafloja se fue derecho a su hijo y le dio una bofetada:

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? ¡Nada!

Todo los padres recibieron la misma respuesta:

—Estamos haciendo nuestro trabajo. Siéntense. Nos iremos cuando hayamos terminado.

Los agentes miraron por todas partes: debajo de las camas, en los armarios, en los cajones, en los electrodomésticos. No encontraron nada, ni siquiera un poco de hachís, y se marcharon con

unos cuantos papeles, atestados redactados a título informativo.

El Estado salió de aquellas casas entre insultos de los parientes de la banda y se alejó montado en coches patrulla que pasaron junto a soportes para bicicletas y macetas en las que, a pocos metros de aquellos edificios, la banda de los Niños había escondido las armas que llevaban todos los días.

## LA BANDA SE HACE A LA MAR

—El martes nos vamos a pescar a Salerno.

Estaban sentados a la mesa de un restaurante mexicano que habían abierto hacía poco con mucho bombo, El Pueblo, lleno de sombreros y ponchos colgados de las paredes e imágenes que querían crear un ambiente cálido, con fotos de pimientos, toros y mares azulísimos. Tucán había insistido mucho en ir. Tenían mesa reservada en todos los locales de la ciudad y él quería probarlos. Al final Nicolas había cedido: «Reunámonos en el Pueblo.»

A medida que las botellas de Moët se acababan («¿Es que beben champán en México?», había preguntado Pichafloja), se vaciaba también el local.

—El Bros me ha dicho que la mercancía lleva escrito el símbolo del Arcángel —contaba Nicolas.

—¿Y tú qué le has dicho, Marajá? —preguntó Briato llevándose a la boca una fajita. Era la cuarta vez que le hacían la pregunta.

—Le he dicho que lo cambie por una «F».

—¿Y?

—Me ha preguntado: «¿La F de Fiorillo?» y yo le he contestado: «No, la F de Forcella.»

Y volvieron a brindar.

—¡Por Forcella! —gritaban, haciendo tintinear las copas—. ¡El límite es el cielo!

—¡Lo que le habría gustado esta fiesta a Bizcochito! —dijo Dron, a lo que Tucán replicó enseguida:

—El pasado, pasado está.

Dron dejó ruidosamente la copa y dijo:

—No, no está pasado, ni mucho menos. Bizcochito tenía que estar aquí. Yo nunca he creído que fuera un traidor.

Nicolas pensó que sería mejor aclarar las cosas:

—Si queremos seguir donde estamos, tener lo que tenemos, debemos despejar cualquier sospecha. Una sola sospecha y estamos perdidos. A él lo seguía la poli, no podía continuar siendo de la banda. Era bróder y dejó de serlo.

—Es duro, pero es así —dijo Dragón poniéndole a Dron la mano en el hombro.

—Es así, tíos —concluyó Tucán, y levantó la copa—: ¡Por Forcella!

Cinco días después, llegaba el primer cargamento al puerto de Salerno; era martes y la banda, con un sol que se había puesto hacía una hora pero seguía iluminando, esperaba apostada sobre

los surtidores de gasolina de una estación de servicio que dominaba el puerto. Desde allí veían los cargueros entrar y salir con unos prismáticos militares que le había vendido a Lollipop un ucraniano de confianza que trabajaba en su zona.

—¡Ahí viene, es ese! —exclamó Briato. Nicolas le arrebató los prismáticos y se los devolvió enseguida.

—No —lo corrigió. El Bros no le había dicho cómo identificaría al carguero, solo que lo reconocería.

—¿Tiene esto visión nocturna? —preguntó Nicolas.

Lollipop manipuló los prismáticos como si fueran un objeto del otro mundo y, al final, dijo, orgulloso, que ya estaba enfocado.

—¡Marajá, ese es! —exclamó Tucán—. ¡Mira!

—No —repitió Nicolas, pero esta vez se quedó los prismáticos. Aquel juego empezaba a mosquearlo. Si el barco que le había prometido el Bros no llegaba, perdía todo: credibilidad, dinero, poder, la ciudad. La alianza con los Melenudos se iría al traste y los viejos, sepultados en sus casas, encerrados en sus barrios blindados, seguirían mandando. Su misma banda, ya sin madriguera, terminaría disuelta.

Nicolas apretó los prismáticos con todas sus fuerzas. La luz de los faros lo deslumbraba con fogonazos verdosos y notaba que sus amigos, a su lado, ardían de impaciencia por la espera y aquel parón tan largo. Mario Bros le había asegurado que los tripulantes del barco le harían una señal. Y había querido dejar claro: «Son los tripulantes los que llevan la mercancía de un sitio a otro. Sin ellos no vales una mierda.»

—¿Llega o no llega el barco, Marajá? —preguntó Dragón.

No, iba a decir otra vez, pero entonces los vio.

Cuatro contenedores en un carguero que acababa de entrar en el puerto. En cada contenedor se veía una «F» enorme. Esa era la señal.

Nicolas le lanzó los prismáticos a Lollipop y ordenó a los demás que se movieran:

—¡Vamos, tíos, que llega la mercancía!

En el puerto los esperaba una lancha neumática de una hélice y un magrebí que hablaba poco y gruñía mucho.

—¡El contrabandista! —exclamó con entusiasmo Tucán en cuanto lo vio.

—¿Vienes del barco? —le preguntó Nicolas.

El hombre arrancó el motor y, con una voz casi inaudible en medio del batir del agua, dijo:

—Silencio.

Los llevaba al barco a una velocidad demencial y con las luces apagadas, para reducir el riesgo de que los interceptaran en aquel breve trecho. La proa se empinaba y, cuando caía, salpicaba a los pasajeros con una miríada de gotas. Nicolas recibía aquellas gotas sonriendo, se las bebía: después de lo mucho que había sufrido aquellas semanas, la sal le sabía dulce.

—¡Forcella! ¡Forcella! ¡Forcella! —exclamó la banda en voz baja, en un tono sordo de hinchada clandestina.

El magrebí repitió su orden de guardar silencio, pero Nicolas se sentía ya plenamente el Marajá. Somos la banda de los Niños, se dijo, y lo seremos siempre.

El magrebí apagó el motor y dejó que la lancha avanzara cabeceando hasta que se detuvo a unos metros del flanco del carguero. Lollipop se levantó y quiso tocarlo para ver si había una

escalera con la que subir a bordo, pero el magrebí lo sentó tirándole de la camiseta y se llevó el dedo a los labios.

—Silencio —dijo también el Marajá antes de llevarse el dedo al oído.

En aquella oscuridad sin horizonte se oyó un golpe sordo. Paf. Y la lancha se meció un poco.

Todos se volvieron bruscamente: habían tirado algo al agua.

Paf, paf. A la derecha. Otros dos ruidos sordos de algo pesado que caía.

Paf, paf, paf, paf. Aquello ya era una lluvia que caía por todas partes.

Alumbraron el agua con linternas y empezaron a recoger los fardos. En la excitación de aquella caza del tesoro, Lollipop fue el primero que perdió el equilibrio. Dron se zambulló para seguirlo y luego se lanzaron también Pichafloja y Dragón. Empezaron a salpicarse, a quitarse las camisetas y a hacerse aguadillas unos a otros, a jugar y a echarse carreras. Cuando al final Tucán se quitó toda la ropa, calzoncillos incluidos, el magrebí, escandalizado, perdió toda esperanza de hacer que se callaran. Los maldijo en su idioma y se puso él mismo a gritar, a decirles que eran unos gilipollas, unos críos, a lo que ellos contestaban que claro que lo eran, eran la banda de los Niños, lo sabía todo el mundo. El hombre los amenazó con marcharse y abandonarlos allí y se puso al timón, pero al final desistió al ver que los que quedaban a bordo ayudaban a los otros a subir, si bien Briato aún tiró otra vez al agua a Lollipop, desencadenando la hilaridad general.

Restablecido más o menos el orden, el timonel abrió un recipiente térmico, dio a cada uno una red de pesca y dijo:

—A pescar.

Habían visto muchos paquetes como los que empezaron a recoger, pero aquellos eran más pesados y además estaban envueltos en material impermeable. Recogieron unos cincuenta, jugando a ver quién pescaba más, como si estuvieran en un parque de atracciones. El magrebí ya se había resignado y los miraba con los brazos cruzados.

Nicolas, Dragón, Pichafloja, Briato, Lollipop, Dron, Tucán. Habían vuelto a la escuela, a los tiempos en los que se divertían con cualquier cosa. Se miraban buscándose la carcajada y mirándose se contagiaban la alegría. Daba gusto volver a ser hermanos, daba gusto ser una banda. Desde la quema de la madriguera, desde la muerte de Bizcochito, esa era la primera vez que lo sentían.

Volvieron al puerto, se despidieron del piloto, «Allah akbar», subieron a los coches y se dirigieron a las cercanas canteras de Cernicchiara, donde esconderían la droga que los días siguientes seguiría viaje hasta la ciudad. El Bros le había dicho a Nicolas que lo más peligroso de la operación era precisamente esconder la droga, sobre todo al final. Debían buscar un lugar próximo a las zonas de venta: lo bastante cerca como para que garantizaran el pronto abastecimiento y lo bastante lejos como para no despertar sospechas.

—Un gimnasio —había dicho Nicolas.

—¿Un gimnasio? —había preguntado el Bros enarcando la ceja.

—El gimnasio de una escuela, de noche, cuando no haya nadie.

—Aprendes rápido, Fiorillo. —Y por una vez había asentido.

Escondieron la mercancía en una galería secundaria abandonada, debajo de una lona, pero Nicolas se quedó con un paquete de coca.

—Este, hermanos, es para nosotros.

Le hizo un tajo en un lado y esparció un poco de polvo blanco sobre un banco de hierro.

# LA CHAQUETA METÁLICA

Oxígeno. Nicolas Fiorillo, el Marajá, se había convertido en el amo del oxígeno. Y el oxígeno es como Google: gratis y necesario para todos. La droga del Bros seguía llegando puntualmente, como les habían prometido a los jefes de zona. Nicolas Fiorillo era Dios. Daba la vida. Daba el aire a todos los seres humanos. Y el primer acto de Dios había sido gratuito. Como Google, por cierto. Primero, a su banda, para infundir nueva savia y ahuyentar dudas y debilidades. Después, a los Melenudos, para afianzar la alianza con el vínculo más fuerte, el vínculo del aire que permite la existencia.

Nicolas había dado droga a todos y todos la habían hecho circular, como si fuera el verbo. Susamiello, Remanguito y Pachi se lo habían creído tan a pie juntillas que habían hecho una imagen de santo con una foto de Nicolas, la habían reproducido mil veces y la repartían junto con la mercancía que entregaban. Aquello había disgustado a Nicolas al principio, porque había corrido la voz de que conseguía préstamos a todo aquel que se lo pidiera, encontraba trabajo a todo aquel que lo necesitara y hasta regalaba una PlayStation a todo aquel que le rezara a su hermano Christian, el mártir, pero luego había comprendido que la santidad podía serle útil, porque un santo siempre tiene fieles devotos.

Al White y a los suyos les había dado también algunas armas del arsenal, tanto para que protegieran la droga como para atraérselos más hacia la banda.

A la playa de Bagnoli habían ido mil veces. En aquel momento renacía allí la Ciudad de la Ciencia, pero aún existía aquella playita de guijarros.

El White puso en fila a sus hombres. Iluminados por la luna llena, todavía parecían más pálidos: un hatajo de pobres desgraciados y toxicómanos. Carlitos Way aún llevaba las señales de la tortura del Gatazo —unas cicatrices en las comisuras de la boca que le ampliaban la sonrisa, como al Joker, y la nariz torcida, como de boxeador sonado—, pero no parecía importarle, porque había reemplazado los dientes que le arrancaron por dientes de oro y no paraba de pasarse la lengua por los incisivos, como si quisiera sacarles brillo. El Salvaje solo ejercitaba el músculo que usaba para jugar al billar y Orso Ted estaba, si cabe, más gordo y era idéntico, con el pelo rapado al cero que llevaba, al Patoso de *La chaqueta metálica*.

Parecemos muertos vivientes, pensó el White, pero enseguida desechó aquel pensamiento. Desde que Nicolas les hablara en la azotea, no había vuelto a dudar de la conveniencia de su alianza: «Mejor cabeza de ratón que cola de león.» Se imaginaba al frente de la alianza en unos años; los viejos estarían muertos, Nicolas le serviría una copa de Moët. Debía tener paciencia, ayudar al Marajá, dejar que él hiciera el trabajo sucio.

Entretanto, debía adiestrar a sus hombres. Tenían que aprender a disparar, ser de nuevo

peligrosos, y, entonces, desbancaría a Nicolas. Pero él debía demostrar que era un capo y un capo no teme la muerte.

Pasó revista a los Melenudos. A Orso Ted le dio un golpe en la prominente barriga, al Salvaje le ordenó que enderezara esa espalda. Carlitos Way se había cuadrado y se había llevado la mano a la frente. El White se acarició la coleta de samurái en señal de aprobación.

Orso Ted llevaba la mochila con las armas. El White abrió un poco la cremallera, metió la mano y sacó una granada. Delante de su tropa, empezó a lanzarla al aire y a cogerla, confiado. Quitó la espoleta, la lanzó lejos y dejó sordos a sus hombres un momento. Cogió otra granada.

—¡Toma! —dijo lanzándosela al Salvaje. Este se tiró al suelo y la atrapó con ambas manos—. Te has acojonado, ¿eh? —Y, a luz de la luna, se vio su sonrisa de dientes podridos—. ¡En pie! ¡En pie, te digo!

No titubeaba. Hablaba con voz seca, marcial, y el Salvaje pensó que su jefe se volvió jefe cuando otro le dijo que nunca lo sería. Se puso en pie, sujetando la granada como si fuera a explotar de un momento a otro.

—A ver cuánto tiempo la sostienes —dijo el White—. Quítale la espoleta.

El Salvaje miró a Carlitos Way y a Orso Ted, pero ambos estaban mirando al frente, como buenos soldados. Metió el dedo por la anilla y tiró de ella pero sin llegar a sacarla. Orso Ted y Carlitos Way se tiraron al suelo y el Salvaje lanzó la granada al mar como se lanza una medusa que se nos ha pegado al gemelo. La granada hizo plaf y se hundió en el mar negro.

—Esta vez te has acojonado, ¿eh, Salvaje? —rió el White. Se acercó a Orso Ted, metió la mano en la mochila y sacó otra granada.

—Mirad, tíos.

Dio unos pasos en el agua. Había leído en internet que el detonador de aquella granada, una MK2, se activaba a los seis segundos. Quitó la espoleta y empezó a contar en voz alta.

—Uno. —Y levantó la bomba por encima de la cabeza—. Dos. —Y se la llevó a la espalda—. Tres. —Y levantó el otro brazo en la postura del lanzador de peso—. Cuatro.

El Salvaje notó un líquido denso y caliente bañándole la cara. Escupió y se limpió los ojos con el dorso de la mano, justo a tiempo de ver al White en la misma posición, pero privado de una buena mitad del cuerpo. Orso Ted y Carlitos Way gritaban, pero a él le parecían mimos, porque el estruendo lo había dejado momentáneamente sordo.

El White siguió de pie unos segundos más y se desplomó en el agua.

Así pasaba al otro mundo el White, capo de los Melenudos, traicionado por una cuenta atrás y una información errónea.

## ATENTADO

A Massimiliano le gustaba su vida a contracorriente. Trabajar de noche, cuando no había ruido, y dormir por la mañana. En el taller mecánico hacía siempre el último turno y el hecho de que le tocara arreglar motos y de que le hubieran ofrecido un contrato de aprendiz, pese a tener ya cierta experiencia como mecánico de coches de carrera, le importaba poco. Caminaba por via dei Tribunali a buen paso y no redujo la marcha hasta que se cruzó con un chaval de su edad que tiraba de un perro más bien renuente.

—¡Vamos, Skunk! —decía aquel chaval, restallando la soga que usaba de traílla.

Massimiliano pasó sin reconocerlo; Nicolas, por su parte, hurgó en su archivo mental, donde tenía fichadas todas las caras del barrio. El mecánico, se dijo, y siguió tirando de Skunk, que había levantado las orejas:

—Skunk, ¿qué pasa?

Massimiliano siguió adelante y dobló a la izquierda por via Duomo. Nicolas lo vio desaparecer por la esquina y en ese momento oyó tres estampidos secos, como de carburador de moto que acelera. Instintivamente sacó la pistola, se arrojó al suelo, pegó la cabeza al asfalto y tiró de Skunk hacia sí. Oyó otros siete estampidos, quizá más, en rápida sucesión. Cuando levantó la cabeza, vio a un hombre con casco que se alejaba en una moto. Un atentado, en pleno Forcella.

Nicolas salió al descubierto, con Skunk, que ladraba sin parar, y miró a un lado y otro, aunque ya sabía que no habría más atacantes. El hombre que había querido matarlo había tenido miedo; si no, no se explicaba que hubiese disparado tan seguido, casi al azar. Se asomó a la esquina de via Duomo y allí estaba el mecánico. Massimiliano había sido alcanzado por dos disparos, uno en el hombro y otro en la yugular, el fatal. Nicolas se acercó con respeto. Aquel desgraciado había recibido los balazos que le estaban destinados a él. Massimiliano le había salvado la vida: el asesino debía de haberlos confundido.

—¡Skunk, tranquila! —dijo Nicolas y por fin el perro se calmó. Se guardó la pistola, se hizo la señal de la cruz y se fue.

Aunque solo había habido una víctima, Forcella se llenó de ambulancias y coches de policía yendo y viniendo. Nicolas se había dado prisa y había vuelto a casa antes de que llegaran las fuerzas del orden, instalaran puestos de control y el barrio se militarizara. La noticia del atentado se difundió por un velocísimo boca a boca, pero los rumores no aclaraban a quién habían matado. ¿Acaso había muerto Nicolas el Marajá?

La banda de los Niños se metió en el Cayenne de Briato y fue a casa de Nicolas, que se asomó a la ventana.

—¡Os quiero, os quiero mucho! —dijo levantando el puño, como un Jefe de Estado que acaba de sobrevivir milagrosamente a un golpe y dirige su primer pensamiento al pueblo y al futuro del pueblo, cuya prosperidad no impedirán unas manzanas podridas. Y su pueblo respondió:

—Ha sido un milagro, Nico, ha sido un milagro. ¡Viva el Marajá!

Con Mena y Letizia no sería tan rápida la cosa. Su madre, como hacía siempre, había ido a recibirlo a la puerta:

—¡Aquí estás! —le dijo abrazándolo como si quisiera asegurarse de que era de carne y hueso, no de humo. Lo miró con el orgullo de una madre que ve que su hijo siempre gana. Y al verle las palmas de las manos, desolladas en el asfalto, le dijo—: Estos son tus estigmas. Te has salvado porque así lo ha querido el Señor. —Y se las acarició—: Tú eres especial, Nico, no lo olvides.

Letizia acudió en cuanto le fue posible.

—¡Amor! —le dijo abriendo los brazos más para dejarse abrazar que para abrazarlo—. ¿Estás herido?

—Estoy bien, amor —contestó Nicolas, estampándole un beso en el vientre—. Conmigo no pueden.

—¿Quién ha sido?

Letizia había llorado y no lo ocultaba: el rímel se le había corrido y le llegaba a las comisuras de la boca.

—Un cobarde. No te preocupes, amor, no te pongas nerviosa.

La sentó, cogió una silla y se sentó delante. Letizia le pidió que se lo contara todo y colmaba de mimos a Skunk.

—¿Te das cuenta de que te ha salvado? De no ser por la perra, ¿qué habría pasado, Nico? ¿Nos habríamos quedado solas la pequeña y yo?

Así descubrió Nicolas que era una niña.

—¿De veras? —le preguntó, sintiendo que lo embargaba una alegría incontenible. Levantó a Letizia, le hizo dar una pirueta y la abrazó con todas sus fuerzas.

—¿De veras te alegras, Nico? No me atrevía a decirte que era una niña, que no te daba un varón. —Se le humedecieron los ojos—. Pero pensé que podías estar muerto, que podías ser tú el chaval ese tendido en el suelo y que jamás sabrías que ibas a tener una hija. —Le tomó las manos y se las puso en el vientre, redondo como el mundo—. Nico, júrame que estarás más atento: ahora eres padre, no puedes dejarnos solas. Un padre debe proteger el futuro y debe proteger a su familia y, por tanto, debe protegerse a sí mismo. —Parecía que se hubiera dicho aquello mentalmente muchas veces—. Piénsalo, Nico. No quiero meterme en tus cosas, ya lo sabes, pero ahora es distinto.

—Lo sé, Leti, pienso en eso a toda hora, sois mi vida. No te preocupes, arreglaré todo, pero ahora tienes que desaparecer un tiempo, hasta que encontremos al asesino. La casa del Vomero aún no está lista, sigue en obras, pero ya se puede vivir allí. Mejor que piensen que no vive nadie. Además, los muebles llegan la semana que viene. De momento bastará con unos colchones, mi madre se encarga.

Letizia le tapó la boca:

—No sigas, trae mala suerte hablar de eso...

Y le dio un beso suave en los labios.

Nicolas se apartó:

—¿Qué beso es ese?

—¿Cómo que qué beso? Un beso cariñoso porque te quiero.

—Yo no quiero un beso cariñoso —dijo Nicolas atrayéndola hacia sí.

—¡Cuidado con la barriga!

—No quiero un beso en la mejilla ansioso de cariño. No quiero un beso en los labios ansioso de amor. Quiero un beso feroz, ansioso de todo, todo.

## LA CESTA DE MANZANAS

—La última vez te portaste muy mal. Con aquellos cien euros, fuiste un maleducado.

—Le traía a usted un regalo especial y tenía que entregárselo deprisa, aquello empezaba a oler mal.

—Da igual, eres un maleducado.

—Esta vez me ha parecido contenta.

—¿Qué le has traído?

—Un centro de flores de porcelana.

—Eso está mejor, hombre.

Se habían abrazado y habían intercambiado estas pocas palabras de circunstancias.

No le dijo Nicolas al Arcángel que circular por las calles de Ponticelli era como llevar un coche de *rally* en el París-Dakar. Baches, saltos, socavones, calzadas que se confundían con las aceras. Un bache, quizá un badén que alguien había saboteado dejando solo unos resaltes asesinos, lo había obligado a hacer una maniobra brusca y una rosa del centro de porcelana se había roto. Solo cuando llegó ante la profesora Ciatello, Nicolas se dio cuenta y, entonces, le rogó que esperara un minuto, buscó el pétalo de porcelana entre los billetes, tocó un timbre al azar y pidió prestado un poco de pegamento Attack. El resultado era discutible, el apaño se notaba, pero Nicolas nunca había sido un manitas. Volvió con la profesora, se disculpó, le dio el centro de mesa y por fin pudo subir.

Se habían acomodado en la cocina porque el salón era impracticable, lleno como estaba de herramientas. Don Vittorio le había pedido al Cigüeñón que instalase unos climatizadores más potentes, costaran lo que costaran. El Cigüeñón había desmontado los viejos aparatos, que yacían en el suelo sobre unos plásticos, y estaba desempaquetando otros de última generación.

Por fin el Arcángel se había cortado el pelo. Ya no le caía por las orejas ni por la nuca formando rizos sucios, ahora lo llevaba bien peinado con raya a la derecha. También llevaba otro perfume, olía a cedro.

Nicolas, que había abierto la mochila y estaba colocando los fajos en la mesa, fue apilando aquellos cuatro fajos de cien uno a uno. El Arcángel esperaba. Miraba alternativamente los billetes y a Nicolas; se encendió un puro, jugueteó con el cenicero, siempre en silencio. ¿Por qué estropear aquel espectáculo?

—Este mes estamos vendiendo un montón —dijo Nicolas. Pasó el dedo por el último fajo, como un crupier, y los billetes susurraron—. Esta es su parte, cuarenta mil euros. Don Vitto,

reconozca que ha ganado asociándose con nosotros.

«Socio» era la palabra que flotaba en el ambiente desde que se saludaron. En ella había pensado el Arcángel y en ella había pensado Nicolas. «Socio» significaba democracia, derechos y deberes iguales. Uno invertía y el otro trabajaba sobre el terreno, pero, al final, cada cual se llevaba su parte.

—Sí, estoy muy contento, Marajá. Y aún lo estoy más de seguir teniendo un socio.

—¿Ya sabrá que van por mí? —No lo sorprendía que el Arcángel supiera del atentado fallido. El telediario regional había abierto la edición de la noche anterior con la noticia. Otro muerto inocente. Otra víctima de la guerra entre clanes. ¿Hasta cuándo durará aquella carnicería? Hasta siempre, había contestado Nicolas al pasar aquella mañana por un quiosco y ver los grandes titulares de los periódicos expuestos en la acera. ¿Cuándo entenderán que esta ciudad está en guerra?, se había dicho. Si lo admitieran, estos periodistas tendrían hecha la mitad de la tarea—. Descubriremos quién ha sido. —Al entrar en la cocina había visto enseguida dónde guardaba el Cigüeñón las reservas de whisky, a las que se recurría cuando a la botella del mueble bar del salón le quedaban dos dedos. Se puso de puntillas y alcanzó un Masterson's del estante alto—. Haremos una escabechina. Las calles se teñirán de rojo, mejor dicho, de marrón, porque la sangre del cobarde es marrón como la mierda.

Fue, botella en mano, al escurridor, cogió dos vasos, los llenó, alzó el suyo como brindando y lo apuró de un trago.

—Que sepas, Marajá, que cuando los demás miran hacia arriba, tú debes mirar hacia abajo. Cuando los demás miran hacia fuera, tú debes mirar hacia dentro. Debes mirar siempre hacia donde los demás no miren —dijo el Arcángel, dando un trago—. Y en situaciones como esta, debes mirar más el bolsillo del amigo que el del enemigo. Más peligroso que el nido de víboras es la cesta de manzanas. El problema nunca son las víboras.

—Si se refiere a mi cesta, en mi banda somos todos bróders.

—Si tú lo dices, será verdad.

—Don Vitto —replicó. Nicolas empezaba a acalorarse. Y como no era solo por culpa del Masterson's, no dejó de servirse otro vaso—, no me venga con medias palabras, suelte lo que tenga que decir.

—Tú sabrás, es tu vida y tu banda.

—Sé reconocer a un traidor y de momento no veo a ninguno.

—¿Adónde ibas cuando te atacaron?

—Había sacado a pasear al perro.

—¿Y cuántos saben a qué hora y adónde vas?

Don Vittorio estaba sirviéndose otro vaso de whisky y sopesaba los fajos de billetes.

—Un billete de cien pesa un gramo —dijo.

Pero Nicolas estaba dándole vueltas a la pregunta que acababa de hacerle. ¿Cuántos lo sabían? Todos. No había estado tan ciego como para no habérsela hecho ya él mismo, mientras veía por la tele a los carabineros rodear aquella mancha de color rojo oscuro para evitar que los curiosos se acercaran. Pensó que no merecía aquella muerte tonta; él tenía que morir como un capo, de un tiro en la cabeza que le pegaran de frente. Se lo había imaginado muchas veces, pero morir así, sacando a mear al perro, en una esquina, en su barrio...

—Esos estaban esperándote —prosiguió el Arcángel—. ¿A que te asustaste? Menudo acojone,

¿eh? —Y le dio un beso en la frente.

—Entonces ¿quién ha sido, don Vitto? ¿El Gatazo? ¿Los de Secondigliano?

—¿Por qué querrían matarte esos? —quiso que reflexionara el Arcángel.

—Porque me detestan.

El Arcángel fue a servirse otro vaso de whisky pero se abstuvo.

—No —dijo chasqueando la lengua—. No. No basta con que te detesten.

—El Gatazo me quiere muerto.

—¿Y por qué no te ha matado ya? Porque tienes inmunidad.

—¿Inmunidad?

—La inmunidad de la edad, chaval. Quien mata a un niño le está diciendo al mundo que los niños pueden darle por culo. Queda muy mal. El problema es que vais creciendo y ya la inmunidad... En fin, ¿quién crees tú que ha sido?

—Alguien que quiere ocupar mi puesto...

El Arcángel asintió:

—¿Y quién crees que tiene derecho a ocupar tu puesto?

Aquella pregunta despertó en su interior una sospecha que había tenido hacía muchísimo tiempo, una duda que había permanecido latente, tan escondida que ni siquiera creía tenerla. Ahora lo asaltaba de nuevo y, cuanto más se resistía a admitirla, más grande se hacía y más parecía burlarse de él.

—Don Vittorio, sé a quién se refiere.

—Yo no he dicho nada.

—Se refiere usted a Luigi Striano.

—Eso lo dices tú.

—Dragón es hermano mío, don Vitto. Cuando va detrás de mí, no tengo que volverme.

—Haces mal. Es un Striano y siempre lo será.

—No lo entiende, don Vitto. —Lo decía para convencer al otro y para convencer a esa parte de su ser que volvía a sospechar—. Dragón vino a decirme que el Gatazo quería volverlo contra mí. Si fuera un traidor, no me lo habría dicho.

El Arcángel estalló en carcajadas:

—Es que la mejor manera de matar a un enemigo es unirse a él.

El Arcángel soplaba fuerte sobre los rescoldos de sus dudas y estos se avivaban echando un humo que nublaba recuerdos y certezas.

—No, don Vitto, no hablemos más del tema... —Pero el Arcángel ya no lo escuchaba. Había abierto el frigorífico, debía de haber dulces del domingo.

—Primero se une a ti y luego le dan Forcella, Marajá.

Nicolas no paraba de rascarse el paladar con la lengua, la idea le daba dentera.

—En fin —dijo el Arcángel, dejando la bandeja de los dulces en la mesa—. Anda, prueba estos babás, a ver si te endulzan la boca, seguro que te sabe amarga.

—No, gracias, don Vittorio, no me apetece.

Se imaginó en medio de un charco de sangre. La ecografía tirada en el suelo, los *flashes* de los fotógrafos. Una muerte tonta.

—Pruébalos, anda. —Esperó a que lo hiciese—. ¿Están buenos o no? Los mejores babás los

hacen en las afueras. Los del centro son para turistas. Marajá, cuando uno manda, todos son hermanos y nadie lo es. Se manda haciendo creer que nos fiamos de todos sin fiarnos en realidad de nadie. —El Arcángel volvió a llenar los vasos—. ¿Estás seguro de que no ha sido Striano?

—Seguro.

—Solo Dios lo sabe, pero podemos hacer una prueba.

—¿Una prueba?

—Te explico.

## LA PRUEBA

—Ese.

Los días siguientes al atentado, parecía que nadie sabía decir otra palabra: «Ese.»

Briato lo acribillaba a mensajes: «Estamos atentos a ese», escribía, dando a entender que velaba por la banda.

—Marajá —le dijo Tucán—, ese vive por el apellido que tiene.

—Ese —repetían Dron, Lollipop e incluso los más pequeños.

Nadie, aparte del Arcángel, lo llamó nunca por nombre y apellido, hacerlo habría sido superfluo, y, además, «ese» no merecía ya el respeto que da el bautizo.

Nicolas llegó a pensar que se habían puesto de acuerdo para desbancar al pretendiente al trono más peligroso y plantarle cara, confiando cada uno en sus fuerzas. Después de todo, ¿no había demostrado él mismo que todo era posible? *Nothing is impossible* y *Just do it*, se había hecho tatuar en los antebrazos.

Permaneció unos días escondido en el gimnasio de Lollipop, quien había convencido a sus padres de cerrarlo poniendo sobre la mesa un fajo de veinte mil euros: «Vamos a ampliar la sauna, las obras durarán al menos una semana.» Al final, harto de dormir en colchonetas de gimnasia aeróbica y de comer pizzas a domicilio, decidió seguir el consejo del Arcángel. Cogió el teléfono: cincuenta mensajes de los colegas, aunque ninguno en el chat de la banda. Y les escribió él:

**Marajá**

Mañana, ingreso.

Para ir al banco ya no se molestaban en vestirse como lo hacían sus abuelos los domingos. Nicolas fue en pantalón de chándal y sudadera con capucha, también los demás se presentaron vestidos como siempre y hasta más zarrapastrosos. Conocían el procedimiento tanto como el guardia jurado los conocía a ellos: pasaron por el detector de metales sin problemas, sujetando bien las bolsas de la basura llenas del dinero que iban a ingresar. Pasar por el banco era necesario por eso: tenían que ir sin armas para superar el detector de metales. Tucán llevó una maleta repleta de dinero.

—La próxima vez procurad no llamar tanto la atención —dijo el director—, ya he tenido que decir que sois del equipo de fútbol de mi hijo.

—Pues eso, director, somos del equipo de su hijo y le traemos la bolsa que se ha olvidado en el terreno de juego —dijo Nicolas.

Dejó la bolsa en la mesa y pidió que, por el método de siempre, le hicieran otro préstamo para

amueblar la casa del Vomero. No quería que a Letizia y a Cristiana les faltara nada, deseaba mimarlas y no pensar más que en el futuro de ellas. A Mena también le había dicho: «Cuando yo falte, mamá, te quedará la tienda» y ella se había emocionado.

No hubo problemas con el préstamo ni con el ingreso, al director le interesaba tratarlos bien.

—Gracias, director —le había dicho Tucán—, gracias a usted nos saltamos la cola hasta en el banco. —Y se había reído con ganas.

Al salir, antes de volver al gimnasio a encerrarse, Nicolas dijo que quería pasarse por casa a coger ropa y todos se ofrecieron a acompañarlo.

—No, no necesito escolta, me basta con Dragón —dijo Nicolas.

Briato lo llevó aparte:

—No es seguro, Marajá, él solo no puede.

—Vamos todos de guardaespaldas —dijo Tucán.

—Acabamos de salir del banco y no llevamos las pipas —rebatió Nicolas—. Si nos atacan, ¿qué haréis?

Aquello zanjó la cuestión.

Se fue cada uno por su lado y Nicolas pensó que eran como un banco de peces que se dispersa cuando llega el predador.

—Vamos, Luigi, hace mucho que no hablamos a solas.

Dragón asintió, serio. La banda nunca lo llamaba Luigi y al oír aquel nombre tuvo la impresión de que lo estuviera pronunciando Viola, apelando a unos vínculos familiares que su amigo siempre había desdeñado. Era verdad, no hablaban a solas desde hacía tiempo, desde que le contara su entrevista con el Gatazo. Después, todos se habían visto arrastrados por los acontecimientos, el dinero, las muertes, el atentado. Apenas hacía un año estaban deseando crecer y de pronto crecían a toda prisa.

Esos últimos días tenía la impresión de que los colegas guardaban las distancias, notaba que Briato y especialmente Tucán desconfiaban. El atentado había cambiado el equilibrio. Incluso Nicolas, que nunca había dudado de él, parecía receloso. ¿Qué pasa?, se preguntó. ¿Quién podía haberlo acusado con tanta vehemencia que había hecho cambiar al Marajá? ¿Por qué le había pedido que lo acompañara y subiera a su casa?

En casa, Nicolas preparó rápidamente una bolsa con algo de ropa; Dragón lo esperaba en la cocina, sentado a la mesa.

—Voy un momento al baño.

Dejó la bolsa en el pasillo y fue a colgar la chaqueta en la silla en la que estaba sentado Dragón, de manera que la Desert Eagle golpeará contra el respaldo. Del bolsillo sobresalía la pistola de Nicolas, bien a la vista.

Se lavó a conciencia. Se enjabonó las manos entrelazando varias veces los dedos y luego pasó al rostro, a las orejas, al cuello. Con las manos huecas, se enjuagó la cara con abundante agua. Cogió una toalla y limpió las gotas del espejo, una tarea que le ahorraba a su madre. Fue a su habitación, cogió un folio y un bolígrafo y volvió a la cocina. Dragón estaba de pie, apoyado en el horno. La pistola seguía en su sitio. Se sentó, dándole la espalda. Apenas hacía unos días había dicho: «Cuando va detrás de mí, no tengo que volverme», pero en aquel momento sentía miedo, ese miedo que el Arcángel consideraba necesario, como le había dicho la primera vez que se

vieron: «Para mandar, para ser un jefe, has de tener miedo, todos los días de tu vida, en todo momento. Para vencerlo, para ver si puedes con él»... Podría con él, lo sabía, pero no por eso dejaba de sentirlo: no quería perder a otro hermano.

—Le dejo una nota a mi madre y nos vamos.

Se inclinó, concentrado, y empezó a escribir. Notó que Dragón se movía y dejaba de respirar, como para hacer menos ruido. Su amigo fue rápido. Cogió la pistola del bolsillo de la chaqueta. Nicolas notó el cañón en la nuca. Dragón apretó el gatillo tres veces. Tres disparos en falso: la pistola no tenía balas, Nicolas había vaciado el cargador antes de ponerla en el bolsillo de la chaqueta: «Si no coge la pistola, es tu hermano. Si fue él quien quiso matarte, volverá a intentarlo», le había dicho el Arcángel. Aquella era la prueba.

Nicolas cerró los ojos y dejó que Dragón escapara.

Dragón buscó la salvación huyendo del barrio y corrió sin volverse por miedo a ver aparecer a Nicolas a unos metros apuntándole con la pistola, aquella pistola con la que él había disparado tres veces en vano. Corrió hasta sentir que las piernas le dolían y los pulmones le explotaban, pero descubrió que aquel dolor lo ayudaba a pensar mejor, porque parecía llevarse los pensamientos inútiles y dejar, como una criba, solo los necesarios.

Cuando, después de la visita al banco, Nicolas le dijo que lo acompañara a casa él solo, supo que iba a matarlo, pero no, ahora lo entendía: aquello había sido una maldita prueba. Y no la había superado. Le entraron ganas de llorar, aunque no podía ceder, tenía que correr, correr lo más rápido que pudiera, si bien no dejaba de pensar que Nicolas y toda la banda estaban ya contra él. Mis amigos, mis hermanos, se decía, están contra mí. ¿Y yo? ¿De qué bando estoy yo?

Salió de Forcella y, cuando se vio en los territorios en los que normalmente se sentía más inseguro, por primera vez se creyó libre allí.

Pero yo he sido siempre leal, siempre un bróder, incluso cuando me llamó el Gatazo, se decía Dragón, obsesivamente. Te apunté con la pistola porque creía que eras tú quien iba a matarme, quería escribirle a Nicolas, aunque ¿para qué? Ya soy otro traidor al que la banda querrá eliminar, pensó recordando la mirada que puso Bizcochito al morir.

El dolor que notaba en los gemelos le subía por los muslos y le llegaba a la cabeza. Tuvo otra descarga de adrenalina y, kilómetro tras kilómetro, vio sin sorpresa que había llegado a San Giovanni a Teduccio. Se detuvo a recobrar el aliento y se volvió. Nadie. Empezó a concebir esperanzas. Había rebasado el límite. Había escogido bando. La familia lo había llamado una vez y él había escupido a su sangre, pero en aquel momento supo que la sangre era lo único que le quedaba.

Llegó al edificio del Gatazo y se puso a gritar desde la calle:

—¡Viola! ¡Diego!

Aquella confianza de llamar a los jefes por su nombre hizo que bajaran los centinelas.

—¿Quién es?

—Tengo que hablar con el Gatazo. Soy... su primo hermano —contestó Dragón, definiéndose así por primera vez.

—La sangre es lo único que me queda —le dijo al Gatazo.

Diego Faella había puesto cara de capo que se pasma ante tanta desfachatez, pero al final lo había recibido. Ya en el montacargas, Dragón se sintió en casa, como la primera vez que había

entrado en la madriguera de via dei Carbonari.

—¿Qué tal Gengis? —le preguntó al Gatazo, por congraciarse con él.

El Gatazo se acarició la perilla.

—Ese vive como un rey, come y bebe y está mejor que nosotros, ¡ya lo creo! —Y soltó una carcajada. Volvía a mostrarse amable como la primera vez—. Luigi —dijo poniéndole la mano en el hombro—, no quiero saber lo que ha pasado. A lo mejor has tenido una revelación, no me importa. Has venido y eso es lo que cuenta. Eres de la familia. Y juntos vamos a ir por el Marajá.

El Gatazo creía que bastaba con esperar para ver caer a su enemigo: después de aquel inútil que le había prometido la cabeza del Marajá y había desaparecido después de cargarse a la persona equivocada, aparecía Dragón por voluntad propia. El primero había fallado, pero Dragón tenía valor y era de su sangre: eliminaría a los demás Niños y le devolvería el centro histórico.

—Ahora tenemos que cargarnos al Marajá, nada más —prosiguió el Gatazo—. No pienses en otra cosa. Ahora tienes que irte. —Tomaron el montacargas y llegaron a la planta baja, pero, en lugar de hacerle salir por la verja, lo condujo por un pasillo y salieron por una puerta que daba al patio trasero—. Será mejor que no te vean aquí. Tenemos que trazar un plan —le explicó el Gatazo, guiñándole el ojo.

De pronto, a sus espaldas, saliendo de la oscuridad, para sorpresa de ambos, apareció Viola.

—Hola, Viola —dijo Dragón.

—¿Lo ves? —dijo el Gatazo—. Vuelve a casa, con la familia.

Viola miraba a Dragón, lo estudiaba.

—Más vale tarde que nunca —dijo al fin.

Dragón fue a abrazarla, pero ella le hizo señas de que lo siguiera y se dirigió a una verja con cámara de vídeo. Tecléo un código en el panel luminoso y la cerradura se abrió.

—Seguro que el Virrey se alegra mucho de que por fin vuelvas a casa. ¿Se lo has dicho?

—No —contestó Dragón.

Entonces, Viola sacó rápidamente un pequeño revólver del bolso y le disparó. En la frente, justo donde arrancaba aquel pelo que le había valido el sobrenombre.

—¿Qué coño...? —dijo el Gatazo, sobresaltado, y se agachó sobre el cuerpo del chaval que se desplomó sin vida.

Viola guardó el revólver sin decir palabra y, como había llegado, se fue, andando a paso ligero con los tacones.

—¡Viola! ¡Viola! —exclamó el Gatazo, persiguiéndola con la voz—. ¿Qué coño has hecho? El chaval podía sernos útil...

Ella se volvió un poco, con el aire majestuoso de una leona: por eso se había enamorado él al instante.

—De nada sirve quien solo ve mentiras —dijo—. Que los chavales se lleven el cuerpo a Forcella. Si no se desangra antes. —Y miró el charco de sangre que se extendía por el suelo—. Que parezca cosa de chiquillos.

# EL PERDÓN

Sentía ser dos personas a la vez. No sabía expresar con palabras aquella idea, le faltaban palabras para expresarla.

Una persona era el Salvaje que dirigía una zona de venta y tenía clientes importantes, agentes de las fuerzas del orden, personajes destacados que podían pagar con favores que valían mucho más que el dinero; el Salvaje que, cuando había muerto el White, pensó que la banda de los Melenudos sería suya, porque bien se lo había ganado, y quiso ver directamente al Gatazo para pedírselo. Lo despidieron, pero a él lo llamaban el Salvaje por ser capaz de hacer barbaridades. Para obtener audiencia, un día se plantó en San Giovanni a Teduccio con un cartel y un bote de pintura e, insensible a la temperatura, se desnudó y se pintó de azul. El cartel decía: «Quiero mi zona.»

—Se parece a Avatar —comentaba la gente que pasaba.

Los guardias del Gatazo acudieron enseguida y, temiendo que armara una buena si lo despedían de nuevo, lo llevaron a via Sorrento y al fin el Gatazo bajó a hablar con él, porque con su presencia ahuyentaba a todo el mundo. Ese era el Salvaje que le contaba todo al Gatazo: las bandas que se unían, la guerra declarada a su imperio, los movimientos de Nicolas. El Salvaje que había llegado a un acuerdo con el Gatazo: «Vosotros me devolvéis mi zona y yo os quito de en medio al Marajá.» El Gatazo aceptó, no tenía nada que perder.

La otra persona era el Salvaje fracasado, el hombre que no había podido matar a Nicolas y había escapado por Corso Umberto, zigzagueando entre los coches, hasta alcanzar la estatua de Vittorio Emanuele II. Allí se quitó el casco y tomó una decisión que nunca creyó que tomaría. Llamó a su madre, interrumpió el balbucear de ella, que no entendía por qué la llamaba cuando el barrio entero andaba revuelto por el tiroteo, y le dijo que se tomaba unas vacaciones: «Vendrás a verme, ¿no?»

Dejó la moto en la rotonda; total, de allí a la comisaría había cinco minutos a pie.

Por eso había sido Dragón.

Me he fiado siempre, siempre. Para mí era un amigo, un hermano, algo más que la sangre, pensaba Nicolas dando vueltas en su T-Max, sin rumbo fijo. Aún no le había dicho a nadie que Dragón los había traicionado, que en la banda había habido un traidor. Recordó el día que le había contado la visita al Gatazo, ¡y yo, imbécil de mí, le creí! ¿Desde cuándo llevaba Dragón planeando matarlo y ocupar el trono? La envidia, el deseo de honrar su apellido y el afán de ser capo debían de llevar tiempo concomiéndolo. Y él siempre fiándose, siempre defendiéndolo de quienes sospechaban. Se preguntó en qué momento cambió algo... El día que le enseñó a conducir, ¿sintió ya la llamada de la sangre? Y en el viaje a Roma, en que estuvo todo el tiempo mosqueado,

por el coche, decía él, pero quizá fuera porque no quería hacerle aquella jugarreta a su prima...

Es inútil, de nada sirve darle vueltas, pensó acelerando.

Siempre había preferido mirar hacia delante; mirar atrás solo duele, porque no podemos cambiar el pasado; ninguna estrategia, ninguna acción, por bien pensada que esté, puede alterar nada lo ya ocurrido. Lo único que puedo hacer, pensaba, es encontrar a Dragón y ajustarle las cuentas como hice con Dientecito.

De pronto, se halló delante del cementerio de Poggioreale, donde reposaba Christian. Quizá no es casualidad que haya acabado aquí, pensó. Dejó el escúter, le compró cinco rosas blancas a un vendedor ambulante y entró.

Caminaba por entre los nichos observando todas aquellas fotos de ancianos, las mujeres con el cabello corto y azulado, los hombres con unos ojos acuosos de elefante. También había fotos de adolescentes y algunas de niños, con un angelito junto al nombre. Pensó en Cristiana: aún no había nacido pero ya temblaba pensando en los peligros que la esperaban fuera, en el mundo y en aquella ciudad, pero él la protegería, no volvería a cometer el error que había cometido con Dientecito y con aquel maldito de Dragón. Vigilaría con mil ojos y, como tenía mucho dinero en el banco, aunque él faltara, Letizia y Cristiana podrían vivir sin apuros. Aligeró el paso, casi había llegado.

De lejos reconoció a su padre ante la lápida de Christian. Había sacado un pañuelo y estaba limpiando el polvo de la fotografía de su hermano. Christian aparecía sonriendo y con mirada inteligente. Vaciló, tuvo el impulso de dar media vuelta, pero ya era demasiado tarde: al guardarse el pañuelo, su padre lo había visto.

Nicolas lo saludó con una seña de la cabeza, su padre se limitó a decir:

—Vengo todas las semanas, así me parece que estoy más cerca de él.

Permanecieron un par de minutos uno al lado del otro, en silencio, contemplando la tumba.

—Enhorabuena —dijo al fin su padre—. Mena me ha contado lo de tu hija.

—La llamaremos Cristiana. —No sabía por qué se lo había dicho.

—¿De veras? Es un nombre muy bonito. —Parecía contento, pero con una alegría melancólica, triste—. Nico... —añadió, volviéndose a él—. Nico, disfruta de tu hija, pasa mucho tiempo con ella, porque luego el tiempo se va, los hijos crecen...

—No es verdad —lo interrumpió Nicolas, que empezaba a irritarse. No era su padre quién para dar lecciones a nadie y mucho menos a él, el Marajá—. Siempre hay tiempo para criar a un hijo, el que pasa pronto es el tiempo para ser jefe.

—Cuando erais pequeños, yo todo lo hacía por vosotros. Caminaba y no pensaba en mis piernas, sino en si estabais de pie u os caíais... ¿Entiendes lo que quiero decir? Ser padre cambia todo, Nico. Ya no eres tú solo.

Nicolas ya pensaba en Cristiana, ya la protegía, aunque estuviera en el vientre de su madre, ¿qué se creía su padre, que no pensaba en ella?

—Nadie tocará a mi hija, no será posible, sería como si... como si... —No atinaba a expresar lo que quería decir, algo que casi nunca le ocurría. Le volvieron a la mente los ojos de los niños de las fotos que acababa de ver en las lápidas y pensó en Christian: ¿lo perdonaría algún día desde allá arriba?— Sería como si tocaran al hijo de Dios, caerían rayos y truenos.

Su padre lo miró sorprendido:

—Nico, no entiendes nada. Cuando tocaron a su hijo, el Señor perdonó.

Aquellas palabras lo pillaron por sorpresa.

—El perdón es para débiles como tú, que no eres capaz ni de pagarte la casa —dijo al final casi gritando, pero la réplica había salido tarde de sus labios: su padre ya se había marchado y no la oyó.

Las dos noticias le llegaron a la vez. A la primera le dedicó un segundo, porque el hecho de que hubieran encarcelado al Salvaje le importaba muy poco. La segunda, en cambio, tuvo que releerla varias veces, porque se preguntaba por qué la muerte de Dragón le dolía tanto.

## GENGIS KAN

—Señora, perdón si molesto. Venido unos chicos nuevos. ¿Quiere ver?

Viola ni siquiera la escuchaba. Llevaba una hora navegando por la página de Chiara Ferragni porque ese día la *influencer* publicaba fotos de sus nuevas creaciones.

—¿Señora?

Por fin Viola se volvió a mirarla, pero pareció no verla.

—Hace una semana que le envié los bolsos. ¡Ya tendría que haberlos publicado!

La criada filipina tardó un momento en entender que aquella no era la respuesta a su pregunta. Como siempre. Aquella mujer no escuchaba nunca, pero ella sabía cómo llamar su atención. A Viola Striano di Faella le había dado por la alta cocina y la casa se había convertido en un ir y venir de bolsas y paquetes que ella debía examinar personalmente. Yo me encargo de la compra, tenía dicho.

—Señora, compra ha venido. ¿Veo yo?

Los ojos de Viola la enfocaron entonces. Cerró de golpe el ordenador portátil y se puso en pie:

—Rosa, ¡cuántas veces te he dicho que en esta casa yo me encargo de la compra!

En la cocina, la esperaban Susamiello, Pachi y Remanguito. Los hombres del Gatazo los habían registrado ya y no llevaban armas bajo aquellos mandiles immaculados. Habían dejado las bolsas en la encimera de mármol y saludaron al ama de la casa:

—Buenos días, señora.

Viola los observó; no creía haberlos visto nunca, pero aquellos chavales se peinaban todos como Genny Savastano. Son todos iguales, como los chinos, pensó.

—¿Sois nuevos? —les preguntó, pero no les dio tiempo a contestar: de una de las bolsas sobresalía un paté de trufa blanca. Llevaba esperándolo una semana porque quería probar una receta que le había visto hacer a Antonino Cannavacciuolo. ¡Antonino, qué sexi!, pensó sonriendo.

Los chavales intercambiaron una mirada. ¿Por qué sonreía aquella mujer? ¿Los habría pillado? Susamiello se armó de valor y dio un paso al frente, con una bolsa en la mano:

—Señora, aquí traemos la comida del león... Queríamos saber... —Y miró a los otros dos—. ¿Podemos dársela nosotros? ¡Por favor, señora!

Lo dicho, todos iguales, pensó Viola, unos niños. Buscó en las bolsas los embutidos.

—Un momento —dijo, los chicos se pusieron más nerviosos, pero la mujer no hizo nada alarmante: abrió un envoltorio de papel de aluminio y comprobó que el jamón no tuviera grasa,

como siempre pedía.

—¡Muy bien, chavales! —Y, dirigiéndose a la criada, murmuró—: Rosa, acompáñalos tú.

Rosa se volvió y solo entonces, cuando Viola no la veía, se permitió hacer un gesto de resignación: además tenía que ejercer de guía turística. Susamiello y Remanguito la siguieron con la expresión de quien llevara ya al león de la correa. Pachi, el último de la fila y el más desconfiado de los tres, observaba con gran atención la casa del Gatazo. Les había costado mucho llegar allí —habían tenido que estudiar durante días los movimientos de los tres mozos oficiales, asaltarlos, encerrarlos en el almacén del supermercado y quitarles los mandiles, convencer con las respuestas correctas a los hombres del Gatazo de que eran los sustitutos legítimos y entrar por último en la fortaleza— y no debían bajar la guardia. Si hubiera sido necesario, habrían mirado hasta debajo de la cofia de Rosa.

Bajaron al garaje en el montacargas y, antes de que Rosa abriera la puerta, Susamiello la sujetó por detrás y Remanguito le tapó la boca. Pachi sacó un pañuelo, hizo una bola, se la metió en la boca y la selló con cinta aislante. La ataron al montacargas con la misma cinta y le sustrajeron el manajo de llaves que llevaba en el bolsillo del mandil. Rosa asumió su papel de víctima y no opuso resistencia alguna: se mostró digna, esa era la primera consigna en casa de los Faella, pero, en realidad, esperaba que se cargaran a aquel enorme gato despeluchado.

—¡Hala! —dijo Susamiello—. ¡Qué guapo es Gengis! ¡Mirad qué crin tiene!

Los otros dos se acercaron a la jaula y se cogieron de los barrotes: la maravilla pudo con el miedo. Gengis notó el olor a comida y con cierto crujir de sus viejas patas se levantó del lecho de paja. Dio un gran bostezo y, abriendo los ojos, se abalanzó hacia los barrotes. Los chavales pegaron un salto hacia atrás, asustados, se miraron y estallaron en carcajadas. Rosa hizo otro gesto de resignación.

Con una tarjeta magnética que había en el manajo de llaves, Susamiello accionó la persiana del garaje que daba a la calle y abrió la jaula de Gengis. Pachi empezó a agitar el chuletón delante del animal. Lo habían echado a suertes y le había tocado a él: el chaval siempre tenía mala suerte. Estaba acojonado. Retrocedía deprisa y Gengis lo seguía con las fauces abiertas por las que asomaban unos cuantos dientes, pocos, pero de león.

Susamiello se hizo un selfi con la jaula vacía detrás para enviársela al Marajá: esa era la señal de que el plan se había ejecutado. Le dio a enviar y corrió a reunirse con Remanguito. Pachi apaciguaba al león:

—¡Mira la gacela!... ¡Qué buena está! —Y con voz tranquila, para no asustar a la fiera, pero muy enfadado, les decía a Susamiello y a Remanguito que lo esperaran y los amenazaba—: ¡Esto no es lo que habíamos acordado! O me esperáis u os tiro la carne a la cabeza para que os coma Gengis.

En cuanto subieron la rampa del garaje, Pachi lanzó la chuleta como si fuera un frisbi:

—¡Toma, corre, a por la gacela!

Gengis echó a correr como si estuviera en la sabana y hubiera visto pasar una manada de ñúes montando gran estrépito, pero los ñúes de San Giovanni a Teduccio tenían claxon. Gengis se detuvo en seco, aturdido por el caos que estaba creando sin querer: un atasco de coches, gritos de terror de los transeúntes y exclamaciones de sorpresa de quienes se asomaban a ventanas y balcones y grababan la escena con los móviles para subirla a YouTube. En los ojos amarillos del felino se pintaba la extrañeza de un mundo nunca visto y un miedo mayor del pánico que sentían quienes huían de él. Corrió en dirección opuesta a la de la chuleta y se estampó contra la

portezuela de un coche que había aparcado un poco más adelante. Se levantó aún más desorientado, en medio del caos creciente, se volvió, siguió su loca carrera hasta desaparecer por el campo de fútbol. Misión cumplida. Antes que Gengis, ya habían desaparecido los tres chavales de la banda.

Aquellos vídeos le llegaron al Gatazo por WhatsApp y, aunque conocía la respuesta, preguntó: —¿No tenemos nada para dormirlo?

El Payaso lo miró consternado: nunca había visto llorar al jefe. No fue fácil decirle que no podían ir a la guardia forestal para robar un rifle con anestésico. Muy a su pesar, para mayor congoja del Gatazo, tuvo que ser sincero, pero no había tiempo que perder. Habían visto a Gengis sobre el capó, ya hecho un amasijo de chapa, de un Fiat Bravo y rugiendo a los balcones circundantes. Los ciudadanos de San Giovanni habían llamado a la policía pero los hombres del Gatazo había logrado interceptarla: solo media hora y habrían resuelto todo aquello.

El Gatazo recorría el barrio en su todoterreno, el Payaso al volante.

Iba asomado al techo como un cazador furtivo que busca una presa, pero de cazador no tenía más que la pose: las piernas le flaqueaban y el rostro cubierto de lágrimas se le contraía de dolor.

Circulaban por las calles desiertas siguiendo el rastro de la devastación. En un cruce en el que había un semáforo volcado torcieron a la derecha y luego a la izquierda, donde se veía el escaparate hecho trizas de una tienda de juguetes.

El Gatazo, con la voz quebrada, le gritaba indicaciones al Payaso, que obedecía dando volantazos, girando, frenando, hasta que de pronto, en el espacio circunscrito por cuatro contenedores, lo vio. Se había dormido y respiraba sereno.

Ordenó al Payaso que parara, se apeó antes de que el coche se detuviera del todo y sacó un revólver Ruger de pequeño calibre.

Un balazo directo al corazón bastaría para matar a Gengis sin destrozarle el cuerpo. Así sus restos podrían recibir digna sepultura. Se acercó de puntillas, pero luego, renunciando a toda precaución, se arrodilló delante, le acarició la crin, recitó una breve oración y disparó.

## ESTADIO

El estadio era zona del Gatazo. Siempre lo había sido. Intervení­a en todo: contratas, subcontratas. Oficial y oficiosamente, estaba en todas partes. Cuantas más veces ganara el equipo, más ganaba él. Aunque la verdad era que ganaba también cuando el equipo perdía: lo importante era que el partido se desarrollase con seguridad y sin imprevistos. Golpear los ingresos legales del Gatazo equivaldría a infligirle una herida profunda y duradera, porque las licencias comerciales fluctúan mucho menos que el comercio de la droga. El estadio y las actividades con él relacionadas eran la base económica con la que los Faella contaban para sus inversiones.

Nicolas llevaba pensándolo un tiempo, desde que el Gatazo le robara el homicidio de Roipnol. Y ahora que todo iba bien —la droga, las ventas, la alianza con los Melenudos, que se habían quedado sin líder, los viejos clanes más que apurados— era el momento. Ellos eran los que mandaban y por eso iba a por ellos el Gatazo: quería reconquistar el poder arruinándoles el negocio de las extorsiones, matando a los miembros de la banda. No, no bastaba con haber matado a Gengis. Le hemos arrancado el corazón, pensó Nicolas, pero ahora vamos a arrancarle la pasta y la pasta legal duele más. Es hora de meter la mano en la caja fuerte.

El Napoli recibía a la Roma. No era la final de la Champions League, claro, pero cualquier partido contra la Roma parecía el partido del siglo.

La banda al completo, incluidos los Melenudos, se congregó a las puertas del hotel en el que se alojaban los jugadores de la Roma. Llevaban los bolsillos llenos de bolas de billar que habían cogido de la salita y, cuando apareció el autobús con los futbolistas, empezaron a lanzárselas. El vehículo daba tumbos en medio de aquella granizada y los jugadores, en su interior, se protegían agachándose entre los asientos. La policía que escoltaba el autobús intervino enseguida con gases lacrimógenos, pero, antes de que el humo rojo se elevase, la banda ya había desaparecido.

En el estadio, en el barrio de Fuorigrotta, se pondría en práctica la segunda parte del plan.

La policía había establecido un sistema de «canalización» de la hinchada rival para impedir en lo posible que coincidiera con la local. Incluso se habían habilitado autobuses para transportar a los aficionados de la Roma. No habría una gran multitud de hinchas del equipo visitante, pero a Nicolas le bastaba con que hubiera un grupo, aunque fuera poco numeroso, para entablar pelea.

—¡Que se joda el Gatazo! —decía Lollipop. Se había agenciado los pasamontañas y las cazadoras que llevaban y, ataviados así, parecían un grupo de *black bloc* que salen al asalto. Anonimato y terror, había pedido Nicolas.

—Eso —dijo este—, que se joda.

Cargaron contra unos cincuenta aficionados de la Roma. Al parecer, acababan de llegar, porque aún llevaban las banderas enrolladas y sonreían con la expresión típica del hincha

visitante. En inferioridad numérica, pero con el factor sorpresa de su parte, la banda empezó a repartir palos. Transcurridos unos minutos, los aficionados de la Roma se organizaron y contraatacaron y la batalla se libró entre grupos reducidos que se enfrentaban cara a cara. Nicolas quiso reagrupar a sus hombres, pero muchos habían quedado aislados. A Pichafloja y Briato los tenían rodeados unos diez enemigos y el muro iba ciñéndose más y más, pero de pronto Carlitos Way arrancó una papelera y la lanzó en medio de la refriega, lo que redujo un poco la tensión: los hinchas creyeron que era una bomba casera y retrocedieron. Tucán cogió entonces una bandera de la Roma que alguien había abandonado en la huida, empezó a agitarla como hacen los participantes de la carrera de caballos del Palio de Siena y la lanzó a modo de jabalina, aunque cayó a poca distancia sin causar daños. La banda se reagrupó al fin y ganaron unos metros. Pichafloja, Briato y Nicolas se ensañaron con unos hinchas rezagados.

Aquella era la pelea que quería Nicolas. Puñetazos, patadas, codazos, cabezazos. Narices reventadas, pómulos partidos, sangre a chorros. Más allá, la policía antidisturbios se preparaba para intervenir. Los hinchas romanos se dividieron en dos grupos: el de vanguardia intentaba cercar a la banda y el de retaguardia se replegaba y se protegía tras el autobús. Nicolas había tumbado a dos enemigos y había recibido un puñetazo en la ceja derecha. Poca cosa, solo notaba que la herida latía y le caía un hilo de sangre que le empapaba el pasamontañas. Los demás también tenían heridas. Briato, pese a la pierna coja, combatía como un toro y había dejado fuera de combate a cinco enemigos, indiferente al corte que llevaba en un hombro.

La policía se acercaba dando porrazos en los escudos cada vez más rápido. Nicolas dio la señal:

—¡Penalti! ¡Penalti!

Dron se desplomó como fulminado por un rayo y los demás lo rodearon dando la espalda al enemigo. Nicolas se quitó el pasamontañas y Lollipop y Orso Ted hicieron lo mismo. Dron, en el suelo, se lo quitó también y dejó que sus compañeros lo pintaran con la sangre de sus heridas.

—No tendréis sida, ¿eh? —decía Dron entre dientes.

—¡Calla! —le dijo Nicolas, haciéndole un foto—. ¡Tú hazte el muerto! —Y volviéndose a los hinchas romanos—: ¡Está muerto, está muerto!

Los romanos retrocedieron, algunos salieron corriendo en dirección opuesta y se encontraron con la policía. La palabra «muerto» había sembrado el pánico, como si por el simple hecho de estar allí tuvieran alguna responsabilidad.

A todo esto, Lollipop había cogido a Dron por los brazos y se lo llevaba a rastras, rodeado de los compañeros, que gritaban:

—¡Asesinos! ¡Está muerto! ¡Lo habéis matado!

—¡Más muerto! —le decía Lollipop a Dron—. ¡Deja muertas las piernas! ¡Y que te cuelgue la cabeza!

La policía, ante aquella noticia, empezó a detener y registrar a los hinchas romanos.

Dron resucitó detrás de un autobús cuando ya la confusión era tal que hasta unos chavales que reían con la cara magullada podían pasar desapercibidos.

—¡Lo he visto! ¡Está muerto! ¡Está muerto!

Nicolas se abrió paso por entre los hinchas del Napoli que se apiñaban en la grada y agitaba el móvil, que llevaba en alto como hacen las madres en el entierro de los hijos que se inmolan por

la gloria de Dios. El público primero miraba y estrechaba filas, pero luego, al reconocer al Marajá, lo dejaba pasar. El partido había empezado hacía unos minutos. Nicolas seguía el pasillo que los espectadores abrían sin querer y que conducía al jefe de los ultras, el Mamut. Dos metros, ciento veinte kilos, cubierto de un vello tupido que se abría cuando aparecía un tatuaje, como uno enorme que se había hecho en la espalda siendo muy joven: ACAB. Cuando iba al fútbol, lloviera o hiciera sol, el Mamut se quitaba siempre la camiseta y quien hablaba con él tenía que hacerlo delante de aquellas tetazas. Se había impuesto como jefe por méritos ganados en el estadio y mandaba en la grada moviendo unos brazos robustos como troncos. En el brazo derecho llevaba tatuado «Bueno» y en el izquierdo «Malo» y los usaba según le dictaran el instinto y la experiencia.

—¡Está muerto, está muerto! Lo han matado los aficionados de la Roma —repetía Nicolas.

El Mamut lo esperó en la boca del túnel para hacerle una simple pregunta:

—¿Ha sido la poli o los romanos?

—¡Los ultras! ¡Los ultras! Lo he visto con mis propios ojos. ¡Mira! ¡Lo han matado!

El Mamut se acercó el móvil a los ojos, observó un momento la foto de Dron cubierto de sangre, le devolvió el teléfono a Nicolas y cruzó los brazos por encima de la cabeza: había decidido que el partido quedaba anulado.

En el césped se había interrumpido el juego porque les llegaban noticias confusas de altercados entre hinchas y hasta se hablaba de un muerto. El Mamut se acercó a las gradas y repitió aquel gesto con los brazos cruzados. Mientras, una delegación del equipo local había cruzado el centro del campo y se dirigía a la grada de los ultras. Escoltado por la policía, el capitán del Napoli se encaró con el Mamut.

—Si lo del muerto es verdad, nosotros seremos los primeros en no jugar —le dijo, con una voz que delataba cierta preocupación.

—Es verdad —replicó el Mamut—. No se puede jugar.

El capitán del Napoli juntó las manos:

—No es verdad, créeme. Todo está bajo control.

El Mamut miró al Marajá y el Marajá señaló al futbolista con el índice:

—Nosotros os dejamos seguir, pero, si lo que dices no es verdad, te las verás conmigo.

El capitán pareció satisfecho, dio las gracias al Marajá y al Mamut y se dirigió corriendo al centro del campo. El partido podía reanudarse.

El Nápoles venció por los pelos, en parte gracias al público, que animó a su equipo y cantó sin parar los noventa minutos más el tiempo añadido. Fue una victoria como cualquier otra, pero los aficionados invadieron el terreno de juego para celebrarla y quizá para desahogar la adrenalina acumulada en aquellos agitados momentos previos al partido. Y mientras los jugadores regalaban las camisetas sudadas a los hinchas, la policía aprovechaba para irrumpir en la gradería. Armas, drogas, montones de bengalas: hacía tiempo que no se llevaba a cabo una operación rigurosa en las gradas.

—¡Lo hemos jodido! —gritaba la banda, dando saltos por el estadio, cuya concesión perdería el Gatazo—. Está acabado.

Fue una noche de Champions League, con muchedumbres en las calles y fuegos artificiales, una manifestación de euforia que se alimentaba a sí misma y, cuando todos se fueron a dormir, emocionados, felices, llenos de ganas de vivir, solo un hombre lloraba y no era de alegría. Uno de

los directivos del equipo se había encerrado en su despacho y no paraba de decir: «¡Qué desastre!» Quería oír la radio pero los gritos de los hinchas le daban náuseas.

Toda una catástrofe. La policía, los altercados, los objetos incautados, la conversación entre el capitán y aquel grandullón del Mamut, todo se había visto en una televisión nacional. Caerían cabezas, eso seguro, muy probablemente la suya, pero antes él cortaría otra.

Para el directivo deportivo, el camino que llevaba al ático de San Giovanni a Teduccio no era ningún misterio, él, de hecho, era de los pocos privilegiados que podían presentarse sin avisar. Después de todo, era uno de los socios más importantes de Diego Faella. El barrio estaba aquella mañana tapizado de carteles mortuorios. Se informaba de la prematura muerte de Gengis Kan, amigo leal, valeroso, sensible: todos los parientes comunicaban la triste noticia. El hombre subió en el montacargas hecho una furia: se sentía traicionado, defraudado en la confianza que había depositado en aquel tripón y jodido por no haber sido capaz ese gordo de controlar a cuatro mocosos.

Encontró al Gatazo en la cocina. Estaba sentado precariamente en un taburete picando patatas frías que asomaban de un cucurucho de McDonald's. Se veía que acababa de llorar y no se molestaba en ocultarlo.

—¡La que se ha armado! —exclamó el directivo. Oyó pasar por el pasillo a Viola y a la criada. El ama de casa daba órdenes a la mujer, pero en voz baja. La situación debe de ser muy grave, pensó el directivo.

—Sí, lo he visto —contestó el Gatazo—. ¿Qué va a quitarme? —Y cogió un puñado de patatas.

—Es posible que me echen. Tiene que pagarme usted. Tengo una hipoteca en Posillipo, una exmujer, personas a las que mantener. Este año podemos ganar la Champions.

El Gatazo aplastó los sobrecitos de ketchup abiertos, aquella sustancia química dulzona le daba náuseas. El puño se le manchó de rojo sangre.

—Menos historias, que no estoy de humor. ¡Dígame qué va a quitarme!

—Pues los jardines, los aparcamientos, los bares, las camisetas... —contestó el directivo.

—Todo, ya veo —dijo el Gatazo. Quiso limpiarse con las servilletas de papel de McDonald's, pero al ver que tardaría un siglo renunció.

—Y deme las gracias porque le quito esas cosas, y no otras, por no haber sido capaz de garantizar la seguridad en las gradas. Le quito aquello que no depende de mí. Con el mercado negro, usted verá —concedió el directivo.

El Gatazo bajó del taburete y fue al fregadero. Abrió el grifo, dejó correr el agua un momento y se enjuagó la cara.

—Usted me quita eso —dijo volviéndose hacia él. Tenía un aspecto horrible, no había pegado ojo en toda la noche y había llorado, ahora el dolor empezaba a trocarse en rabia—. ¿Y si yo le quitara a usted otra cosa?

—Puede ser mi ruina —dijo el directivo, ya sin la arrogancia de antes y en un tono que quería despertar compasión—. Vienen a buscarme a casa los carabineros. Respondo de la organización del equipo, lo he defendido ante la empresa. He dicho que era usted de fiar...

—Creo que quien tiene que darme las gracias es usted. —Se le había acercado muchísimo—. Porque lo que usted ha hecho hasta ahora se lo he permitido yo. Se ha llevado usted una mordida

de cada contrata. Y si a mí me da la gana le quito a usted una cosa —repitió.

El otro se armó de valor y preguntó:

—¿Qué cosa?

—¿Qué cosa? La vida. ¿Tengo que explicarle otra vez que respira usted gracias a mí? Todas las contrataciones que le han dado a usted se las han dado porque me subcontractaba a mí.

Retrocediendo, el directivo llegó a la puerta de la cocina; cabeceaba como diciendo que no había necesidad de llegar tan lejos y, además, ya estaba todo arreglado. Antes de salir por el pasillo e irse, añadió:

—Y será solo por un tiempo...

Mientras el directivo y el Gatazo hablaban del San Paolo, Nicolas y el Mamut contemplaban en silencio, sentados a una mesita de plástico de uno de los camiones restaurante propiedad del capo de San Giovanni que había en los alrededores del estadio, el montón de botellas, cristales, latas, basura de toda clase, ropa, zapatos, mochilas, algún condón, banderas, gorras y hasta una muñeca...

Desde que había salido el sol, hacía una hora, se habían tomado tres cervezas sin decir una palabra. Al fin el Mamut dijo:

—¿Qué hacemos con el Gatazo? ¿Crees que lo echarán por lo que ha pasado?

El Marajá solo esperaba para hacer su propuesta.

—No lo sé, pero la mercancía te la paso yo. Diez por ciento.

—Esos me pegan un tiro.

—Veinte por ciento.

—Esos me pegan un tiro.

—Treinta por ciento.

—Esos me pegan un tiro.

—Cuarenta por ciento.

Silencio.

—Y si quieren pegarme un tiro, ¿me defiendes?

Nicolas asintió:

—La banda defiende todas sus zonas con la vida. Y te llevo la mercancía cuando vayáis de visitantes. Hay que vender a todos los aficionados.

Silencio de nuevo. Al poco, el Mamut fue al frigorífico del camión. Había que sellar el acuerdo con otra cerveza.

## UNA GRAN FIESTA

El día de la boda de Nicolas y Letizia hubo solo un problema del que el joven novio no se enteró. Letizia se había levantado a las cinco de la mañana para recibir a la peluquera y a la esteticista, pero su madre vio que algo preocupaba a la novia.

—¿Qué te pasa, cielo? Hoy es el día más importante de tu vida, ¿no estás contenta?

Letizia pidió a las mujeres que salieran y le dijo a su madre entre lágrimas:

—¡Y llevo un vestido blanco...!

Y se señaló la barriga, por la que caía suavemente el vestido estilo imperio. La madre movió la melena pelirroja y la abrazó.

—Letizia, bonita, mi vida, ¿por eso lloras? —le dijo, enternecida por la angustia de la hija—. La pureza que importa es la del corazón —sentenció cariñosamente.

Letizia sonrió, se enjugó las lágrimas y allí se acabó el problema.

Se casaron en la iglesia de Forcella. Nicolas había pedido «una alfombra como la de los Óscar» y la recorrió cogido de la mano de Letizia, entre el gentío que quería inmortalizar al Marajá con su esposa.

—¡Vivan los novios! —gritaba la banda—. ¡Viva el Marajá! ¡Viva Letizia!

Letizia estaba emocionada y de cuando en cuando Nicolas la miraba para infundirle seguridad. Cuando el cura pronunció la fórmula ritual: «Nicolas, ¿quieres recibir a Letizia por esposa y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarla y respetarla todos los días de tu vida?», Nicolas casi no dejó que terminara y dijo:

—Sí, lo quiero con todas mis fuerzas.

—¡Grande, Nico! —exclamó la banda desde el primer banco.

Tras la ceremonia, parientes y amigos se trasladaron al Nuovo Maharaja. Los esposos llegaron una hora después en un Rolls Royce Ghost color de plata. Oscar había hecho cubrir el aparcamiento con una moqueta roja y allí los invitados formaron un semicírculo y rompieron a aplaudir estrepitosamente cuando Nicolas, que iba vestido con un frac de chaqueta de cola de golondrina y pajarita blanca, se apeó del Rolls y fue a abrirla la portezuela a Letizia.

Estaban todos. Las familias al completo, las madres con vestidos vaporosos y los padres orgullosos, los abuelos, los miembros de la banda, unos con traje a rayas, otros con traje negro y zapatillas Air Jordan. Hasta el Cigüeñón y el Pajarito estaban en primera fila. Había futbolistas, con sus mujeres enfundadas en vestidos cortos, y algunos raperos en chándal. También estaba allí la profesora Cicatello, un poco apartada, pero contenta, como si Nicolas fuera su alumno y aquel día se graduara. Llevaba una caja envuelta en un bello papel azul y Nicolas temió que quisiera

regalarle una porcelana de Capodimonte.

Pero nada iba a estropearle la alegría de aquel día, ni la extenuante ceremonia de la iglesia ni la aún más larga sesión fotográfica y menos aún una dichosa bailarina de porcelana. Era un día de fiesta en el que celebraban el nacimiento de una nueva familia, pero también con esa fiesta confirmaban su victoria sobre el Gatazo. La banda reinaba y prosperaba en el centro de la ciudad. Se habían esforzado y lo habían conseguido. Él lo había conseguido. Miró a los suyos: Briato, Tucán, Lollipop, Pichafloja, Dron, pero al mirarlos veía también a los que faltaban: Dientecito, Estabadiciendo, Dragón, Bizcochito. Había perdido casi a la mitad de sus hermanos, a todos de mala manera. Y a Christian.

—¿No entramos, amor? —le preguntó Letizia, ya más tranquila.

No, nada iba a aguarle la fiesta. Cogió a su mujer del brazo y juntos entraron en el Nuovo Maharaja, en medio de una lluvia de pétalos de rosa, sin reparar en que tres de los camareros que bajaban la cabeza a su paso eran Susamiello, Pachi y Remanguito. Se habían presentado unas horas antes con unos amigos, como les había ordenado Briato, y no protestaron cuando les dieron el uniforme, al contrario:

—¡Ajá! ¿Haremos de camareros para camuflarnos y vigilar? —preguntó Susamiello.

Briato se echó a reír y le dio una palmada que acentuó aún más la ese de aquel cuerpo a medio formar.

—¡Haréis de camareros para servir las mesas!

Los novios empezaron a bailar mientras los invitados iban sentándose y los colegas de la banda cantaban el estribillo de la canción puesta a todo volumen:

*Abbasc 'addu me m'par' GTA!*

*NAP'L'!*

Mena, en su traje floreado, iba de un invitado a otro y hasta ejecutó con Lollipop un paso de baile. De cuando en cuando echaba un vistazo a la mesa de la esquina, a la que se sentaba quien formalmente seguía siendo su marido. Supuso que debería insistirle mucho a su hijo para que invitara al padre, pero él le había dicho, simplemente:

—Ya lo he hecho, mamá.

Fue una gran fiesta. Hubo risas y lágrimas de felicidad, abrazos y besos, bailes apasionados y bailes románticos, brindis por un futuro dichoso y por las metas alcanzadas. Y al final llegó el momento de los regalos.

Nicolas y Letizia se sentaron en el sofá del reservado y se prepararon para dar las gracias por la vajilla de porcelana y las cuberterías de plata que precederían los sobres llenos de billetes.

Nicolas vio desaparecer a los colegas de la banda en mitad de aquel ritual y los envidió. También él se habría escaqueado de aquello con gusto, pero no podía. Cuando los vio volver y vio a Tucán y Lollipop cargados con una gran caja de cartón, supo que le traían un regalo.

Depositaron la caja al pie de los novios y estos vieron que algo que parecía vivo se movía dentro.

—No quiero más perros, amor, ya te lo digo —dijo Letizia, pero Tucán la tranquilizó:

—¿Por quién nos tomas? Nunca regalamos lo mismo. ¡Para perro ya está Skunk!

Aquello que hubiera en el interior de la caja seguía moviéndose y Letizia, al oírlo, lejos de tranquilizarse, aún se preocupó más. Se llevó la mano a la barriga y Lollipop y Tucán abrieron las solapas de la caja.

Nicolas miró el interior: por fin un regalo despertaba su curiosidad; la expresión de su rostro fue de sorpresa sincera:

—¡Hostia! —exclamó.

Era un cachorro de tigre asustado que yacía en el fondo de la caja con las gruesas patas juntas, a la espera de mimos. Nicolas metió la mano sin dudarle y empezó a acariciarle la cabeza, pasándole el pulgar por las rayas, más tupidas en la parte superior. El animal se dejó acariciar.

Letizia se había levantado y, con las manos en la barriga, había retrocedido dos pasos:

—¿Qué vamos a hacer con ese bicho, Nico? ¿Dónde lo tendremos?

—En el tejado, amor —contestó Nicolas—. Le haremos una jaula.

Lollipop lanzó un «¡Vivan los novios! ¡Viva el tigre!» y el Nuovo Maharaja retumbó con los aplausos. Nicolas cogió al tigre y se lo acercó a Letizia para que lo acariciara, pero ella se retiró: no quería aquella bestia cerca de su vientre.

Sveva, en cambio, cogida a Pichafloja, envidiaba el regalo de Letizia y empezó a rascarle detrás de las orejas y a colmar de mimos al animal.

—Me lo ha vendido un tipo del circo, dice que hay que darle leche —dijo Tucán, haciéndose cargo del felino para el resto de la fiesta. Dron se acercó a una madre joven que llevaba un cochecito y volvió con un biberón. Mientras Tucán alimentaba al tigre y multitud de muchachas acudían a hacerse un selfi, el pinchadiscos puso música y la fiesta continuó.

—¿Es macho o hembra? —preguntó Dron, mirando entre las patas del animal en busca de una respuesta.

Tucán lo fulminó con la mirada, como si hubiera dudado de su hijo, pero también a él le entró la duda y se pusieron los dos a buscarle el sexo.

—Pues... no, no tiene picha —convinieron.

—Es verdad, no tiene —confirmó Lollipop.

—Pero sí huevos —soltó Tucán.

—¡Llama al que te lo ha vendido! —propuso Carlitos Way.

Tucán siguió el consejo.

—¿No me habrás vendido una hembra?! —exclamó por el iPhone y, al poco añadió, en voz más baja—: Ah, vale, ya entiendo. —Cortada la comunicación, aclaró—: Dice que tiene la picha retráctil.

—¿Eh?

—¡Sí, como Pichafloja! —Y todos se echaron a reír, incluido Pichafloja.

—¿Cómo lo llamamos?

—Nápoles —contestó enseguida Nicolas—, porque Nápoles es un tigre.

—¡Vale! —dijo Tucán. Se subió a una mesa y exclamó—: ¡Que el hombre no ose separar lo que Dios ha unido! —Saltó al suelo y se abrazó a la banda:

—¡Unidos! ¡Unidos! ¡Unidos!

La fiesta duró hasta el alba, hasta que en el Nuovo Maharaja no quedaron más que los miembros de la banda de los Niños y Susamiello y los demás chavales, que estaban limpiando en la cocina. Nicolas, rendido, acababa de acompañar a casa a Letizia. Un último brindis con los amigos y volvía. Sentado en el sofá de siempre, le pidió a Briato que le pasara al cachorro. El animal se dejó coger dócilmente por su amo, pero de pronto le dio un zarpazo en el cuello, debajo

de la oreja, que le dejó una marca roja de un palmo. Nicolas soltó instintivamente al animal. Por fin libre, el tigre empezó a correr de aquí para allá por el local y todos se precipitaron tras él. Borrachos y cansados como estaban, no lograban atraparlo. Finalmente, diez minutos después, lo sacaron de debajo de un amplificador. Nicolas se había quedado en el sofá y, cuando le llevaron al animal, Tucán temió que lo matara, pero no: Nicolas retiró la mano manchada de sangre y les enseñó la herida:

—¡Qué guay! ¡El zarpazo del tigre!

—¡Yo también quiero uno! —dijo Lollipop arrodillándose delante del felino.

—¡Aráñame a mí, tigre! —exclamó Tucán apartando a Lollipop: después de todo la idea del tigre había sido suya.

El animal quiso refugiarse en los brazos de Nicolas, pero, como este lo empujaba hacia delante, dio otro zarpazo y le abrió la ceja a Tucán.

—¡El cabrón quería sacarme el ojo! —exclamó Tucán entre las risas de todos.

Y, con las primeras luces del alba, la banda partió en el Rolls Royce. Rumbo: el hospital.

# **TERCERA PARTE**

**VOSOTROS QUE EDUCÁIS**

*Vosotros, que habéis educado a los niños para que sean respetuosos, para que os obedezcan; vosotros, que los habéis educado para que no digan palabrotas, para que no copien en los exámenes, para que no les quiten los juguetes a sus amigos; vosotros, que los habéis educado para que escuchen al prójimo y busquen siempre la concordia, para que se hagan valer sin necesidad de prevaricar, para que piensen que la violencia es injusta.*

*Vosotros, que habéis tratado de enseñarles que los buenos resultados dependen del esfuerzo.*

*Vosotros, que habéis educado a los niños dándoles amor, dinero, tratando de disciplinarlos y de que no tengan vicios; animándolos a que hagan alguna actividad física, enseñándoles idiomas para que estén preparados, armándolos de tolerancia, masajeadolos con música, dándoles dignidad con el ejemplo.*

*Vosotros, que habéis educado así a vuestros hijos, os habéis equivocado de medio a medio. Les habéis prometido un mundo justo que nunca existirá.*

*Y vosotros, que habéis educado a los niños en la desconfianza; vosotros, que los habéis educado para que peguen al vecino antes de que el vecino les pegue a ellos; vosotros, que no les habéis hecho caricia alguna ni les habéis mostrado ninguna comprensión; vosotros, que habéis educado mostrando la diferencia, mostrando que nadie es igual y que el negro, el amarillo, el blanco, el mulato están siempre en guerra, que la convivencia es el arte hipócrita de los hombres de negocios; vosotros, que los habéis educado en la idea de que el negocio es siempre lo primero, sabed que no habéis hecho soldados, no habéis llegado hasta el final. No es más que maldad, que es debilidad. En el monte Taigeto, donde, según la leyenda, el pueblo espartano seleccionaba a sus miembros, vuestros hijos habrían sido desechados y abandonados hasta la muerte. Los habéis educado para que sean como vosotros, sabiendo que estabais vosotros; sintiéndoo culpables por el dinero que les negabais, sintiéndoo fracasados por cada empresa que no podían realizar. Por cualquier trofeo que no conseguían sentíais que fallabais vosotros.*

*También vosotros habéis fracasado, habéis prometido a vuestros hijos, educados en el afán, un mundo en el que podían ganarse un puesto que no se ganarán, porque no serán capaces de nada mientras viváis vosotros.*

*Y vosotros, que los habéis educado para la paz y para la guerra, para lo bueno y para lo malo, para la amistad y para la artimaña, para el abrazo y para la ferocidad; vosotros, que los habéis educado según las reglas de este mundo, reglas que no son ni buenas ni malas, las reglas de los vencedores, sabed que vuestros hijos serán como esas reglas, ni buenos ni malos, serán idénticos al mundo en el que los habéis educado, el mundo de los vencedores. Si queréis lo mejor para vuestros hijos, estáis ratificando lo peor.*

*Pero ahora los niños están recuperando lo que las generaciones anteriores les negaron: la verdad.*

## LA MISA

Los alijos de heroína llegaban siempre puntuales: una vez a la semana, Nicolas recibía la foto de un cartel fúnebre, casi siempre desenfocada y torcida, hecha seguramente desde una moto en marcha, pero lo bastante clara como para que se distinguiera la hora del entierro. La iglesia era siempre la misma, en Cercola, un municipio de las afueras: un lugar seguro, según Simioperro, una localidad como cualquier otra, aunque, en un mapa, pareciera territorio bajo poder del Gatazo y del ya extinto Arcángel. El difunto, en cambio, cambiaba cada vez: Simioperro en persona se encargaba de consultar por internet las necrológicas de *L'Eco di Bergamo* y se descargaba fotos de desconocidos a los que ponía nombres meridionales. Entonces, un cura cómplice recibía el coche fúnebre y procuraba mantener a distancia a las dos o tres viejas parroquianas con la excusa de que la familia deseaba respeto, por lo que la misa se celebraría a puerta cerrada. Las mujeres se iban rezando entre susurros: «Padre Nuestro, que está en los cielos...», mientras dentro Simioperro y sus hombres quitaban las flores y el paño fúnebre del ataúd y esperaban a que la banda de los Niños entrara por una puerta lateral. Y entonces tenía lugar el intercambio: Nicolas y los suyos recibían las bolitas de plástico llenas de heroína que habían transportado hasta allí en el ataúd y Simioperro recibía una mochila llena de dinero.

En el palacio de los Acanfora, la Zarina entró sin llamar en el dormitorio de su hijo, que dormía la siesta, descorrió las cortinas, abrió las ventanas y encendió la luz:

—Alfredo, el Payaso está cabreado —dijo entre dientes. Estaba ajada, chocha, pero se empeñaba en dárselas de mujer fatal y se ponía sujetadores de media copa que asomaban por escotes desabotonados que dejaban aquella ruina a la vista.

Simioperro se tapó la cara con la almohada esperando ganar algún minuto de paz.

—El Payaso está cabreado —repitió la Zarina.

—¿Y qué? —contestó Simioperro. Se puso la almohada en la espalda y se incorporó—. Siempre está cabreado.

—¿De veras? ¡Pues esta vez no es él solo, yo también estoy cabreada! Ha venido, ¿te enteras? Y me ha dicho si sería tan «amable» de preguntarte por qué coño el cargamento de esta zona era mucho más grande.

Simioperro se pasó la mano por el muñón de la oreja, una costumbre que había cogido en momentos de nerviosismo. La Zarina, lejos de ablandarse, interpretó aquel gesto como una confesión.

—¿Qué trapicheos son esos? —le preguntó zarandeándolo—. Dímelo, desgraciado, ¿a quién se la vendes?

Pero él había metido la cabeza entre las piernas y balbucía:

—Tranquila, mamá, no pasa nada...

—Nada, ¿eh? Esta vez no te ha pegado un tiro, solo quiere saber a quién le vendes la droga de más.

No presentarse nunca al Payaso con el alijo completo, estaba seguro de habérselo dicho a los nuevos, pero quizá no lo hubiera hecho. Y quizá tampoco debiera haber delegado el trabajo. Tenía razón su padre, el Negus: los negocios, también los menos importantes, debe hacerlos uno personalmente, pero Simioferro era un bróker, él se ocupaba de tratar con los contactos de Afganistán, no quería pasarse la vida conduciendo un camión.

—Lo tengo todo controlado, mamá, no te preocupes.

Se levantó y le dio un beso en la cara.

—Mejor será —repuso la Zarina—. Estás trabajando con el Marajá, ¿no? No me gusta. No me gusta nada. Y a tu padre tampoco le gustaría: nosotros siempre hemos trabajado con el Gatazo. Lo sabe todo el mundo, casi lo dicen hasta los libros de la escuela. ¿Sabes lo que nos dio el Negus, que en paz descansa? Tranquilidad. ¿Por qué tenemos estas casas? Porque solo vendemos para el Gatazo. Estamos vivos porque estamos protegidos.

—Lo sé, mamá —dijo Simioferro.

Pero la Zarina no había terminado. Descargó un último golpe:

—¿Quién vengó la muerte de tu padre, al que asesinó ese cerdo del Arcángel?

—El Gatazo —contestó Simioferro en voz baja.

—Exactamente, el Gatazo. Tenemos que respetar a tu padre y para eso debemos respetar el pacto. —La Zarina se acercó a su hijo—: Ese Marajá se cree el rey de Nápoles. Mira lo que te ha hecho, mira lo que les ha hecho a tus amigos. —Y le pasó también la mano por donde en otro tiempo había estado la oreja.

Él se retiró con fastidio.

—Te digo que lo arreglo todo, mamá.

Cogió el móvil y salió del dormitorio.

### **Simioferro**

El local ha cerrado.

### **Marajá**

¿Para cuánto tiempo?

### **Simioferro**

Para siempre.

### **Marajá**

¡¡¡Pero si lo hemos hecho prosperar nosotros!!!

### **Simioferro**

Así lo quiere mi madre.

Nicolas intentó ponerse en contacto con Simioferro, pero este lo había borrado de todas partes; lo había eliminado de WhatsApp, lo había bloqueado en Facebook, dejaba que saltara el contestador automático. Corrió a piazza Bellini. Encontró a Pichafloja discutiendo con unos tíos, también estaba allí Dron. Pichafloja no entendía por qué de pronto le había dado a todo el mundo por fumarse la heroína en lugar de chutársela y, cuando vio a Nicolas, le dijo:

—Marajá, aquí están todos en plan talibán. —Y sonrió.

—Tíos —dijo Nicolas, llevándose aparte a los suyos—, el cabrón de Simioferro corta el suministro.

Pichafloja y Dron pensaron que se trataba una broma. Si había habido un socio fiable que nunca los había dejado tirados, era precisamente Simioferro.

—Nico —dijo Dron, abundando en lo que había dicho Pichafloja y negándose a creer lo que decía Nicolas—, esto parece Afganistán, con amapolas...

Nicolas escupió al suelo:

—No es broma. No nos vende más.

Pichafloja dejó de sonreír:

—¡No jodas! A mí solo me queda un paquete...

—Hay que hablar con él —dijo Dron.

—El muy cabrón me ha bloqueado en Facebook, en WhatsApp. Se ha encerrado en su castillo y no hay manera de contactar con él.

Escupió de nuevo, pero esta vez a una jardinera mostrando así su desprecio por aquella zona que perdía por culpa de Simioferro.

—Pero tenemos la pasta —dijo Dron.

—¿Qué pasta? —preguntó Nicolas.

—Unos cien mil euros que aún no le hemos pagado. Veréis como los reclama.

El dinero es siempre un buen motivo para hablar, pensó Nicolas, y le pidió a Dron que le enviara un mensaje, porque no podía tener bloqueadas todas las cuentas de la banda. Que le dijera que, si el local cerraba, también las deudas quedaban saldadas.

—Tíos —concluyó Nicolas—, hay que...

Pero Pichafloja no parecía convencido:

—Nada de hablar. Nos cargamos al muy cabrón. ¿Será posible? ¿Qué respeto nos tiene? Le damos un pastón de extranjis, al margen de su negocio, porque el Gatazo lo obliga a vender solo para él, y en lugar de darnos las gracias...

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Nicolas.

Pichafloja escupió también al suelo:

—Nico, ¿a quién quieres más, a tu madre o el dinero?

Nicolas lo miraba sin entender y, en su lugar, respondió Dron:

—Sin pasta, hasta nuestras madres nos repudian. Criaturas buenas ¡y una mierda! La gente solo nos quiere por conveniencia.

—Simioferro tiene que morir —dijo Pichafloja.

—Pero no podemos volvernos contra la Zarina —dijo Nicolas.

—¿Y por qué no? Nosotros solos contra todos. —Dron había cogido del brazo a Nicolas y a Pichafloja y los atraía hacia sí.

Nicolas asintió.

—Vale, pero no lo haremos nosotros.

—¿Quién entonces?

Dron echó enseguida el anzuelo. Instagram. Simioperro había publicado una foto de su nueva moto, una Honda Cbr Fireblade, con el caballete puesto. En el sillín se lo veía inclinado sobre el manillar como si fuera por una recta a doscientos por hora y, detrás, muy cogida a él, se veía a su nueva novia, quien, para la ocasión, lucía un vestido cortísimo que dejaba ver el arranque de las medias. El pie de foto decía: «¡Motaza!», y Dron contestó de inmediato: «Para celebrarlo, ¿perdonas todas las deudas? Si es así, brindamos por ti.»

«¡Y un cojón!», escribió Simioperro a los pocos segundos.

«Iglesia de siempre, mañana, ajustamos.»

Pichafloja saludó a don Carmelo con el respeto que merece una sotana y don Carmelo contestó instintivamente como se contesta a quien nos aborda por detrás cuando estamos cerrando la iglesia, después de una jornada de confesiones, misas, reuniones parroquiales y visitas a ancianos del pueblo:

—Estoy cerrando, mira el horario de visitas.

—¡Joder! ¿Tú qué eres, el secretario de Jesús? ¿El primo de la Virgen?

Don Carmelo se volvió y pensó que más le habría valido morderse la lengua. Pichafloja fue al grano:

—Buen coche que te has comprado, amigo. Y a la casa, solo le falta la piscina. Cercola Beach. —Y susurrándole al oído—: La pasta te la damos Simioperro y yo. Y ahora vengo a pedirte un favor. Pequeño. Que hagas una llamada.

—¿Una llamada? —Don Carmelo miraba a un lado y otro, no quería que los parroquianos lo vieran hablando con un miembro de la banda.

—Dos opciones tienes: la haces o te cumplo un deseo y te mando con la Virgen, con Jesucristo y con todos los ángeles y, de paso, le haces un favor a tu madre y le dices el número de la primitiva.

Pichafloja sacó dos pistolas Viking y las cruzó sobre el pecho.

—Esta es la casa de Dios, guarda eso —dijo don Carmelo, aunque más que un sermón lanzado desde el púlpito pareció una súplica.

—¡Ay!, Dios ha visto muchas cosas, no creo que se asuste de dos pistolas. Haz la llamada. Llama al Payaso.

—¿Y ese quién es?

—Un cura no dice mentiras. Sabes perfectamente quién es. Los Faella mandaron aquí hasta ayer mismo. Lo llamas y le dices que el Señor no tolera que siga habiendo heroína en la iglesia. Le preguntas si pueden hacer algo, le dices que aquí el Estado no existe, que estás solo con la fuerza del Señor.

Don Carmelo decía que no con la cabeza y Pichafloja se cansó de tanto cuento. Le apuntó con una pistola al corazón y con la otra a sus partes:

—Le dices que mañana a primera hora de la tarde vendrá Simioperro, pero no digas quién te lo ha dicho. Di solo eso y quizá termines en el Paraíso.

Al día siguiente, la iglesia de Cercola apareció engalanada. Todo lo hicieron en tiempo récord aquella misma mañana los parroquianos, convocados por don Carmelo desde su perfil de Facebook. Se excusaba por avisarlos tan tarde, pero había pensado que lo mejor que podían hacer para honrar al patrón del pueblo, el mismo que el patrón de Nápoles, era celebrar una misa festiva. Los fieles acudieron en gran número y don Carmelo suspiró con alivio. Con aquella multitud nadie se atrevería a provocar un tiroteo.

Simioperro llegó en la Honda acompañado por dos guardaespaldas en otra moto de gran cilindrada. Al ver a tanta gente, despidió a sus hombres: podían volver por él cuando terminara la misa.

Don Carmelo pronunció el sermón más breve de su vida, en el que recordó a todos que la rectitud de un hombre no se mide por los bienes materiales que posee. Simioperro se sentó en el centro de la nave para buscar con la mirada a Nicolas o a algún otro miembro de la banda y, para tener una panorámica más amplia, participó en la eucaristía. Nadie. Solo fieles devotos.

Don Carmelo despidió a los feligreses y Simioperro se confundió entre la multitud de hombres, de mujeres, de niños.

Estaba escribiéndole un mensaje a los guardaespaldas cuando reconoció una voz que sonó más alta que las otras: el Payaso.

—Menos mal que has tomado la comunión.

Dos tiros en la nuca.

Silencio.

## CONTRALUZ

En casa de Sveva se cenaba a las siete en punto. Pichafloja le había preguntado a su novia por qué sus padres estaban tan obsesionados con aquel horario nórdico y ella le había contestado que porque así se hacía mejor la digestión. Pichafloja no había insistido, en casa de Sveva todo tenía sus reglas. Reglas de ricos.

Aquella noche lo habían invitado como todos los domingos. Se había convertido en una costumbre que marcaba la entrada en la semana. Tampoco aquello —la rutina, la cena siempre el mismo día, las servilletas dobladas en el plato antes de empezar a comer— lo entendía Pichafloja, pero lo intentaba, como intentaba esquivar las preguntas que le hacía siempre el padre de Sveva, un ingeniero que había firmado también la hipoteca de la casa en la que vivía su familia.

—¿Y por qué no acabas el bachillerato?

—¿Y tú? ¿A qué edad terminaste la carrera? —replicó Pichafloja.

Ya en el primer encuentro habían pasado al tú con naturalidad. El padre de Sveva creía en las relaciones horizontales y Pichafloja reservaba el usted para otra clase de personas.

—A los veinticinco.

—¿Y cuánto ganas?

—¿Qué preguntas haces? —intervino Sveva. Buscó complicidad en los ojos de su madre, pero esta sonreía como se sonríe ante un niño descarado a quien se le perdona todo. También su padre sonrió.

—Sveva, Ciro hace bien en preguntarlo. En América, cuando la gente se conoce, de lo primero que se habla es de eso, de dinero.

—Me gusta América —dijo Pichafloja—. Así se sabe enseguida lo que vale la gente.

—¿Y lo demás? —siguió el padre de Sveva, en tono reposado—. El esfuerzo, la educación, el amor al trabajo...

Pichafloja vio en los ojos de Sveva que su novia le pedía que no siguiera, pero no quiso hacerle caso.

—Uno puede ser bueno, capaz, pero sin dinero deja de ser bueno y capaz y pasa a ser un capullo sin dinero. Nunca he visto a nadie que valga sin dinero.

—¡Amor! —le llamó la atención Sveva.

Pichafloja cambió de tema y la cena prosiguió sin más contratiempos.

En cuanto salieron de la casa, él la cogió y la besó como el día que se conocieron. ¡Qué guapa estaba cuando se ponía guerrera! Como aún parecía algo enojada, le enseñó, para terminar de reconciliarse, la papelina de coca que iba a regalarles a sus amigos. Sveva miró la papelina y

luego lo miró a él y, en vez de perdonarlo, le preguntó por qué tenía que hacer siempre el payaso con sus amigos.

—A tus amigos les gusto por la farlopa, ni más ni menos.

—¿Crees que se creen superiores porque son del Vómero?

—Pues claro. Sin farlopa, sin pistola, sin dinero, yo no valgo nada. ¿O es que tú te habrías enamorado de mí si no hubiera llevado pistola?

—Pues claro.

—Entonces, ¿no te gusta que lleve farlopa y pistola?

—Sí, me gusta todo, eso también... Digo que aunque no llevaras farlopa ni pistola, me gustarías igual.

—En fin —atajó él—. Nos vemos luego en piazza Bellini.

Aquello también se había convertido en una costumbre. Sveva quedaba con sus amigos y luego iban a reunirse con Pichafloja a su zona, porque este quería ver antes si todo iba bien. Cuando llegó, Susamiello, Pachi y Remanguito ya estaban allí. Se los había pedido al Marajá como escolta. Tras la muerte de Simioferro, no se sentía seguro ni en su zona.

—¿Sabéis disparar? —les había preguntado al entregarles armas.

—Pues claro.

—Y tanto.

—¿Por quién nos tomas? —respondieron ellos, fingiéndose ofendidos, pero no habían disparado un tiro en su vida.

Los tres chavales lo esperaban firmes, orgullosos de desempeñar aquella función que para ellos significaba sobre todo llevar por fin pistola.

Había mucha gente. Como siempre. Turistas, estudiantes, profesionales cuarentones y gente desocupada. Pichafloja fue a saludar al jefe de zona, que le confirmó que todo iba bien, aunque apenas quedaba heroína. Él lo tranquilizó: pronto lo reabastecerían. En realidad, ya no sabía cómo conseguirla. Debían resolver ese problema en breve, antes de perder a los clientes, la heroína de esnifar se estaba vendiendo muy bien. Pichafloja caminaba seguido a poca distancia por los chavales, los tres con la mano en la culata de la pistola bien metida en los vaqueros. Cuando la multitud que rodeaba a Pichafloja para tocarlo, saludarlo o hacer ver que conocía a un famoso se volvía asfíxica, Susamiello intervenía y despejaba el camino.

Se acercó un muchacho en una Vespa. Quería hacerle una foto a Pichafloja, lo había visto en la tele. Pichafloja sintió curiosidad.

—¿Dónde?

—En el telediario —contestó enseguida el muchacho—. Te he reconocido por los ojos. Eres un mito.

Pichafloja sonrió. La heroína, Sveva y el padre de Sveva con sus consejos profesoriales le parecieron lejanísimos.

—¿Puedo hacerte una foto?

—Claro.

El muchacho sacó el móvil y lo tuvo un momento en alto, como si buscara el mejor ángulo, pero no parecía convencido.

—¿Qué pasa? —preguntó Pichafloja—. ¿Estoy a contraluz?

—No, no, está perfecto.

Con la otra mano se sacó de la espalda una pistola compacta. Cuatro tiros en plena cara y Pichafloja cayó hacia atrás soltando un chorro de sangre.

—Recuerdos de los Acanfora —dijo el matón antes de desaparecer con la Vespa, antes de que Pachi, aterrorizado, desapareciera también, antes de que Remanguito se preguntara siquiera si debía apretar el gatillo, antes de que Susamiello lograra apuntar y gastara sus balas haciendo trizas los cristales del bar de enfrente.

## LA POLI SE ECHA ENCIMA

Nicolas se había situado junto al pinchadiscos, en el cono de sombra que dejan los focos. Desde ahí controlaba el local y veía a todo el mundo.

Se inauguraba una discoteca en Pozzuoli y la banda estaba invitada. Barra libre, les habían prometido, y aquello los había convencido. La fiesta de inauguración era un éxito. Los cuerpos apenas bailaban, faltaba espacio para moverse y contonearse, de manera que se frotaban, pegados unos a otros como en una orgía que, sin embargo, se mantenía dentro de los límites de la decencia. En aquel revoltijo de gente, los chicos se rozaban con chicas desconocidas, levantaban los brazos, como si quisieran coger la música que salía de los altavoces, y solo se atrevían a bajarlos si veían una insinuación, una mirada tierna, una sonrisa: entonces, las manos, allí abajo, en medio del mar de cuerpos, donde todo quedaba oculto, eran libres para moverse y descubrir .

Desde su posición privilegiada, Nicolas veía de cuando en cuando a uno de sus hombres, pegado a su novia o queriendo ligar con la de otro. Reían, parecían no tener preocupaciones. Y también Nicolas reía. Pero eran risas nerviosas, amargas. Habían asesinado a otro hermano. Pichafloja había caído víctima de su gran empresa. Había querido y planeado la muerte de Simioperro a manos del Gatazo y la Zarina lo había descubierto. Aquellos viejos no daban su brazo a torcer, no querían admitir que ahora mandaba él. Sabía que eran los últimos intentos, que tarde o temprano se doblegarían a su voluntad, como se doblegan los hombres a la voluntad de Dios. Si Dios existe, pensó Nicolas, ¿sentirá también este nudo en el estómago, se pasará también las noches en vela pensando en estrategias, dinero, cuentas?

Se apuró de un trago un Moscow Mule y oyó alboroto. Al principio creyó que protestaban por la mala música que ponía el pinchadiscos, pero cuando miró supo enseguida lo que pasaba.

En medio de la pista se había hecho un hueco y todos los ojos estaban fijos en Lollipop y en un muchacho con vaqueros rotos y camiseta blanca ceñida. Discutían. Lollipop tenía los brazos cruzados a la espalda y el pecho hinchado con aire provocador. Detrás de él, con el bolso sujeto contra el pecho voluminoso y los ojos gachos como una mártir violada, estaba Gloria o como se llamara la última novia de Lollipop.

—¿Te crees que esta tía buena es para ti?

—¿Y tú quién eres? —replicó el otro—. Demasiado pequeño eres para ella.

—¡Demasiado pequeño! Mira que te parto la cara.

—¿Sí? Venga, atrévete.

Nicolas había visto todo, había oído todo. El tipo había querido ligar con Gloria. Gloria era la novia de Lollipop. Gloria era de la banda.

Bajó corriendo y Lollipop lo recibió dándole una palmada en el pecho para que el otro

entendiera lo que le esperaba. El tipo de los vaqueros rotos reconoció a Nicolas y retrocedió. La masa de espectadores que deseaban disfrutar de la pelea formaba una especie de barrera compacta por cuyo perímetro se movía el chaval, mientras Nicolas, encarado con él, le olía primero la cabeza, luego el cuello, los hombros... El chaval retrocedía, sí, pero no dejaba de mirarlo a los ojos.

—¿Has aprendido la lección? —le dijo Nicolas antes de darle dos bofetadas.

El chaval se afianzó en el suelo, firme como una roca.

No me tiene miedo, pensó Nicolas, no baja la mirada, me desafía con los ojos. Sacó la pistola y le pegó un tiro en la frente. La cara sonriente de quienes estaban detrás se cubrió de sangre.

Hubo un momento de silencio y después aquello fue el caos. Asaltaron las puertas de emergencia, pero no cedieron enseguida, lo que creó una invasión de cuerpos y gritos histéricos. Al fin se abrieron y en un momento salieron todos, también sus hombres, quizá arrastrados por la gente o empujados por sus novias. Nicolas se volvió de espaldas al cadáver, se guardó la pistola en el bolsillo de los pantalones y vio vaciarse la discoteca.

El primero que volvió fue Lollipop.

—¿Qué has hecho, Marajá? —le dijo tirándole del brazo.

—Me miraba —contestó Nicolas, y quiso desasirse, pero Lollipop lo cogió también del otro brazo.

—¡Corre! ¡Las sirenas! ¿No las oyes? —Lo arrastró a la salida—. ¡La poli! ¡Rápido!

—¿Cómo dices? —respondió Nicolas, reconociendo en ese mismo instante aquel sonido estridente.

Sí, las oía y parecían cerca.

Los demás lo esperaban fuera, ya habían arrancado su T-Max. Partieron inclinados sobre el manillar, con la cabeza gacha para cortar el aire, como gavilanes. Detrás, los tímidos rayos del sol naciente se mezclaban con las luces de los coches policiales. Al poco, solo quedó el color naranja cada vez más intenso del amanecer. Las sirenas se oían menos, los coches debían de haber parado en el nuevo local. Redujeron, ya estaban a salvo.

Iban camino de casa y enfrente tenían el mar, en ese momento empezaba a incendiarse. No había cosa más bella. Pasaron Castel dell'Ovo y se abrieron en forma de abanico, como barcas que se hicieran a la mar.

Briato se detuvo en seco y Dron, que iba detrás, tuvo que pegar un frenazo para no chocar.

—¿Qué coño haces? —le dijo, pero entonces reparó en el coche de policía que había parado en un cruce. Los dos agentes los miraban, al parecer sin intención de seguirlos. Dron se volvió y lo mismo hicieron los demás: otros dos coches bloqueaban el cruce por el que acababan de pasar.

—Marajá... —dijo Tucán, pero no siguió porque Nicolas empezó a tocar el pito de su T-Max. En aquella mañana soñolienta, aquel sonido fue como un detonador. Por las ventanas de los edificios circundantes empezaron a asomar miradas de alarma y hasta la calle se llenó de curiosos salidos de no se sabía dónde.

—¡Disparad! —gritó entonces Nicolas—. ¡Cargaos a alguien!

Lollipop fue el más rápido: sacó su Beretta y le disparó a un anciano al que no dio tiempo a refugiarse en un portal. Iba aún en calzoncillos y llevaba una vieja camiseta de tirantes blanca muy pegada al cuerpo flaco. La bala lo alcanzó en el vientre y el cuerpo arrugado se derrumbó sin

oponer resistencia, lentamente.

Cuando Lollipop lo miró, Nicolas ya estaba tomando una callejuela lateral. Los coches de policía arrancaron haciendo chirriar las ruedas. La gente salía a la calle con un movimiento contrario al que el instinto aconsejaría, como si la salvación consistiera en estar al descubierto. Tucán, Dron y Briato corrieron hacia los grupos de gente que se formaban en las aceras y se abrieron paso por entre ellos hacia las callejuelas.

Lollipop los vio desaparecer mientras se guardaba la pistola y echó a correr unos segundos después. Demasiado tarde.

La policía se le echó encima.

# PRÓFUGO

Nicolas quería huir con la frente muy alta. Diez días, un mes, un año, diez. Nunca había estado en el reformatorio ni en la cárcel, pero estaba pasándole lo que tarde o temprano le pasa a un capo. Por eso, cuando huía de la policía, excitado, había llamado al Cigüeñón. La excitación se había transformado en febril espera cuando lo vio con pico y yeso en Ponticelli, delante del edificio tapiado donde en su momento se había escondido también Estabadiciendo, pero él no cometería errores, no dejaría que lo pillaran la primera vez que saliera, así se lo había jurado a sí mismo, mientras Briato y Tucán derribaban con el pico la pared que luego el Cigüeñón reconstruyó, privándolo, ladrillo tras ladrillo, de luz y aire. Aquel edificio sería la torre desde la que gobernaría el mundo. Sabría disciplinarse. Para mayor comodidad, el mismo Cigüeñón instaló un generador nuevo —«Regalo del Arcángel»— y Briato le llevó una PlayStation.

La tarde de aquel mismo día recibió el primer mensaje con el que lo ponían al corriente de cuanto ocurría en el exterior. Otro nombre que había que tachar: «Han pillado a Lollipop por el homicidio del viejo. Nisida.» Los vídeos del asesinato de la discoteca, grabados por las cámaras del local, eran ya virales, decía el que había escrito aquel papel. Luego le enviaron las primeras páginas de los periódicos: por primera vez aparecía su cara y su nombre. Todo aquello confirmaba su condición de prófugo y le daba valor.

Sin Lollipop, solo quedaban fuera Tucán, Briato y Dron. Disponía de algún Melenudo y de los chavalines, nuevos reclutas como Susamiello, Remanguito y Pachi, que se esforzaban mucho y harían cualquier cosa por entrar en la banda, pero, como se había demostrado con lo ocurrido a Pichafloja, esos tres aún no estaban preparados. Había que educarlos, dejar que crecieran. Es natural, se decía Nicolas, las cosas vivas se renuevan y la banda de los Niños debe seguir siendo de niños. Los viejos a morir y los jóvenes a mandar, ese había sido siempre su lema. Aunque, encerrado en aquella jaula, se había acordado también del Arcángel, que vivía confinado bastante cerca de allí. Sí, últimamente don Vittorio parecía rejuvenecido, envalentonado, pero eso se debía a la estrategia Google, estaba seguro... No, él nunca se metería en su propia cárcel. No se dejaría vencer por la angustia del prófugo: el tener mucho tiempo para revivir y no para vivir.

Para mantener la promesa que se había hecho, en aquellos cuatro meses Nicolas siguió un programa rígido. Se despertaba, desayunaba lo que había sobrado del día anterior y hacía ejercicio. Subía y bajaba por la escalera del bloque, levantando mucho las rodillas, como un marine en plena instrucción. Luego volvía al apartamento, esperaba a que sacaran un par de ladrillos y le pasaran la comida (casi siempre fiambre, a veces algún plato de pasta, mucho bocadillo) y comía jugando con la PlayStation. Pasaba la tarde entre carreras de GTA y tandas de penaltis del Napoli de los años noventa y algún oscuro equipo nacional. Cuando se cansaba,

encendía el StarTAC y despachaba el trabajo. Daba órdenes, mandaba digitalmente mensajes mafiosos como haría un verdadero capo. Antes de cenar —otro bocadillo, regado con agua mineral—, llamaba a Letizia. La barriga crecía. Ella decía que se sentía feísima. Él le contestaba que estaba guapísima. Te quiero, Nico. Te quiero, Leti.

Desde que se despedía por última vez de su mujer hasta que el generador se apagaba, pasaban exactamente cincuenta y tres minutos. Nicolas ponía la cuenta atrás en el iPhone y empezaba la exploración: aquella era la única actividad que lo distraía de la noche que lo esperaba.

Aquel lugar era un museo. En los apartamentos a los que podía acceder, los objetos abandonados brillaban con vida, con la vida de decenas y decenas de prófugos de la justicia que antes que él habían ocupado aquellas estancias. Deuvedés porno, una escopeta partida en dos, un colchón de agua reventado que ponía una nota de lujo en aquella celda de veinte metros cuadrados. Toda una vida detenida que a Nicolas le recordaba la vida inmortalizada para siempre de Pompeya y Herculano. Una mesa en la que había unos naipes dispuestos en un solitario; bragas, que el prófugo debió de oler hasta consumir; un cuadro que representaba el mar, la libertad del agua. Pero lo que más lo había cautivado eran las pintadas de las paredes: nombres de hijos, de mujeres, rodeados de corazones tímidos, sentimientos inconfesables que se confiaban a las paredes de la celda. Un día encontró un cabo de lápiz, lo afiló rascándolo en la pared y escribió una «C». Christian o Cristiana, el recuerdo del pasado o el anuncio del futuro, no lo sabía. Luego tiró el lápiz contra la pared opuesta. Él saldría de allí. Cuando faltaban cinco minutos para que se hiciera la oscuridad, volvía al apartamento y se metía en la cama. El generador no tardaría en apagarse y empezaría la pesadilla.

Ratas. Salían de la oscuridad e invadían los intersticios de los tabiques, corrían a ras de las paredes y emitían chillidos agudos de bestezuelas asquerosas. Al principio había creído que aquella especie de vibración que oía en las vigas era señal de la fragilidad del edificio y, asustado, había salido a la escalera a inspeccionar: al subir un peldaño había pisado algo viscoso y blando. Una rata. Así las había descubierto. Nicolas las odiaba desde siempre. Había disparado a muchas, había aplastado a muchas, hasta había reventado un par. Y ahora se vengaban porque no podía defenderse, porque no podía verlas. En aquella oscuridad parecían seres inmateriales, fantasmales, una tortura concebida para impedir que descansara. Aquellas noches, incluso las paredes perdían la realidad que marcaba el perímetro de sus días y parecían más cercanas, todos los espacios se volvían más angostos, asfixiantes.

Solo horas después lograba Nicolas conciliar el sueño y, entonces, soñaba que las ratas lo roían por todo el cuerpo hasta abrirle el cráneo. Cuando despertaba, se miraba por si le habían mordido. Dejaba atrás la noche como si no fuera a volver más y el último pensamiento lo dedicaba a aquel estúpido error, a aquella bala que le había clavado en la frente a un gilipollas cualquiera, pero aquel tipo lo había mirado, lo había mirado fijamente, casi lo había violado. Había que humillar aquellos ojos: si dejamos que nos miren, hemos perdido.

Las noches se parecían todas y los días habrían sido monótonos de no ser porque desde allí manejaba los negocios. No estaba mal dictar órdenes a distancia, pero echaba de menos a sus amigos, la admiración de los chavales y aquella sensación de que lo reconocieran por la calle. Se consolaba pensando lo que pasaría cuando saliera.

Pero, una tarde, Letizia alteró su rutina.

—He roto aguas —le dijo por teléfono. Iba al hospital con su madre.

Nicolas mantuvo la calma como solía hacer en las situaciones de emergencia; con la distancia,

le era más fácil. La tranquilizó, llamó a Tucán y le pidió que la escoltara y la custodiara, no fuera nadie a hacer lo que él había querido hacerle al hijo de Dientecito.

Luego llamó a Letizia y estuvo hablando con ella hasta que el generador se apagó.

A la mañana siguiente, la mano que le llevaba de comer metió por el agujero una foto impresa en tamaño A4: Letizia y Cristiana estaban preciosas.

De pronto, tuvo la sensación de que aquella vida que llevaba estaba quitándole algo, sintió que había perdido algo que ya no podría recuperar y por primera vez se acordó de lo que su padre le había dicho en el cementerio.

## EL TRASTERO

Aza solo había llorado una vez en su vida, el día en que murió su madre, y aquel día se prometió que no volvería a hacerlo nunca más, porque ¿acaso hay un dolor más grande?

La señora había muerto mientras dormía, después de lanzar un grito que la despertó. Corrió a la habitación, la vio inmóvil como siempre y, acometida por un presentimiento, acercó el oído al pecho. Nada, tampoco tenía aliento. Salió de la habitación, asustada, y notó que las mejillas se le mojaban, sal en los labios. Era el sabor de su madre.

Antes de llamar a la ambulancia y a los hijos de la señora, Aza se tomó un tiempo para rezar. Se habían querido mucho, a pesar de que el Alzheimer había hecho lo posible por borrar la relación que tenían. Aza había sido como su madre hasta el final.

Los hijos de la señora se presentaron al día siguiente, cuando Aza ya se había ocupado de todo. No se fiaba de aquellos tres, quienes, desde que contaban con ella, se limitaban a telefonear una vez por semana: «¿Todo bien, mamá?»

Los herederos entraron con el paso de quien al fin toma posesión del terreno. Los dos hombres iban acompañados de sus mujeres y, sin saludar apenas, se dirigieron a la habitación en la que su madre había dormido casi toda la vida, pero no se sentaron. Uno le pasó la mano por la manga, el otro por el dorso de la mano, pero ninguno la besó. Para no violentarlos, Aza se volvió a la cocina, donde encontró a la hija menor. Estaba fumando sentada a la mesa, quizá armándose de valor para entrar en la habitación de su madre o quizá porque quería estar a solas con ella, pues no se llevaba bien con sus cuñadas. En cuanto vio a Aza, le preguntó si su madre había dicho algo antes de morir.

—Hace meses que su madre dejó de hablar —le contestó educadamente Aza.

—Ya —contestó la hija antes de decidirse a entrar en el dormitorio.

No habían pasado ni cinco minutos cuando los hijos y las nueras registraban armarios y cajones, al principio discretamente pero luego cada vez con más afán y con la mirada afilada de quien espera encontrar un tesoro.

Aza seguía en la cocina, asomada a la ventana, esperando a los empleados de la funeraria. Solo ellos podían parar a aquellos buitres, pensó. Estaba furiosa, le entraban ganas de echarlos a patadas o, mejor, de coger una de las armas que le guardaba a Nicolas y pegarles un tiro allí mismo, en el salón. Se quedó petrificada, se agarró del marco de la ventana y se llamó estúpida. ¡Las armas! ¿Cómo no se había acordado? Había tenido todo el día para sacarlas de allí y ahora la casa estaba llena de gente que rebuscaba por todas partes.

Mientras los hijos de la señora registraban el salón, vigilándose mutuamente, ella fue con sigilo al trastero, se empinó y entrevió la esquina de un macuto verde. Se tranquilizó. Volvió al

salón y encontró a los hijos sentados en el sofá, con cara de disgusto: ni siquiera se habían molestado en cerrar los cajones ni en poner un poco de orden en el caos que habían creado con su asquerosa búsqueda del tesoro. Una búsqueda que no había terminado.

—Mamá prometió que le dejaría la casa a mi hija Giorgia —dijo una de las nueras.

—¿Cuándo? —saltó la hija de la señora—. Me la prometió a mí.

—Querida —dijo un hermano en tono agrio, con las manos en los bolsillos—, mamá estaba enferma y no hizo testamento.

—Teresa —dijo el otro hermano—, tú no tienes hijos, ¿para qué quieres la casa?

El timbre los interrumpió. Los empleados de la funeraria, por fin. Aza fue a abrir y los demás siguieron hablando de abogados, notarios e impuestos de sucesión. Entraron cuatro hombres y, en silencio y con el sombrero en la mano, se acercaron a los parientes.

—Nuestro más sentido pésame —dijo uno de ellos, un sujeto con las piernas largas como zancos que parecía un ave enorme.

Los hijos y las nueras murmuraron un par de «Gracias», pero se advertía que les molestaba aquella interrupción, ansiosos todos por volver al tema del que estaban hablando. Los empleados de la funeraria se miraron con embarazo y el alto dijo:

—Venimos a por la difunta.

La tensión no disminuía y Aza habló casi sin darse cuenta:

—Guardemos un momento de silencio por la señora —dijo sin rabia, en el tono del cura que invita a los fieles a arrodillarse. Se recogieron todos en una breve oración y después los parientes salieron con la excusa de que no soportaban ver que cerraban el ataúd.

Aza condujo a los empleados al dormitorio de la señora y se quedó allí mientras ellos cogían el cuerpecito seco de la difunta y lo depositaban en el ataúd. Instalarían la capilla ardiente en uno de los locales de la funeraria.

Costó bajar el ataúd. Aza ayudó a los tres empleados que cargaban con él dando indicaciones: «Más arriba, cuidado con el pasamanos, despacio, despacio.» En la calle, los familiares de la señora habían reanudado la conversación y solo al final se dieron cuenta de que metían el ataúd en el coche.

En el cuartito frío, ante los ojos llenos de angustia de una Virgen pintada en un estandarte, Aza siguió rezando; rezaba por sí misma, por la muerta, por conjurar los tristes pensamientos que le inspiraba su futuro: ¿qué haría ahora?, ¿dónde encontraría otro empleo, otra casa? Y rezaba también para que Dios bendijera aquellos macutos verdes, que esperaba que siguieran en su sitio cuando volviera. Los había guardado bien todo aquel tiempo, Nicolas tenía que reconocérselo.

Volvió en autobús casi tres horas después y enseguida corrió al trastero. Los macutos ya no estaban. Cogió el móvil y escribió a Nicolas, llena de rabia:

**Aza**

Los cerdos de los hijos de la señora se han  
llevado todo.

## DE LA TIERRA Y DEL CIELO

Una mañana, Nicolas oyó unos ruidos que nunca había oído. Venían de fuera. ¿La policía? Imposible. No harían tanto ruido. Eran motos y debía de haber cientos, quizá miles. El estruendo parecía proceder directamente de la tierra, era como un tsunami que fuera a embestir el edificio.

Nicolas se tumbó boca abajo y acercó el oído a una grieta que había en los ladrillos.

—Son motos, sí, no me equivoco —dijo en voz alta.

De pronto el ruido cesó. Pegó de nuevo el oído al suelo.

—¡Marajá! ¡Marajá! ¡Marajá!

Un coro de voces. Estoy loco, pensó. Se levantó como para alejarse de aquella alucinación, pero de pie, en medio del cuarto, siguió oyendo su nombre:

—¡Marajá! ¡Marajá! ¡Marajá! —Cada vez más rápido.

De pronto vio un polvo fino y cascotes que caían de una pared y, al poco, la punta de un pico penetrando la puerta tapiada. Enseguida se llevó la mano a la pistola, pero la luz exterior lo inundaba ya y sus ojos, hechos a la oscuridad, necesitaron tiempo para acostumbrarse a la intensidad del sol. Las voces seguían coreando su nombre y por entre los párpados se le filtraba cada vez más luz: en la pared había ya un gran boquete. Fuera había una multitud de chavales en moto que aclamaban al Marajá. Entre ellos, vio a Susamiello.

—¿Ves? —le dijo—. Venimos a por ti.

Nicolas parpadeó y los observó. Tenían las manos levantadas y superpuestas, formando un símbolo con los dedos: el índice izquierdo señalaba al cielo, la mano derecha hacía el signo de la victoria, pero horizontal, y se apoyaba en la punta del índice. Una F. La F de Forcella.

Era hora de salir de allí. Escoltado por cientos de motos: su ejército. El ejército de los niños que no lo habían traicionado, el ejército que no temía a nadie.

El garaje de Dron era una especie de almacén de basura tecnológica. Los estantes estaban repletos de discos duros y módems y en el suelo había monitores polvorientos que con el tiempo se habían vuelto obsoletos. Nicolas entró y por un momento echó de menos el barrio tapiado.

—Quiero ver a Cristiana —le dijo a Tucán antes siquiera de saludarlo a pesar de todos aquellos meses transcurridos. Donde primero lo buscarían sería en la casa del Vomero y Tucán lo convenció de que esperara.

—Demasiado peligroso.

Al principio, Nicolas opuso cierta resistencia: ¿cómo se permitían decirle lo que podía o no podía hacer?, ¿si podía o no podía ver a su hija? Gritaba sin importarle que su voz retumbara por

los garajes y pasillos del edificio.

—El Arcángel quiere verte. Mañana —dijo secamente Briato. Nicolas se calló.

—Hay que ir a ver qué ha pasado con las armas. —En eso no admitía réplica.

Fueron a Gianturco: Nicolas se escondió en el maletero del Cayenne de Briato, precedidos por Orso Ted y Carlitos Way, quienes iban reconociendo el terreno. Aza confirmó lo que le había dicho en el mensaje hacía dos días y Nicolas no consiguió sacar nada más en claro, la chica eritrea decía la verdad. De pronto, se arrojó a sus pies.

—No pasa nada —le dijo ayudándola a levantarse, pero la mirada que lanzó a Briato y a Tucán significaba todo lo contrario.

Dron oyó ruido de aspas de helicóptero. Era idéntico al que se oía en el videojuego *Call of Duty*, no podía equivocarse. Salió del dormitorio y corrió escalera abajo, tenía que avisar como fuera a Nicolas de que iban a por él, pero Nicolas ya lo sabía: aquel helicóptero sobrevolando lo había puesto en fuga.

Dron salió a la puerta y una agente de policía le asestó un porrazo en el estómago. Se dobló y cayó de rodillas. Otro agente lo levantó y un tercero le puso las esposas. Los coches de policía se habían detenido formando un semicírculo delante de la casa y en aquel momento vio claramente el helicóptero vigilante desde arriba. Oyó sollozar a su madre y se volvió. Con ella estaban su padre, que lo miraba impasible, y Annalisa, que se tapaba la boca con la mano, como para que no saliera algo que no quería decir. Los policías lo condujeron hacia el coche, pero él se resistió y los agentes le concedieron un último momento con su familia. Dron fue a darle un beso a su hermana. Quería dárselo en la boca, el gesto con el que los capos sellan el pacto de confianza que hacen con quien se ocupará de los negocios en su ausencia. Ese es el beso de la muerte, un beso que condena a quien lo recibe si traiciona. Le acercó los labios, pero Annalisa volvió la cara. Lo intentó entonces con su padre y luego con su madre. No se dejaron besar. Habían sido ellos. A Annalisa no le había costado convencerlos cuando descubrió que el capo de la banda de los Niños se escondía en el garaje.

—¡Malditos seáis! ¡Sangre podrida! ¡Cobardes de mierda! ¡Os he mantenido yo! ¡Las obras las he pagado yo! —le gritó a su padre—. ¡No quiero estar con vosotros ni en el cementerio!

Su familia lo miraba y guardaba silencio. Solo cuando tenía ya la mitad del cuerpo dentro del coche, Annalisa se quitó la mano de la boca y dijo:

—Mejor verte en la cárcel que en el cementerio. Mejor que estés entre barrotes que bajo tierra.

Ya estaban a punto de regresar al garaje, cuando Tucán le preguntó:

—¿Qué querrá el Arcángel?

Nicolas se encogió de hombros. En realidad, temía haber decepcionado al Arcángel cometiendo aquel asesinato estúpido que lo había tenido meses apartado del negocio. Se encogió otra vez de hombros, pero Tucán miraba hacia otro sitio. Observaba el cielo. Nicolas aceleró el paso, pero Tucán lo agarró del brazo y lo llevó a un zaguán. Pasó un helicóptero a toda velocidad por entre los edificios, cortando el viento con el morro inclinado, como si estuviera abandonando la zona de operaciones. Nicolas y Tucán salieron al descubierto, comprobaron que no hubiera moros en la costa y siguieron camino de la casa de Dron. Una calle más y Nicolas estaría a salvo.

De pronto estallaron en el aire las sirenas de varios coches patrulla y Tucán y Nicolas se pegaron a la pared, como dos fugitivos sorprendidos por el toque de queda. Nicolas se asomó y llegó a ver la cabeza de Dron desapareciendo en el coche de policía y a su familia entrando en el edificio.

—¿Y ahora? —preguntó Tucán, balbuciendo.

—Ahora vamos a la madriguera. Todo está quemado... Allí no se escondería ni un muerto.

## HACIA LA CORONACIÓN

—¿Por qué me hacíais entrar siempre por casa de la Cicatello?

Delante de Nicolas había una superficie de metal en la que, como máximo, cabrían cuatro personas. Un mando con dos botones —arriba y abajo— dirigía los brazos mecánicos de aquel montacargas rudimentario sin barreras protectoras ni techo.

—Este es el ascensor privado del Arcángel. Aquí, como te caigas, no hay seguro que valga —dijo riéndose el Cigüeñón.

Nicolas asintió. Tucán y Briato lo habían escoltado desde la madriguera al pórtico del edificio y, al llegar, el Cigüeñón se había hecho cargo de él y lo había llevado a la parte de atrás. La fachada trasera se caía a pedazos y la vegetación que crecía allí ocultaba el montacargas.

Nicolas se había sentido como aquel solar durante el tiempo que había estado escondido. Para afeitarse la barba había tenido que usar las tijeras primero y luego la maquinilla. Había salido del barrio tapiado como el náufrago que regresa a la civilización y descubre que debajo de tanta suciedad aún hay un ser humano.

—Sabemos que os han birlado las armas —dijo el Cigüeñón mientras subían—. Al Arcángel eso no le ha gustado nada.

El montacargas dio una sacudida. Nicolas contuvo el aliento y tuvo que separar las piernas para no perder el equilibrio. Las palabras del Cigüeñón no auguraban nada bueno. Se había pasado las últimas horas hablando con los suyos de aquella cita: todos intuían que debía de tratarse de algo gordo, pero ¿de qué se trataría?

El montacargas se detuvo a pocos metros del techo. Pintada del mismo color que la pared, había una puertecita de metal que se abría empujando y daba a la escalera del apartamento del Arcángel.

Nicolas salvó el hueco de un metro que quedaba entre el montacargas y la puerta y esperó al Cigüeñón.

—Ya conoces el camino —le dijo antes de pulsar el botón de descenso.

Nicolas notaba que la carótida le latía contra la piel del cuello. Subió los escalones con calma, ya se oía la voz del Arcángel. No entendía lo que decía, pero aquellas carcajadas sonoras inconfundibles eran señal de que estaba de buen humor. De pronto, oyó la risa de otra persona.

El Arcángel estaba sentado en su sillón y en el contiguo había un hombre que, a juzgar por las arrugas de la cara, debía de tener la edad del anfitrión, pero si el Arcángel llevaba las marcas del tiempo con dignidad, con ostentación de un pasado glorioso, el otro disimulaba su decadencia con un bronceado excesivo y un flequillo de color anaranjado que le caía diagonalmente por el rostro.

—¿Tiene usted invitados y no me avisa? —dijo Nicolas, pasando al ataque.

—No —replicó el Arcángel—. Tampoco te he dicho que hoy he cagado dos veces. ¿Te ofende?

Nicolas intentó esbozar una sonrisa conciliadora. Seguía allí de pie como esperando a que le dieran alguna indicación, pero don Vittorio ni hacía las presentaciones ni lo invitaba a sentarse. Se levantó. Cogió de un estante una botella que llevaba allí años —se la había regalado Gabriele y a veces la miraba como si fuera la cara de su hijo—, la levantó, admiró a contraluz su color rojo y denso, que coloreó su rostro oliváceo, cogió con calma tres copas y la abrió.

—¿Qué pasa, don Vitto, que abre usted esa botella tan preciada? —le preguntó Nicolas, con la voz quebrada de pura expectación.

—Siéntate, Marajá, y prueba este vino. —Don Vittorio llenó una copa por la mitad y dio un traguito—. ¡Ah! —Chasqueó la lengua—. Excelente. Burdeos, noventa y cinco por ciento de merlot. 1990, excelente cosecha. —Dio un trago más largo, despacio, y dejó la copa sobre el brazo del sillón—. Hay que celebrar cosas, Nico, si no las horas se hacen eternas.

—Dice usted bien —terció el invitado del Arcángel.

—Nico, ¿conoces a don Arturo Lauretta? —le preguntó don Vittorio.

—¿Cómo no? Don Arturo el Jarabe.

—La fama me precede —dijo el Jarabe—. Aunque en este cuarto solo hay un figura. —Y saludó con la copa a Nicolas, que le correspondió del mismo modo y se relajó, si bien no entendía qué hacía allí el Jarabe, por qué don Vittorio los había convocado. La familia Lauretta era muy conocida, llevaba viviendo en Marano desde la noche de los tiempos y estaba vinculada con la mafia siciliana, lo que la convertía en un clan poderosísimo del norte de la ciudad.

—Vamos a hacernos un selfí, Marajá —dijo el Jarabe—, quiero enviárselo a mis sobrinos.

Nicolas apuró el burdeos y dejó que aquel sujeto lo abrazara y posara para la foto. El Arcángel se había servido más vino. Alzó la copa y empezó a declamar:

—Los reyes de la tierra habitada se reunirán...

El Jarabe sonrió y sacó otra foto.

—Vi la bestia salvaje y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer la guerra a aquel que montaba a caballo y a su ejército.

—¿Qué reza? —le preguntó Nicolas al Jarabe.

—Y los cobardes y los sin fe y los impuros e inmundos y los asesinos y los fornicadores y los que practican el espiritismo y los idólatras y todos los mentirosos acabarán en el lago que arde con fuego y azufre —continuaba don Vittorio.

—Don Vitto...

—A uno se le pudrirá la carne mientras está en pie y los mismos ojos se le pudrirán en las órbitas y la misma lengua se le pudrirá en la boca. —Dicho esto, apuró la copa—. Es el Apocalipsis, Nico —reveló por fin—. Revelación. Ezequiel. La Biblia, tienes que leer la Biblia. ¡Se aprenden muchas cosas!

¿Todo aquel camino, el riesgo que había corrido por ir allí, siendo un prófugo, para oír aquellas chorradas?, pensó Nicolas.

—Es lo que está ocurriendo, el Apocalipsis —continuó don Vittorio—. El Gatazo cede. Quiere verme. —Nicolas se puso tenso y prestó atención—. Quiere darme el centro de la ciudad, Marajá. Comprende que no puede hacer nada contra vosotros y no quiere desencadenar una

guerra. Por eso recurre a un viejo amigo...

—Don Vitto, ¿qué coño dice?

—¡No me seas maleducado, Nico! Las cosas están cambiando. —Nicolas recuperó la esperanza—. Don Arturo, aquí presente, y su familia han aceptado organizar el encuentro en Marano. Él será el garante. El Gatazo y sus hombres irán sin armas, pero...

—Pero ¿qué?

—Que en lugar de ir yo, irás tú.

De pronto, Nicolas lo vio todo claro. Entendió qué celebraban aquella mañana. Por fin, el advenimiento de su reino.

—Vas y le pegas un tiro en la cara. Forcella pasa a ser tuya y yo recupero San Giovanni, mi barrio. No hay cosa mejor que volver a casa. Se puede recorrer el mundo, pero no hay nada mejor que estar en casa.

Nicolas se imaginaba la escena, el careto de Diego Faella explotando. Aquella sería la victoria definitiva, el método Google funcionaba, los Niños vencían a los viejos, a todas las sotas de copas. Se le escapó una sonrisa y la disimuló llevándose la copa a los labios, pero había una cosa que no le cuadraba y quería aclararla.

—Perdone usted, Jarabe, pero si es usted el garante, ¿no irá luego la familia del Gatazo contra usted?

—En cuanto tú salgas —dijo el Jarabe con la seguridad de quien había repasado el plan infinidad de veces—, nosotros avisamos a nuestros hombres y ellos, que ya están preparados, eliminan al Payaso, a Viola Striano y a todos los que estén deseosos de recibir un balazo.

La idea de que Viola y el Payaso murieran le gustaba casi más que la de que muriera el Gatazo: por culpa de la primera no había tenido el gusto de vérselas personalmente con Dragón, pero, al mismo tiempo, la muy zorra siempre le dejaría el dolor de aquella muerte. Y el Payaso se había cargado a Estabadiciendo, se lo habían dicho los tipos que había en el bar aquella noche viendo el partido.

—¿Y por qué lo hace? —le preguntó al Jarabe.

—¡Qué preguntas tienes! —le reprochó el Arcángel—. ¿Cómo te permites pedirle explicaciones a la familia Lairetta?

—Deje usted, don Vitto —repuso el Jarabe—. El figura quiere saber, es normal. ¿Sabes por qué quiero hacerlo? Porque de ahora en adelante la droga te la pasaremos nosotros. Desde que traes la maría de Albania, la nuestra no se mueve. —Y sonrió. Dientes perfectos, de anuncio de pasta dentífrica.

—¡Vale mucho el chaval! —le dijo el Arcángel al Jarabe, como si Nicolas no estuviera allí—. Nico, vales mucho de verdad. Te he enseñado bien —le dijo a él.

El Arcángel hacía pocos cumplidos y Nicolas los recibía con gusto, pero en aquel momento sentía una emoción más fuerte: la de ver que el futuro que se había figurado todos los días, cien veces al día, en el barrio tapiado, por fin llegaba. La última vez que se había emocionado tanto había sido cuando vio en el móvil los primeros momentos de vida de la pequeña Cristiana, la princesa del centro histórico.

El Arcángel le sirvió otra copa.

—Y quiero que sepas otra cosa: mi mujer es hermana de la mujer del Jarabe y la madre del Gatazo es prima de su madre...

—¿Y a mí qué me cuenta, Arcángel? ¡Me la suda!

—Pero mira que eres maleducado, Nico, no tienes remedio —lo reprendió el Arcángel—. Te lo digo para que veas por qué don Arturo quiere ser mi garante y el garante de los Faella. Lleva sangre de las dos familias.

—A mí eso de los parientes, los primos, la sangre mezclada no me interesa —dijo Nicolas—. Uno vale por los huevos que tiene, no por sus primos. Y sepa una cosa, don Jarabe: cuando yo mate al Gatazo, se le echará encima la mitad de su propia familia.

—Ya estamos preparados —contestó el Jarabe—, te lo repito.

—Preparados para traicionar su sangre.

—¿Cómo te sientes ahora que vas a ser rey de Nápoles, Marajá? —cambió de tema el Arcángel—. Yo, cuando me hice con San Giovanni y Ponticelli, allá por el 92, no andaba, volaba.

—Claro —contestó Nicolas, aceptando rebajar la tensión—, como que es usted un arcángel.

El Arcángel sonrió, pero se apresuró a añadir:

—Sí, pero no te creas. Vuelas pero te llevas muchas patadas en el culo. Mandar es muy duro. Eres como el padre de todos y los hijos dan mucho por saco. Si la cosa va bien, es mérito de ellos y, si va mal, es culpa tuya...

—Don Arcán —lo interrumpió Nicolas: cuando se hablaba de la sangre y del poder estaba en su salsa—, a lo mejor ha olvidado usted cómo se manda, pero yo no. Ya se encarga la banda de los Niños, mis hermanos, de sacarlo a usted de esta cloaca, de la mierda.

El Arcángel miró al Jarabe complacido. Se veía claramente que sentía orgullo paterno, orgullo por un hijo que se hace hombre siguiendo los pasos de su padre, pese a todo.

—Bebamos, pues —dijo. Aún quedaba mucho por hablar y volvió al plan de la emboscada—: Recapitulemos. Esta noche vas al barrio de Cupa dei Cani. ¿Cuántos seréis? ¿A quién te llevas?

—A Tucán y a Briato.

—Bien. ¿Con qué armas?

—Yo tengo mi Desert Eagle. Tucán tiene una Smith & Wesson y Briato una Glock.

—¿Una Glock? ¿Esa pistola de tías? Hábermelo dicho...

—¿Qué quiere? Me han robado las otras... No hemos tenido tiempo...

—Sí, ya lo sé. Yo te doy las armas, se encarga el Cigüeñón.

—¿Y cómo entramos en Cupa dei Cani? Los hombres del Gatazo no llevarán armas, pero...

—De eso se encarga también el Cigüeñón. Que Briato se quede de apoyo fuera, pero que esté listo para intervenir en cualquier momento —dijo el Arcángel, en tono tranquilo—. Así, si pasa algo, si llega la policía o el Gatazo va con alguien, él acude y se lo carga. —Nicolas asentía—. Tú vas solo con Tucán.

—Eso es, don Vítto, todo claro. Yo estoy preparado. —Se moría de impaciencia, la noche le parecía lejísimos, iría a Cupa dei Cani directamente desde allí.

—Me esperaba que fuera así, don Arcán —dijo el Jarabe—. Se ve que ha salido de usted.

—Yo he salido de mi madre y de nadie más, don Jarabe —replicó Nicolas.

Estallaron en carcajadas. Don Arcángel se levantó del sillón.

—Ven aquí —le dijo a Nicolas. Le estrechó la mano e, inesperadamente, lo abrazó, pero a Nicolas ese abrazo no lo desagradó: aquel era un día especial.

Encontró a Briato y a Tucán donde los había dejado, con el Cigüeñón y el Pajarito, que lo

saludó llevándose el puño a la palma de la otra mano e inclinándose un poco. Nicolas les explicó a sus hombres el cambio de armas: entregaron las que llevaban y el Pajarito les dio dos AK-47 y una escopeta de corredera para Briato.

Y volvieron a Forcella, a matar el tiempo que quedaba para la coronación, a brindar en la madriguera quemada.

## LA CARNE Y LA SANGRE

Parecía que iba a casarse otra vez el Marajá, pero no: iba a recoger el cetro que le correspondía.

—Date prisa, Marajá —le dijo Tucán, mirando la hora por enésima vez—. Llegamos tarde y Briato ya está allí.

—Siempre recordaré mi traje de boda y este que llevo puesto —dijo Nicolas, después de abrocharse el último botón de la chaqueta.

Había encargado aquel traje con el de boda y Pachi había ido a recogerlo a casa de Letizia, que lo tenía guardado con el otro en papel de seda.

—Pero cuando te casaste todos te miraban —dijo Tucán, que llevaba un chándal negro de Urban Classic— y ahora no quedará nadie para acordarse. —Se echó a reír antes de empuñar el AK-47.

Nicolas dejó que hablara. Esa era su oportunidad e iba a aprovecharla, lo demás era pura cháchara. El Gatazo comprendería todo en cuanto lo viera. Leería los símbolos, vería al nuevo rey, y Nicolas estaba deseando ver la cara que pondría aquel mierda cuando supiera que aquello era el fin.

—¿Estás ya, Marajá? —Tucán se movía alrededor de Nicolas como un tábano.

—Tranquilo, Tucán —le dijo Nicolas riéndose—. ¿Acaso tienes prisa? Descuida, que la fiesta no empezará sin nosotros.

—Prisa no, Nico, pero no quiero imprevistos.

—¿Qué imprevistos! Tienes claro el camino, ¿no?

Tucán había empleado varias horas en reconocer el terreno. Había hecho el trayecto más corto, el más largo, el que rodeaba el parque de Capodimonte y el de la circunvalación.

Cupa dei Cani: allí, en aquel barrio de Marano di Napoli, había organizado don Vittorio la reunión. Nicolas no reaccionó cuando el Arcángel le dijo el nombre del lugar en el que se decidiría todo, habría parecido un niño cuyos padres le dijeran que van a EuroDisney: Marano, Poggio Vallesana, Nuvoletta, Cosa Nostra... El juego de las conexiones podía continuar al infinito, abarcando décadas de guerras de camorra e infiltración siciliana en aquellos lugares, de homicidios ilustres y de cuerpos disueltos en ácido. Un lugar mítico, donde se había decidido el destino de Campania y no solo de Campania. El Arcángel había elegido bien, pensó Nicolas.

Tucán había conseguido una moto nueva para Nicolas, una Honda normalita, como tantas, con los documentos perfectamente en regla. Nicolas montó con cuidado de no mancharse el traje. Tucán salió delante vigilando y se comunicaba con él por auriculares. Lo avisaría si veía puestos de control o coches sospechosos.

Nicolas no pasaba de los cincuenta kilómetros por hora y el aire que se le metía por las mangas le hacía sentirse ligero como una cometa.

—¿Todo bien, Marajá? —le preguntó Tucán por el auricular.

—Tobo bien —contestó Nicolas, aclarándose la voz. Sin quererlo, recordó los días en los que había empezado todo, en su dormitorio. «Cuanto menos tengamos, más tendremos», le decía a Christian, como también se lo decía a Briato, a Dragón, a Dientecito, a Estabadiendo, a Bizcochito, a Cerilla, a Tucán... a todos sus amigos. No cargaba todavía con el peso de los lutos, las traiciones, los desengaños, los errores: por aquel entonces todo eran posibilidades.

Llevaban rodando unos diez minutos cuando Nicolas, saliendo de su ensimismamiento, advirtió que daban vueltas en círculo.

—Tucán, ¿qué vuelta estamos dando? ¡Si aún no hemos salido del Vomero! —Silencio del otro lado—. ¡Tucán, cagüen la puta! —Su segundo había frenado de golpe y a punto habían estado de chocar.

—Quiero darte una sorpresa, Marajá.

—Menos tonterías, que no hay tiempo...

—Espera.

Nicolas no se había dado cuenta de que pasaban por su casa porque nunca había estado allí. La cortina verde de un ventanal del segundo piso se abrió como si fuera un telón y apareció Letizia: su esposa iba en bata y se había echado una manta blanca por encima. El pelo suelto le caía por un lado. Tenía en brazos a Cristiana, la pequeña dormía profundamente, envuelta en una manta rosa. Le mandó un beso con la mano, señaló a su hija y sonrió como diciendo «Mira qué buena vida se pega, todo el día durmiendo y comiendo». Nicolas sonrió también y, apeándose de la moto, se dio la vuelta para que lo mirara.

—Estás guapísimo —le dijo ella, silabeando lentamente.

—Tú también —le dijo él, señalándola con el dedo, como si no fuera la única mujer que había allá arriba. Se llevó las manos a la boca y gritó—: ¡Os quiero!

Letizia se estremeció, contuvo el llanto para no despertar a la pequeña:

—Nosotras también te queremos.

Nicolas y Tucán llegaron con unos minutos de antelación. El automóvil estaba donde debía estar. Un Alfa blanco, aparcado mitad en la calzada, mitad en la cuneta. Siguiendo las instrucciones, dejaron las motos a unos cincuenta metros y continuaron a pie. La llave debía de estar escondida en los bajos, a la altura de la rueda trasera izquierda.

Ahí estaba. Nicolas miró a un lado y otro. Se podía ver el techo de la casa en la que tendría lugar la reunión. Era de ladrillos rojos y no tenía ni antenas ni chimeneas, parecía un búnker. Estaba situada sobre una elevación del terreno y rodeada de cerezales. El Arcángel les había dicho que se llegaba por un caminito.

—¿Está Briato en su puesto? —preguntó Nicolas.

Tucán tecleó en el móvil y se lo llevó al oído.

—Sí. Sigue en zona tranquila. Espera la señal para acudir a zona caliente.

Subieron al coche, Nicolas arrancó y el Alfa salió petardeando. Se miraron pensando lo mismo: esperemos que no nos oigan. Tomaron el primer desvío a la izquierda y siguieron por una carretera cortada flanqueada de chalés con verja. Nicolas conducía a diez por hora y miraba entre

los cerezos en busca del camino. Llegaron a la verja del enésimo chalé y Nicolas dio la vuelta.

—¿Dónde coño está el camino? —dijo Tucán—. ¿Seguimos en zona tranquila?

Sudaba y se pasaba una y otra vez el antebrazo por la frente. De pronto, Nicolas giró a la derecha, acababa de ver algo, un destello, quizá el sol reflejado en un espejo, podría ser el coche de un centinela, merecía la pena probar.

—Ahí está —dijo Nicolas.

Tucán se asomó por la ventanilla. Era un camino de tierra más clara que el terreno circundante y se veían marcas de ruedas que los centinelas no habían borrado del todo.

Iban despacio, pero debían de haberlos visto ya. El primer puesto de control consistía en dos individuos que les hicieron señas de parar. Hombres del Arcángel, Nicolas los había visto un par de veces. No tuvo más que levantar el pie del acelerador y echar el freno de mano. Los centinelas comprobaron la matrícula y los dejaron pasar. Treinta metros más allá, otro puesto de control, otros dos hombres del Arcángel que volvieron a comprobar la matrícula.

Los cerezos dieron paso al muro de la finca, una tapia de al menos dos metros de altura rematada por pinchos. A la casa se accedía por una verja blanca delante de la cual un hombre alto y algo encorvado paseaba como si midiera la anchura.

—Es el Cigüeñón —dijo Tucán.

Nicolas se le acercó y bajó la ventanilla.

—Tíos —dijo el Cigüeñón—, seguid rectos, muro adelante. Veréis una especie de establo: metéis el coche, cerráis la puerta, sacáis las armas y esperáis.

Abrió la verja lo justo para entrar y desapareció.

Siguieron el muro hasta el final y doblaron a la derecha; allí había un solar y un establo medio derruido en el que dos caballos rumiaban heno. Nicolas maniobró marcha atrás y aparcó junto a los animales, que no se inquietaron.

—¡Qué chulos son! —dijo Tucán. Se apeó y empezó a acariciar a los caballos—. Estos corren que se las pelan. Los Lauretta se pirran por los caballos.

Nicolas cogió la puerta de reja del establo con las dos manos y fue a cerrarla, pero entonces vio que Tucán estaba fuera, al descubierto.

—¿Qué coño haces ahí, Tucán? —le dijo en voz baja—. ¡Deja los caballos!

—Nico, ven a ver.

Nicolas lo siguió escondiéndose en la maleza. Se oían a lo lejos unos motores y al poco vieron tres *jeeps* y un todoterreno que subían hacia la casa por la parte opuesta.

—Es el Gatazo con escolta —dijo Tucán.

En aquellos vehículos, calculó Nicolas, podían caber hasta quince hombres armados hasta los dientes.

—¡Nos han tendido una trampa! —dijo Tucán alzando la voz.

—¡Chis! Calla. —Nicolas se asomó para ver mejor, pero los coches habían doblado la esquina y no vio más que las luces de freno del último *jeep*.

Oyeron que se abría la verja entre chirridos y que uno de los coches entraba acelerando. Oyeron los «bips» de los todoterrenos que hacían marcha atrás. La escolta se marchaba. El Gatazo se quedaba solo y seguramente iba desarmado, como le había dicho el Arcángel.

Era el momento. Esperaron a que el ruido de los coches se desvaneciera y se pusieron en marcha.

—¡Eh, tíos! ¿Qué coño hacéis ahí fuera? —El Pajarito había salido jadeando del establo—. Teníais que esperar dentro.

Nicolas cruzó el camino y abrió los brazos.

—Así están las cosas, Pajarito.

—Pues daos prisa, coged las armas —dijo el Pajarito.

—Tranquilo —le dijo Nicolas antes de darle un revés en sus partes.

Tucán y Nicolas cogieron los AK-47 que habían escondido en el maletero.

—Andando, Tucán —dijo Nicolas con una sonrisa amartillando a un tiempo el arma. Solo la usaría si era necesario, si la cosa se complicaba. Pensaba matar al Gatazo con la navaja que le regaló el Arcángel—. ¿Dónde está? —le preguntó al Pajarito.

—En el despacho que hay nada más entrar. Venid.

Los condujo a la verja blanca y llamó al Cigüeñón dando tres golpes con el pie.

—Déjala abierta —le ordenó Nicolas, después de entrar en la gran explanada que había delante de la casa. Briato debía de estar por allí cerca, pero, en caso de peligro, no podría saltar la tapia para acudir en su ayuda.

Nicolas se pasó la mano por el cuello: sudaba a chorros y el tatuaje de la nuca parecía cubierto por una capa de aceite.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el Cigüeñón, sin ánimo de provocarlo—. Siempre podemos anularlo.

Nicolas no tenía miedo. Iba a llevar de nuevo el cetro a Forcella, ¿cómo podía tener miedo? Iba a convertirse en el rey-niño, ¿cómo podía tener miedo? Iba a cargarse al hombre que había acabado con su banda, ¿cómo podía tener miedo?

—Cigüeñón —dijo Nicolas—. Ha llegado la hora.

La puerta de la finca daba a un sala enorme y vacía; al fondo, junto a una jardinera, había una puerta cerrada.

—Está ahí dentro —dijo el Pajarito.

Nicolas se aseguró de que tenía cargado el AK-47 y pasó a la acción sin pensárselo, ya había pensado mucho en aquel momento: ahora había llegado y tenía que actuar.

La puerta se abrió sin resistencia:

—Gatazo, se acabó —dijo encañonándolo con el arma.

Pero la cara del Gatazo no mostró ni terror ni sorpresa, tenía la expresión burlona de siempre. La verdad es que tiene huevos este Diego Faella, pensó Nicolas.

—Se acabó —repitió y solo entonces reparó en que había otras personas sentadas a la mesa con el Gatazo. Eran la Zarina, el Jarabe, con su cara babosa y tranquila, y, como engendrado por un cortocircuito de su mente, el mismísimo Arcángel, con los pies apoyados en un macuto verde del que sobresalían unas armas. Sus armas, las armas de la banda.

Cerró los ojos, pero, cuando los abrió, el Arcángel seguía allí.

—No entiendo nada —dijo Tucán en voz alta, detrás de él—. ¿Qué pasa aquí? —Estaba pasmado.

—¿Lo ves? —le dijo don Vittorio al Gatazo, señalándose el Rolex que llevaba en la muñeca derecha—. Llega puntual. ¿Qué te decía? El Marajá siempre es puntual.

—¿Qué coño pasa aquí, don Vitto? —dijo Nicolas. Seguía apuntando al Gatazo con el AK-47, pero sin apretar mucho el gatillo.

—Y ahora que te he quitado a las bandas de en medio —continuó el Arcángel—, me quedo con el centro de Nápoles, con todo lo que hay dentro...

—Con todo, no —replicó el Gatazo, mirando a la Zarina—. Tú suministras la mercancía y yo protejo el negocio...

Era un trato. Estaban incluso ultimando el reparto, ese era el momento que precede a la firma.

—¿Qué coño dice, don Vitto? ¡Está vendiendo mi zona! —Nicolas temblaba y el temblor hacía resonar los componentes metálicos. Y de pronto decidió hacer lo que había pensado hacer enseguida: apretó a fondo el gatillo y empezó a mover con rabia el AK-47 a un lado y otro, como haría un niño con un arma de juguete. El Gatazo se llevó las manos a la tripa y, en el tono serio que adoptan los niños cuando juegan, dijo:

—¡Ay, ay! El Marajá me ha matado.

Entonces Tucán apretó también el gatillo. Clic. Lo había puesto semiautomático para tener mayor precisión y sabía que para disparar de nuevo debía soltarlo. Clic. Solo un chasquido, como un petardo fallido. Apretó otra vez. Nada.

—¡Nicolas, las armas que nos han dado no funcionan! —dijo Tucán.

El Arcángel retiró el macuto y se puso en pie. Estaba más elegante que la última vez que lo había visto, incluso más elegante que él.

—Marajá, Marajá —dijo y, por un momento, esperó Nicolas que todo aquello formara también parte de lo que habían acordado. Don Vittorio caminaba con ligereza por aquel suelo de barro cocido, parecía veinte años más joven. Cogió el cañón del AK-47 por la mira y lo bajó. Y besó a Nicolas. Lo besó en la boca, con fuerza, oprimiendo mucho los labios, hasta que le abrió los suyos a Nicolas. Luego las cabezas se separaron—. ¿Qué te tengo dicho? Que si los demás miran hacia arriba, tú mires hacia abajo. Que si los demás miran hacia fuera, tú mires hacia dentro. Que mires siempre donde los demás no miran. Y no lo has hecho.

—¡Maldito cabrón! —exclamó Nicolas, con la cara desencajada. El que cae soy yo, estaba en el cielo y ahora muerdo el polvo, pensó. Apartó al Arcángel dándole de plano en el pecho con el Kalashnikov, pero el viejo seguía sonriendo, como ante un animal feroz que se rebela contra su cautividad. Nicolas blandió entonces el AK-47 para golpearlo con la culata, pero el Cigüeñón apareció por detrás, lo agarró y lo inmovilizó contra la pared. El Arcángel seguía hablando y hablando, no se callaba, y Nicolas tenía que seguir oyendo sus lecciones:

—No pasa nada, Nico, es normal, nos ocurre a todos tarde o temprano, tranquilo.

Tucán soltó el AK-47 y se abalanzó sobre el Gatazo, pero recibió un pistoletazo y salió despedido un metro hacia atrás. El Gatazo enfundó la pistola y se agachó a observar a Tucán: el joven tenía el cuello abierto, como se abre una sábana que se rasga por un lado. Le salían de la boca unas burbujas rojas, grandes y redondas como pompas de jabón, que, en lugar de explotar, se acumulaban formando una espuma blancuzca que de pronto un flujo de sangre se llevó por delante.

—No pasa nada, Nico —repitió el Arcángel—. Simplemente vas a morir. Es normal.

Nicolas no podía respirar. Supo que Tucán moría, oyó los dientes del amigo partiéndose con la última contracción, oyó un burbujeo y después nada. Empezó a forcejear, se golpeó la cabeza contra la pared, buscaba espacio para soltarse, pero las manos del Cigüeñón lo mantenían contra la pared, le oprimían la garganta como si estuvieran exprimiendo un limón.

Había caído en una trampa e iba a morir; había caído por estúpido, porque no había sabido preverla, él, que era el Marajá y conocía el arte de la estrategia. Apenas le entraba aire y tenía

ganas de vomitar.

—Nico —siguió diciendo el Arcángel—, no es nada personal, en serio. Es que unos mandan y otros son mandados. Tú has mandado, has hecho lo que querías, pero, por muy bien que se vistan, los niños son niños. La sota de copas será lenta, pero cuando llega, llega, y adiós Google, que no se sabe qué es, que no existe, que está en el aire, en un ordenador. Nosotros estamos aquí, sentados a una mesa.

Nicolas miró a la Zarina. Todo aquello era real. La Zarina se sentaba a la mesa con el hombre que había matado a su hijo. El Arcángel se sentaba a la mesa con el hombre que había matado a su hijo. Así es, pensó, solo importa el dinero.

El Arcángel miró al Cigüeñón:

—Desnúdalo —le ordenó. El Cigüeñón le cruzó los brazos a Nicolas y, con la otra mano, le desabrochó los dos botones de la chaqueta que aún llevaba abrochados.

El Arcángel tentaba con el pulgar el filo de su navaja negra. Miró a los ojos a Nicolas, como para hacerle al menos el honor de las armas y, con un gesto brusco, repentino, le hundió la hoja en el vientre.

El poco aire que le entraba salió de golpe, como si fuera un suspiro de alivio, incluso su rostro se serenó. Clavaba las puntas negras de sus ojos en los del Arcángel, pero no lo veía. Quiso imaginarse la cara de su hija, los ojos de Letizia, pero no pudo. No sentía más que el escozor del navajazo en la tripa y la ignominia de morir como estaba muriendo.

El Arcángel extrajo la hoja lentamente, para no mancharse, y el Cigüeñón soltó a Nicolas.

Nicolas dio unos pasos hacia delante, tambaleándose. La mancha iba agrandándose en la camisa clara. El Arcángel le asestó otro navajazo, a pocos centímetros del primero, y luego otro. Nicolas no se desplomó de golpe; primero hincó una rodilla, luego la otra y finalmente cayó de costado. Tocó el suelo con la sien. Vio a Tucán. Quiso decirle algo, que no tuviera miedo, pero no tenía fuerzas. Sintió mucho frío y las piernas empezaron a temblarle. Aquello era el fin. Se había imaginado muchas veces su muerte, pero siempre había creído que sería más rápida. Como una luz que de repente se apaga. En cambio, sentía como si las partes de su cuerpo lo fueran abandonando poco a poco. Al final dejó de sentir dolor porque dejó de sentir.

Briato había oído solo un disparo y, como no le llegaban mensajes al móvil, entró en la finca y, sin ninguna prudencia, abrió la puerta de la casa, escopeta en ristre girando sobre la pierna coja. Y lo vio todo.

—¡No, no, no, no! —gritó.

Miró al Arcángel y apretó el gatillo. Disparó tres veces antes de comprender que lo que salía era aire, un pedo de pólvora. Arrojó la escopeta y echó a correr.

—¡Liquidadlo! —gritó el Gatazo.

—Hagamos como en *Apocalypto* —propuso el Pajarito, viendo que Briato corría con la pierna a rastras, chocaba con los muebles de la sala, salía al descubierto y tropezaba con sus propios pies, después de recorrer en treinta segundos la distancia que el Payaso, que acudía a la llamada del Gatazo, y el Cigüeñón cubrían en poco más de cinco. Era como cazar a un pajarillo con las alas rotas.

—Apoca... ¿qué? —preguntó el Cigüeñón.

—Coño, ¿no has visto *Apocalypto*? —dijo el Payaso—. La escena en la que unos tíos pintados de azul huyen del sacrificio humano y otros les tiran piedras, flechas, lanzas... Si traspasan la

línea, se salvan y, si los capturan, mueren.

El Payaso sacó la pistola y abrió fuego. Briato había llegado al centro de la explanada y, cuando oyó el primer disparo, bajó la cabeza instintivamente, perdió el equilibrio y cayó de bruces.

El Cigüeñón dejó que se levantara y disparó otra vez. Briato volvió a agachar la cabeza, pero esta vez no cayó: la verja blanca estaba a unos metros.

—¡Que se escapa de verdad! —dijo el Payaso—. A por él, Cigüeñón.

—¡Bah! Deja que escape, ya lo pillaremos en su casa...

—No seas capullo. Nadie debe saber que a los Niños nos los hemos cargado nosotros.

—¿Y por qué no, cojones?

—Porque lo dice el Arcángel. Los Niños son una amenaza hasta muertos.

El Cigüeñón echó a correr con aquellas piernas largas suyas que lo hacían tan torpe. Briato había llegado ya a los cerezales, se ayudaba de los finos troncos para avanzar. Si llegó a la carretera, se dijo, me escondo en un chalé, me estoy callado, aguanto hasta mañana y estoy salvado.

Se volvió. Nadie. Siguió corriendo, hasta la pierna mala parecía responder mejor. Juro que iré al fisio, pensó. Se volvió de nuevo. El Pajarito en la moto, inclinado y sacando los codos, derecho a él. Briato se desvió a la izquierda y luego a la derecha para esquivarlo, pero la T-Max lo embistió con el morro a la altura de la rodilla. Salió despedido por los aires y cayó sobre la moto del Pajarito, que se había detenido al lado. Pajarito se levantó maldiciendo y empezó a darle patadas en la tripa.

Y así siguió hasta que llegó el Payaso, que se arrodilló junto a Briato como si fuera a bendecirlo y lo remató de un tiro en la sien.

Lo dejaron allí, junto a la moto destrozada del Pajarito, y volvieron a la finca hablando de *Apocalyppto*.

En el despacho, el Arcángel seguía hablando.

—Ahora que nos hemos deshecho de los Niños, mis hombres han de mandar en todos los niños de Nápoles: el Cigüeñón y el Pajarito se encargarán de poner orden en la guardería. —Miró los cadáveres de Nicolas y de Tucán y prosiguió como si les hablara a ellos—: Estos chavales eran valientes. Hicieron lo que no hicimos nosotros. Tenían más valor que ninguno de los que estamos aquí. Este de aquí —dijo señalando con la cabeza a Nicolas— tenía más cojones que todos nosotros juntos. Nosotros nos encogimos, empezamos a tener miedo. Cuando uno quiere una cosa, tiene que ir por ella, y nosotros nos pusimos de palique, de pactos.

—¡Ni que quisieras que resucitara, Arcángel! —dijo el Gatazo.

El Arcángel negó con la cabeza, sin dejar de mirar a Nicolas.

—Quien me ha resucitado ha sido él a mí. Nosotros somos como vampiros, necesitamos sangre joven, hemos de chupar ideas que no tenemos. —Volvió a dirigirse a los otros—: Pero ya ha terminado todo.

—Vuelve el orden. Nos hemos repartido la tarta. Que nadie quiera atiborrarse —dijo la Zarina.

El Gatazo le llenó la copa de barolo y luego se las llenó al Arcángel y al Jarabe. La primera copa la vertió en el suelo.

—Brindemos primero por los muertos que nos permiten vivir.

El vino corrió por la mesa, por las sillas, por los sillones. El Arcángel vació su copa sobre Tucán y Nicolas.

—La droga que se venda en el centro tendréis que comprármela a mí. Y la heroína habrá que comprársela a la Zarina. —Todos asintieron—. Y ahora que hemos formado la ONU de Nápoles, que dure.

Entraron el Cigüeñón y el Pajarito con dos bolsas de basura negras, metieron en ellas los cuerpos sin vida de los dos chavales y se los llevaron a rastras, uno detrás de otro.

## F12

Todo estaba igual. Los edificios, la calle que llevaba a la plazuela, el bar de la esquina. Y los portales, las ventanas, la palmera que crecía en unos metros cuadrados de tierra, todo estaba igual. Y, sin embargo, todo era distinto. La pintada de la pared que había detrás de la palmera decía que aquello había sido territorio de guerra. Los guerreros que allí habían reinado y combatido habían dejado su marca para siempre.

F12.

Letras y números de tres metros de altura. Nicolas Fiorillo y sus soldados.

—¿De verdad la hicieron ellos? —preguntó Giacomino el Lagartija.

—¿No lo sabías? —contestó Salvo.

Las mochilas que llevaban a la espalda eran más grandes que ellos. No les pesaban porque se habían dejado los libros puestos de portería en una explanada que había detrás del colegio, allí jugaban al fútbol.

—Yo conozco a uno de la banda de los Niños —dijo Giacomino. Hablaba y miraba la pintada.

—Lagartija, no me lo creo...

—¡Que sí! Te lo juro por mi madre.

—¡Quia! —dijo Carminiello, el otro del grupo. Posó delante de la pintada y se hizo un selfi con su flamante iPhone 7—. ¿A quién? —Y ya habido subido el selfi a su cuenta de Instagram—. Imposible...

—En serio, que sí.

Spaccanapoli. Corriendo. Las mochilas les rebotaban en la espalda y se reían como se ríen todos los chiquillos que salen de clase y tienen toda la tarde por delante.

De pronto Giacomino el Lagartija, sin dejar de correr, con el brazo extendido, empezó a arrancar anuncios y viejos carteles electorales de las paredes. Sus amigos lo imitaron enseguida. Debajo de un folio A4 en el que se ofrecían clases particulares de latín pudo verse otra pintada, más pequeña, otro F12, pero los tres estaban ya lejos, ya estaban en Forcella.

—Mirad esto, mirad esto —dijo el Lagartija jadeando—. ¿Veis estos tres agujeros? —Y señaló tres orificios que había en la pared de un bajo, entre la puerta y un tendedero que se doblaba por el peso de la ropa—. ¡Estos tres agujeros los hizo la banda durante un tiroteo!

—¡Sí, tus ganas! —dijo Carminiello.

—No me lo creo —dijo Salvo.

Metieron los dedos. Tantearon los bordes, con cuidado de no desconchar la pared, y luego introdujeron y sacaron las falanges, varias veces. Salvo metió la lengua:

—¿Qué haces, tío? —le preguntó el Lagartija, echándose a reír.

—Quiero ver si aún sabe...

Giacomino el Lagartija siguió corriendo. Doblaba a derecha e izquierda como si hubiera recorrido muchas veces ese camino. Por fin se detuvo delante de un edificio con las persianas bajadas.

—¡Remanguito! ¡Remanguito!

Del salón de belleza que había en la acera de enfrente salió un hombre que le dijo que no armara escándalo, pero Giacomino no hizo caso.

—¡Remanguito! —repetía, con las manos puestas en la boca.

En el cuarto piso se abrió una persiana chirriando.

—¿Qué quieres, coño? —Remanguito cerraba los ojos, estaba aún medio dormido, pero había reconocido la voz áspera de Giacomino.

—Baja un momento, porfa.

Remanguito lo insultó, pero a los cinco minutos ya estaba en la calle, con los pantalones cortos de los Boston Celtics con los que dormía aún puestos.

—¿De verdad eras de la banda de los Niños? —le preguntó Carminiello. Había sacado el iPhone, quería hacerse otro selfi.

—Pues claro... —contestó Remanguito—. Nicolas era como mi hermano.

—¿De veras? ¿Y os cargasteis a alguien?

—Pues claro, a más de uno...

—¿Y es verdad —terció el Lagartija— que cuando había un tiroteo el Marajá saltaba tanto que llegaba a los balcones de las casas y disparaba directamente a la gente que estaba dentro?

—Como que lo he visto... Parecía Spiderman.

—¡Qué tío!

Remanguito estaba apoyado de espaldas en la pared y se había encendido un cigarrillo. Fumaba con placer e intentaba hacer aros con el humo.

Los tres amigos lo miraban boquiabiertos, sin atreverse a pedirle lo más importante.

—Bueno, vale —dijo Remanguito, como si les hubiera leído el pensamiento—. Vamos.

La primera estación del viacrucis de Nicolas Fiorillo, el Marajá, era su casa natal. La ventana de la cocina estaba siempre cerrada, cuando nunca lo había estado, ni aun tras la muerte de Christian.

—Aquí vivía, chavales. Su madre aún vive... —dijo Remanguito.

Llamaron al timbre. Mena contestó con un suspiro. Llamaban sin parar, querían saber cosas de Nicolas y a ella le agradaba contarlas, le gustaba ver que aquellos chavales sabían cuánto había valido su hijo y que lo consideraban un ejemplo. Le parecía que así Nicolas seguía viviendo un poco en ellos, que eran como sus herederos, porque él no había tenido hijos varones y ella, Mena, los había perdido, pero a veces también quería estar sola con su dolor, no podemos ser siempre ajenos a él. Esos días la invadía la rabia y se enfadaba con todo y con todos.

Al otro lado del interfono, los chavales se quedaron callados. ¿Qué se le decía a la madre de un héroe?

Se oyó ladrar a un perro y la madre de Nicolas Fiorillo estalló:

—¡Dejadme en paz! ¡Idos a vuestra casa!

—¡La madre es dura como el hijo! —dijo Carminiello.

—¿Has oído al perro? —preguntó Salvo—. Es Skunk, el dogo del Marajá. Dicen que se cargó a cien perros.

—¿Y es verdad que tenía un tigre? —preguntó Carminiello.

—Verdad —contestó Remanguito—. Al parecer aún se ve por Forcella.

A continuación, los llevó a la madriguera, la segunda estación.

—Aquí venían... Dragón, Lollipop, Tucán, Pichafloja...

—¡Yo una vez vi a Pichafloja! —exclamó Salvo.

—¡Mentira! —dijo el Lagartija.

—¡Verdad! ¡Lo vi! Mi primo iba a la misma clase...

Siguieron, la ciudad del Marajá era grande.

—Aquí apaleamos a unos inmigrantes...

—Allí mataron a Christian, que en paz descanse.

—Todas la tiendas de esta zona eran nuestras...

—Esta es la salita. Antes era de los Melenudos.

—Ahí vivía el cabrón de Roipnol.

Siguieron así hasta que se hizo de noche y volvieron al punto de partida, la casa de Remanguito. Los tres amigos se hicieron los últimos selfis, le dieron las gracias una vez más y salieron corriendo para sus casas, vivían cerca. Como por la mañana, las mochilas rebotaban sobre las camisetas sudadas, pero se sentían mayores, habían aprendido un montón de cosas, tenían la impresión de haber librado cien batallas. De pronto, el Lagartija se detuvo en seco y los niños chocaron con él. Ya habían pasado por allí hacía unas horas y Remanguito les había explicado que aquel era el peluquero oficial de la banda y que, después de la muerte de Roipnol y de los siguientes episodios, todos los chavales del barrio, también otros de fuera, acudían al establecimiento de Santino. La peluquería estaba todavía abierta y el Lagartija entró sin dudarle.

—Estamos cerrando, chaval.

—Quiero que me haga la marca del Marajá —dijo Giacomino.

El peluquero sonrió y, con un movimiento de babero, le indicó que se sentara. Nicolas no había tenido tiempo, se vio forzado a huir sin poder disfrutar de aquellos pequeños placeres de la vida y Santino no había podido mostrarle su nueva técnica. Cogió el hacha que había dejado en el lavabo, se sacó un martillo de carpintero de uno de los bolsillos de la bata y, como un escultor con su cincel, apoyó delicadamente el filo en la sien derecha de Giacomino y empezó a dar martillazos en la cabeza de la hoja.

—¡Jo, qué guapo! —dijo Salvo.

—Es una obra de arte —dijo Carminiello.

Cuando acabó en el lado derecho, Santino pasó a esculpir el cogote, dejando tirillas de pelo. F12.

—¡Qué pasada!

—¡Marajá! ¡Marajá!

Estaban celebrándolo delante de la peluquería cuando apareció el Pajarito en moto. El Lagartija se volvió justo a tiempo de ver al nuevo capo de Forcella entrando montado en una T-Max. Los tres amigos se pegaron a la pared, aterrorizados.

—Pasa, Pajarito —dijo Santino, que no perdió la calma—. Luego acabo con los chavales.

—No, no —dijo el Pajarito, apagando el escúter—. Acaba, pago yo.

Veinte minutos después estaban de nuevo en la calle y se pasaban la mano por la marca del Marajá labrada en el cuero cabelludo. El Pajarito salió también, levantó el sillín de la moto y sacó un ladrillo de hachís.

—¿Cuánto tardaríais en vender esto? ¿Os bastaría una semana?

—Yo contesto —dijo el Lagartija—: ¡seguro!

—¿Tú contestas? —dijo el Pajarito, fingiendo que se ofendía, pero volvió a sonreír—: ¡Deja que hablen los demás!

Los demás asintieron con los ojos brillantes. Hecho: cien euros a la semana, para empezar, les dijo el Pajarito, luego ya se vería. El límite es el cielo.

Volvieron al día siguiente. La misma plaza, las mismas mochilas a cuestras, los mismos ojos vueltos hacia arriba para admirar la pintada.

—Mirad lo que tengo... —dijo al rato el Lagartija, metiendo la mano en la mochila. Era una Desert Eagle algo abollada, pero imponente.

—¡Jo, qué pipa! —dijo Salvo. Carminiello y él quisieron tocarla, pero el Lagartija se volvió y guardó la pistola.

—Me la ha dado Remanguito. —Y como los otros lo miraron con incredulidad, añadió—: Dice que fue la primera pipa que tuvo el Marajá. —Hizo una pausa y les preguntó, muy serio—: Tíos, ¿y si formamos una banda?